

NATIONAL BOOK AWARD

JOHN WILLIAMS

Autor de *STONER*

EL HIJO DE
CÉSAR



«Es un libro extraordinario».
Andrés Ibáñez, *ABC Cultural*

«Extraña, hermosa, embrujadora novela
sobre la fundación de un imperio».
Robert Saladrigas, *Cultura/s, La Vanguardia*

Año 44 a. C. Julio César es asesinado. Cuando en su testamento adopta y nombra como su heredero universal a su sobrino Octavio, la vida de este joven de dieciocho años cambia para siempre.

Rodeado de hombres que luchan encarnizadamente por el poder —Cicerón, Bruto, Casio, Marco Antonio, Lépido—, el joven Octavio debe imponerse a todas las maquinaciones para hacer suyo el legado de su padre adoptivo y reclamar su destino como primer Emperador romano.

EL HIJO DE CÉSAR (novela ganadora del prestigioso NATIONAL BOOK AWARD) nace, después de una meticulosa labor de investigación, de la pluma de un auténtico poeta, y nos cuenta el sueño de un hombre por liberar a la corrupta Roma de las guerras intestinas que amenazaban con acabar con ella y afianzarla como eje del mundo.

«Uno se sumerge en un mundo cuya complejidad, lujo, cinismo político, credulidad pública y violencia se asemejan mucho al nuestro»

The New Yorker

«EL HIJO DE CÉSAR es una obra maestra»

Los Angeles Times

«De los eventos que rodean a uno de los momentos más importantes de la Historia de occidente... John Williams ha moldeado un atractivo y psicológicamente convincente trabajo de ficción»

The New York Times

«EL HIJO DE CÉSAR es una vívida recreación de la Roma Clásica, pero su intuitiva forma de relatarnos la experiencia del poder hace de ella una novela inusual y superior»

The Boston Globe

John Williams

El hijo de César

Para Nancy

Índice de contenido

El hijo de César

Nota del autor

Prólogo

Libro I

Capítulo primero

Capítulo segundo

Capítulo tercero

Capítulo cuarto

Capítulo quinto

Capítulo sexto

Libro II

Capítulo primero

Capítulo segundo

Capítulo tercero

Capítulo cuarto

Capítulo quinto

Capítulo sexto

Libro III

Epílogo

Sobre el autor

NOTA DEL AUTOR

Se cuenta que un conocido historiador latino declaró que, de haber sido necesario para lograr un determinado efecto retórico en una frase, habría hecho que Pompeyo ganara la batalla de Farsalia. Aunque yo no me he permitido semejante libertad, sí es cierto que algunos de los errores de hecho que contiene este libro son deliberados. He variado el orden de diversos acontecimientos, cuando los datos existentes eran incompletos o inciertos los he inventado, y he atribuido una identidad a algunos personajes de los que no existe mención en la historia. En ciertas ocasiones he modernizado los nombres de lugares y la nomenclatura romana, si bien no ha sido así en todos los casos dado que he preferido determinadas resonancias a la homogeneidad automática. Salvo contadas excepciones, los documentos que integran esta novela son invención propia: he parafraseado partes de las cartas de Cicerón, he tomado en préstamo ciertos pasajes de los Hechos de Augusto y he empleado un fragmento de un libro desaparecido de la Historia de Tito Livio que sobrevive en textos de Séneca el Viejo.

Sin embargo, las verdades que esta obra contiene no son tanto verdades de la historia como verdades de ficción. Estaré muy agradecido a los lectores que la interpreten con arreglo a lo que pretende ser: el fruto de la imaginación.

Deseo dar las gracias a la Fundación Rockefeller por concederme una beca que me permitió viajar y comenzar esta novela, al Smith College de Northampton, Massachussets, por permitirme un periodo sabático para continuarla, y a la Universidad de Denver por su amable comprensión, en ocasiones no exenta de desconcierto, que hizo posible que la terminara.

PRÓLOGO

Carta de Julio César a Atia (45 a. C.)

Envía al muchacho a Apolonia.

Mi querida sobrina, comienzo de forma tan abrupta con objeto de desarmarte y de mitigar y contrarrestar con mi tenaz persuasión toda objeción por tu parte.

Tu hijo ha dejado mi campamento de Cartago en buen estado de salud; le tendrás en Roma en el transcurso de la semana. He dado instrucciones a mis hombres para que la travesía sea pausada con el fin de que recibas esta carta antes de que él llegue.

Puedo imaginarte en este mismo instante planteando reparos, a tu juicio fundados: eres madre además de una Julia, lo que te hace doblemente obstinada. Y creo saber cuáles serán tus objeciones, pues ya hemos hablado con anterioridad de estos asuntos. Aludirías a su salud inestable, aunque pronto te darás cuenta de que Cayo Octavio regresa de su campaña conmigo en Hispania más saludable que cuando la comenzó. Cuestionarías la calidad de los cuidados que recibe en el extranjero, pero si lo piensas con detenimiento, te darás cuenta de que los médicos de Apolonia están más preparados para atender a sus problemas de salud que esos perfumados charlatanes que hay en Roma. Tengo seis legiones de soldados en Macedonia y alrededores, y, mientras que la muerte de cualquier senador no supondría una gran pérdida para el mundo, la salud de los soldados es asunto de máxima importancia. Además el clima costero de Macedonia es tan benévolo como el de Roma, si no más. Eres una buena madre, Atia, pero adoleces de esa severidad y rigidez moral que en ocasiones afecta a nuestra estirpe. Has de aflojar un poco las riendas y permitir que tu hijo se convierta de hecho en el hombre que es por derecho. Tiene casi dieciocho años, y recuerda los presagios en el momento de su nacimiento, los cuales, como sin duda sabes, he hecho todo lo posible por favorecer.

Quiero que comprendas la importancia del mandato con el que comienzo mi carta. Su griego es atroz y su retórica floja; su filosofía no está mal, pero sus conocimientos de literatura son una excentricidad por no decir más. ¿Son los tutores en Roma tan dejados y negligentes como los ciudadanos? En Apolonia tendrá la oportunidad de leer filosofía y de mejorar su griego con Atenodoro, ampliará sus conocimientos de literatura y pulirá su retórica con Apolodoro. Ya lo he dispuesto todo.

Además, a su edad es necesario mantenerle alejado de Roma: es un joven de fortuna, de posición elevada y gran belleza, y si no le corrompe la admiración de los muchachos y

muchachas, lo hará la ambición de los aduladores (advertirás cuán hábilmente me refiero a esa moralidad campechana vuestra). En una atmósfera espartana y disciplinada, sus mañanas transcurrirán junto a los más eruditos maestros de nuestro tiempo perfeccionando el arte humano de la inteligencia, y pasará sus tardes con los oficiales de mis legiones aprendiendo ese otro arte sin el cual ningún hombre está completo.

Ya tienes una ligera idea de lo que siento por el muchacho y de cuáles son mis planes para él: sería hijo mío ante la ley como lo es en mi corazón si ese Marco Antonio —que sueña con sucederme y que intriga con mis enemigos con la misma discreción con la que un elefante deambularía por el Templo de las Vírgenes Vestales— no hubiera impedido la adopción. Tu hijo Cayo es mi mano derecha, pero para que pueda continuar siéndolo sin peligro y me suceda en el poder debe tener la oportunidad de conocer en qué radica mi fuerza. Y esto en Roma no puede hacerlo, ya que el más importante de ellos lo he dejado en Macedonia: mis legiones, con las que el verano próximo Cayo y yo arremeteremos contra los partos o los germanos, y a las que es posible que también necesitemos para combatir las traiciones que surjan en Roma... Por cierto, ¿cómo está Marco Filipo, a quien te complaces en llamar tu esposo? Es tan tonto que casi le aprecio. En realidad le estoy agradecido, pues de no estar tan ocupado haciendo el petimetre en Roma y conspirando tan torpemente contra mí junto con su amigo Cicerón, quizás estaría desempeñando su labor como padre adoptivo de tu hijo. Tu difunto esposo, pese a provenir de una familia carente de distinción, al menos tuvo el acierto de engendrar un hijo y de prosperar gracias al nombre de la familia Julia; tu actual esposo, en cambio, intriga en mi contra y sería capaz de destruir ese nombre que constituye la única ventaja que posee frente al mundo. Aun así, desearía que todos mis enemigos fueran tan ineptos: sentiría menos admiración por ellos pero estaría más seguro.

Le he pedido a Cayo que se haga acompañar a Apolonia por dos amigos que lucharon con nosotros en Hispania y que ahora regresan con él a Roma: Marco Vipsanio Agripa y Quinto Salvidieno Rufo, a los cuales conoces, y otro —un tal Cayo Cilnio Mecenas— al que no conoces. Tu esposo sin duda sabrá que este último descende de una antigua familia etrusca emparentada remotamente con la realeza, un detalle que al menos le complacerá.

Observarás, mi querida Atia, que al inicio de esta carta daba la impresión, como tío tuyo, de dejarte elección respecto al futuro de tu hijo; pero como César debo dejar claro que no es así. He de regresar a Roma en el transcurso de este mes, y habrás oído rumores de que me dispongo a hacerlo en calidad de dictador vitalicio en virtud de un decreto del Senado que aún no se ha emitido. Esto me capacita para designar un jefe de caballería, que será la segunda autoridad máxima por debajo de mí. Lo he designado, y como puedes suponer, he elegido a tu hijo. Ya es una realidad y no se puede cambiar; de modo que si tú o tu esposo interferís, la ira del pueblo se abatirá sobre vosotros con tal fuerza que mis propios escándalos parecerán por contraste insignificantes.

Espero que vuestro veraneo en Puteoli haya sido placentero y que os encontréis ya de vuelta en la ciudad para la nueva temporada. Yo estoy cansado y con ganas ya de regresar a Italia. Tal vez cuando vuelva, y una vez despachados mis asuntos en Roma, podríamos ir a disfrutar de unos días tranquilos en Tívoli. Podrías incluso traer a tu esposo, y también a Cicerón, si es que desea venir. A pesar de lo dicho, en realidad siento un gran aprecio por ambos. Al igual que lo siento por ti, naturalmente.

LIBRO I

CAPÍTULO PRIMERO

I. Memorias de Marco Agripa: fragmentos (año 13 a. C.)

... Yo estaba con él en Actium. Del choque del metal de las espadas manaba fuego, la sangre de los soldados inundó la cubierta y tiñó de carmesí el azul del Mar Jónico, las jabalinas silbaban surcando los aires, las naves incendiadas gemían sobre el agua, y los días resonaban con los gritos incesantes de aquellos hombres cuyas carnes ardían dentro de la armadura que no habían podido quitarse. Antes de eso había estado con él en Módena, donde el mismo Marco Antonio invadió nuestro campamento y hundió la espada en el lecho vacío en que César Augusto yaciera, y donde merced a su perseverancia obtuvo el primer triunfo que más tarde pondría el mundo en nuestras manos; y en Filipos, adonde viajó tan enfermo que no podía tenerse en pie, pese a lo cual pidió que le transportaran junto a sus tropas en una litera, y donde una vez más estuvo a punto de morir a manos del asesino de su padre y luchó hasta que los asesinos del mortal Julio — después deificado — acabaron por destruirse a sí mismos.

Mi nombre es Marco Agripa, llamado también Vipsanio, tribuno del pueblo y cónsul del Senado, soldado y general del Imperio Romano y amigo de Cayo Octavio César, conocido hoy como Augusto. Escribo estas memorias en el quincuagésimo año de mi vida con el fin de legar constancia a la posteridad del tiempo en que Octavio halló a Roma desangrándose entre las fauces de las banderías, en que Octavio César mató a la bestia facciosa rescatando el cuerpo casi exánime, y en que Augusto sanó las heridas de Roma devolviéndole la salud para que marchara con vigor sobre las fronteras del mundo. De este triunfo he sido parte dentro del límite de mis capacidades, parte de la que estas memorias dejarán constancia a fin de que los historiadores de todas las épocas comprendan los motivos de la admiración que Augusto y Roma suscitan.

Bajo el mando de César Augusto desempeñé diversas funciones relacionadas con la restauración de Roma, labor por la cual esta me ha recompensado con generosidad. He sido cónsul en tres ocasiones, edil y tribuno en una, y dos veces gobernador de Siria; y en dos ocasiones recibí del propio Augusto, durante sus períodos de grave enfermedad, el sello de la Esfinge. Conduje a las legiones romanas a la victoria contra Lucio Antonio en Perugia, contra los aquitanos en la Galia y contra los germanos en el Rin (servicio por el cual rehusé ser galardonado con un triunfo en Roma), y subyugué también a las facciones y tribus rebeldes de Hispania y Panonia. Recibí de Augusto el título de comandante en jefe de nuestra flota, y gracias a la construcción del puerto al oeste de la Bahía de Nápoles nuestras naves se salvaron del pirata Sexto Pompeyo, al que más tarde derrotarían y aniquilarían en Mylae y Nauloco, en la costa de

Sicilia. Por esta gesta el Senado me distinguió con la corona naval. En Accio derrotamos al traidor Marco Antonio, restituyendo así la vida al cuerpo de Roma.

Ordené erigir el templo hoy llamado Panteón y otros edificios públicos para celebrar la liberación de Roma de la traición egipcia. Siendo administrador principal de la ciudad bajo el mando de Augusto y el Senado, hice reparar los viejos acueductos de la ciudad y construir otros nuevos con el fin de que la ciudadanía y el pueblo de Roma tuvieran agua para prevenir la enfermedad; y cuando la paz llegó a Roma, participé en el estudio y elaboración de un mapa del mundo, proyecto que se había iniciado durante la dictadura de Julio César y que su hijo adoptivo hizo al fin posible.

Sobre estos hechos escribiré con mayor profusión en el decurso de estas memorias. Mas ahora debo hablaros del tiempo en que comenzaron: el año después de que Julio César regresara victorioso de su campaña en Hispania, en la cual participamos Cayo Octavio, Salvidieno Rufo y yo.

Porque yo me hallaba junto a él en Apolonia cuando llegó la noticia de la muerte de César...

II. Carta de Cayo Cilnio Mecenas a Tito Livio (13 a. C.)

Mi querido Livio, has de perdonarme por haberme demorado tanto en responder. Los motivos son los de siempre: el retiro no parece haber mejorado mi estado de salud en absoluto. Los médicos se limitan a asentir solemnemente con la cabeza, a musitar frases misteriosas y a cobrar sus honorarios. Nada parece ayudarme; ni las repugnantes medicinas que me obligan a tomar ni tan siquiera la abstinencia de aquellos placeres que, como bien sabes, en su día disfrutaba. La gota hace que últimamente me sea imposible hasta coger la pluma, a pesar de que sé con qué diligencia realizas tu trabajo y cuán necesaria te es mi ayuda en relación con la cuestión sobre la cual me inquieres. Y por si no fueran bastantes mis males, durante las últimas semanas he padecido insomnio, de manera que paso los días sumido en el cansancio y la lasitud. Aun así, mis amigos no me abandonan y la vida me sigue siendo fiel, dos cosas por las que he de estar agradecido.

Me preguntas acerca de los primeros tiempos de mi relación con nuestro Emperador. Has de saber que hace solo tres días tuvo la bondad de visitar mi hogar interesándose por mi enfermedad, y que estimé conveniente informarle de tu petición. Sonrió y me preguntó si me parecía apropiado ayudar a un republicano recalcitrante como tú, tras lo cual nos pusimos a conversar sobre los viejos tiempos, como hacen los hombres cuando comienzan a sentir que los años se les vienen encima. Hay algunas cosas (pequeños detalles) que él recuerda incluso con más viveza que yo, aun cuando mi profesión haya consistido siempre en no olvidar nada. Acabé preguntándole si no preferiría enviarte él mismo su relato de aquellos tiempos. Por un instante fijó su mirada en el vacío, tras lo cual dijo sonriendo: «No, los Emperadores son más proclives que los poetas y los historiadores a dejarse engañar por sus recuerdos». Me pidió que te enviara sus saludos afectuosos y me autorizó a escribirte con entera libertad.

Pero ¿con qué libertad voy a hablar de aquellos días? Éramos jóvenes, y si bien Cayo Octavio, como entonces era llamado, sabía que el destino le era favorable y que Julio César pretendía adoptarle, ni él ni yo ni Marco Agripa ni Salvidieno Rufo, que éramos sus amigos,

podíamos realmente imaginar hasta dónde llegaríamos. Amigo mío, yo no gozo de la libertad del historiador: tú eres capaz de narrar los movimientos de hombres y ejércitos, de indagar en el complejo entramado de las intrigas de estado, sopesar victorias y derrotas, relatar nacimientos y decesos, y pese a todo, merced a la sensata pureza de tu labor, permanecer libre del terrible lastre de ese conocimiento que no acierto a nombrar pero del cual soy cada vez más consciente a medida que pasan los años. Sé lo que buscas, y sin duda te impacientarás conmigo porque no te doy de una vez la información que precisas. Pero debes recordar que, no obstante mis servicios al estado, soy poeta e incapaz por tanto de contemplar nada de forma muy directa.

Quizás te sorprenda saber que no conocía a Octavio antes de encontrarme con él en Brindisi, adonde fui enviado para reunirme con él y sus amigos de camino a Apolonia. Aún desconozco los motivos por los que allí fui, pero lo que sé de cierto es que se debió a la intervención de Julio César. Mi padre, Lucio, había hecho algún favor a Julio, por lo que unos años antes este había venido a visitarnos a nuestra villa de Arezzo. Conversábamos sobre algo —creo recordar que yo defendía la superioridad de los poemas de Calímaco frente a los de Catulo—, y recuerdo que me mostré arrogante, grosero e ingenioso (o eso pensaba). Yo era muy joven entonces. En cualquier caso, mi conversación parecía divertirle, así que estuvimos charlando largo tiempo. Dos años después le ordenó a mi padre que me enviara a Apolonia en compañía de su sobrino.

Amigo mío, he de confesarte (aunque no te permito que lo emplees) que no quedé demasiado impresionado por Octavio cuando le vi por primera vez. Yo acababa de llegar a Brindisi desde Arezzo, terriblemente cansado tras más de diez días de viaje, cubierto de polvo del camino y en extremo irritable. Me reuní con ellos en el muelle desde el cual debíamos embarcar. Agripa y Salvidieno conversaban entre sí, mientras Octavio, algo apartado, contemplaba una pequeña embarcación que estaba anclada cerca. No parecieron percatarse de mi llegada, así que dije (imagino que en un tono bastante alto):

—Soy Mecenas, con quien teníais que reuniros aquí. ¿Quién de vosotros es quién?

Agripa y Salvidieno me miraron con una expresión jovial y me dijeron sus nombres; Octavio no se volvió. Y yo, interpretando esto como un gesto de arrogancia y desdén, dije:

—Y tú debes de ser el otro, al que llaman Octavio.

Entonces se dio la vuelta y caí en la cuenta de lo imbécil que había sido, pues la expresión de su rostro era de una timidez rayana en la desesperación.

—Sí, soy Cayo Octavio —me dijo—. Mi tío me ha hablado de ti.

A continuación sonrió, me tendió su mano y, alzando la vista, me miró por primera vez.

Como sabes, mucho es lo que se ha dicho acerca de sus ojos, las más de las veces en una rima penosa y aun peor prosa: aunque en el pasado le halagaran, a estas alturas debe de estar cansado de oír el sinfín de metáforas y que sé yo que más artificios con los que se los ha descrito. Lo cierto es que ya entonces sus ojos eran extraordinariamente límpidos, penetrantes y profundos, acaso más azules que grises, si bien al mirarlos era más la luz que el color en lo que uno reparaba. ¿Lo ves?... ya empiezo yo también; he leído demasiados poemas de mis amigos...

Puede que yo diera un paso atrás, no lo recuerdo. En cualquier caso me quedé atónito, de modo que aparté la vista, posando la mirada en la nave que Octavio había estado contemplando.

—¿Esa es la barcaza en la que vamos a cruzar? —pregunté algo más contento.

Era una pequeña embarcación mercante de no más de quince metros de eslora, con los maderos de la proa podridos y las velas llenas de remiendos. De ella emanaba un intenso hedor.

Agripa se dirigió a mí y, con una ligera sonrisa, me dijo:

—Nos han dicho que es la única que hay.

Debió de pensar que yo era un remilgado, pues iba vestido con una toga y llevaba varios anillos, mientras que ellos no llevaban más que unas túnicas sin adorno alguno.

—No podremos soportar ese olor —dije.

—Al parecer se dirige a Apolonia para recoger un cargamento de pescado en vinagre —afirmó Octavio con gravedad.

Durante unos instantes guardé silencio; después solté una carcajada, y comenzamos todos a reírnos. Y así fue como nos hicimos amigos.

Es posible que seamos más sabios de jóvenes, por mucho que los filósofos disientan. Pues te juro que a partir de ese momento nos hicimos amigos para siempre. Aquel instante de risa boba logró unirnos con más fuerza que nada de lo que más tarde habría de sucedernos... victorias o derrotas, lealtades o traiciones, alegrías o pesares... Mas los años de juventud se van, y con ellos parte de nosotros, para no regresar jamás.

Y así fue como cruzamos hasta Apolonia a bordo de unapestoso barco pesquero que crujía con la más mínima ola, que se escoraba tan peligrosamente hacia los lados que teníamos que sujetarnos para evitar ser arrojados de un lado a otro de la cubierta, y que nos condujo a un destino que en aquel entonces no podíamos ni imaginar...

Retomo la escritura de esta carta tras una pausa de dos días. No te importunaré con los detalles de las enfermedades que han originado esta interrupción porque es demasiado deprimente.

En cualquier caso, como tengo la impresión de que lo que te cuento no te será de gran utilidad, le he pedido a mi secretario que buscara entre mis papeles por si encuentra algo que te ayude en tu tarea. Recordarás que hace unos diez años tuve una intervención en la ofrenda del templo que nuestro amigo Marco Agripa erigiera en honor a Venus y Marte, hoy conocido como el Panteón. Mi idea inicial, que después descarté, era pronunciar un discurso rocambolesco, casi un poema por así decirlo, que estableciera curiosas conexiones entre el estado de Roma que nos encontramos siendo jóvenes y el estado de Roma tal como este templo lo representa actualmente. Sea como fuere, para auxiliarme en la solución del problema que la forma de mi discurso suscitaba, hice algunas anotaciones sobre aquellos primeros tiempos, y en ellas me inspiro ahora en un intento de ayudarte a ultimar la historia de nuestro mundo que estás elaborando.

Imagínate si puedes a cuatro jóvenes (a mí ya casi me son desconocidos) desconocedores de su futuro y de sí mismos; ignorantes, de hecho, hasta del mundo en el que comienzan a vivir. Uno de ellos (Marco Agripa) es alto y muy musculoso, con cara casi de pueblerino: nariz gruesa, huesos grandes, la piel parecida al cuero nuevo, el cabello castaño y una barba de varios días rojiza y basta. Tiene diecinueve años. Camina con paso pesado, como si fuera un novillo, aunque con una extraña elegancia. Se expresa con sencillez, lenta y calmadamente y sin mostrar lo que siente. De no ser por la barba no pensaría uno que es tan joven.

Otro (Salvidieno Rufo) es tan delgado y ágil como robusto y pesado es Agripa, y tan veloz y volátil como lento y reservado este. Tiene los rasgos finos, la piel clara, los ojos oscuros, y ríe con facilidad, aliviando la gravedad que afectamos los demás. Pese a ser mayor que ninguno de nosotros, le queremos como si fuera nuestro hermano pequeño.

Y un tercero (¿soy yo?) al que percibo incluso más vagamente que a los otros. Ningún hombre puede conocerse a sí mismo ni saber siquiera cómo le ven sus amigos, pero imagino que aquel día —e incluso durante algún tiempo después— debieron de tomarme por un imbécil. Por aquel entonces yo era algo pomposo y me gustaba dárme las de poeta. Vestía suntuosamente, mis maneras eran afectadas, y me había hecho acompañar desde Arezzo por un sirviente cuya única función consistía en atusar mis cabellos... hasta que mis amigos se burlaron de mí tan despiadadamente que le hice regresar a Italia.

Y por último estaba el que en aquel entonces era Cayo Octavio. ¿Qué puedo decirte de él? No conozco la verdad, sino tan solo mis recuerdos. Te diré una vez más que aunque yo era apenas dos años mayor que él, me parecía un muchachuelo. Ya conoces su aspecto actual, no ha cambiado mucho. Sin embargo ahora es Emperador del mundo, hecho que he de dejar a un lado a fin de poder verle como era entonces. Y te juro que ni yo, que me he dedicado siempre fielmente a escrutar los corazones de sus amigos y sus enemigos, podía prever en modo alguno en lo que llegaría a convertirse. Le tenía por un agradable mozalbete, nada más; con un rostro demasiado delicado como para soportar los embates de la fortuna, una actitud demasiado tímida como para lograr sus propósitos y una voz demasiado suave como para proferir las despiadadas palabras que debe pronunciar un líder. Pensé que quizás acabaría siendo un aficionado a la buena vida o un hombre de letras: no creí que tuviera la energía suficiente para ser siquiera senador, cargo que por nombre y fortuna le correspondía.

Y así eran aquellos jóvenes que arribaron a Apolonia, en la costa adriática de Macedonia, aquel día de comienzos de otoño del año del quinto consulado de Julio César. Los barcos de pesca se mecían en el puerto, y las gentes saludaban; las redes se secaban tendidas en las rocas; y sobre un terreno elevado, flanqueado por sendas filas de casuchas de madera, discurría el camino que conducía a la ciudad, que se hallaba situada en un alto frente a una ancha planicie que abruptamente se elevaba hacia las montañas.

Pasábamos las mañanas estudiando. Nos levantábamos antes del amanecer y recibíamos nuestra primera lección a la luz de una lámpara; cuando el sol comenzaba a insinuarse sobre las montañas orientales tomábamos un tosco desayuno; debatíamos en griego acerca de cualquier asunto —práctica que, me temo, está desapareciendo— y recitábamos en voz alta los pasajes de Homero que habíamos aprendido la noche anterior. A continuación los explicábamos, y, para terminar, pronunciábamos la breve declamación que habíamos preparado siguiendo los preceptos de Apolodoro (que en ese tiempo ya era un anciano, mas de carácter temperado y gran sabiduría).

A mediodía éramos conducidos a las afueras de la ciudad al campamento en el que entrenaban las legiones de Julio César, y allí nos ejercitábamos con ellos durante buena parte del resto del día. He de decir que fue durante este tiempo cuando comencé a sospechar que tal vez me había equivocado respecto a las capacidades de Octavio. Su salud ha sido siempre precaria, como sabes; si bien su fragilidad ha sido más patente que la mía, querido Livio, que incluso padeciendo las enfermedades más terribles, se diría que estoy condenado a parecer la quintaesencia de la salud. En aquel entonces yo participaba rara vez en esos ejercicios y maniobras, pero Octavio lo hacía siempre y, al igual que su tío, prefería pasar su tiempo con los centuriones que con los oficiales de mayor rango de la legión. Recuerdo que en cierta ocasión, durante una batalla simulada, su caballo tropezó, y él cayó al suelo dándose un gran golpe.

Agripa y Salvidieno se hallaban cerca; rápidamente Salvidieno hizo ademán de acudir en su auxilio, pero Agripa le sujetó del brazo y no le dejó moverse. Tras unos instantes Octavio se levantó, se puso en pie muy erguido, y pidió otro caballo. Le trajeron uno, se subió a él y pasó el resto de la mañana montando hasta finalizar su parte del ejercicio. Por la noche, en la tienda, nos dimos cuenta de que respiraba con dificultad y llamamos al médico de la legión para que le examinara: se había roto dos costillas. Le pidió al médico que le vendara el pecho con fuerza, y a la mañana siguiente asistió a clase con nosotros e incluso participó activamente en una marcha ligera al mediodía.

Así fue como durante esos primeros días y semanas llegué a conocer al Augusto que ahora gobierna el mundo romano. Es posible que plasmes esto en unas pocas frases de esa maravillosa historia que he tenido el privilegio de admirar. Y sin embargo, hay tantas cosas que los libros no pueden recoger, y esa es la pérdida que cada vez me inquieta más...

III. Carta de Julio César, desde Roma, a Cayo Octavio en Apolonia (44 a. C.)

Mi querido Octavio, esta mañana recordaba aquel día el invierno pasado en Hispania en que te reuniste conmigo en Munda durante nuestro sitio a la fortaleza a la que Cneo Pompeyo había huido con sus legiones. Estábamos agotados de combatir y desanimados, nuestros víveres se habían terminado y el enemigo al que asediábamos podía permitirse descansar y comer cuando lo que pretendíamos era matarle de inanición. Preso de la ira que sentía ante lo que se anunciaba como una derrota segura te ordené regresar a Roma, desde donde habías venido, según pensé entonces, con excesivo relajo y comodidad; te dije que no podía entretenerme con un chiquillo que lo único que quería era jugar a guerras y muerte. Estaba enfadado conmigo mismo, cosa que me figuro sabías ya entonces, puesto que no pronunciaste una palabra y te limitaste a mirarme con mucha calma. Cuando me hube sosegado un poco comencé a hablarte con el corazón (como te he hablado siempre desde entonces), y te expliqué que el propósito de la campaña de Hispania contra Pompeyo era terminar de una vez por todas con el conflicto civil y las banderías que de una u otra forma habían oprimido a nuestra república desde mi juventud, y que lo que había imaginado como una victoria era ahora casi una derrota cierta.

—Entonces —dijiste—, no luchamos por la victoria, sino por nuestras vidas.

En ese momento tuve la sensación de que me quitaban un peso de los hombros y me sentí casi joven otra vez, pues recordé que más de treinta años atrás me había dicho a mí mismo esas mismas palabras cuando fui sorprendido solo en las montañas por seis soldados de Sila y, combatiendo, me abrí paso entre ellos hasta llegar a su comandante, a quien soborné para que me llevara de vuelta a Roma con vida. Fue entonces cuando intuí que algún día llegaría a ser lo que soy.

Recordando aquellos tiempos y viéndote ante mí, me veía a mí mismo en mis tiempos jóvenes. Tomé un poco de tu juventud, y tú de mi madurez, y juntos experimentamos esa extraña euforia del poder que le hace a uno capaz de enfrentarse a cualquier circunstancia: apilamos los cadáveres de nuestros camaradas caídos y avanzamos ocultos tras ellos para proteger nuestros escudos de las jabalinas que el enemigo lanzaba y, avanzando hacia las murallas, tomamos la fortaleza de Córdoba, situada sobre el llano de Munda.

También he recordado esta mañana cómo perseguimos a Cneo Pompeyo por Hispania, con el estómago lleno y los músculos cansados, y las hogueras por la noche y las conversaciones de los soldados cuando dan por segura la victoria. Cómo el dolor, la angustia y la alegría se amalgaman, y hasta la fealdad de los muertos resulta hermosa, e incluso el temor a la muerte y la derrota parecen no ser sino etapas de un juego... Aquí en Roma ansío la llegada del verano, en que marcharemos contra partos y germanos para afianzar la última de nuestras importantes fronteras... Comprenderás mejor mi nostalgia por las campañas pasadas y mi esperanza ante las venideras si te cuento un poco acerca de la mañana que ha ocasionado estos recuerdos.

A las siete de la mañana de hoy, el Tonto —esto es, Marco Emilio Lépido, a quien, te complacerá saber, he tenido que designar simbólicamente tu análogo bajo mi mando en el poder— ha venido a mi puerta para quejarse de Marco Antonio. Al parecer, uno de los recaudadores de Antonio ha estado cobrando impuestos a personas que, conforme a una antigua ley que Lépido ha citado con tediosa profusión, debían tributar sus impuestos a su propio recaudador. Después —sin duda confundiendo locuacidad alusiva con sutileza— se ha pasado una hora más insinuando que Antonio es un ambicioso, observación que me ha sorprendido tanto como si me hablaran de la castidad de las Vírgenes Vestales. Le he dado las gracias y, tras intercambiar los tópicos de siempre sobre la naturaleza de la lealtad, se ha ido (estoy seguro) a informar a Antonio de que ha percibido en mí una suspicacia excesiva incluso hacia mis amigos más cercanos. A las ocho en punto han venido tres senadores, uno detrás de otro, cada cual acusando al siguiente de haber aceptado un soborno idéntico: de inmediato he comprendido que los tres eran culpables, que habían sido incapaces de cumplir con el propósito para el que fueron sobornados, y que el sobornador se disponía a hacer público el asunto, lo cual implicaría un juicio ante la asamblea que deseaban evitar, ya que probablemente acabarían en el exilio si no lograban sobornar a suficientes miembros del jurado como para garantizar su impunidad. Pensando que lograrían su propósito de comprar a la justicia, he triplicado el importe del soborno, he multado a cada uno de ellos por esa misma cantidad y decidido hacer lo propio con el sobornador. Se han quedado satisfechos, de modo que no tengo nada que temer de ellos; sé que son corruptos y ellos creen que yo también lo soy... Y así es como ha transcurrido la mañana.

¿Cuánto tiempo hace que vivimos en esta mentira romana? Desde que puedo recordar, seguro, y puede que incluso desde muchos años antes. ¿Y de dónde extrae esa mentira la energía que precisa para crecer hasta llegar a ser más fuerte que la verdad? Hemos asistido a asesinatos, robos y pillajes en nombre de la República, y afirmamos que es el precio inevitable que pagamos por la libertad. Cicerón deplora la depravada moral romana que rinde culto a la riqueza, y en cambio él mismo es multimillonario y viaja de una de sus villas a otra acompañado de cientos de esclavos. Los cónsules hablan de paz y tranquilidad mientras reclutan soldados para que asesinen a cualquier camarada cuyo poder amenace sus propios intereses. El Senado habla de libertad, y me impone unos poderes que no deseo pero que he de aceptar y utilizar para que Roma sobreviva. ¿Es que no hay solución a esta falacia?

He conquistado el mundo, pero ningún lugar es seguro; le he dado la libertad al pueblo pero huyen de ella como si fuera una enfermedad; desprecio a aquellos en los que puedo confiar, y quiero más a aquellos que sin pensarlo dos veces me traicionarían. Y aunque conduzco a una nación hacia su destino, ignoro hacia dónde nos dirigimos.

Mi querido sobrino, a quien me gustaría llamar hijo mío, estas son las dudas que acosan al hombre al que desean hacer rey. Siento envidia de tu invierno en Apolonia: me satisfacen los informes que recibo acerca de tus estudios y me alegra que te lleves tan bien con los oficiales de las legiones que allí tengo. Pero echo en falta nuestras charlas al anochecer. Me consuelo pensando que podremos reanudarlas este verano durante nuestra campaña oriental. Marcharemos a través del país, nos alimentaremos de lo que la tierra nos brinde y mataremos a quien haya que matar: esa es la única vida para un hombre. Y será lo que tenga que ser.

IV. Quinto Salvidieno Rufo: anotaciones para un diario, Apolonia (marzo, 44 a. C.)

Es mediodía. Brilla el sol, hace calor, y desde un pequeño promontorio, nosotros y diez o doce oficiales observamos las maniobras de la caballería en el campo de entrenamiento. En su galopar y girar, los caballos levantan nubes de polvo, y hasta nuestros oídos llegan en la distancia gritos, risas y palabrotas entremezclados con el rumor de los cascos de los caballos. Todos excepto Mecenás venimos del campo y estamos descansando. Yo me he quitado la armadura y estoy tumbado con la cabeza sobre ella; Mecenás, con su túnica inmaculada y el cabello colocadísimo, está sentado con la espalda apoyada en el tronco de un pequeño árbol; Agripa se halla de pie junto a mí, el cuerpo empapado en sudor, las piernas como columnas de piedra; a su lado se encuentra Octavio, con su cuerpo delgado que tiembla debido a la reciente extenuación —uno no se da cuenta de cuán menudo es hasta que lo ve junto a alguien como Agripa—, el rostro pálido y el cabello lacio y oscurecido por el sudor, pegado a la frente; Octavio sonríe y nos señala algo con el dedo, Agripa asiente. Reina entre nosotros una sensación de bienestar: hace una semana que no llueve, el tiempo ha mejorado y estamos satisfechos con nuestras habilidades y las de los soldados.

Escribo estas palabras con rapidez, pues como no sé lo que querré utilizar después, he de anotar todo.

Los jinetes que están por debajo de nosotros descansan mientras sus caballos pululan de un lado a otro; Octavio está sentado junto a mí y se entretiene apartándome la cabeza de la armadura con ligeros empujones; nos reímos de cualquier cosa, disfrutando del momento. Agripa nos sonríe y extiende sus robustos brazos; en medio de la quietud se oye el crujir del cuero de su coraza.

Oímos al fondo la voz de Mecenás, aflautada, fina y algo afectada, casi afeminada:

—Niños que juegan a ser soldados. Qué tremendamente aburrido.

Agripa, con su voz profunda, pausada, deliberada, y esa gravedad que tanto esconde, replica:

—Si fueras capaz de mover ese amplio trasero en lugar de posarlo en el primer sitio cómodo que encuentras, descubrirías que existen otros placeres mucho mejores que esos lujos que tanto te gustan.

Octavio dice:

—Tal vez podamos persuadir a los partos para que le acepten como general. Así lo tendríamos mucho más fácil este verano.

Mecenás suspira profundamente, se levanta y se dirige hacia nosotros. Su andar es muy liviano para alguien tan corpulento:

—Mientras que vosotros disfrutabais con vuestras vulgares exhibiciones, he pensado en componer un poema que compare la vida activa con la vida contemplativa. La sabiduría que encierra una de ellas la conozco; he tenido oportunidad ahora de observar la insensatez de la otra —dice.

Octavio responde con tono grave:

—Mi tío me dijo en una ocasión que leyera a los poetas, los amara y los empleara, pero que jamás me fiara de ellos.

—Tu tío es un hombre sabio —replica Mecenás.

La charla prosigue. Nos quedamos callados. El campo que se halla a nuestros pies se ha quedado casi vacío; los caballos han sido conducidos a los establos, situados en el extremo del campo. Por el camino que viene de la ciudad vemos venir en dirección al campo a un jinete que galopa a toda velocidad. Le miramos despreocupados. No se detiene al llegar al campo, sino que lo atraviesa desenfrenado, tambaleándose en la silla. Me disponía a decir algo cuando, de pronto, advierto la tensión en el rostro de Octavio: algo en la cara de aquel hombre le ha llamado la atención. El caballo viene echando espuma por la boca. Octavio dice:

—Conozco a ese hombre. Trabaja en la casa de mi madre.

Ya lo tenemos casi delante; el caballo frena el paso, el hombre desciende de la silla, y, a trompicones, tambaleándose, se aproxima hacia nosotros con algo en la mano. Algunos de los soldados que nos rodean, percatándose, corren hacia nosotros con las espadas a medio desenvainar, pero ven que el hombre está completamente exhausto y que apenas le quedan fuerzas para moverse. Muy agitado, el hombre extiende la mano para darle algo a Octavio al tiempo que dice con voz ronca:

—Toma... toma.

Es una carta. Octavio la coge y la retiene en su mano, permaneciendo inmóvil durante unos instantes. El mensajero se derrumba y se sienta con la cabeza entre las rodillas; solo percibimos el sonido bronco de su respiración. Miro al caballo y, abstraído, pienso que está tan agotado de la carrera que no sobrevivirá a la noche. Octavio no se ha movido. Todos permanecemos quietos. Lentamente despliega la carta y la lee; su rostro permanece impasible. Continúa sin hablar. Después de un buen rato, levanta la cabeza y se vuelve hacia nosotros. Su cara está tan pálida que parece mármol blanco. Me pone la carta en la mano; yo ni la miro. Y con una voz monótona, como sin vida, dice:

—Mi tío está muerto.

No podemos creerlo, le miramos atónitos. La expresión de su rostro permanece inmutable, pero comienza a hablar de nuevo con una voz ahora chirriante y profunda, llena de un dolor estupefacto, como el bramido de un novillo al que acabaran de degollar en un sacrificio:

—Julio César está muerto.

—No —dice Agripa—. No.

El rostro de Mecenás está tenso; su mirada, como la de un halcón, se clava en Octavio.

A mí me tiembla tanto la mano que no puedo ni leer la carta. Intento serenarme. Mi propia voz me resulta extraña; leo en voz alta: «En este idus de marzo, Julio César ha sido asesinado por enemigos del Senado. Se desconocen las circunstancias. La gente corre despavorida por las calles. Nadie sabe qué va a ocurrir. Es posible que tu vida corra peligro. No puedo seguir

escribiendo. Tu madre te implora que mires por tu persona». La carta ha sido escrita apresuradamente: hay borrones de tinta y la grafía es irregular.

Miro a mi alrededor sin saber bien lo que siento. ¿Vacío tal vez? Los oficiales han formado un corro a nuestro alrededor; miro a uno de ellos a los ojos, su rostro se contrae en una mueca y emite un sollozo. Y entonces caigo en la cuenta de que esta era una de las legiones favoritas de César y que los más veteranos le tenían por un padre.

Tras un largo espacio de tiempo Octavio se mueve; se acerca hacia el mensajero, que continúa sentado en el suelo, con el rostro flácido a causa del agotamiento. Octavio se agacha junto a él y, con voz suave, le dice:

—¿Sabes algo más aparte de lo que hay en la carta?

—No, señor —responde el mensajero, haciendo ademán de ponerse en pie.

Octavio le coloca la mano en el hombro y le dice:

—Descansa. —Tras lo cual se levanta y se dirige a uno de los oficiales—: Asegúrate de que este hombre esté bien atendido y cómodamente alojado.

A continuación se vuelve hacia nosotros tres, que nos hemos ido aproximando los unos a los otros:

—Hablares más tarde. Ahora necesito pensar en lo que esto va a significar.

Tiende la mano hacia mí, y me doy cuenta de que me está pidiendo la carta. Se la doy, la toma, y se aleja de nosotros. El corro de oficiales le abre paso, y, caminando, desciende la colina. Durante largo tiempo nos quedamos mirando a ese muchacho de cuerpo menudo que camina a paso lento por el campo desierto, de un lado al otro, como intentando decidir qué rumbo tomar.

Horas más tarde. Crece la consternación en el campamento conforme se propaga la noticia de la muerte de César. Los rumores son tan descabellados que resultan increíbles. Surgen discusiones que pronto se acallan y alguna reyerta que rápidamente es aplacada. Algunos de los miembros más veteranos, cuyas vidas han transcurrido combatiendo de legión en legión, en ocasiones contra los propios hombres que ahora son sus compañeros, contemplan con disgusto tanto alboroto y se limitan a seguir con su trabajo. Octavio aún no ha regresado de su solitaria reflexión campestre. Comienza a oscurecer.

Es de noche. El propio Lugdunio, comandante de la legión ha dispuesto un centinela que guarde nuestras tiendas, pues no se sabe quiénes son nuestros enemigos ni lo que puede ocurrir. Los cuatro estamos reunidos en la tienda de Octavio, sentados o reclinados en camastros en torno a las lámparas que parpadean en el centro del suelo. Octavio se levanta de vez en cuando para sentarse en una banqueta alejada de la luz, con el rostro en la penumbra. Muchas personas han venido de Apolonia en busca de más información, para darnos consejo y ofrecernos su ayuda; Lugdunio ha puesto la legión a nuestra disposición en caso de que la necesitemos. Octavio ha pedido que no nos molesten, y habla de los hombres que han acudido a él:

—Sabes incluso menos que nosotros y lo único que les preocupa es su propia suerte. Ayer... —hace una pausa, fijando la mirada en un punto en la oscuridad—, ayer pensaba que eran mis amigos; ahora no puedo fiarme de ellos. —De nuevo hace una pausa, se acerca a nosotros y me

coloca la mano en el hombro diciendo—: Solo hablaré de estos asuntos con vosotros tres, que sois mis verdaderos amigos.

Habla Mecenás, con una voz ahora más profunda, que ya no chirría con su habitual feminidad:

—No confíes ni siquiera en nosotros, los que te queremos. De ahora en adelante no deposites en nosotros más que la fe necesaria.

Octavio se aparta de nosotros bruscamente y, de espaldas a la luz, dice con voz ahogada:

—Lo sé. Eso también lo sé.

De modo que comenzamos a hablar sobre lo que debemos hacer.

Agripa opina que no debemos hacer nada, puesto que no sabemos nada que justifique actuación alguna por nuestra parte. A la luz titubeante de las linternas, con esa voz y esa gravedad, se diría que era un anciano el que hablaba:

—Aquí estamos seguros, al menos por el momento; esta legión nos será leal, Lugdunio nos ha dado su palabra. Puede que se trate de una rebelión general y que se hayan enviado tropas para capturarnos, como las envió Sila para capturar a los descendientes de Mario, entre los cuales se hallaba el propio Julio César. Quizás no seamos tan afortunados como lo fue él entonces. Tras nosotros se extienden las montañas de Macedonia, y no van a venir hasta aquí a atacar a esta legión. En cualquier caso, tendremos tiempo de recibir más noticias sin haber hecho ningún movimiento que comprometa nuestra posición en un sentido u otro. Debemos aguardar en la seguridad del momento.

Octavio replica con una voz suave:

—Mi tío me dijo en una ocasión que demasiada cautela puede conducir a la muerte de forma tan certera como demasiada precipitación.

Algo me impulsa de pronto a ponerme en pie, y hablo con una voz que no parece la mía:

—Te llamo César porque sé que él hubiera querido que fueras su hijo.

Octavio me mira; supongo que no se le había ocurrido pensar en ello.

—Es demasiado pronto para eso —dice con calma—, pero recordaré que fue Salvidieno el primero en llamarme así.

Yo añado:

—Y si deseaba tenerte por hijo, desearía que actuaras como lo habría hecho él. Agripa dice que esta legión nos es leal; las otras cinco legiones que hay en Macedonia responderán del mismo modo que lo ha hecho Lugdunio si solicitamos su adhesión cuanto antes. Porque si nosotros no sabemos lo que está por venir, ellos lo saben aún menos. Propongo que marchemos sobre Roma con las legiones que tenemos y que asumamos el poder.

—¿Y después? —pregunta Octavio—. No sabemos de qué tipo de poder se trata, ni quienes serán nuestros adversarios. Ni siquiera sabemos quién le asesinó.

Yo agregó:

—Ese poder será lo que queramos hacer de él, y en cuanto a nuestros adversarios, es imposible saber quiénes son. Pero si las legiones de Antonio se unen a nosotros, entonces...

Octavio replica, pausadamente:

—Ni siquiera sabemos quién le asesinó. No conocemos a sus enemigos, de modo que es imposible saber quiénes son los nuestros.

Mecenás suspira, se levanta, sacude la cabeza y dice:

—Hemos hablado de actuar, de lo que debemos hacer, pero no hemos hablado de cuál sería nuestro propósito si actuamos. —Mira fijamente a Octavio y prosigue—: Amigo mío, ¿qué es lo que deseas conseguir con lo que quiera que hagamos?

Octavio permanece callado durante un instante. Después nos mira fijamente a cada uno de nosotros:

—En este momento juro ante todos vosotros y ante los dioses que si es mi destino que viva, me vengaré de los asesinos de mi tío, quienesquiera que sean.

Mecenas asiente y dice:

—Entonces nuestro propósito primordial es asegurar ese destino a fin de que puedas cumplir tu promesa: hemos de conservar la vida. Y para ello debemos movernos; con cautela, pero movernos. —Camina por la habitación, dirigiéndose a nosotros como si fuéramos niños en la escuela—: Nuestro amigo Agripa sugiere que aguardemos aquí, seguros, hasta que sepamos qué dirección tomar. Pero permanecer aquí es esperar en la ignorancia. Vendrán noticias de Roma, pero serán rumores mezclados con verdad y verdades sazonadas de intereses propios, y al final los intereses propios y las banderías se convertirán en nuestra única fuente de información. —Se vuelve hacia mí y añade—: Nuestro impetuoso amigo Salvidieno aconseja que actuemos ya, aprovechando la confusión que posiblemente reina ahora en el mundo. El que arremete a oscuras contra un enemigo vacilante tiene las mismas oportunidades de salir victorioso que de caer por un precipicio que no ha visto o de ser conducido a una meta no deseada. No; toda Roma sabrá que Octavio ha tenido noticia de la muerte de su tío. Regresará en silencio, acompañado de sus amigos y de su dolor, pero sin los soldados que tal vez tanto sus amigos como sus enemigos esperan. Ningún ejército atacaría a cuatro jóvenes y a unos pocos esclavos que regresan para llorar a un familiar, por lo que no ha de concentrarse en torno a ellos fuerza alguna que pueda alertar al enemigo y excitar su voluntad. Y si se propusieran asesinarlos, cuatro corren más aprisa que toda una legión.

Todos hemos dicho lo que pensamos. Octavio está callado, y pienso en cuán extraño resulta que de pronto deleguemos en él las decisiones, lo que no habíamos hecho nunca antes. ¿Es quizás el poder que percibimos en él y del que antes no éramos conscientes? ¿Es consecuencia del momento? ¿O de alguna carencia en nosotros mismos? Reflexionaré sobre ello más tarde.

Octavio habla por fin:

—Haremos lo que Mecenas dice. Dejaremos la mayor parte de nuestras posesiones aquí, como si tuviéramos intención de regresar, y cruzaremos mañana hasta Italia lo más aprisa que podamos. Pero no a Brindisi: hay una legión allí, y desconocemos sus intenciones.

—A Otranto —interviene Agripa—. De todas formas está más cerca.

Octavio asiente:

—Y ahora debéis elegir. Quien regrese conmigo inevitablemente ligará su suerte a la mía. No queda otro remedio, y una vez hecho no hay vuelta atrás. Y no puedo prometeros nada salvo que correréis mi misma suerte.

Mecenas bosteza. Vuelve a ser el de siempre:

—Cruzamos contigo a bordo de ese apestoso barco pesquero. Si fuimos capaces de soportar eso, podemos soportar cualquier cosa.

—Aquel día... fue hace mucho tiempo —responde Octavio sonriendo con cierta tristeza.

No decimos nada más; únicamente nos damos las buenas noches.

Estoy solo en mi tienda; la lámpara chisporrotea sobre la mesa en la que escribo estas palabras, y a través de la puerta de la tienda hacia el este, por encima de las montañas, puedo ver la pálida luz del amanecer. He sido incapaz de dormir.

En la quietud de la madrugada los acontecimientos del día parecen lejanos e irreales. Sé que el curso de mi vida —de todas nuestras vidas— ha cambiado. ¿Qué sentirán los otros? ¿Serán también conscientes?

¿Sabrán que ante nosotros se extiende un camino al final del cual nos aguarda la muerte o la gloria? Las dos palabras dan vueltas y más vueltas en mi cabeza, hasta que tengo la impresión de que son una misma cosa.

CAPÍTULO SEGUNDO

I. Carta de Atia y Marcio Filipo a Octavio (abril, 44 a. C.)

Hijo mío, cuando recibas esta carta estarás ya en Brindisi y habrás oído las noticias. Tal como temía, el testamento se ha hecho público y has sido nombrado hijo y heredero de César. Aunque sé que tu primera reacción será aceptar tanto el nombre como la fortuna, tu madre te implora que aguardes, que reflexiones y juzgues ese mundo al que el testamento de tu tío te conducirá. No es el sencillo mundo campechano de Velletri donde transcurrió tu infancia, ni el entorno familiar de tutores y ayas de cuando eras niño; ni tampoco el mundo de los libros y la filosofía en el que viviste tu juventud, ni tan siquiera el sencillo mundo del campo de combate en el que César, en contra de mi voluntad, te inició. Es el mundo de Roma, donde ningún hombre sabe quién es amigo o enemigo, donde la licencia despierta más admiración que la virtud y donde los principios se hallan a merced de las voluntades particulares.

Tu madre te ruega que renuncies a los términos del testamento; puedes hacerlo sin traicionar el nombre de tu tío y nadie pensará mal de ti. Porque aceptando el nombre y la fortuna, aceptas también la enemistad tanto de los que asesinaron a César como de los que ahora honran su memoria. Tan solo contarás con el afecto de la plebe, al igual que César, que no fue suficiente para preservarle de su destino.

Rezo por que recibas esta carta antes de haber tomado una decisión precipitada. Nosotros nos hemos alejado del peligro de Roma y nos quedaremos aquí en la casa de tu padrastro hasta que amaine el caos y comience a haber un mínimo de orden. Si decides no aceptar el testamento, podrías viajar con total seguridad por el país para reunirte aquí con nosotros. Uno aún puede llevar una vida digna en la intimidad de su propia mente y de su corazón. Tu padrastro desea añadir unas palabras a las mías.

Tu madre te habla desde el amor que hay en su corazón; yo te hablo de igual modo desde el afecto, pero también desde el conocimiento práctico que poseo del mundo y de los hechos acaecidos en estos últimos días.

Ya conoces mi postura política y sabes que en ocasiones pasadas he disentido del proceder de tu difunto tío. De hecho, alguna vez, al igual que nuestro amigo Cicerón, he considerado necesario manifestar mi desacuerdo en la sala del Senado. Si te digo esto es solo con el fin de

asegurarte que no es por motivos políticos que te ruego que tomes el camino que tu madre aconseja, sino por motivos de orden práctico.

No condono este asesinato, y de haber sido consultado al respecto, sin duda lo habría rechazado con una aversión tal que hiciera peligrar mi propia vida. Mas debes comprender que entre los tiranícidas (como ellos mismos se hacen llamar) se encuentran algunos de los ciudadanos más responsables y respetados de Roma. Cuentan con el apoyo de la mayoría del Senado, de modo que su única amenaza proviene de la plebe; algunos de ellos son mis amigos y, aun siendo erradas sus acciones, son hombres honestos y leales a la patria. Ni siquiera Marco Antonio, a quien arroja el fervor de la plebe, se atreve a proceder contra ella; ni lo hará, porque él también es un hombre práctico.

Con independencia de cuáles fueran sus virtudes, tu tío ha dejado Roma en un estado del que es difícil que se recupere pronto. Todo está en duda: sus enemigos son poderosos pero vacilan en su determinación, y sus amigos son corruptos e indignos de la confianza de nadie. Si aceptas el nombre y el legado, las personas de importancia te abandonarán: poseerás un nombre desprovisto de honor y una fortuna que no necesitas, y estarás solo.

Ven a Puteoli con nosotros. No te mezcles en asuntos cuya resolución no puede favorecer a tus intereses. Mantente alejado de todo ello. En nuestro afecto hallarás seguridad.

II. Memorias de Marco Agripa: Fragmentos (13 a. C.)

... y aquella noticia y el dolor que sentíamos nos incitó a actuar. Nos hicimos a la mar lo más rápido posible, y en procelosa travesía cruzamos a Otranto, donde llegamos en mitad de la noche y sin revelar a nadie nuestra identidad. Dormimos en una posada corriente, ordenando a nuestros sirvientes que se ausentaran a fin de que nadie sospechara de nosotros, y antes del amanecer emprendimos el camino hacia Brindisi como si fuéramos campesinos. En Lecce fuimos detenidos por dos soldados que vigilaban los accesos a Brindisi, y, aunque no dijimos nuestros nombres, uno de ellos, que había estado en la campaña de Hispania, nos reconoció. Por él supimos que la guarnición de Brindisi nos acogería cordialmente, de modo que podíamos ir allí sin riesgo alguno. Uno de ellos nos acompañó por el camino mientras que el otro se adelantaba para anunciar nuestra llegada, de modo que tuvimos el honor de ir escoltados por un centinela hasta Brindisi. Al entrar en la ciudad, las tropas se alinearon a un lado y a otro para recibirnos.

En Brindisi nos mostraron una copia del testamento de César en virtud del cual designaba a Octavio como su hijo y legatario, donaba sus jardines al pueblo para su esparcimiento y legaba trescientas piezas de plata de su propia fortuna a cada ciudadano de Roma.

Nos informaron de todas las noticias llegadas de Roma, que estaba anegada en el desorden: conocimos los nombres de los asesinos de Julio César y supimos de la barbarie de un Senado que había sancionado el asesinato y puesto en libertad a los asesinos, y conocimos también el dolor y la ira del pueblo, sometido a la anarquía de aquel gobierno.

Un mensajero de la casa de Octavio nos estaba esperando para hacerle entrega de unas cartas que su madre y el esposo de esta le enviaban y en las que le urgían, desde el afecto y la estima, a que renunciara al legado, cosa para él imposible. La incertidumbre que reinaba en el mundo y la

dificultad de la tarea a que se enfrentaba arreciaron su determinación: comenzamos a llamarle César y le juramos lealtad.

La legión de Brindisi y los veteranos de los alrededores, movidos por su veneración hacia el padre asesinado y el afecto por su hijo, se agolparon en torno a él pidiéndole que los liderara en la venganza contra los asesinos; mas él los disuadió con palabras de agradecimiento, y proseguimos discretamente nuestro luctuoso viaje desde Brindisi, por la Vía Apia, hasta Puteoli, desde donde pretendíamos entrar en Roma llegado el momento propicio.

III. Notas para el diario de Quinto Salvidieno Rufo, Brindisi (44 a. C.)

Se nos ha informado de mucho, aunque comprendemos poco. Se dice que había más de sesenta conspiradores. A la cabeza de todos ellos estaban Marco Junio Bruto, Cayo Casio Longino, Décimo Bruto Albino, Cayo Trebonio, todos supuestos amigos de Julio César, algunos de cuyos nombres conocemos desde niños. Además hay algunos otros que aún no sabemos. Marco Antonio habla en contra de los asesinos, pero después los invita a cenar a su casa; Dolabella, que apoyó el asesinato, es designado cónsul para el año por ese mismo Antonio que denuncia a los enemigos de Julio César.

¿A qué juega Antonio? ¿Hacia dónde vamos?

IV. Carta de Marco Tulio Cicerón a Marcio Filipino (44 a. C.)

Acabo de saber que tu hijastro, acompañado de tres de sus jóvenes amigos, viene de camino desde Brindisi, donde puso pie hace apenas unos días. Me apresuro a enviarte esta carta para que la recibas antes de que llegue.

Se rumorea que, a pesar de tu carta en la que le brindabas consejo (copia de la cual tuviste la amabilidad de enviarme y de la que acuso recibo con agradecimiento), tiene intención de aceptar los términos del testamento de César. Aunque espero que no sea cierto, temo la imprudencia de la juventud. Te ruego que emplees toda la influencia que sobre él tengas para disuadirle, o, si ya lo ha aceptado, para persuadirle de que renuncie. Contarás para ello con toda la ayuda que necesites de mi parte: haré los preparativos necesarios para dejar mi casa de Astura en los próximos días a fin de poder estar contigo en Puteoli cuando llegue. He sido amable con él en el pasado, y creo que me admira.

Sé que sientes cierto afecto por el chico, pero debes comprender que, aunque remotamente, se trata de un César, y que los enemigos de nuestra causa podrían valerse de él si le permitimos seguir adelante. En tiempos como estos la lealtad a nuestro partido ha de prevalecer sobre nuestras inclinaciones naturales, y ninguno de nosotros desea que se le haga daño. Debes hablar con tu esposa acerca de esto tan persuasivamente como puedas (recuerdo que tiene una gran influencia sobre su hijo).

He recibido noticias de Roma. La situación, sin ser desesperada, tampoco es buena. Nuestros amigos aún no se atreven a dejarse ver por allí, y hasta mi querido Bruto ha tenido que quedarse

en el campo haciendo lo que puede en lugar de estar en Roma restaurando la República. Tenía la esperanza de que con el asesinato recuperaríamos de una vez la libertad, retornaríamos a nuestro glorioso pasado y nos liberaríamos de los advenedizos que ahora osan perturbar el orden que ambos amamos. Pero la República no ha sido restaurada: los que deberían actuar con fortaleza parecen incapaces de decidirse, y Antonio es como una bestia al acecho que va de un botín a otro saqueando la hacienda pública y acaparando poder allá donde puede. Si tuviéramos que aguantar a Antonio, creo que casi llegaría a lamentar la muerte de César; pero no le soportaremos mucho tiempo, estoy convencido de ello: se mueve con tanta temeridad que necesariamente acabará por destruirse a sí mismo.

Soy demasiado idealista, ya lo sé; ni mis amigos más queridos lo negarían. Aun así tengo motivos para creer que el futuro justificará nuestra causa. La herida sanará, las disputas cesarán, el Senado recobrará el propósito y la dignidad de antaño que César casi aniquiló; y tú y yo, mi querido Marcio, viviremos para ver esa antigua virtud de la que tantas veces hemos hablado ceñirse cual corona sobre la frente de Roma.

Me pesan los acontecimientos de las últimas semanas. Estas cuestiones me han robado tanto tiempo que mis propios asuntos se resienten. Uno de los administradores de mi hacienda, Crísipo, vino ayer a verme y me reconvino seriamente: dos de mis establecimientos se han derrumbado y otros se están deteriorando tanto que no solo los inquilinos, sino hasta los ratones, amenazan con marcharse... Qué afortunado soy de pensar como Sócrates: lo que para cualquier otro sería una calamidad, para mí no es tan siquiera una molestia. ¡Qué insignificantes, esas cosas! En cualquier caso, como resultado de una larga discusión con Crísipo, he trazado un plan que me permitirá vender unos cuantos edificios y reparar otros, trocando así mi pérdida en beneficio.

V. Carta de Marco Tulio Cicerón a Marco Junio Bruto (44 a. C.)

He visto a Octavio. Se encuentra en la villa de su padrastro en Puteoli, que está justo al lado de la mía, y como Marcio Filipo y yo somos amigos, puedo verle siempre que quiera. Y he de decirte que en efecto ha aceptado la herencia, así como el nombre de nuestro enemigo muerto.

Pero antes de que desesperes, déjame asegurarte que este hecho tiene menos importancia de la que hubiéramos podido imaginar. El chico es un inepto, no hay motivos para temerle.

Le acompañan tres de sus jóvenes amigos: un tal Marco Agripa, un enorme pueblerino que mejor estaría arando surcos en el campo —empujando el arado o incluso tirando de él— que presente en un salón; un tal Cayo Cilnio Mecenas, un joven de rasgos duros aunque extrañamente afeminados, que en lugar de andar revolotea, y que bate las pestañas de la forma más repulsiva, y un tal Salvidieno Rufo, un chico delgado y vivaz que ríe quizás demasiado, pero que parece el más tolerable del grupo. Por lo que hasta ahora sé no son nadie, sin familias de importancia ni fortuna de ningún tipo (aunque para el caso tampoco se puede decir que el linaje de Octavio sea inmaculado: su abuelo paterno no era más que un vulgar prestamista de pueblo y, más allá de eso, solo los dioses saben de dónde proviene).

En cualquier caso, los cuatro vagan por la casa como si no tuvieran nada que hacer, hablando con las visitas y dando la lata en general. Da la impresión de que no saben de nada, pues resulta

muy difícil obtener una respuesta inteligente de ninguno de ellos: hacen preguntas estúpidas y parecen no entender las respuestas, porque asienten como atontados y miran a otro lado.

No obstante, yo no dejo traslucir ni mi disgusto ni mi euforia, y me muestro de lo más serio delante del chico. Nada más llegar le expresé mis condolencias, e intercambiamos los tópicos habituales sobre la pérdida de familiares cercanos. Por su respuesta deduje que su dolor era más personal que político. Luego, fingiendo ligeramente, sugerí que si bien el asesinato era un hecho infortunado (perdóneme la hipocresía, querido Bruto), muchos consideraban que los motivos que lo ocasionaron eran altruistas y patrióticos. En ningún momento detecté en él ningún indicio de que mis argumentos le incomodaran. Creo que siente un respeto reverencial por mí, de modo que quizás podamos persuadirle de que se una a nosotros si llevo el asunto con la delicadeza suficiente.

Es un jovenzuelo, y bastante ingenuo por cierto: no tiene ni idea de política ni es probable que la tenga nunca. No es el honor ni la ambición lo que le mueve, sino un afecto bastante discreto por la memoria del que hubiera querido tener por padre; y sus amigos solo buscan el beneficio que puedan obtener a cambio de apoyarle. Así que creo que no constituye un peligro para nosotros.

Por otra parte, quizás podamos emplear esta circunstancia a nuestro favor. Porque es cierto que es el heredero legítimo del nombre de César y de su herencia, si es capaz de cobrarla. Sin duda habrá quienes le sigan solo por el nombre que ha asumido; otros, los veteranos y los siervos, le seguirán en honor al hombre que le dio ese nombre, y aun habrá otros que lo hagan por simple capricho o por no saber qué hacer. Pero lo que es importante recordar es que no habremos perdido a ninguno de los nuestros, pues aquellos que le sigan serán los que de cualquier modo habrían seguido a Antonio... Si logramos atraerle hacia nuestra causa, habremos conseguido una doble victoria, ya que en el peor de los casos habremos debilitado el partido de Antonio, lo cual en sí mismo ya es triunfo suficiente. Utilizaremos al chico y después le daremos de lado, acabando así con la estirpe del tirano.

Como podrás comprender, con Marcio Filipo no puedo hablar libremente de estas cuestiones, pues aunque es nuestro amigo su posición es delicada. Después de todo está casado con la madre del muchacho, y ningún hombre se halla completamente libre de la debilidad que las obligaciones maritales ocasionalmente generan. Además, no es lo bastante importante como para confiarle todo.

Te permito que conserves esta carta para tiempos más seguros, pero te ruego que no le envíes copia a nuestro amigo Ático. Por admiración hacia mí y orgullo de nuestra amistad le muestra mis cartas a todo el mundo, incluso aquellas que no publica. Y la información que esta contiene no ha de difundirse hasta que el porvenir corrobore la veracidad de mis observaciones.

Posdata: Cleopatra, la ramera egipcia de Julio César, ha huido de Roma, no sé si por temor de su vida o por desesperación al comprobar las consecuencias de su ambición. Nos hemos librado de ella para siempre. Octavio se dirige a Roma con el fin de reivindicar su legado, y lo hace con plena inmunidad. Apenas pude ocultar mi enojo y mi dolor cuando él mismo me lo dijo: ese muchachuelo y los patanes de sus amigos pueden ir a Roma sin riesgo alguno para su persona mientras que tú, mi héroe de los Idus de marzo, y nuestro Casio, habéis de permanecer ocultos como animales perseguidos, más allá de los límites de la ciudad a la que habéis dado la libertad.

VI. De Marco Tulio Cicerón a Marco Junio Bruto (44 a. C.)

Seré muy breve. Es nuestro, estoy seguro. Ha ido a Roma y ha hablado ante el pueblo, mas solo para reivindicar su derecho al legado. He sido informado de que no habla mal de ti ni de Casio ni de ninguno de los otros. Encomia a César con mucha discreción y anuncia que acepta la herencia por deber y el nombre en señal de respeto, y que su intención es retirarse a la vida privada una vez resueltas estas cuestiones. ¿Podemos creerle? ¡Debemos hacerlo! Intentaré seducirle cuando regrese a Roma: puede que su nombre aún nos sea útil.

VII. Carta de Marco Antonio a Cayo Sentio Tavo, Comandante Militar de Macedonia (44 a. C.)

Sentio, mi viejo amigo, Antonio te envía saludos y además un informe de las trivialidades más recientes para que te hagas una idea de lo que tengo que soportar todos los días ahora que el peso de la administración recae sobre mí. No sé cómo César pudo aguantarlo día tras día. Era un hombre extraño.

Ese pálido cabronzuelo de Octavio vino a verme ayer por la mañana. Lleva cerca de una semana en Roma actuando cual viuda afligida, llamándose a sí mismo César y haciendo todo tipo de idioteces similares. Parece que los mentecatos de mis hermanos, Cneo y Lucio, le autorizaron sin consultarme a que se dirigiera a la multitud en el Foro a condición de que les garantizara que no haría un discurso político. ¿Has oído hablar alguna vez de un discurso que no sea político? Bueno, al menos no intentó arengarles: no es tonto del todo. Estoy seguro de que recibió de ellos cierto consuelo, pero nada más que eso.

Pero aunque no lo sea del todo, sin duda algo tonto sí que es, porque se da unos aires muy presuntuosos para un muchacho, sobre todo uno cuyo abuelo era un ladrón y cuyo único nombre de alguna importancia es prestado. Vino a mi casa al final de la mañana, sin cita, cuando había media docena de personas esperando, y llegó acompañado de un séquito de tres como si fuera un maldito magistrado y ellos sus lictores. Supongo que pensó que lo dejaría todo para ir corriendo a atenderle a él, cosa que por supuesto no hice. Le dije a mi secretaria que le informara de que tendría que aguardar su turno: en parte esperaba que se fuese y lo deseaba también. Pero no lo hizo, así que le dejé esperando durante gran parte del resto de la mañana hasta que finalmente le dejé pasar.

He de confesar que pese a haber jugado con él como lo hice, sentía curiosidad. Tan solo le había visto en un par de ocasiones anteriormente. Una, hace seis o siete años, cuando él tenía doce, que César le permitió pronunciar el panegírico en el funeral de su abuela Julia, y otra, hace dos años con motivo de la Marcha Triunfal de César tras la campaña de África, en la que yo iba montado en el carro con César y el muchacho detrás de nosotros. César me había hablado mucho de él en el pasado, y me preguntaba si acaso le había infravalorado.

Pero no. Jamás comprenderé cómo el «gran» César pudo nombrar a este muchacho heredero de su nombre, su poder y su fortuna. Juro por los dioses que si ese testamento no estuviera

depositado e inscrito ya en el Templo de las Vírgenes Vestales, me habría arriesgado a cambiarlo yo mismo.

Me habría exasperado menos si hubiese dejado sus aires de grandeza en el recibidor, entrando en mi despacho como cualquier otra persona. Pero no lo hizo. Entró flanqueado por sus tres amigos, a los que me presentó como si realmente alguno de ellos me importara. Se dirigió a mí con el civismo pertinente, y después esperó a que dijera algo. Le miré durante largo tiempo sin hablar. Lo que sí puedo decir en su favor es que es muy temperado: no perdió la calma ni dijo nada, y ni siquiera se le veía contrariado por haberle hecho esperar. Así que finalmente dije:

—Y bien, ¿qué es lo que quieres?

Y ni siquiera entonces pestañeó. Me respondió:

—He venido a presentar mis respetos al que fue amigo de mi padre y a informarme de los trámites para ejecutar su testamento.

—Tu tío —repliqué— ha dejado sus asuntos hechos un desastre. Así que te aconsejo que no te quedes en Roma a esperar a que se ordenen.

Y tampoco después de esto dijo una sola palabra. La verdad, Sentio, es que hay algo en ese chico que me da mala espina. No soy capaz de mantener la calma en su presencia.

Añadí:

—Te aconsejo también que no emplees su nombre tan a la ligera como si fuera tuyo. No lo es, como bien sabes, y no lo será hasta que el Senado ratifique la adopción.

Asintió.

—Agradezco tus consejos —dijo después—. Empleo el nombre en señal de reverencia, no por ambición. Pero dejando a un lado la cuestión de mi nombre, e incluso mi parte de la herencia, aún queda el legado que César hizo a los ciudadanos. Creo que están tan indignados que...

Me reí de él.

—Muchacho —le dije—, este es el último consejo que te doy esta mañana: ¿por qué no regresas a Apolonia y te dedicas a leer tus libros? Allí estarás mucho más seguro. Yo me ocuparé de los asuntos de tu tío como estime adecuado y cuando lo crea conveniente.

No se dio por insultado. Me sonrió con esa tenue y fría sonrisa, y añadió:

—Me complace saber que los asuntos de mi tío están en buenas manos.

Me levanté de mi mesa y le di una palmada en el hombro, diciendo:

—Así me gusta. Ahora será mejor que os vayáis; aún tengo muchas cosas que hacer.

Y ahí acabó la cosa. Me parece que es consciente de su situación, por lo que no creo que vaya a hacer planes de gran envergadura. Es un jovenzuelo petulante y mediocre que no destacaría en absoluto de no ser por su derecho a usar ese nombre, lo cual, aun cuando por sí mismo no le lleve muy lejos, resulta fastidioso.

Pero basta ya. Ven a Roma, Sentio, y te prometo que no hablaré una sola palabra de política. Asistiremos a una función en casa de Emilia —donde, por autorización especial de un cónsul cuyo nombre no mencionaré aquí, se permite que las actrices actúen sin las tan molestas vestimentas—, beberemos todo el vino que podamos y competiremos ante las mujeres para ver quién es mejor hombre de los dos.

Pero la verdad es que desearía que ese cabronzuelo dejase Roma llevándose consigo a sus amigos.

VIII. Notas para el diario de Quinto Salvidieno Rufo (44 a. C.)

Hemos visto a Antonio. Aprehensivo. Tarea ingente. Le tenemos en contra, no hay duda; empleará todos los medios a su alcance para detenernos. Nos hizo ser conscientes de nuestra juventud e inexperiencia.

Es un hombre realmente impresionante. Vanidoso, aunque con audacia. Vestía una toga blanquísima (que hacía destacar sus brazos musculosos y tostados) con un festón color púrpura delicadamente orlado con oro; tan grande como Agripa, pero de movimientos felinos en lugar de taurinos; de huesos grandes, rostro agraciado, con pequeñas cicatrices blancas de cortes aquí y allá; nariz sureña, se ve que antaño rota; labios carnosos, curvados hacia arriba en las comisuras; ojos de color castaño claro que pueden llegar a centellear de ira, y voz retumbante, capaz de envolverle a uno tanto en la fuerza como en el afecto.

Mecenas y Agripa están furiosos, cada cual a su manera. Mecenas, rígido, frío como un témpano (cuando se pone serio abandona todos su manierismos y hasta parece que el cuerpo se le endurece); no ve posibilidad alguna de conciliación ni la desea. Agripa, por lo general tan impasible, tiembla de rabia, el rostro enrojecido, los enormes puños apretados. Pero Octavio (ahora hemos de llamarle César en público) parece extrañamente alegre, nada enfadado. Sonríe, habla animado, se ríe incluso (es la primera vez que ríe desde la muerte de César). En su momento más difícil parece que nada le preocupa. ¿Actuaba así su tío en momentos de peligro? Hemos oído decir que sí.

Octavio rehúsa hablar acerca de esta mañana. Por lo general nos bañamos en las instalaciones públicas, pero hoy vamos a la casa de Octavio en la colina: no quiere hablar con desconocidos sobre lo acontecido hasta haber comentado entre nosotros. Jugamos durante un tiempo a lanzarnos una pelota (nota: Agripa y Mecenas están tan enojados que juegan mal, se les cae la pelota, la tiran de cualquier manera... Octavio en cambio juega distendidamente, riéndose, con gran destreza y agilidad; me contagio de su humor, nos ponemos a bailar alrededor de los otros dos hasta que ya no saben si están enfadados con Antonio o con nosotros). Mecenas desvía la pelota de un manotazo y le grita a Octavio:

—¡Idiota! ¿Es que no te das cuenta de la que se nos echa encima?

Octavio deja de bailar, finge un gesto contrito, se ríe de nuevo, se acerca a él y a Agripa, les pone los brazos alrededor de los hombros, y dice:

—Lo siento, pero no puedo dejar de pensar en nuestro juego de esta mañana con Antonio.

Agripa responde:

—No era ningún juego. El tipo iba totalmente en serio.

—Por supuesto que iba en serio —responde Octavio sonriendo aún—, pero ¿no te das cuenta? Nos tenía miedo. Nos teme más de lo que nosotros a él y no lo sabe. Ni siquiera es consciente. Ahí está la gracia.

Yo comienzo a afirmar con la cabeza, pero Agripa y Mecenas miran extrañados a Octavio. Hay un largo silencio. Mecenas asiente, su rostro se relaja; se encoge de hombros con su habitual afectación y, fingiendo contrariedad, dice con indiferencia:

—Pues vaya, ahora resulta que eres clarividente y que puedes leer el corazón de los hombres... —Y se encoge de hombros otra vez.

—Vamos a bañarnos. Cenaremos y hablaremos más tarde.

Estamos de acuerdo: no hay que precipitarse. Hablamos sobre Antonio, conscientes de que es un obstáculo para nosotros. Agripa cree que es quien ostenta el poder. Pero ¿cómo llegar hasta este? No tenemos suficientes apoyos como para arrebatárselo aunque nos atreviéramos a ello. Debemos lograr que nos reconozca; esa será nuestra primera pequeña ventaja. Demasiado peligroso alzar un ejército ahora, ni aun para vengar el asesinato: la posición de Antonio al respecto es demasiado ambigua. ¿Desea la venganza tanto como nosotros? ¿O es poder lo único que quiere? Es posible incluso que fuera uno de los conspiradores. Ha apoyado una ley del Senado por la que se perdona a los asesinos, y le ha concedido a Bruto una provincia.

Mecenas le ve como un hombre de enorme fuerza, un hombre de acción, aunque incapaz de concebir la finalidad de la misma. Mecenas dice que no planifica, sino que urde. No actúa salvo que sepa de cierto que se enfrenta a un enemigo. Pero debemos lograr que actúe, pues de lo contrario estaremos en un punto muerto. El problema: cómo hacer que actúe sin que se dé cuenta del miedo que nos tiene.

Hablo con vacilación. ¿Pensarán que soy demasiado tímido? Digo que creo que Antonio persigue el mismo fin que nosotros. Es poderoso, las legiones le apoyan, y demás. Es amigo de César. La brusquedad que ha mostrado con nosotros no es perdonable, pero es comprensible. Debemos esperar. Convencerle de nuestra lealtad, ofrecerle nuestros servicios. Colaborar con él, persuadirle de que utilice su poder para los fines de que hemos hablado.

Octavio dice calmadamente:

—No me fío de él, porque hay una parte de él que no se fía de sí mismo. Si vamos a él, estaremos demasiado supeditados al rumbo que él tome, y ni Antonio ni nosotros sabemos bien hacia dónde se dirige. Para ser libres de hacer lo que debemos hacer hemos de lograr que sea él quien venga a nosotros.

Seguimos hablando, trazamos un plan. Octavio se dirigirá al pueblo, a pequeños grupos dispersos, nada oficial.

Octavio:

—Antonio se ha convencido a sí mismo de que somos unos ingenuos, y a nosotros nos beneficia que continúe engañándose.

Así que no diremos nada que inflame los ánimos, pero nos preguntaremos en voz alta por qué los asesinos no han sido castigados, por qué no le ha sido entregado al pueblo el legado que César le hizo y por qué Roma ha olvidado con tanta rapidez.

Y después Octavio pronunciará un discurso oficial ante la plebe anunciando que Antonio no puede (o no quiere) ceder los fondos para pagarles, y que el propio Octavio les dará de su propio bolsillo lo que César prometió.

Prosigue el debate. Agripa dice que Octavio consumirá su propia fortuna si Antonio no cede el dinero entonces, y, que si resultara necesario recurrir a la fuerza militar, estaríamos perdidos. Octavio responde que sin el favor del pueblo un ejército sería inútil en todo caso, que obtendremos el poder sin que parezca que lo deseamos y que, de uno u otro modo, Antonio se verá obligado a actuar.

Todo arreglado. Mecenas prepara el borrador del discurso, Octavio lo perfeccionará, comenzamos mañana. Dice Octavio, dirigiéndose a Mecenas:

—Y ten en cuenta, amigo mío, que no es más que un simple discurso, no un poema. En cualquier caso, seguro que tendré que desentrañar tu inimitable prosa laberíntica.

Se equivocan: Marco Antonio no siente temor de ninguno de nosotros.

IX. Carta de Cayo Cilnio Mecenas a Tito Livio (13 a. C.)

Hace unos años mi amigo Horacio me describió el modo en que componía un poema. Habíamos estado bebiendo vino y hablábamos con seriedad, por lo que creo que la descripción que entonces me hizo era más precisa que la expuesta más recientemente en lo que se conoce como la Carta a los Pisos, un poema sobre el arte de la poesía que, he de confesar, no me gusta demasiado. Me dijo: «Decido hacer un poema cuando me siento impelido por un sentimiento intenso; pero espero a que ese sentimiento se intensifique aún más hasta convertirse en un impulso incontenible; después pienso en un propósito, lo más sencillo posible, hacia al que dirigir ese sentimiento, a menudo sin saber cuál será la evolución. Y después compongo mi poema, empleando todos los medios a mi alcance. Si es necesario, tomo ideas prestadas de otros, no importa. Y si tengo que inventarme cosas, tampoco importa. Empleo el lenguaje que conozco y me muevo dentro de sus fronteras. Pero lo importante es esto: el propósito que descubro al final no es el mismo que concebí al principio. Pues cada nuevo problema trae consigo nuevas opciones, y cada opción que uno elige suscita nuevos problemas a los que hay que buscar solución, y así indefinidamente. En el fondo de su corazón, el poeta siempre se sorprende ante el rumbo que toma su poema».

He recordado esta conversación esta mañana cuando me he sentado a escribirte, una vez más, acerca de aquellos días, y he pensado que la descripción que Horacio me hizo acerca de la composición de un poema guarda sin duda un asombroso parecido con la conformación de nuestros destinos en el mundo real (aunque si Horacio oyera esto y recordara lo que dijo, a buen seguro frunciría el ceño con severidad y diría que eso es una idiotez, que hacer un poema consiste en hallar un tema, disponerlo debidamente empleando una figura y otra, combinando tal métrica con tal sentido del lenguaje, y así sucesivamente).

Porque nuestro sentimiento —o más bien, el sentimiento de Octavio en el que nos vimos envueltos, como el lector se ve envuelto en un poema— se originó con el increíble asesinato de Julio César, un evento que cada vez más daba la impresión de haber destruido el mundo por completo, y el propósito que concebíamos era vengarnos de los asesinos, por nuestro propio honor y el del Estado. Era tan simple como eso, o lo parecía. Pero los dioses del mundo y los dioses de la poesía son sabios ciertamente, pues ¿cuán a menudo nos protegen de los propósitos por los que creemos luchar?

Mi querido Livio, no es mi intención ir de padre contigo, pero tú ni siquiera habías llegado a Roma cuando nuestro Emperador ya había realizado su destino y era el dueño del mundo. Permite que te cuente sobre aquellos días a fin de que puedas reconstruir, tantos años después, la situación de caos que nos encontramos en Roma.

César había muerto. Por «voluntad del pueblo», decían los asesinos, que sin embargo tuvieron que atrincherarse en el Capitolio para protegerse de ese mismo pueblo que había

«ordenado» el asesinato. Dos días después el Senado dio las gracias a los asesinos y, acto seguido, aprobó y elevó a rango de ley las mismas propuestas que César había hecho y por cuya causa fue asesinado. Pese a ser un acto terrible, los conspiradores habían obrado con fuerza y valentía, aunque se dispersaron como mujeres atemorizadas después de haber dado el primer paso. Antonio, amigo de César, instigó al pueblo en contra de los asesinos, si bien la noche antes de los Idus de marzo los invitó a cenar a su casa, y fue visto hablando en secreto con uno de ellos (Trebonio) en el momento del asesinato, ¡y volvió a cenar con aquellos mismos hombres dos noches más tarde! Incitó de nuevo a la plebe a incendiar y saquear en señal de protesta contra el asesinato, mas después autorizó el arresto y la ejecución de los culpables por actos de barbarie. Ordenó la lectura pública del testamento de César, pero impidió después su ejecución por todos los medios.

Ante todo sabíamos que no podíamos fiarnos de Antonio y que era un enemigo en extremo peligroso, aunque no por su habilidad y su astucia sino por su inconsciencia y su fuerza descontrolada. Pues a pesar de la visión sentimental que algunos jóvenes de hoy tienen de él, no era un hombre muy inteligente: no tenía un verdadero propósito más allá de los caprichos de su voluntad, y no era especialmente valeroso. Ni siquiera su suicidio lo hizo bien, pues se quitó la vida mucho tiempo después de que su situación fuera ya desesperada y cuando ya era demasiado tarde para morir con dignidad.

¿Cómo se enfrenta uno a un enemigo totalmente irracional e imprevisible y que, sin embargo, en virtud de una potencia animal y de las circunstancias del azar ha logrado acumular un poder escalofriante? Mirando atrás, recuerdo con extrañeza que, en un principio, considerábamos que nuestro adversario era Antonio más que el Senado, pese a que nuestros enemigos más notorios se encontraban allí; supongo que intuíamos que si un torpe como Antonio podía manejarles a ellos, tampoco tendríamos mucho problema con él llegado el momento. No sé explicarte cómo se enfrenta uno a un hombre así, solo sé que lo hicimos. Déjame que te lo cuente.

Habíamos ido a ver a Antonio, quien nos despidió de manera muy brusca. Él era el personaje más poderoso de Roma; nosotros no contábamos con nada más que un nombre. Llegamos a la conclusión de que nuestro objetivo era lograr su reconocimiento. Y como no pudimos lograrlo mediante tentativas de amistad, tendríamos que intentarlo por medio de la enemistad.

En primer lugar hablamos... con los amigos y con los enemigos de Antonio. O más bien interrogamos de un modo inocente, como intentando comprender lo que estaba sucediendo. ¿Cuándo pensaban que se ocuparía Antonio del testamento de César? ¿Dónde se hallaban los tiranocidas Bruto, Casio y los demás? ¿Se había pasado Antonio al bando de los republicanos o seguía siendo fiel al partido popular de César?... y así. Y nos asegurábamos de que Antonio recibiera noticia de estas conversaciones.

Al principio no hubo respuesta de su parte. Persistimos. Finalmente nos llegaron comentarios de que se sentía contrariado, comenzaron a circular relatos de los insultos que dirigía a Octavio, y los rumores y acusaciones contra Octavio iban de boca en boca. Y entonces dimos el paso que necesariamente le haría salir a la luz.

Con un poco de ayuda de mi parte Octavio compuso un discurso —puede que conserve una copia en algún lugar entre mis papeles; si mi secretario logra encontrarlo, te lo enviaré— en el que, apenado, anunciaba al pueblo que a pesar de lo dispuesto en el testamento, Antonio rehusaba darle la fortuna que César le había legado, pero que él (Octavio), habiendo heredado el

nombre de César, satisfaría las deudas de este, pagando el legado de su propio bolsillo. Pronunció el discurso. No había nada en él realmente provocador; el tono era más bien de dolor, de pena y de perplejidad ingenua.

Pero Antonio se precipitó, tal como esperábamos que hiciera. Presentó en el Senado una ley que impediría la adopción legal de Octavio, se alió con Dolabella, que a la sazón compartía con él el consulado y que había sido amigo de los conspiradores, consiguió el apoyo de Marco Emilio Lépido, quien había huido de Roma inmediatamente después del asesinato para incorporarse a su legión de la Galia, y profirió amenazas expresas contra la vida de Octavio.

Has de entender que la situación de muchos de los soldados y ciudadanos era en extremo difícil, o al menos así les parecía a ellos. La inmensa mayoría de los ricos y los poderosos estaban en contra de Julio César, y por tanto de Octavio; los soldados y la clase media, casi sin excepción, adoraban a Julio César, y por ende a Octavio, aunque sabían que Marco Antonio había sido amigo de César. Y ahora asistían a una destructiva confrontación entre las dos únicas personas que podían defenderles frente a las clases adineradas y la aristocracia.

Así que Agripa, que conocía mejor que nadie la vida, el lenguaje y la manera de pensar de los soldados, se dirigió a los oficiales de menor rango y a los veteranos de las campañas que eran amigos de César, y les pidió que aprovecharan su posición y su lealtad conjunta para acallar la disputa que sin motivo había surgido entre Marco Antonio y Octavio (a quien se refería delante de ellos como César). Una vez convencidos del afecto de Octavio y de que Antonio no juzgaría su iniciativa como un acto de rebelión o deslealtad, procedieron a intervenir.

Hubo que convencerles (eran varios cientos de ellos, si mal no recuerdo) de que marcharan en primer lugar a la casa de Octavio en la colina. Era importante que fueran allí primero, como verás. Octavio fingió sorpresa, escuchó la petición de amistad con Antonio que le hacían y pronunció ante ellos un breve discurso en el que perdonaba a Antonio sus insultos y accedía a reparar la brecha que se había abierto entre ellos. Como puedes suponer, nos aseguramos de que Antonio estuviera prevenido de la visita de la delegación: de haber marchado a su casa sin avisar, habría podido malinterpretar las intenciones de aquellos hombres y pensar que se les enviaba en represalia por las amenazas proferidas contra Octavio.

Pero sabía de su llegada. A menudo he intentado imaginar su indignación mientras esperaba solo en esa enorme mansión, antes habitada por Pompeyo, y que Antonio se apropió tras el asesinato de César. Porque Antonio sabía que no le quedaba más remedio que esperar, y es posible que presintiera entonces el curso que iba a seguir su vida.

A instancias de Agripa, los veteranos insistieron en que Octavio les acompañara, lo cual él hizo, aunque se negó a caminar en posición de honor y prefirió que le escoltaran al final de la línea de marcha. Debo admitir que Antonio se portó razonablemente bien cuando entramos en su jardín. Uno de los veteranos le saludó, él salió a saludarles a ellos, y a continuación escuchó el mismo discurso que le habían dirigido antes a Octavio. No obstante, se mostró algo hosco y cortante al acceder a la reconciliación. Entonces condujeron a Octavio ante él. Saludó a Antonio, este le devolvió el saludo, y los veteranos vitorearon. Aunque procuramos mantenernos a una distancia prudente, yo me hallaba muy próximo a ambos cuando se acercaron el uno al otro, y siempre he creído que en el rostro de Antonio vi una leve sonrisa, algo forzada pero apreciativa, cuando se dieron la mano.

Esa fue, pues, la primera pequeña parcela de poder que adquirimos. Y sobre la que comenzamos a edificar.

Y ahora estoy cansado, mi querido Livio. Te escribiré de nuevo pronto, cuando mi salud me lo permita. Porque tengo más cosas que contarte.

Postscriptum: confío en que serás discreto a la hora de emplear lo que te cuento.

X. Carta de Marco Tulio Cicerón a Marco Junio Bruto (septiembre, 44 a. C.)

Los acontecimientos de los últimos meses me tienen sumido en la desesperación. Octavio discute con Antonio, y albergo esperanzas. Concilian sus diferencias, se les ve juntos, y siento miedo. Vuelven a discutir, se oye hablar de conspiraciones, y me siento confuso. Se reconcilian de nuevo, y me entristezco. ¿Qué significa todo esto? ¿Sabe alguno de los dos adónde se dirige? Entretanto sus disputas y reconciliaciones tienen a Roma revuelta y mantienen vivo en la mente de todos el recuerdo del asesinato; y con todo ello, la fuerza y la popularidad de Octavio no hacen más que incrementarse. En ocasiones casi dudo si no habré subestimado al muchacho, y acto seguido me convenzo a mí mismo que es el azar de las circunstancias lo que le hace parecer más capaz de lo que en realidad es. No lo sé. Hay demasiada oscuridad.

He juzgado necesario hablar en contra de Antonio en el Senado, aun sabiendo el peligro que esto puede suponer. Octavio me brinda su apoyo cuando hablamos en privado, pero en público no se pronuncia. Sea como fuere, Antonio sabe ahora que soy su enemigo implacable. Sus amenazas fueron tales que no me he atrevido a dar mi segundo domicilio en el Senado. Pero se hará público y el mundo entero lo conocerá.

XI. Carta de Marco Tulio Cicerón a Marco Junio Bruto (octubre, 44 a. C.)

¡Cuánta temeridad! Antonio ha movilizado a las legiones macedonias y se dirige a Brindisi para reunirse con ellas; Octavio alista a los veteranos de las legiones de César que viven en Campania. Antonio pretende marchar a Galia contra nuestro amigo Décimo, aparentemente para vengar el asesinato, pero en realidad para aumentar su poder mediante la incorporación de las legiones galas. Se rumorea que marchará a través de Roma, haciendo gala de su fuerza frente a Octavio. ¿Habrá de nuevo guerra en Italia? ¿Podemos confiar nuestra causa a un muchacho tan joven y con un nombre como el de César (tal como se llama a sí mismo)? ¡Oh, Bruto! ¿Dónde estás ahora que Roma te necesita?

XII. Orden consular a Cayo Sentio Tavo, comandante militar de Macedonia, acompañada de una carta (agosto, 44 a. C.)

Por potestad de Marco Antonio, Cónsul del Senado romano, Gobernador de Macedonia, Pontífice del Colegio de los lupercos y Comandante en jefe de las legiones macedonias, se ordena a Cayo Sentio Tavo que inste a los mandos superiores de las legiones macedonias a que movilicen a sus tropas para cruzar en cuanto sea posible a Brindisi, y a esperar allí con las legiones la llegada de su comandante supremo.

Esto es muy importante, Sentio: el año pasado estuvo gran parte del tiempo en Apolonia. Es posible que trabara amistad con algunos de los oficiales; investigalo con mucho cuidado. Si ves a oficiales que parezcan sentir inclinación por él, trasládalos de legión enseguida o deshazte de ellos de cualquier otro modo. Pero deshazte de ellos.

XIII. Libelo repartido a las legiones macedonias en Brindisi (44 a. C.)

A los seguidores del asesinado César.

¿Marcháis contra Décimo Bruto Albino en Galia o contra el hijo de César en Roma?

Preguntadle a Marco Antonio.

¿Se os moviliza para destruir a los enemigos de vuestro dirigente muerto o para que protejáis a sus asesinos?

Preguntadle a Marco Antonio.

¿Dónde está el testamento de César muerto en el que legaba a cada uno de los ciudadanos de Roma trescientas monedas de plata?

Preguntadle a Marco Antonio.

Los que conspiraron contra César y le asesinaron se hallan en libertad en virtud de una ley del Senado sancionada por Marco Antonio.

El asesino Cayo Casio Longino ha sido nombrado gobernador de Siria por Marco Antonio.

El asesino Marco Junio Bruto ha sido nombrado gobernador de Creta por Marco Antonio.

¿Dónde, entre sus enemigos, están los amigos del asesinado César?

El hijo de César os convoca.

XIV. Orden de ejecución, Brindisi (44 a. C.)

A: Cayo Sentio Tavo, comandante militar de Macedonia.

De: Marco Antonio, comandante en jefe de las legiones.

Referencia: actos de traición en las legiones IV y marciana.

Los siguientes oficiales serán conducidos al cuartel general del comandante en jefe de las legiones al amanecer del duodécimo día de noviembre.

P. Lucio	Cn. Servio
Sex. Portio	M. Flavio
C. Tito	A. Mario

Estos hombres serán decapitados en el día y a la hora fijados. Además, se elegirá aleatoriamente a quince soldados de cada una de las veinte cohortes de las legiones IV y marcial, que serán ejecutados del mismo modo junto con sus oficiales.

Se ordena a todos los oficiales y los hombres de las legiones macedónicas que acudan a presenciar la ejecución.

XV. Hechos de César Augusto (14 d. C.)

A la edad de diecinueve años, por decisión personal y a mis expensas, alcé un ejército que me permitió devolver la libertad a la República, oprimida por el dominio de una bantera.

CAPÍTULO TERCERO

I. Carta de Cayo Cilnio Mecenas a Tito Livio (13 a. C.)

Mi querido y viejo amigo, jamás habría imaginado cómo estas cartas que me pides me transportarían a aquellos tiempos ya pasados, ni la maraña de emociones que atravesaría en el trayecto... En estos monótonos días de mi jubilación, a medida que el final de mi vida en la tierra se aproxima, los días parecen transcurrir a una velocidad indecente. Solo el pasado es real, y me adentro en él como si hubiera vuelto a nacer, como dice Pitágoras, en otro tiempo y otro cuerpo.

Son tantas las cosas que me dan vueltas en la cabeza, ¡qué desorden el de aquellos días! ¿Seré capaz de darles sentido, siquiera para ti, que sabes más de la historia de nuestro mundo que cualquier otro mortal? Me tranquiliza saber que tú le darás sentido a lo que te cuento aunque yo no pueda.

Marco Antonio se había encaminado a Brindisi para reunirse con las legiones macedonias a las que convocara; era obvio que debíamos actuar. No teníamos dinero: Octavio se había despojado de su fortuna y vendido gran parte de sus propiedades para pagar el legado de César al pueblo. No teníamos autoridad política: según la ley, Octavio tardaría diez años en poder optar a una plaza en el Senado, y huelga decir que Antonio había puesto trabas a todos los privilegios especiales que el Senado quiso conferirle. No teníamos poder: solo unos cuantos cientos de veteranos de los ejércitos que César tenía en Roma nos habían declarado su adhesión incondicional. Lo único que teníamos era un nombre y la fuerza de nuestra determinación.

De modo que Octavio y Agripa partieron de inmediato hacia el sur con objeto de visitar las granjas costeras que César había concedido a muchos de sus veteranos. Sabíamos que Antonio estaba ofreciendo a los reclutas una gratificación por alistarse, y multiplicamos esa cantidad por cinco. Ofrecíamos dinero que no teníamos; era una apuesta desesperada pero necesaria. Yo me quedé en Roma y redacté unas cartas que se repartirían entre las legiones macedonias, que, en principio, se hallaban a las órdenes de Antonio: anteriormente nos habían hecho promesas, por lo que teníamos motivos para creer que algunos de ellos desertarían para unirse a nosotros si las circunstancias eran favorables. Como sabes, las cartas surtieron su efecto... aunque no fue precisamente el esperado.

Porque entonces Antonio cometió el primero de sus múltiples errores graves. En castigo por la actitud vacilante de dos de las legiones (la macedonia y la marciana, creo) mandó ejecutar a cerca de trescientos oficiales. Estoy seguro que fue este hecho, y no tanto las cartas, lo que nos

favoreció. De camino a Roma estas dos legiones simplemente se desviaron a Alba Longa y le enviaron a Octavio una misiva comunicándole que habían decidido unir su suerte a la suya. No creo que estuvieran indignados por la crueldad de lo que Antonio había hecho, pues los soldados están acostumbrados a la crueldad y a la muerte, sino más bien que no podían ponerse en manos de un hombre que era capaz de actuar tan duramente de forma innecesaria.

Entretanto Octavio y Agripa habían logrado congregarse con relativo éxito un ejército incipiente para hacer frente a la amenaza de Antonio. Unos tres mil hombres armados se subordinaron a su mando (aunque dimos a entender que la cantidad era el doble), y un número igual de hombres inermes se sumaron a nuestra causa. Acompañado de una buena parte de estos tres mil hombres Octavio marchó hacia Roma; dejó a Agripa al mando de los restantes y le encargó que marchara con ellos hacia Arezzo (el lugar donde nací, como recordarás) y que por el camino congregara a cuantos soldados pudiera. Era un ejército ridículo en comparación con las fuerzas de nuestros enemigos, pero era más de lo que teníamos al comienzo.

Octavio instaló a su ejército a unos kilómetros de Roma. Entró en la ciudad con la única protección de un reducido grupo de hombres y se ofreció ante el Senado y el pueblo para enfrentarse a Antonio; se sabía que Antonio marchaba hacia Roma, aunque nadie estaba seguro de su propósito. Pero, dividido e impotente, el Senado rehusó, y el pueblo, confuso y temeroso, no logró ponerse de acuerdo. Como consecuencia, la mayor parte del ejército que con tanto esfuerzo habíamos logrado alzar se dispersó y nos quedamos con menos de mil hombres en Roma y unos cientos más que marcharon (inútilmente, creíamos) con Agripa hacia Arezzo.

Octavio se había jurado a sí mismo, a sus amigos y al pueblo que se vengaría de los asesinos de su padre. Y ahora Antonio se disponía a marchar a través de Roma en su camino hacia Galia, adonde se dirigía con el propósito, según decía, de castigar a Décimo Albino, uno de los conspiradores. Pero nosotros conocíamos —y Roma temía— su verdadero propósito, que no era otro que ganarse la adhesión de las legiones galas que Décimo mandaba. Con el apoyo de estas legiones sería invencible, y el mundo quedaría expuesto, como un gran tesoro sin protección, a sus ambiciones saqueadoras. Aquello significaba nada menos que la muerte de la Roma por la que César había dado su vida.

¿Te das cuenta de la posición en que nos encontrábamos? Teníamos que impedir que se castigara a uno de los asesinos a los que nosotros mismos habíamos jurado castigar. Y vimos con claridad que otro propósito había salido inesperadamente a nuestro encuentro... uno que iba más allá de la venganza y de nuestras propias ambiciones. Teníamos delante un mundo cada vez más grande y una tarea cada vez más ingente, y sentíamos que mirábamos en el interior de un abismo sin fondo.

Sin dinero, sin el apoyo del pueblo y sin la autoridad del Senado, lo único que podíamos hacer era esperar a que ocurriera lo que fuese. Octavio retiró el remanente de su ejército de las afueras de Roma y emprendió lentamente el camino hacia Arezzo para reunirse con el pequeño grupo que Agripa encabezaba, pese a que ya no parecía haber ninguna esperanza de que se pudiera detener o siquiera retrasar el avance de Antonio hacia Galia.

Y entonces Antonio cometió su segunda equivocación grave.

Impulsado por su vanidad y su temeridad penetró con sus tropas en la ciudad de Roma. Iban totalmente armados.

Hacía cuarenta años —desde las masacres de Mario y Sila— que los ciudadanos romanos no veían soldados armados intramuros de la ciudad; y aún quedaban personas vivas que recordaban los adoquines cubiertos de sangre, y algunos miembros del Senado que, siendo jóvenes, habían visto las cabezas apiladas en la tribuna de los que a la sazón eran senadores y que recordaban la imagen de los cadáveres abandonados en el foro para que los devorasen los perros.

Así pues Antonio fue regodeándose, bebiendo y de burdel en burdel por toda la ciudad mientras sus soldados saqueaban las casas de sus enemigos. El Senado, amedrentado, no se atrevió a plantarle cara.

Entonces desde Alba llegó la noticia de que la legión marciana le había abandonado para unirse a nosotros. Se dice que estaba ebrio cuando la recibió; en cualquier caso, actuó como si lo estuviera, pues convocó de inmediato una reunión del Senado (recuerda que seguía siendo cónsul) y, en una prolongada y absurda arenga, exigió que se declarase a Octavio enemigo público. Pero antes de finalizar el discurso llegó a la ciudad otra noticia que los senadores comentaban entre ellos al tiempo que Antonio hablaba: la IV legión macedónica, al igual que la marciana, había declarado su adhesión a Octavio y al partido de los Césares.

Preso de la ira, Antonio perdió el dominio de la escasa sensatez que poseía. Ya había vulnerado la constitución entrando en la ciudad con sus fuerzas armadas; ahora desafiaba la ley y las costumbres convocando al Senado de noche y amenazando a sus oponentes con causarles daño si asistían a la reunión. En esta asamblea ilegítima logró que se le concediera Macedonia a su hermano Cayo, y a sus propios acólitos las provincias de África, Creta, Libia y Asia. Y a continuación se apresuró a reunirse con el resto de su ejército en Tívoli, lugar desde el cual emprendió la marcha hacia Rimini, donde había de preparar el asedio contra Décimo en Galia.

Así pues, Antonio, con su insensatez, logró por nosotros lo que Octavio no había podido conseguir con su prudencia. Donde antes había desesperación, veía ahora esperanza.

Y ahora, mi viejo amigo, te contaré algo que nadie sabe y que puedes incorporar a tu historia si quieres. Se sabe que mientras tenían lugar estos acontecimientos, Octavio había iniciado su lenta marcha hacia Arezzo con lo que quedaba de sus tropas. Pero lo que no se sabe es que en el momento en que Antonio manifestó abiertamente su desdén por el Senado y por la ley, y que yo comprendí que la disposición del Senado y del pueblo era la que era, envié un mensaje urgente a Octavio diciéndole que regresara en completo secreto a Roma para que pudiéramos hacer nuestros planes. Mientras Antonio salía de la ciudad fanfarroneando con gran estrépito, Octavio entraba a escondidas.

Y trazamos el plan que nos permitió conquistar el mundo.

II. Carta de Marco Tulio Cicerón a Marco Junio Bruto, en Dirrachium (enero, 43 a. C.)

Mi querido Bruto, las noticias que desde Atenas llegan a Roma nos llenan de júbilo y esperanza a todos los que honramos la República. Si el resto de nuestros héroes hubieran actuado con tanta audacia y decisión como tú, nuestra nación no estaría en el estado de agitación en que se encuentra. ¡Pensar que ha pasado tan poco tiempo desde que Marco Antonio asignara ilegalmente Macedonia al badulaque de su hermano Cayo, y que ahora ese mismo Cayo se encoge de miedo en Apolonia mientras tus ejércitos aumentan y cobran la fuerza que algún día

será nuestra salvación! ¡Ojalá tu primo Décimo hubiera tenido la misma determinación y pericia hace nueve meses, después de nuestro banquete de los Idus de marzo!

Estoy seguro de que las inquietantes noticias de la última locura de Antonio han llegado incluso hasta Dirrachium. Desdeñando la ley y la costumbre, ha aterrorizado a la ciudad, y ahora marcha hacia Galia con la intención de enfrentarse a Décimo. Y hasta hace pocas semanas, para todos nosotros estaba claro que triunfaría en su propósito.

Pero el joven César (ahora le llamo así, a pesar de la aversión que siento por ese nombre) y su joven amigo, Mecenas, vinieron a verme a escondidas para proponerme un plan. No es la primera vez que el chico me pide mi opinión y que coquetea conmigo, pero ha sido solo últimamente que he comenzado a pensar que puede sernos de bastante ayuda y utilidad. Pese a su inusitada juventud y a su excesiva timidez, en los últimos meses ha logrado cosas asombrosas.

Me indicó, con mucha razón, que él cuenta con la única fuerza capaz de detener a Antonio: un ejército mandado por Marco Agripa que marcha ahora hacia Arezzo, lugar que se encuentra en el camino por el que Antonio pretende hacer su entrada en la Galia, y otro que sigue a este y que acampa discretamente a varios kilómetros de Roma; y solo los dioses saben cuántos más veteranos y soldados lograrán reclutar por el camino. Pero (y esto es lo que me hace comenzar a fiarme de este joven líder) se niega a hacer nada que sea contrario a la Ley: ha de contar con la sanción del Senado y del pueblo. Y propone que utilice mi posición (que, imagino, aún vale para algo) a fin de obtenerla.

Me he prestado a hacerlo, pero en condiciones que sean favorables para ambos. Por su parte el joven Octavio César quería la aprobación del Senado para reunir al ejército; quería que el pueblo agradeciera y se honrara oficialmente a los veteranos que le habían seguido y a las legiones IV macedónica y marciana; que le fuera concedido el mando legal de las fuerzas que él mismo había alzado y que nadie ostentara autoridad política sobre él; que el estado sufragara los gastos de su ejército y se hiciera cargo de la remuneración que les había prometido por alistarse; que les fueran concedidas tierras a los soldados una vez prestados sus servicios, y que el Senado obviara la ley de mayoría de edad (como anteriormente había hecho) para que, una vez levantado con éxito el asedio a Décimo en Módena, pudiera regresar a Roma en calidad de senador y presentar su candidatura a cónsul.

En otro tiempo y otras circunstancias sus exigencias habrían resultado excesivas; pero si Décimo es derrotado, estamos arruinados. Te confieso, mi querido Bruto, que estaba dispuesto a prometer casi cualquier cosa; no obstante, afecté una expresión grave y propuse mis propias exigencias.

Estipulé como condición que en modo alguno ni él ni sus hombres se cobrarían la venganza contra Décimo con la que anteriormente había amenazado; que, una vez fuera senador, no se opondría a los decretos que yo promulgara en relación con la legalidad de la situación de Décimo en la Galia, y que no emplearía los ejércitos que el Senado sancionara para emprender ninguna acción ni contra ti en Macedonia ni contra nuestro amigo Casio en Siria.

Aceptó todas estas condiciones y afirmó que en tanto el Senado apoyara su parte del trato, no emprendería ninguna acción por cuenta propia ni permitiría a sus subordinados que lo hicieran.

Y así es cómo avanza nuestra causa. Ya he pronunciado un discurso planteando estas propuestas ante el Senado; pero, como sabes, el verdadero trabajo comenzó antes de que me atreviera a hablar, y aún no he podido ver el fruto de mis esfuerzos.

III. Quinto Salvidieno Rufo: notas para un diario, Roma (diciembre, 44 a. C.)

Inquieto, aguardo mi destino. Cayo Octavio está en Roma clandestinamente, Agripa marcha hacia el norte, y Mecenas intriga con todo el mundo, amigos y enemigos. Ayer regresó después de una tarde nada menos que con Fulvia, esa vieja bruja de rostro enrojecido, esposa del mismísimo Antonio contra el que nos disponemos a marchar. El Senado ha otorgado a Octavio César poderes que hace un mes ni siquiera habríamos imaginado: las legiones de los próximos cónsules, Hirtio y Pansa, son nuestras, Octavio posee más poder militar que nadie, a nuestro regreso de la campaña en Galia recibirá el rango senatorial, y a mí me ha sido conferido el mando de una legión por el propio Octavio y con la sanción del Senado. Es un honor que no habría esperado alcanzar en muchos años.

Y sin embargo estoy intranquilo, me domina un mal presagio. Por primera vez dudo que el camino que hemos emprendido sea el adecuado. Con cada éxito aparecen dificultades que no habíamos previsto, y con cada victoria aumenta la dimensión de nuestra eventual derrota.

Octavio ha cambiado; ya no es el amigo que teníamos en Apolonia. Rara vez ríe, apenas bebe vino, y hasta parece sentir desprecio por esos inocuos y amenos placeres que antes disfrutábamos con las mujeres. Por lo que sé, no ha yacido con una sola mujer desde nuestro regreso a Roma.

Me doy cuenta de que he dicho «por lo que sé». Hubo un tiempo en que lo sabíamos todo el uno del otro; ahora se ha vuelto reservado, distante, casi desconfiado. Antes me hablaba con amistad y franqueza, en su corazón no había secretos para mí, y compartía conmigo sus sueños más íntimos; pero ahora siento que ya no le conozco. ¿Será que no logra superar el dolor por la muerte de su tío? ¿Será tal vez que ese dolor se ha endurecido y se ha trocado en ambición? ¿O se trata de algo más que no consigo nombrar?

Una fría tristeza se ha apoderado de él y le aparta de nosotros.

Ahora que estoy tranquilo en Roma esperando la formación de los ejércitos consulares puedo pensar en estas cosas, y no comprendo. Quizás logre hacerlo cuando sea más viejo y más sabio.

Cayo Octavio dice acerca de Cicerón: «Cicerón es un desastre de conspirador. Lo que no escribe a sus amigos se lo cuenta a sus esclavos».

¿Cuándo comenzó la desconfianza?... Si es que se trata de desconfianza.

¿La mañana que Octavio y Mecenas me comunicaron el plan?

Yo pregunté:

—¿Vamos a ayudar a ese Décimo, que fue uno de los asesinos de Julio César?

—Nos vamos a ayudar a nosotros mismos a fin de poder sobrevivir —respondió Octavio.

No respondí. Mecenas no abrió la boca.

Octavio añadió:

—¿Recuerdas el juramento que Agripa y Mecenas, tú y yo hicimos aquella noche en Apolonia?

—No lo he olvidado —le dije.

Octavio sonrió.

—Ni yo tampoco... Salvaremos a Décimo, aunque le odiamos. Salvaremos a Décimo en honor a ese juramento que hicimos, y en honor a la ley.

Por un instante clavó en mí una fría mirada, aunque creo que no me estaba viendo. Después sonrió otra vez, como si él mismo estuviera recordando.

¿Es posible que fuera entonces cuando comenzó?

Los hechos: Décimo era uno de los asesinos; Octavio acude en su auxilio. Casca era uno de los asesinos; Octavio accede a no oponerse a su elección como tribuno de la plebe. Marco Antonio era amigo de César; Octavio se enfrenta a él. Cicerón se alegra públicamente del asesinato; Octavio se alía con él.

Marco Bruto y Cayo Casio levantan ejércitos en Oriente, saquean las riquezas de las provincias y su fuerza aumenta cada día; Marco Emilio Lépido aguarda seguro en Occidente (nadie sabe a qué) junto a sus legiones, y en el sur Sexto Pompeyo surca los mares a su antojo, congregando ejércitos de bárbaros que podrían destruirnos a todos. Me pregunto si la legión que yo encabezo —todas las legiones de Italia—... no será tarea demasiado grande...

Pero Cayo Octavio es mi amigo.

*IV. Carta de Marco Tulio Cicerón, desde Roma, a Marco Emilio Lépido, en Narbona
(43 a. C.)*

Mi querido Lépido, Cicerón te saluda y te ruega que recuerdes tus deberes hacia el Senado y la República. No mencionaría ahora los muchos honores que con gran placer te he dispensado de no estar tan agradecido por las muchas atenciones que has tenido tú conmigo. Como nos hemos repetido el uno al otro en el pasado, nuestras diferencias han sido siempre honorables y se han fundado en el amor que ambos sentimos por la República.

Aunque no hago mucho caso de ellos, circulan rumores en Roma de que vas a aliarte con Marco Antonio en contra de Décimo. En verdad no lo considero posible, y creo que el rumor es solo un síntoma del mal de la inestabilidad que ahora aflige a nuestra pobre República. Pero me parece que debes saber que el rumor persiste, de modo que por tu propia seguridad y por tu honor deberías adoptar medidas urgentes a fin de demostrar que carece de fundamento.

El joven César, con la anuencia del Senado y la República, marcha hacia Módena para enfrentarse a Antonio el proscrito, que asedia a Décimo. Podría necesitar tu ayuda. Estoy seguro de que, al igual que lo has hecho en el pasado, respetarás ahora el orden de la ley y rehuirás el caos de la ilegalidad, por tu propia situación y por la seguridad de Roma.

V. Carta de Marco Antonio, desde Módena, a Marco Emilio Lépido a Narbona (43 a. C.)

Lépido: estoy en Módena luchando contra el ejército de mercenarios de los asesinos de César. Décimo está rodeado; no puede escapar.

Se me ha informado de que Cicerón y otros de su ralea te han estado escribiendo, instándote a que traiciones la memoria de nuestro asesinado Julio. La información que me llega acerca de tus intenciones es ambigua.

Yo no soy un hombre sutil ni soy un adulator; y tú no eres ningún idiota.

Ante ti se despliegan tres caminos posibles: puedes marchar desde tu campamento para venir a ayudarme a destruir a Décimo y a los enemigos de César, con lo que ganarás mi amistad eterna y la fuerza proveniente del afecto del pueblo; puedes permanecer despreocupado y neutral en la comodidad de tu campamento, por lo que ni yo te culparé ni el pueblo te odiará —aunque tampoco te amará—; o puedes acudir en auxilio del traidor Décimo y de su «salvador», el falso hijo de nuestro líder, granjeándote mi enemistad y el eterno desprecio del pueblo.

Espero que tengas la sabiduría de escoger el primer camino; temo que tendrás la cautela de elegir el segundo; y te imploro, por tu propia seguridad, que no escojas el tercero.

VI. Memorias de Marco Agripa: fragmentos (13 a. C.)

La Roma en la que entramos se hallaba desgarrada por los enfrentamientos y la ambición. Marco Antonio, el amigo fingido del asesinado Julio César, confraternizaba con los asesinos y no permitía que aquel a quien ahora llamábamos Octavio César recibiera los honores y potestades que su padre le había legado. Una vez descubrió el alcance de la ambición de aquel usurpador de Antonio, Octavio César se dirigió a los campos que los veteranos de su padre labraban, y así reunimos a aquellas tropas leales a la memoria de su dirigente muerto con las que combatiríamos a los saqueadores del sueño de nuestra nación.

Ilegítimamente, Marco Antonio reclutó a las tropas macedónicas y marchó con ellas a Roma y desde ahí a Módena, donde sitió a Décimo Bruto Albino. Y aunque Décimo se contaba entre los asesinos de César, Octavio César, por respeto al orden y al estado, aceptó defender su legitimidad como gobernador de la Galia frente a las fuerzas del forajido Antonio; y así, con el agradecimiento y la sanción del Senado, congregamos nuestras tropas y marchamos hacia Módena, donde Antonio había cercado a las legiones de Décimo.

Y ahora he de hablarte de aquella campaña de Módena, que fue la primera responsabilidad bélica que se me encomendó bajo la autoridad de Octavio César y de Roma.

Las legiones senatoriales estaban a las órdenes de los cónsules de aquel año, Cayo Vibio Pansa y Aulo Hirtio, habiendo sido este último el general de confianza de nuestro difunto César. Octavio César encabezaba las legiones IV marcial y macedónica, aunque yo ostentaba el mando militar de la segunda. Quinto Salvidieno Rufo había recibido la jefatura militar de la nueva legión que habíamos reclutado en las zonas rurales de Campania.

Antonio tenía completamente sitiado a Décimo y se proponía esperar hasta que las legiones de Décimo, debilitadas por el hambre, se vieran obligadas a salir de su campamento. Como nos figurábamos que Décimo había almacenado tras los muros de su fortaleza de Módena provisiones suficientes como para resistir, instalamos nuestro cuartel de invierno en Imola, a tan solo dos horas de marcha desde Módena, con el fin de poder acudir rápidamente en auxilio de Décimo si decidiera asaltar a las tropas de Antonio. Pero se acobardó entre los muros de su fortaleza y rehusó combatir, de modo que al llegar la primavera nos encontramos ante la situación de tener que atravesar nosotros mismos las líneas de Antonio para salvar a Décimo, que se negaba a salvarse a sí mismo. A principios de abril decidimos ponernos en marcha.

El terreno que circunda Módena es irregular y cenagoso, salpicado de barrancos y arroyos. Antonio estaba acampado al otro lado de una ciénaga. Tanteamos sigilosamente el terreno en

busca de un lugar por el que cruzar, y descubrimos una quebrada sin vigilancia, de modo que en mitad de la noche, junto con Pansa y cinco cohortes de su legión, Octavio César, Salvidieno y yo nos adentramos en la quebrada junto con nuestra legión Marciana y otros soldados, habiendo envuelto nuestras espadas y lanzas con telas para evitar que el enemigo advirtiera nuestra aproximación. Había luna llena, pero una niebla espesa al ras del suelo nos impedía ver más allá de nosotros; formamos una sola fila, cada hombre con la mano sobre el hombro del anterior, y avanzamos paso a paso atravesando a ciegas aquella niebla iridiscente sin saber de cierto dónde íbamos o a quién podíamos encontrarnos.

Nos deslizamos furtivamente en la oscuridad y por la mañana llegamos a un camino elevado que cruzaba las ciénagas; esperamos a que se alzara la niebla, no había enemigos a la vista. Pero de pronto advertimos un resplandor detrás de la maleza y oímos una voz ahogada: estábamos rodeados. El cuerno tañó a batalla, y los soldados se desplegaron en formación sobre el camino. Pansa ordenó a los reclutas jóvenes que se mantuvieran a un lado para no obstaculizar el combate de los veteranos, pero que permanecieran preparados por si se les necesitaba.

Eran veteranos de la legión marciana y recordaban la matanza de sus camaradas perpetrada por ese mismo Antonio contra el que ahora luchaban.

La superficie en la que combatíamos era tan pequeña que no cabía un hombre al lado de otro, de modo que peleaban como gladiadores en un circo, hombre contra hombre, levantando un polvo tan espeso como la niebla de la noche anterior. En el aire resonaba el golpear de las espadas, nadie gritaba. Tan solo oíamos los lamentos de los heridos y los profundos gemidos de los que morían.

Combatimos durante toda la mañana y hasta el atardecer, una línea relevando a otra cuando caíamos exhaustos. El propio Octavio César estuvo a punto de morir en una ocasión al intentar coger el estandarte que nuestro portador, herido, había dejado caer, y en este combate el cónsul Pansa sufrió una herida mortal. Antonio pidió tropas de reemplazo para seguir combatiendo, y poco a poco íbamos perdiendo terreno; pero gracias a que los reclutas encabezados por Salvidieno combatieron con tanta valentía como los veteranos, pudimos regresar de nuevo a nuestro campamento de donde habíamos salido la noche anterior. Antonio decidió interrumpir la lucha al anochecer, así que nos adentramos en la ciénaga, plagada de los cadáveres de nuestros camaradas, y nos llevamos con nosotros a los heridos. Durante la noche, al otro lado de la ciénaga podían verse las hogueras de los ejércitos de Antonio y oíamos cantar a sus soldados celebrando la victoria.

Temíamos que el día siguiente fuera una carnicería, pues estábamos cansados y habíamos perdido la mitad de los hombres; además, sabíamos que a Antonio aún le quedaban soldados que no había empleado. Pero las legiones del cónsul Hirtio marchaban en nuestro relevo durante esa noche; se reunieron con nosotros y atacaron el campamento de Antonio, que, en su falsa certidumbre del éxito, había caído en la complacencia y el desorden. Durante varios días se libraron batallas encarnizadas que redujeron las legiones de Antonio a la mitad. Nuestras bajas en cambio fueron leves. Salvidieno había recibido el mando de las legiones del agonizante Pansa y las dirigió con destreza y valentía. Nuestros ejércitos irrumpieron al fin en el campamento de Antonio, donde uno de los guardias de este asesinó al valeroso Hirtio en el exterior de la tienda en la que había estado alojado y de la que ahora había huido.

Esta derrota desalentó a Antonio; reunió lo que quedaba de su ejército, emprendió la marcha rumbo al norte hacia los Alpes y, cruzándolos con gran esfuerzo, fue a reunirse con las fuerzas de Marco Emilio Lépido, que durante todo ese tiempo había permanecido seguro en Narbona.

Tras la huida de Antonio, Décimo, librado del asedio, se aventuró a salir de su fortaleza. Envío emisarios a Octavio César agradeciéndole su ayuda y declarando que su participación en el asesinato de Julio César se debió a que los otros conspiradores le habían embaucado, y pidiéndole a Octavio César que hablara con él, en presencia de testigos, a fin de convencerse de que su gratitud era sincera. Mas Octavio César declinó su agradecimiento diciendo: «No he venido para salvar a Décimo, y en consecuencia no aceptaré su gratitud. He venido para salvar al estado, y aceptaré el agradecimiento de este. Y tampoco voy a hablar con el asesino de mi padre, ni deseo ver su rostro. Puede irse seguro con la anuencia del Senado, pero no la mía».

Seis meses después Décimo fue asesinado por uno de los jefes de la tribu galas en una emboscada. Mandó decapitar a Décimo y le envió su cabeza a Marco Antonio, recibiendo de este una pequeña recompensa.

VII. Acta del Senado (abril, 43 a. C.)

En el día tercero del corriente: lectura al Senado de los partes de la campaña de Galia emprendida contra el insurgente Marco Antonio. Por Marco Tulio Cicerón.

Que se ha alzado el asedio a Décimo Bruto Albino; que las tropas de Marco Antonio están tan diezmadas que no presentan peligro alguno para la República; que lo que resta del ejército de Antonio ha huido caóticamente hacia el norte; que los cónsules Aulo Hirtio y Cayo Vibio Pansa han muerto, y sus legiones se encuentran provisionalmente bajo el mando de C. Octavio, quien aguarda en las afueras de Módena.

En el día sexto del corriente: propuestas de Marco Tulio Cicerón.

Que se declaren cincuenta días de acción de gracias en los cuales los ciudadanos de Roma muestren su agradecimiento a los dioses y a los ejércitos senatoriales por haber derrotado a Marco Antonio y liberado a Décimo Bruto Albino.

Que se celebren honras fúnebres en memoria de los cónsules muertos Hirtio y Pansa.

Que se erija un monumento público que conmemore la gloriosa hazaña de las legiones de Hirtio y Pansa.

Que Décimo Bruto Albino sea honrado con un triunfo senatorial por su heroica victoria sobre el forajido Marco Antonio. Que la siguiente orden le sea enviada a Cayo Octavio a Módena (copia adjunta):

«Los Pretores, los Tribunos de la Plebe, el Senado, el Pueblo y los Plebeyos de Roma saludan a Cayo Octavio, comandante provisional de las Legiones Consulares:

El Senado te agradece la ayuda prestada a Décimo Bruto Albino en su heroica derrota de las tropas insurgentes de Marco Antonio, y te informa de que por edicto del Senado Décimo Bruto ha sido designado comandante único de las legiones en la prosecución de la lucha contra los ejércitos de Antonio. Se te ordena, en consecuencia, que sin demora procedas a traspasar el mando de las legiones consulares de Hirtio y Pansa a Décimo Bruto. Además deberás

desmantelar las legiones que por tu propia cuenta reuniste, agradeciéndoles sus servicios en nombre del Senado, que ha constituido una comisión a fin de estudiar si es aconsejable recompensarles por ello. Un emisario del Senado se dirige a Módena con el fin de resolver estos asuntos. Dejarás en sus manos el traspaso de poderes».

El Senado aprueba todas las propuestas realizadas por Marco Tulio Cicerón.

VIII. Carta de Cayo Cilnio Mecenas a Tito Livio (13 a. C.)

Habíamos oído el comentario irónico que Cicerón había hecho: «Honraremos al muchacho, le alabaremos, y después lo eliminaremos». Pero creo que ni siquiera Octavio esperaba que el Senado y Cicerón se deshicieran de él de una forma tan descarada e ignominiosa. Pobre Cicerón... A pesar de los problemas que nos ocasionó y del daño que pretendía hacernos, siempre le hemos apreciado. Pero era tan ingenuo: actuaba movido por el entusiasmo, la vanidad y la convicción. Nosotros sabíamos desde el principio que no podíamos permitirnos esos lujos; actuábamos cuando teníamos que hacerlo, por necesidad, a partir del cálculo y la estrategia.

Yo, por supuesto, me hallaba en Roma mientras todo el asunto de Módena. Como sabes, he dirigido ejércitos en mis tiempos —y no lo hacía mal del todo, he de decir—, aunque siempre me ha parecido una tarea bastante aburrida amén de incomoda. De modo que si necesitas detalles sobre los combates en particular, tendrás que recurrir a otro. Si nuestro amigo Marco Agripa terminase de una vez esa autobiografía con la que nos ha estado amenazando, hallarías en ella información útil. Pero nuestro pobre amigo tiene ahora tantos problemas (seguro que sabes a qué me refiero) que es improbable que lo haga.

Octavio necesitaba alguien en Roma, mucho más de lo que necesitaba a un general indiferente; alguien en quien pudiera confiar y que le mantuviera informado de los más recientes cambios de humor de aquel veleidoso Senado, de las últimas intrigas, matrimonios y demás. Y creo que yo era un candidato perfecto para esa labor. En aquellos tiempos —recuerda que hablamos de hace casi treinta años— me las daba de ser un perfecto cínico, todo tipo de ambición me parecía terriblemente vulgar, era un cotilla sin remedio, y absolutamente nadie me tomaba en serio. Todos los días le enviaba una carta, y él me mantenía informado acerca de la situación en Galia.

De modo que la maniobra de Cicerón y del Senado no le pilló por sorpresa.

Mi querido Livio, a menudo te reprendo por tus simpatía con la República y con Pompeyo, y aunque es en broma y lo hago desde el afecto, estoy seguro de que comprendes que hay algo de verdad en mis reprimendas. Creciste en la tranquilidad nortea de Padua, que durante generaciones permaneció aislada de todo conflicto, y ni siquiera habías estado en Roma hasta después de Actium y la reforma del Senado. De haber surgido la ocasión, lo más probable es que te hubieras aliado con Marco Bruto para luchar contra nosotros, como de hecho hiciera nuestro amigo Horacio en Filipos, hace ya tantos años.

Lo que no pareces querer aceptar, ni siquiera ahora, es que los ideales sobre los que la antigua República descansaba no se correspondían en modo alguno con su realidad; que tras las palabras gloriosas se escondía el horror; que la apariencia de tradición y orden escondían una

verdad de corrupción y caos; que la llamada a la libertad y la emancipación había cegado las mentes, incluso de aquellos que las invocaban, a la realidad de la privación, la opresión y el asesinato sancionado. Sabíamos que era necesario hacer lo que hicimos, y no íbamos a dejarnos persuadir por las apariencias que engañaban al mundo.

En pocas palabras, Octavio desafió al Senado. No dismanteló las legiones que había reunido, ni cedió los ejércitos de Hirtio y Pansa a Décimo, e impidió que los emisarios de Roma pudieran acceder a Décimo. Esperó hasta entrado el verano; el Senado temblaba.

Décimo no sabía bien qué hacer, y sus propios soldados, asqueados de su debilidad, se pasaron por millares a nuestro bando.

Cicerón, temeroso de nuestra actitud desafiante, hizo que el Senado ordenara a Marco Bruto regresar de Macedonia a Italia con sus ejércitos.

Esperamos, y se nos informó de que Antonio había entrado en la Galia y que había sumado lo que quedaba de sus ejércitos a las fuerzas de Lépido.

Nosotros contábamos con ocho legiones, con caballería de apoyo suficiente y con varios miles de auxiliares de armamento ligero. Octavio dejó a tres de estas legiones y a los auxiliares en Módena bajo el mando de Salvidieno. Mandó enviar sendos mensajes a Atia y Octavia (su madre y su hermana), ordenándoles que se refugiaran en el Templo de las Vírgenes Vestales, donde estarían a salvo de represalias. Y marchamos sobre Roma.

Quiero que entiendas que era necesario hacerlo: incluso si Octavio hubiera accedido a ceder el poder que había logrado y a retirarse de la vida pública, casi con toda certeza le habría costado la vida, pues era patente que el Senado estaba embarcado en la inevitable, aunque tardía, consecuencia del asesinato: había que exterminar a los cesaristas. Antonio sería aniquilado por los ejércitos consulares, crecidos gracias a la incorporación de las legiones aún mayores de Bruto y Casio, las cuales, a instancias del Senado, se hallaban posicionadas en Oriente, al otro lado del mar Adriático, a la espera de invadir Italia. En cuanto a Octavio, sería destruido de uno u otro modo, por edicto del Senado o, más probablemente, mediante un asesinato clandestino. Y así fue como de pronto la causa de Antonio devino la nuestra propia. La causa era la supervivencia, la supervivencia dependía de la alianza, y la alianza, a su vez, de nuestra fuerza.

Marchamos sobre Roma con nuestras legiones armadas, como si nos dispusiéramos a combatir; la noticia de nuestra aproximación nos precedió veloz como el viento. Octavio instaló su ejército a las afueras de la ciudad sobre el monte Esquilmo, de modo que el pueblo y los senadores no tenían más que alzar la mirada para conocer la dimensión de nuestra fuerza.

En dos días se había terminado, y no se derramó ni una sola gota de sangre romana.

Nuestros soldados recibieron la recompensa que se les había prometido antes de la campaña de Módena, se promulgó en ley la adopción de Octavio por Julio César, Octavio recibió el consulado de Hirtio que había quedado vacante, y se dispusieron once legiones bajo nuestro mando.

El cuarto día después de los idus de agosto —mes que, como sabes, se llamaba entonces sextilis—, Octavio entró en Roma para ofrecer el obligado sacrificio ritual que su acceso al consulado exigía.

Un mes más tarde celebró su vigésimo cumpleaños.

IX. Carta de Marco Tulio Cicerón a Octavio César (agosto, 43 a. C.)

Tienes toda la razón, mi querido César: los esfuerzos que he realizado en beneficio del estado merecen ser recompensados con la tranquilidad y el reposo. Así que dejaré Roma para retirarme a mi amada Tusculum y consagrar los años que me quedan a esos estudios que amo casi tanto como a mi país. Si te he juzgado mal en el pasado, ha sido a causa de ese amor, que tan a menudo nos impone a ambos la cruel necesidad de ir en contra de nuestras más humanas y naturales inclinaciones.

En cualquier caso, me alegra doblemente que nos autorices a ausentarnos tanto a mí como a Filippo, pues ello significa tu perdón en relación con el pasado y tu indulgencia con respecto al futuro.

X. Carta de Marco Antonio a Octavio César, desde el campamento de Marco Emilio Lépido, en las cercanías de Aviñón (septiembre, 43 a. C.)

Octavio: mi amigo y lugarteniente, Decio, a quien diste la libertad en Módena para que volviera a mí, me cuenta que trataste a los soldados capturados de mi ejército con afecto y respeto; te estoy agradecido por ello. Me cuenta, además, que le dejaste claro que no me deseas ningún mal, que te has negado a ceder tus tropas a Décimo, y todo lo demás.

No veo ninguna razón para que no hablemos, si crees que puede ser de utilidad. Sin duda tu causa tiene más en común con la mía que con la de esos oportunistas que están en el Senado. Por cierto, ¿es verdad, como temo, que han proclamado enemigo público a Lépido también, a quien hace escasos meses homenajaban con una estatua en el Foro? Ya nada me extraña.

Quizás hayas oído que Décimo ha muerto. Y de una forma muy absurda: una pequeña banda de bárbaros galos le tendió una emboscada. Habría preferido ocuparme de él yo mismo un poco más adelante.

Podríamos encontrarnos en Bolonia el mes que viene: tengo algunos asuntos que solucionar allí, en su mayor parte relacionados con el remanente de las tropas de Décimo, que han decidido unirse a mí. Sugiero que no acudamos escoltados por nuestras tropas (si acaso, unas cuantas cohortes para nuestra seguridad personal), pues de hacerlo, nuestros hombres podrían desmandarse. Lépido tendrá que estar también presente, así que cuenta con que vendrá. Nuestros hombres se encargarán de concertar los detalles.

XI. Actas del Senado: los consulados de Quinto Pedio y Octavio César (septiembre, 43 a. C.)

Que se revoque la sentencia de proscripción contra Marco Emilio Lépido y Marco Antonio y que se les envíen cartas de conciliación pidiéndoles disculpas a ellos y a los oficiales de sus ejércitos.

Aprobado por el Senado.

Juicio del Senado: contra los asesinos y conspiradores en el asesinato de Julio César.
Fiscales: Lucio Cornificio y Marco Agripa.

Que se prohíba toda hospitalidad por parte de Roma al asesino en rebeldía Marco Junio Bruto y que sea condenado en su exilio.

Que se prohíba toda hospitalidad por parte de Roma al asesino en rebeldía Cayo Casio Longino y que sea condenado en su exilio.

Que se prohíba toda hospitalidad por parte de Roma al Tribuno de la Plebe P. Servilio Casca, a quien el temor y la mala conciencia hacen que se ausente del Senado, y que sea condenado.

Que se prohíba toda hospitalidad por parte de Roma al conspirador y pirata Sexto Pompeyo y que sea condenado en su exilio.

El jurado senatorial declara culpables a todos los conspiradores y asesinos, y los condena.

XII. Carta de Cayo Cilnio Mecenas a Tito Livio (12 a. C.)

Mi querido Livio, de todos los recuerdos que con tus preguntas has desenterrado del fondo de mi alma te encuentras ahora con el más triste. Llevo días posponiendo el escribirte porque era consciente de que suponía enfrentarme de nuevo a ese antiguo dolor.

Teníamos que encontrarnos con Antonio en Bolonia, de modo que marchamos desde Roma seguidos de cinco legiones de soldados, habiendo pactado con Antonio y Lépido que no llevarían consigo más soldados que nosotros. El encuentro tendría lugar en el islote que hay en el Lavinia, donde el río se ensancha cerca de su desembocadura en el mar. Sendos puentes estrechos comunicaban el islote con ambas orillas, y, gracias a que el terreno era totalmente llano, los ejércitos pudieron detenerse a cierta distancia del río pero sin perderse de vista el uno al otro en ningún momento. Cada uno de los bandos dispuso una vigilancia de cerca de cien hombres en cada uno de los accesos al puente, y los tres (Agripa, Octavio y yo) comenzamos a avanzar lentamente; enfrente de nosotros, Lépido y Antonio, cada uno de ellos acompañado de dos hombres, se aproximaban desde la otra orilla a igual paso.

Recuerdo que llovía: era un día gris. A unos metros de distancia del puente había una pequeña cabaña de piedra tosca; nos dirigimos hacia ella, reuniéndonos con Antonio y Lépido en la puerta. Antes de entrar Lépido nos escudriñó a fin de verificar que no íbamos armados, y Octavio, sonriendo, le dijo:

—No vamos a hacernos daño. Hemos venido a acabar con los asesinos, no a imitarles.

Tuvimos que agacharnos para entrar porque la puerta era muy baja. Octavio se sentó junto a una rudimentaria mesa que había en el centro de la habitación, flanqueado a ambos lados por Antonio y Lépido. Tal como imaginas, antes de encontrarnos habíamos llegado a un acuerdo de carácter general: Octavio, Antonio y Lépido formarían un triunvirato inspirado en el que veinte años atrás constituyeron Julio César, Cneo Pompeyo y Craso; la duración del poder triunviral sería de cinco años. Dicho poder significaba el gobierno de Roma, e incluía el derecho a asignar magistrados de la ciudad y a dirigir los ejércitos provinciales. Las provincias occidentales (Casio y Bruto dominaban las de oriente) se dividirían entre los triunviros. Nosotros ya habíamos aceptado la que era con diferencia la parte más modesta —las dos Áfricas y las islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega—, cuya posesión era además dudosa porque Sexto Pompeyo dominaba ilegítimamente Sicilia y controlaba la mayor parte del Mediterráneo; pero no eran tierras lo que buscábamos con ese concordato. Lépido conservaría lo que ya tenía, la Narbonense y ambas

Hispanias, y Antonio tendría el mando de las dos Galias, que eran con mucho la parte más rica e importante. El motivo fundamental era, claro está, la necesidad de combinar nuestras fuerzas con el objeto de derrotar a Bruto y a Casio en Oriente, castigando así a los asesinos de Julio César, y restaurar el orden en Italia.

Nos quedó claro enseguida que Lépido era el títere de Antonio. Era un hombre pomposo y fatuo, aunque mientras no abriera la boca su presencia resultaba bastante imponente. Ya sabes el tipo de hombre que digo: tenía el aspecto de un senador. Antonio le dejó parlotear durante unos minutos y después hizo un gesto como de impaciencia.

—Dejemos los detalles para más tarde —dijo—. Tenemos cosas más importantes de las que hablar. —Y mirando a Octavio, añadió—: Sabes que tenemos enemigos.

—Sí —respondió Octavio.

—Aunque cuando te marchaste el Senado te hiciera reverencias y se postraran a tus pies, puedes estar seguro de que en estos momentos están tramando algo en tu contra —dijo Antonio.

—Lo sé —replicó Octavio pausadamente. Esperó a que Antonio continuara.

—Y no solo en el Senado —añadió Antonio. Se puso en pie y comenzó a caminar inquieto por la habitación—; en toda Roma. Me acuerdo siempre de tu tío Julio —movió la cabeza de un lado a otro—. No puedes fiarte de nadie.

—No —respondió Octavio con una leve sonrisa.

—No dejes de pensar en todos ellos: blandos, gordos, ricos, y cada vez más ricos. —Dio un puñetazo sobre la mesa, con lo que algunos de los papeles cayeron al suelo de arcilla—. Y nuestros soldados están hambrientos, y lo estarán aún más antes de que acabe el año. Ningún soldado lucha con el estómago vacío y sin tener nada que esperar cuando haya terminado.

Octavio le miraba.

Antonio prosiguió:

—No puedo dejar de pensar en Julio. Si solo hubiera sido un poco más decidido a la hora de lidiar con sus enemigos... —De nuevo hizo un movimiento con la cabeza. Hubo un largo silencio.

—¿Cuántos son? —inquirió Octavio en voz baja.

Antonio sonrió con ironía y se sentó de nuevo a la mesa.

—Tengo unos treinta o cuarenta nombres —le dijo con desidia—. Y supongo que Lépido tiene también algunos más.

—Has hablado de esto con Lépido —dijo Octavio.

—Lépido está de acuerdo —replicó Antonio.

Lépido carraspeó, extendió el brazo, dejando que su mano descansara sobre la mesa, y se inclinó ligeramente hacia atrás:

—Con gran pesar he llegado a la conclusión de que esta es la única vía que nos queda, por mucho que nos desagrade —dijo—. Te aseguro, mi querido muchacho, que...

—No me llames mi querido muchacho —interrumpió Octavio con una voz, al igual que su rostro, totalmente inexpresiva—. Soy el hijo de Julio César y soy cónsul de Roma. No vuelvas a llamarme muchacho.

—Te aseguro... —prosiguió Lépido, mirando a Antonio. Antonio se rio. Lépido hizo un gesto con las manos—. Te aseguro que no... que no pretendía...

Octavio se apartó de él y se dirigió a Antonio:

—Estás hablando de proscripciones, como en los tiempos de Sila.

Antonio se encogió de hombros:

—Lámalo como quieras. Pero es necesario; sabes que lo es.

—Lo sé —replicó Octavio con voz pausada—. Pero no me gusta.

—Te acostumbrarás... —respondió Antonio alegremente—. Con el tiempo.

Octavio asintió abstraído. Se ajustó la capa en torno a su cuerpo, se levantó de la mesa y se dirigió hacia la ventana. Estaba lloviendo. Podía verle la cara. Las gotas de lluvia caían sobre el marco de la ventana y le salpicaban en la cara. No se movió. Era como si su rostro fuera de piedra. No se movió durante un buen rato. Después se volvió hacia Antonio y dijo:

—Dame los nombres.

—Dime que lo apoyarás —replicó Antonio pausadamente—. Que aunque no te guste, lo apoyarás.

—Lo haré —dijo Octavio—. Dame los nombres.

Antonio chasqueó los dedos, y uno de sus ayudantes le acercó un papel. Le echó un vistazo, alzó la mirada hacia Octavio y, con una sonrisa irónica, dijo:

—Cicerón.

Octavio asintió, y a continuación replicó con mucha calma:

—Es cierto que nos ha causado problemas en el pasado y que te ha ofendido, pero me ha dado su palabra de que se retirará.

—La palabra de Cicerón —terció Antonio, escupiendo al suelo.

—Es un anciano —respondió Octavio—; no es probable que le queden muchos años más.

—Un solo año más... seis meses, hasta un mes, serían demasiado tiempo —dijo Antonio—. Tiene demasiado poder, incluso derrotado.

—Me ha hecho daño —dijo Octavio como hablando para sí mismo—, pero aun así siento afecto por él.

—Estamos perdiendo el tiempo —replicó Antonio, y después, tamborileando los dedos en el rollo de papel, añadió—: Discutiría contigo cualquier otro nombre, pero Cicerón no es negociable.

Octavio sonrió, creo.

—No —dijo—, Cicerón no es negociable.

De pronto pareció perder interés en lo que estaban hablando. Antonio y Lépido iban proponiendo nombres y de vez en cuando le pedían su consentimiento. Octavio asentía distraído. En un momento dado Antonio le preguntó si no quería añadir sus propios nombres a la lista, a lo que Octavio respondió:

—Soy joven. Aún no he tenido tiempo de forjarme tantas enemistades.

Y así, a última hora de la noche, a la luz de una lámpara que parpadeaba con cada leve suspiro del aire, elaboramos la lista. Diecisiete de los senadores más ricos y poderosos serían pronto condenados y sus fortunas confiscadas, e inmediatamente después otros ciento treinta serían proscritos y se harían públicos sus nombres con el fin de que Roma pudiera concretar las fronteras de su miedo.

—Si no queda otro remedio, hagámoslo sin demora —dijo Octavio.

Después nos fuimos a dormir como haría cualquier soldado, envueltos en nuestras mantas y tendidos sobre el suelo de arcilla de aquella cabaña. Acordamos que ninguno de nosotros

comentaría nada con sus tropas hasta haberse concretado todos los detalles del pacto.

Como sabes, mi querido Livio, mucho es lo que se ha dicho y escrito acerca de aquellas proscripciones, para bien y para mal. Y es cierto que al final el asunto se nos fue bastante de las manos. Antonio y Lépido no paraban de añadir nombres a la lista, y algunos de los soldados aprovecharon la confusión para saldar sus propias cuentas con sus enemigos y enriquecerse, aunque eso era de esperar. Cuando se trata de pasiones, sea en el amor o en la guerra, los excesos son inevitables.

Sin embargo, siempre me ha sorprendido que cuando llega la paz, los hombres comienzan a dudar de si lo que se hizo estuvo bien o mal. Creo ahora que ambos juicios son inadecuados, y lo son en idéntica medida, porque los que así juzgan lo hacen no tanto porque les preocupe lo que está bien y lo que está mal como en señal de protesta contra los crueles dictados de la necesidad o de aprobación de estos. Y la necesidad es simplemente lo que ha ocurrido, el pasado.

Dormimos durante la noche, y nos levantamos antes del amanecer. Y ahora, amigo mío, me aproximo a ese dolor que mencionaba al comienzo de esta carta. Ha sido el miedo a aproximarme lo que me ha hecho divagar con disquisiciones filosóficas, por lo que confío me disculparás.

Concertadas las proscripciones, los triunviros habían de decidir sobre los asuntos de Roma durante los siguientes cinco años. Ya se había acordado que Octavio renunciaría al consulado que recientemente había recibido del Senado: dado que en virtud de su posición cada uno de los triunviros gozaba ya de poderes consulares, parecía más práctico dejar las labores senatoriales en manos de lugartenientes, ampliando así la base senatorial del poder, y dejar a los triunviros libres para desempeñar sus funciones militares sin impedimentos. El segundo día se consagraría a la elección de los diez cónsules que ejercerían el poder sobre la ciudad durante los próximos cinco años y al reparto de las legiones entre los triunviros.

Nos desayunamos con un pan basto y unos dátiles; Antonio se quejó de la frugalidad de la comida. Continuaba lloviendo. Hacia el mediodía la cuestión de las tropas ya estaba resuelta: en el reparto Octavio obtuvo tres legiones que antes no teníamos, además de las once que ya dirigíamos. La tarde se dedicaría a la elección de los cónsules.

Comprenderás que se trataba de una negociación importante: era evidente, aunque de forma tácita, que a pesar de los pactos alcanzados seguían existiendo diferencias sustanciales entre Marco Antonio y Octavio César. Los cónsules serían los responsables de representar individual y colectivamente los intereses de los triunviros en Roma, así que era esencial elegir a hombres en los que pudiéramos confiar y que al mismo tiempo fueran del agrado de todos los demás miembros. La cuestión era delicada, como puedes imaginar; bastante entrada la tarde, apenas habíamos comenzado con el cuarto año.

Entonces Octavio propuso el nombre de Salvidieno Rufo.

Estoy seguro de que, como todos, habrás experimentado alguna vez esa misteriosa sensación de la presciencia que hace que sin entender cómo ni por qué, una simple palabra, un gesto o cualquier otra cosa suscite en nosotros un presentimiento, aunque no sepamos de qué se trata. No soy un hombre religioso, pero hay momentos en que casi estoy tentado de creer que los dioses nos hablan, y que solo escuchamos cuando estamos desprevenidos.

—Salvidieno Rufo —dijo Octavio, y de pronto sentí una especie de vértigo, como si cayera desde una altura enorme.

Antonio permaneció inmóvil durante un instante; a continuación bostezó y dijo como adormilado:

—Salvidieno Rufo... ¿estás seguro de lo que dices?

—Estoy seguro —replicó Octavio—. Y no tienes ningún motivo para oponerte. En estos momentos estaría conmigo, como lo están Agripa y Mecenas, si no estuviera dirigiendo las legiones que dejé atrás para venir aquí.

Tras lo cual añadió con aspereza:

—Imagino que recordarás con qué valentía luchó contra ti en Módena.

—Lo recuerdo. Hace cuatro años... —replicó Antonio con una sonrisa irónica—. ¿Y no crees que en todo ese tiempo quizás se haya impacientado?

—Le necesitaremos para enfrentarnos a Casio y a Bruto —dijo Octavio con serenidad—; le necesitaremos para combatir a Sexto Pompeyo. Si sobrevivimos a esas batallas, tendrá bien merecido el cargo.

Durante un largo instante Antonio fijó en él una mirada burlona, tras lo cual, asintiendo como si hubiera decidido algo, dijo:

—Muy bien. Todo tuyo, pues; para el consulado o para la proscripción. Lo que prefieras.

—No entiendo la broma —respondió Octavio.

—No es ninguna broma. —Antonio dio un chasquido con los dedos y uno de sus ayudantes le acercó un papel que, con un gesto indiferente, depositó delante de Octavio diciendo—: Aquí lo tienes.

Octavio tomó el papel, lo desenrolló y procedió a su lectura. La expresión de su rostro permaneció inmutable. Leyó durante largo tiempo, y después me tendió el papel.

—¿Es esta la letra de Salvidieno? —inquirió con calma.

Lo leí. Me recuerdo a mí mismo respondiendo: «es la letra de Salvidieno Rufo».

Octavio me quitó el papel de las manos. Permaneció sentado durante largo tiempo mirando al frente. Yo observaba su rostro mientras escuchaba el murmullo de la lluvia que caía sobre el tejado de paja.

—La verdad es que no es ningún regalo —dijo Antonio—. Y no veo bien qué uso podría hacer de él después de concluido nuestro pacto. No podría fiarme de él ahora que tú y yo estamos unidos. Un secreto de este tipo no sería bueno para ninguno de los dos —añadió señalando la carta—. Me la envió justo después de reunirme con Lépido en Aviñón. He de decir que estuve tentado, pero decidí esperar a ver en que acababa esta reunión.

Octavio asintió.

—¿Añadimos su nombre a la lista? —preguntó Antonio.

—No —dijo Octavio en voz baja, negando con la cabeza.

—Tienes que acostumbrarte a estas cosas —le advirtió Antonio, displicente—. Ahora es un peligro para nosotros, o lo será. Hay que incluirle en la lista.

—No —replicó Octavio. No levantó la voz, pero su respuesta resonó por toda la habitación. Volvió sus ojos, brillantes como dos centellas azules, hacia Antonio y añadió—: No voy a proscribirle. —A continuación se alejó de Antonio, su mirada se ensombreció, y susurró—: Y no es negociable. —De pronto se quedó callado, y después me dijo—: Escribe a Salvidieno Rufo y comunícale que ya no es general de mis ejércitos, que ha dejado de estar a mi servicio, y... —hizo una pausa— que ha dejado de ser mi amigo.

No volví a mirar la carta. No era necesario. Aquellas palabras se me quedaron grabadas, y aún lo están después de más de veinticinco años, como una antigua cicatriz. Te las repito, tal como estaban escritas:

«Quinto Salvidieno Rufo te saluda, Marco Antonio. Ostento el mando de tres legiones de soldados romanos, y me veo obligado a permanecer inactivo mientras que Décimo Bruto Albino organiza sus tropas para un probable ataque contra tu ejército y contra ti. Octavio César ha sido traicionado por el Senado y regresa a Roma en una misión fútil. Lamento su decisión y me desespera nuestro futuro. Solo en ti veo la determinación y la voluntad necesarias para castigar a los asesinos de Julio César y liberar a Roma de la tiranía de su aristocracia. En consecuencia, pongo mis ejércitos a tu disposición si accedes a honrarme con un rango equivalente al tuyo y si aceptas luchar por la causa a la que yo mismo me comprometí con Octavio César, causa que ha sido traicionada por la ambición y el partidismo. Estoy preparado para marchar contigo a Aviñón».

Y así pues, con gran dolor envíe la carta al que había sido nuestro hermano, empleando como emisario al mismo Décimo Carfuleno que había dirigido las legiones en Módena conjuntamente con Salvidieno. Fue el propio Carfuleno quien me contó lo que después aconteció.

Salvidieno había oído rumores acerca de la misión de Carfuleno, y le esperaba a solas en su tienda. Estaba pálido, dijo Carfuleno, pero entero. Acababa de afeitarse y, conforme exigía el ritual, había depositado su barba en una pequeña caja de plata que yacía abierta sobre su mesa.

—Ya me he despojado de mi juventud —dijo Salvidieno, señalando la caja—. Estoy preparado para recibir tu mensaje.

Carfuleno, que no podía ni hablar de la emoción, le entregó la carta. Salvidieno la leyó de pie, asintió con la cabeza y después se sentó junto a su mesa, sin dejar de mirar a Carfuleno.

—¿Deseas responder? —preguntó al fin Carfuleno.

—No —dijo Salvidieno, y después añadió—: Sí. Responderé.

Con mucha calma pero sin titubear sacó una daga de entre los pliegues de su toga, y con su fuerza y ante la mirada de Carfuleno, se la hundió en el pecho. Carfuleno intentó avanzar hacia él, pero Salvidieno alzó la mano izquierda como para impedirselo. Y en una voz baja, ligeramente entrecortada, dijo:

—Dile a Octavio que si no puedo ser su amigo en vida, lo seré muerto.

Y permaneció sentado junto a su mesa hasta que sus ojos se apagaron y su cuerpo se derrumbó sobre el suelo terroso.

XIII. Carta anónima a Marco Tulio Cicerón en Roma (noviembre, 43 a. C.)

Alguien que te desea la tranquilidad y el reposo en tu jubilación te insta a abandonar el país que amas. Si permaneces en Italia, estarás en peligro de muerte inminente. Una cruel necesidad obliga a cierta persona a ir en contra de sus más humanas y naturales inclinaciones. Debes actuar cuanto antes.

XIV. Fragmento de la Historia de Roma de Tito Livio (13 d. C.)

Marco Cicerón había abandonado la ciudad poco antes de la llegada de los triunviros, convencido, y con razón, de que no tenía más oportunidades de escapar de Antonio que las que tenían Casio y Bruto de escapar de Octavio César. Huyó en primer lugar a su villa tusculana, para dirigirse después a través de carreteras comarcales a su villa de Formia con la intención de embarcarse en Gaeta. Intentó hacerse a la mar en varias ocasiones, pero los vientos adversos se lo impidieron: había un fuerte mar de fondo, y como ya no estaba en condiciones de soportar los vaivenes de un barco, cansado finalmente tanto de la huida como de la vida, decidió regresar a su villa en el interior, a escasos kilómetros del mar.

—Dejadme morir —dijo— en mi propio país, al que tantas veces he salvado.

Se sabe que sus esclavos estaban dispuestos a luchar por él con coraje y lealtad, mas él les ordenó que posaran la litera y que soportaran en silencio el duro e inexorable destino. Se colocó en su litera con el cuello estirado a la espera del golpe final, y le cortaron la cabeza. Pero aquello no satisfizo la brutalidad de los soldados, que le cortaron también las manos, vilipendiándolas por haber escrito en contra de Antonio. Le llevaron la cabeza a Antonio, quien ordenó que fuera exhibida junto con las dos manos en la tribuna desde la cual había hablado como cónsul y consular, y en la que aquel mismo año sus elocuentes invectivas contra Antonio habían despertado una admiración sin precedentes. Los hombres apenas podían alzar sus ojos llorosos para mirar los restos destrozados de su compatriota.

CAPÍTULO CUARTO

I. Carta de Estrabón de Amasia a Nicolás de Damasco, desde Roma (43 a. C.)

Mi querido Nicolás, recibe mis saludos y los de nuestro viejo amigo y maestro Tiranión. Te saludo desde Roma, donde llegué hace escasamente una semana, después de un largo y fatigoso viaje desde Alejandría vía Corinto en barco de vela, de remos, en carro, carreta, a caballo y a veces incluso a pie, tambaleándome bajo el peso de mis libros. Uno no puede realmente llegar a imaginarse lo extenso y variado que es el mundo mirando los mapas. Este es un nuevo modo de aprendizaje para el que no se precisa maestro. De hecho, si uno viaja lo suficiente, el pupilo puede acabar siendo el maestro: nuestro Tiranión, tan sabio en todas las disciplinas, no ha parado de interrogarme ávidamente acerca de lo que he visto durante mis viajes.

Me encuentro alojado con Tiranión en una de las cabañas que hay sobre una colina que domina la ciudad. Supongo que se trata de una especie de colonia: en ella viven numerosos profesores de renombre —en Roma no se les llama filósofos, pues aquí la filosofía no goza de muy buena fama— y algunos estudiantes de menos edad, que, al igual que yo, han sido invitados a convivir y estudiar con sus antiguos maestros.

Quedé muy sorprendido cuando Tiranión me trajo aquí, tan lejos de la ciudad, y aún más cuando me explicó el motivo. Al parecer, la biblioteca pública de Roma es peor que inservible: la colección es increíblemente reducida, con frecuencia está mal transcrita, ¡y además aloja tantos libros escritos en esta horrenda lengua latina como en nuestro propio griego! Mas Tiranión me asegura que puedo disponer de cualquier texto que necesite, aunque forme parte de una colección privada. Uno de sus amigos, que vive con nosotros, es aquel Atenodoro de Tarso del que tanto oímos hablar en Alejandría; según me cuenta Tiranión, posee acceso a una de las mejores colecciones privadas de la ciudad, a la que los estudiantes itinerantes somos siempre bienvenidos.

He de contarte algunas cosas acerca de este Atenodoro. Es un hombre en verdad impresionante. A pesar de que tiene solo unos años más que Tiranión —debe de andar por los cincuenta y tantos—, en cierta forma da la impresión de encarnar en sí mismo la sabiduría de todas las edades. Es reservado y severo sin ser desagradable; apenas habla, y jamás participa en esos lúdicos debates que a los demás tanto nos divierten; y parece que los demás le seguimos, sin intención por su parte de dirigirnos. Se dice de él que cuenta con amigos poderosos, si bien jamás menciona un solo nombre; y su personalidad es tal que apenas nos atrevemos a hablar de estas cosas, ni siquiera en su ausencia. No obstante, a pesar de ese poderío tanto físico como

mental, hay en él un poso de tristeza cuya causa no acierto comprender. He decidido hablar con él, pese a mis temores, para ver lo que puedo descubrir.

Por cierto, recibirás estas cartas gracias a su mediación, ya que posee acceso a la valija diplomática que semanalmente parte para Damasco y me ha dicho que hará que se incluyan en ella.

Y así es, mi querido Nicolás, como comienza mi aventura en el mundo. Cumpliré mi promesa de escribirte periódicamente para compartir todo lo nuevo que aprenda. Lamento mucho que no pudieras venir conmigo, y espero que los asuntos familiares que te retienen en Damasco se resuelvan con prontitud y puedas venir a reunirme conmigo en este extraño nuevo mundo.

Pensarás que soy un mal amigo y un pésimo filósofo: no soy lo primero, aunque puede que vaya camino de convertirme en lo segundo. Había decidido escribirte todas las semanas... y hace casi un mes que de mi pluma no brota ni una letra.

Pero es que esta ciudad es realmente extraordinaria, y es capaz de engullir hasta la mente más poderosa. Los días caen uno tras otro con un frenesí que ninguno de los dos habría imaginado durante los apacibles años de estudio que compartimos en la tranquilidad de Alejandría. Me pregunto si sumido en la balsámica somnolencia de tu amada Damasco eres siquiera capaz de concebir lo que estoy intentando transmitirte.

Con cierta frecuencia me asalta la sospecha —tal vez no sea más que una sensación— de que somos demasiado presuntuosos con ese orgullo nuestro de la historia y la lengua griegas, y que con demasiada facilidad damos por sentada nuestra superioridad frente a los «bárbaros» de Occidente, que con deleite se llaman a sí mismos nuestros maestros (como ves, me estoy haciendo menos filósofo y más hombre del mundo). No hay duda de que nuestras provincias poseen su encanto y su cultura, pero aquí en Roma reina una suerte de vitalidad que, hace un año, ni por lo más remoto habría podido imaginar que me resultaría atractiva. Hace un año solo había oído hablar de Roma. Ahora la conozco, y en estos momentos no estoy seguro de que vaya a regresar jamás a Oriente ni a mi Ponto natal.

Intenta imaginarte una ciudad con una extensión equivalente quizás a la mitad de la Alejandría en la que estudiamos siendo niños; y después imagina esa misma ciudad, pero que dentro de sus murallas acoge a una población de más del doble que la ya de por sí multitudinaria Alejandría. Pues esa es la Roma en la que ahora vivo: una ciudad de más de un millón de habitantes, según me han dicho. Jamás había visto nada igual. Aquí viene gente de todo el mundo: negros procedentes de los abrasadores desiertos de África, rubios de piel muy blanca que llegan del norte polar, y todas las restantes tonalidades intermedias. ¡Y no sabes qué polifonía de lenguas! Aun así, todo el mundo habla un poco de latín o un poco de griego, de modo que jamás nadie se siente extranjero.

Y qué gregarios son, estos romanos. Extramuros de la ciudad se extiende uno de los paisajes campestres más hermosos que puedas imaginarte, y pese a ello, la gente se apiña en el interior como peces atrapados en una red y andan a empujones a través de pequeñas calles estrechas y sinuosas que discurren absurdamente, kilómetro tras kilómetro, por toda la ciudad. Durante el día estas calles —todas ellas— se encuentran literalmente atestadas de gente, y el ruido y el hedor son increíbles. Unos meses antes de su muerte, el gran Julio César decretó que solo se permitiera

la entrada en la ciudad a los carros, carretas y bestias de carga durante las horas que median entre el anochecer y el amanecer. ¡Cómo debía de ser antes del decreto, cuando por estas calles imposibles circulaban, además de la gente, caballos, bueyes y todo tipo de carros de mercancía!

Supongo que los ciudadanos romanos que viven en el centro de la ciudad apenas duermen, pues el jolgorio del día se convierte de noche en barullo, con los arrieros que maldicen a sus bueyes y caballos y los carros de madera que crujen y traquetean sobre el empedrado.

Nadie se atreve a salir solo cuando cae la noche, exceptuando a los comerciantes que no tienen más remedio y a los más adinerados que pueden permitirse llevar escolta, porque incluso en las noches de luna llena, las calles están oscurísimas, ya que los destartalados edificios de viviendas son tan altos que impiden que la luz de la luna penetre en ellas, y están llenas de pobres desesperados dispuestos a atracar a cualquiera y a cortarle el cuello para robarle la ropa o quitarle el poco dinero que lleve encima.

Mas los que viven en estos altísimos edificios destartalados no están mucho más seguros que aquellos que vagan por la calle de noche, pues corren el riesgo permanente de sufrir un incendio. De noche, en la seguridad de mi cabaña en la colina, veo a lo lejos los incendios que brotan como flores en la oscuridad y oigo los gritos de miedo o agonía. Existen brigadas antiincendios, por supuesto, pero son invariablemente corruptas y demasiado escasas como para solucionar algo.

Y sin embargo, en el centro de este caos que es esta ciudad yace, como si fuera otro mundo, el gran Foro. Se asemeja a los foros que hemos visto en ciudades de provincia, solo que mucho mayor: enormes columnas de mármol sustentan los edificios oficiales, hay docenas de estatuas, montones de templos erigidos en honor de los dioses que los romanos han tomado prestados, y muchos otros edificios más pequeños que alojan las oficinas de la administración. Hay abundante espacio abierto, pero, extrañamente, el ruido, el hedor y el humo que provienen de la ciudad que circunda el foro parecen no penetrar en él. Aquí la gente pasea al sol y al aire libre, charlan tranquilamente, intercambian rumores y leen las noticias que se anuncian en las diversas tribunas que rodean la Casa del Senado. Yo vengo al Foro casi todos los días, y me siento como si me hallara en el centro del mundo.

Comienzo a entender el desprecio de los romanos por la filosofía. Su mundo es un mundo de inmediatez: de causas y consecuencias, de rumores y realidades, de ventajas y privaciones. Hasta yo, que he consagrado mi vida a la búsqueda del conocimiento y la verdad, soy capaz de sentir cierta simpatía por la nación de la que emana este desdén. Para ellos el aprendizaje es un medio para un fin; es como si fuera realmente una herramienta para su uso. Incluso sus propios dioses están al servicio del estado, en lugar de ser al revés.

A continuación te copio un poema que ha aparecido esta mañana en todos los principales accesos a la ciudad. No voy a intentar traducirlo, te lo transcribo en latín:

Detente viajero, antes de entrar a esta granja,
Y cuídate. Vive aquí un joven

Que lleva el nombre de un hombre.
Con él cenarás bajo tu propio riesgo. Y te dirá que no temas,
Como le dice a todo el mundo. Su padre murió el mes pasado,
Y ahora el muchacho se embriaga con el vino apestoso
De su libertad, y permite que las bestias se le descontrolen
Más allá de las cercas rotas, a excepción de una;
La cochina de una cerda, a la que ha acogido en su casa.
Si tienes una hija, cuídala también.
Pues este chico gustaba antes de muchachas hermosas como ella.
Y puede que cambie otra vez.

Te haré una glosa de la guisa de las que hacían nuestros antiguos maestros. El «joven» que lleva el nombre de un hombre es, claro está, Cayo Octavio César; el «padre» que le dio su nombre es Julio César; la «cochina» es una tal Clodia, hija de Fulvia la «cerda» (es el apodo que le dan sus enemigos), la esposa de Marco Antonio, con quien Octavio ora combate ora se reconcilia. La «muchacha» a la que se refiere la penúltima línea es una tal Servilia, hija de un excónsul, a la que Octavio estuvo prometido antes de que, según se cuenta, presionado por sus propias tropas y las de Antonio, asumiera un compromiso matrimonial con la hija adoptiva de este. El compromiso, claro está, es más forma que contenido, pues según creo la chica tiene tan solo trece años; pero al parecer ha servido para tranquilizar a los que desean una relación amistosa entre Octavio y Antonio. El poema contiene otras alusiones de carácter local que yo no comprendo: casi con toda certeza lo encargó alguien del partido senatorial que no desea la reconciliación entre Octavio y Antonio. Es muy vulgar... Pero tiene su gracia, ¿no te parece?

Cada día estoy más sorprendido. El nombre de Octavio César está en boca de todo el mundo. Que si está en Roma, que si no lo está; que si es el salvador de la nación, que si la destruirá; que si va a castigar a los asesinos de Julio César, que si los va a recompensar. Cualquiera que sea la verdad, este inquietante joven ha cautivado la imaginación de Roma, y yo no he sido inmune.

Así que a sabiendas de que nuestro Atenodoro ha vivido en Roma y alrededores durante largo tiempo, ayer noche, después de cenar, aproveché la ocasión para hacerle algunas preguntas. Poco a poco se ha ido abriendo a mí, lo cual significa que ahora llegamos a intercambiar hasta media docena de palabras de una sentada.

Le pregunté acerca de qué tipo de hombre era este Octavio César, según se hace llamar, mostrándole una copia del poema que te he enviado.

Atenodoro lo examinó durante unos instantes, con su fina nariz aguileña casi rozando el papel, las mejillas contraídas y los labios fruncidos. Después me lo devolvió, con el mismo ademán con el que me devolvería un escrito que le hubiera dado para corregir.

—La métrica es dudosa —dijo—, y el tema trivial.

He aprendido a tener paciencia con Atenodoro. Le pregunté de nuevo por el citado Octavio.

—Es un hombre como otro cualquiera —respondió—. Llegará a ser lo que quiera ser gracias a la fuerza de su persona y a las circunstancias del azar.

Le pregunté a Atenodoro si alguna vez había visto a aquel joven o si había hablado con él. Frunció el ceño y gruñó:

—Fui su preceptor. Estaba con él en Apolonia cuando su tío fue asesinado, cuando emprendió el camino que le ha conducido adonde hoy se encuentra.

Por un momento pensé que Atenodoro me hablaba en términos metafóricos, pero cuando le miré a los ojos supe que decía la verdad.

—¿Le... le conoces? —balbucí.

—Cené con él la semana pasada —respondió Atenodoro, casi esbozando una sonrisa.

Pero no estaba interesado en seguir hablando de él ni en responder a mis preguntas; se diría que carecían de importancia para él. Únicamente dijo que su antiguo alumno podía haber llegado a ser un erudito si lo hubiera deseado.

Así que me hallo incluso más cerca del centro del mundo de lo que había imaginado.

He asistido a un funeral.

Atia, la madre de Octavio César, ha muerto. Un heraldo fue anunciando por las calles que las honras fúnebres tendrían lugar en el Foro a la mañana siguiente. De modo que al fin he podido ver al hombre que es hoy la persona más poderosa de Roma y, supongo, del mundo.

Llegué al Foro temprano para encontrar un sitio desde el que pudiera ver bien, y esperé en la tribuna desde la que Octavio César pronunciaría su oración. A las cinco de la mañana el Foro estaba casi lleno.

Entonces llegó la procesión: la guardia con sus antorchas llameantes, seguida de los oboes, las cornetas y los clarinetes que interpretaban una marcha lenta, y a continuación el féretro con los restos mortales, y los familiares y conocidos. Detrás de la procesión, un hombre de figura delgada iba caminando solo. Al principio pensé que se trataba de un joven, pues la orla de su toga era de color púrpura; no se me ocurrió que pudiera ser un senador. Pero pronto, por el modo en que la multitud, deseosa de verle de cerca, se agitaba a su paso, me di cuenta de que era el mismísimo Octavio. Los portadores depositaron el féretro frente a la tribuna; los familiares más cercanos se sentaron en unas pequeñas sillas que se hallaban enfrente, y Octavio César se acercó a paso lento hasta el féretro y se detuvo durante un instante a contemplar el cadáver de su madre. Después subió a la tribuna y miró al público —unas mil personas o más— que se había congregado para la ocasión.

Yo estaba de pie muy cerca, a menos de catorce metros de distancia de donde él se hallaba. Parecía muy pálido, muy tranquilo, casi como si él mismo fuera el cadáver. Solo sus ojos, de un color azul sorprendente, parecían vivos. Se hizo un profundo silencio entre la multitud; en la distancia podía oír el murmullo indiferente de la ciudad, que, cual bestia estúpida, proseguía con su rutina habitual.

Entonces Octavio comenzó a hablar. El tono de su voz era muy bajo, mas el sonido era tan claro y perceptible que todas las personas congregadas podían oírle.

Te transcribo sus palabras. Los escribas estaban presentes con sus tablas, por lo que al día siguiente había copias de su oración en todos los quioscos de la ciudad.

Dijo:

—Roma jamás volverá a verte, Atia, a ti que encarnabas Roma. Es una pérdida que solo el ejemplo de tu virtud hace soportable; lo cual nos enseña que sentir un dolor demasiado prolongado e intenso ofendería al mismísimo propósito de tu existencia.

»Fuiste la esposa fiel de mi verdadero padre, Cayo Octavio, que fue pretor y gobernador de Macedonia, y cuya inesperada muerte le impidió llegar al consulado de Roma. Fuiste una madre estricta y cariñosa para tu hija Octavia, que hoy llora ante tu féretro, y para tu hijo, que comparece ante ti por última vez para pronunciar estas tristes palabras. Fuiste la diligente y respetuosa sobrina del hombre que finalmente dio a tu hijo el padre que la fortuna le había arrebatado: Julio César, quien fue asesinado a traición a dos pasos de este mismo lugar en el que tan noblemente descansas.

»De honorable linaje romano, poseías en grado supremo aquellas antiguas virtudes de la tierra que ha nutrido y sustentado a nuestra nación a lo largo de su historia. Hilabas y tejías los paños con los que se vestía tu hogar, tus sirvientes eran como tus propios hijos, y honrabas a los dioses de tu casa y tu ciudad. Una vida llena de bondad, cuyo único enemigo era el tiempo, que ahora te lleva consigo.

»Oh, Roma, mirad a quien ahora yace aquí y contemplad lo mejor de vuestra raza y vuestra herencia. Pronto conduciremos estos restos extramuros de la ciudad, y la pira funeraria consumirá el receptáculo de lo que un día fuera Atia. Mas quiero pedirlos, ciudadanos, que no dejéis que su virtud quede sepultada con sus cenizas, sino que la convirtáis en el centro de vuestra vida como romanos, para que aunque el cuerpo de Atia no sea más que cenizas, lo mejor de ella perviva en el fondo del alma de todos los romanos que la sucedan.

»Atia, que las almas de los muertos velen por tu descanso.

La multitud permaneció en silencio durante un largo tiempo. Octavio se quedó de pie en la tribuna durante unos instantes. Después descendió, y los restos mortales fueron llevados al exterior del Foro y extramuros de la ciudad.

No soy capaz de creer lo que he visto ni de dar crédito a lo que he oído. En medio de este caos no hay noticias oficiales, no se ha publicado en los muros del Senado; uno ni siquiera puede estar seguro de que aún exista el Senado. Octavio César se ha aliado con Antonio y Lépido en lo que no es otra cosa que una dictadura militar, y se ha proscrito a los enemigos de Julio César. Más de cien senadores —¡senadores!— han sido ejecutados, y confiscados sus bienes y riquezas; y un número aún mayor de acaudalados ciudadanos romanos, a menudo de origen noble, han sido asesinados o han huido de la ciudad, quedando sus propiedades y riquezas en manos de los triunviros. No hay piedad. Entre los proscritos se encuentran Paulo, el hermano de Lépido y Lucio César, el tío de Antonio. Hasta el famoso Cicerón figura en la lista. Estos tres, y otros, supongo, han huido de la ciudad, y es posible que logren salvar la vida.

Las tareas más sangrientas parecen recaer en los soldados de Antonio. He visto con mis propios ojos los cuerpos decapitados de senadores romanos esparcidos por el mismo Foro en el que una semana antes se festejaba su gloria, y, cobijado en la quietud de mi colina, he oído los gritos de los ciudadanos ricos que esperaron demasiado para abandonar Roma y sus riquezas. Todos, a excepción de los pobres, aquellos con un nivel económico medio y los amigos de César, viven temerosos de lo que el mañana les pueda deparar aunque no se hayan publicado sus nombres.

Se dice que Octavio César permanece en su casa y que se niega a mostrarse y a mirar los cuerpos sin vida de los que antes fueran sus camaradas. También se dice que el mismo Octavio es quien insiste en que las proscripciones se cumplan sin la menor piedad, de inmediato y al pie de la letra. Uno no sabe con certeza qué es lo que puede creer.

¿Es esta la Roma que creía empezar a conocer después de estos meses tan ajetreados? ¿Me habré confundido por completo respecto de este pueblo? Atenodoro rehúsa hablar conmigo de este asunto y Tiranión se limita a mover la cabeza con tristeza.

Puede que al fin y al cabo sea menos hombre y más joven de lo que me consideraba.

Cicerón no logró escapar.

Ayer, en una tarde despejada y fría del mes de diciembre, cuando caminaba entre los quioscos de la zona comercial que hay detrás del Foro —ya se puede andar tranquilamente por las calles—, oí un gran alboroto, y, a pesar de lo que mi buen juicio me dictaba, movido por esa curiosidad que un día o bien me lanzará a la fama o me conducirá a la muerte, traspasé el umbral del Foro y me adentré en él. Una multitud de personas se había agolpado alrededor de la tribuna cercana al Senado.

—Es Cicerón —dijo alguien, y el nombre se propagó en un eco de murmullos entre la muchedumbre—. Cicerón...

Sin saber que esperar pero temeroso de lo que podía ver, me abrí paso entre la multitud.

Sobre la tribuna del Senado, cuidadosamente colocada entre dos manos seccionadas, yacía la cabeza reseca y encogida de Marco Tulio Cicerón. Alguien dijo que había sido colocada ahí por orden del mismísimo Marco Antonio.

Era la misma tribuna desde la que tan solo tres semanas antes con tanto afecto había hablado Octavio César de su madre recién fallecida. Ahora era otra muerte la que ocupaba la tribuna; en ese momento no puede evitar sentir algo de alivio porque la madre hubiera dejado este mundo antes de tener que presenciar las obras de su hijo.

II. Carta de Marco Junio Bruto a Octavio César; desde Esmirna (42 a. C.)

Dudo que realmente comprendas la gravedad de nuestra situación. Ya sé que no me tienes ningún afecto, y sería absurdo pretender que yo te tengo alguno: no es la preocupación por tu persona sino por nuestra nación lo que me mueve a escribirte. No puedo dirigirme a Antonio porque es un loco, y no puedo escribir a Lépido porque es idiota. Espero poder dirigirme a ti, que no eres ni lo uno ni lo otro.

Sé que ha sido por tu causa que Casio y yo hemos sido declarados forajidos y condenados al exilio; mas tanto tú como yo sabemos que una condena semejante tiene tanta fuerza de ley como pueda emanar de un Senado aturdido y desmoralizado. Ambos sabemos de cierto que ese edicto carece de toda permanencia o validez. Seamos prácticos.

Toda Siria, Macedonia, Épiro, Grecia y Asia son nuestras. Tienes a todo Oriente en tu contra, y la riqueza y el poder de todo Oriente no es desdeñable. Poseemos control absoluto sobre el Mediterráneo oriental, de modo que no puedes esperar ayuda alguna de la amante egipcia de tu difunto tío, que en otras circunstancias quizás habría apoyado tu causa con hombres y riquezas. Y pese a que no le tengo ningún afecto, sé que el pirata Sexto Pompeyo viene de Occidente pisándote los talones. Así que no temo la guerra que ahora parece inminente, ni por mí ni por mis tropas.

Pero sí temo por Roma y por el futuro del estado. Las proscripciones que tú y tus amigos habéis ordenado en Roma reafirman mi temor, al que mi dolor personal se subordina.

Olvidemos las proscripciones y los asesinatos: si fueras capaz de perdonarme la muerte de César, quizás yo pueda perdonarte la de Cicerón. No podemos ser amigos, ninguno de los dos lo necesita; pero quizás podamos ser amigos de Roma.

Te imploro que no marches junto a Marco Antonio. Temo que una batalla más entre los romanos destruya la poca virtud que queda en nuestra nación; y Antonio no marchará sin ti.

Si no marchas, te aseguro mi respeto y mi agradecimiento, y tu futuro estará garantizado. Si no podemos colaborar en virtud de la amistad mutua, al menos podemos hacerlo por el bien de Roma.

Pero déjame que te diga algo más: si rechazas esta oferta amistosa, resistiré con todas mis fuerzas y te destruiré. Lo digo con tristeza. Pero lo digo.

III. Memorias de Marco Agripa: Fragmentos (13 a. C.)

Y una vez constituido el triunvirato y sojuzgados los enemigos romanos de Julio César y César Augusto, aún quedaban las tropas del pirata Sexto Pompeyo en Occidente, y en Oriente, Bruto y Casio, los asesinos exiliados del divino Julio que amenazaban la seguridad y el orden de Roma. Fiel a su promesa, Augusto decidió castigar a los asesinos de su padre y restaurar el orden del estado, difiriendo por un tiempo el asunto de Sexto Pompeyo y emprendiendo contra él únicamente aquellas medidas que por el momento eran necesarias para mantener la seguridad.

Por aquel entonces yo dedicaba todas mis energías a reclutar y equipar en Italia a las legiones que sitiaban a Bruto y Casio en Oriente, y a organizar las líneas de suministro que nos permitirían combatir en aquellas tierras lejanas. Antonio enviaría ocho legiones a Anfípolis, en la costa egea de Macedonia, para acosar a las tropas de Bruto y Casio con el fin de evitar que hallaran un terreno que les fuera favorable al combate. Pero Antonio se demoró en la salida de sus legiones, de modo que tuvieron que conformarse con tomar una posición inferior en las llanuras del oeste de Filipos, donde los ejércitos de Bruto descansaban seguros. Antonio se vio obligado a enviar nuevas legiones en apoyo de las que ya había en Macedonia, pero las flotas de Bruto y Casio merodeaban por el puerto de Brindisi, y Augusto me ordenó velar porque Antonio pudiera acceder con seguridad, de modo que con las naves y las legiones que había alzado en Italia nos abrimos paso entre la flota de Marco Junio Bruto y desembarcamos doce legiones de soldados en la costa macedónica de Dirrachium.

Mas en Dirrachium Augusto cayó gravemente enfermo. Temiendo por su vida, habríamos esperado de no haber sido porque él mismo nos pidió que prosiguiéramos, consciente de que si demorábamos nuestro ataque contra las tropas de los forajidos, lo perderíamos todo. Ocho de nuestras legiones marcharon a través del país para sumarse en Anfípolis al dificultoso avance de las tropas de Marco Antonio.

La caballería de Bruto y Casio obstaculizaba nuestro camino y sufrimos graves pérdidas durante el trayecto; cuando llegamos a Anfípolis nuestras tropas estaban agotadas y desmoralizadas. Una vez me hube asegurado de que los ejércitos de Bruto y Casio se hallaban atrincherados en las tierras altas de Filipos y que no se moverían, protegidos al norte por las

montañas y al sur por una marisma que se extendía desde el campamento hasta el mar, me decidí a enviar un mensaje urgente a César Augusto: nuestros soldados lo daban todo por perdido, y yo sabía que era preciso reavivar sus ánimos derrotados.

Y así pues, Augusto, pese a hallarse gravemente enfermo, atravesó el país para apoyarnos, llevado en parihuelas por sus hombres ya que estaba demasiado débil para andar; y aunque su rostro parecía el de un cadáver, su sola presencia, con la fuerza y la bravura de sus ojos y la firmeza de su voz, infundió ánimo y coraje a los hombres.

Decidimos atacar con audacia y sin demora, pues nuestros suministros mermaban con cada día de espera, mientras que Bruto y Casio contaban con todas las líneas marítimas para su abastecimiento. Así que mientras tres de las legiones de Augusto, bajo mi mando, fingían dedicarse afanosamente a construir una calzada por la que atravesar la marisma que protegía el flanco meridional del enemigo, estrategia con la que pretendían desviar a un gran número de soldados republicanos incitándoles a atacarnos, las legiones de Marco Antonio embistieron valientemente abriéndose paso a través de la línea debilitada de Casio, y saquearon el campamento antes de que este pudiera recuperarse del sobresalto. Y Casio, que se hallaba sobre una pequeña colina con algunos de sus oficiales, según se cuenta dirigió la mirada hacia el norte y vio a las tropas de Bruto en lo que interpretó como una batida en retirada. Sabiendo, pues, derrotado a su propio ejército y pensando que todo había terminado, fue preso de la desesperanza, y se abalanzó sobre su propia espada poniendo fin a su vida sobre el polvo y la sangre de Filipos, se diría que vengándose de sí mismo por haber asesinado al divino Julio dos años y siete meses antes.

Lo que Casio no sabía es que el ejército de Bruto no huía. Adivinando nuestro plan y sabiendo que la dispersión del ejército de Augusto obedecía a una táctica de despiste, se apresuraron a cercar nuestro campamento y lo arrasaron, capturando a numerosos soldados y matando a muchos otros. El propio Augusto estaba semiinconsciente por causa de la enfermedad y era incapaz por tanto de moverse; su médico le condujo desde la tienda hasta la marisma, y allí permaneció oculto hasta que la batalla hubo terminado y hasta que, en la oscuridad de la noche, pudo ser transportado sigilosamente al lugar donde los remanentes del ejército se habían retirado para reunirse con las tropas de Marco Antonio. El médico juró que en sueños había oído una voz que le ordenaba que se llevase a Augusto de allí para salvarle la vida...

IV. Carta de Horacio Flaco a su padre, desde el oeste de Filipos (42 a. C.)

Mi querido padre, en el caso de que recibas esta carta sabrás que tu hijo Horacio, que hace tan solo un día se enorgullecía de ser soldado del ejército de Marco Junio Bruto, en estos momentos de una fría noche de otoño se halla sentado en su tienda escribiendo estas palabras a la luz parpadeante de una lámpara, deshonorado ante sí mismo y ante sus amigos. Así todo, curiosamente se siente liberado de la obsesión que los últimos meses le ha tenido atenazado, y si bien no puede decirse que se sienta feliz, al menos comienza a saber quién es... Hoy he combatido por primera vez, y he decirte que en la primera ocasión de peligro dejé caer mi escudo y mi espada, y eché a correr.

Por qué me embarqué en esta empresa, no lo sé; y a buen seguro tú eres demasiado

inteligente como para saberlo tampoco. Cuando hace dos años, con esa bondad tan tuya y a la que tan habituado estoy que a veces ni pienso en ella, me enviaste a estudiar a Atenas, no tenía intención alguna de mezclarme en algo tan absurdo como la política. ¿Me uní tal vez a Bruto y acepté el cargo de tribuno de su ejército en un despreciable intento de ascender en la escala social y llegar a ser parte de la aristocracia? ¿Acaso se avergonzaba Horacio de no ser más que el hijo de un liberto? No puedo creer que eso sea cierto; pese a mi juventud y mi arrogancia, siempre he pensado que eras el mejor de los hombres, y no hay padre más noble, generoso y afectuoso que tú.

Creo que fue porque, en mis estudios, me olvidé del mundo y casi comencé a creer que la filosofía era verdad. Libertad... Me uní a la causa de Bruto por mor de una palabra, y ni siquiera sé lo que esa palabra significa. Un hombre puede vivir durante un año siendo un ingenuo, y hacerse sabio en tan solo un día.

He de decirte ahora que no fue solo por cobardía que dejé caer mi escudo y huí de la batalla, aunque sin duda en parte fue así. Pero es que cuando de pronto vi que uno de los soldados de Octavio César —o tal vez de Antonio, no estoy seguro— se acercaba a mí blandiendo una espada de acero que resplandecía en sus manos y en sus ojos, sentí como si de pronto el tiempo se detuviera, y pensé en ti y en todas las esperanzas que albergabas para mi futuro. Recordé que naciste siendo esclavo y que habías logrado comprar tu libertad; que habías consagrado el fruto de tu esfuerzo y de tu vida entera a tu hijo, para que pudiera vivir en paz y con la comodidad y la seguridad que tú nunca tuviste. Y vi a ese hijo masacrado inútilmente sobre una tierra por la que no sentía ningún afecto y por una causa que no comprendía... Y de pronto sentí cómo habrías vivido el resto de tus años, pensando en la vida malgastada de tu hijo, y eché a correr. Corrí por encima de los cuerpos de los soldados caídos, y vi sus ojos vacíos que miraban a un cielo que nunca más verían, y me daba igual que fueran de mi bando o del contrario. Corrí...

Si la suerte me acompaña, regresaré contigo a Italia. No volveré a combatir. Mañana te enviaré esta carta e iniciaré los preparativos. Si no nos atacan, no correré peligro, y si nos atacan, huiré de nuevo. En cualquier caso no seré ya parte de esta masacre que ignoro dónde nos conduce.

No sé quién saldrá victorioso, si el partido de César o el de la República. No sé cuál será el futuro de nuestro país ni el mío propio. Quizás tenga que decepcionarte y acabe convirtiéndome en recaudador de impuestos, como tú; una ocupación, a tus ojos, demasiado humilde, pero a la que tú con tu sola presencia confieres honor y dignidad. Soy tu hijo, Horacio, y estoy muy orgulloso de serlo.

V. Memorias de Marco Agripa. Fragmentos (13 a. C.)

Bruto volvió a atrincherarse de nuevo en las tierras altas de Filipos, de donde nos quedó claro que no tenía intención de moverse. Sabíamos, quizás incluso mejor que él, que cada día de espera suponía para nosotros un coste elevadísimo pues nuestros suministros escaseaban: no se podía transportar nada por mar porque los barcos de Bruto lo controlaban todo, y detrás de nosotros se hallaban las planas y estériles llanuras de Grecia. Ante esta situación, decidimos hacer varias copias de unas cuartillas que dirigimos a los oficiales del ejército de Bruto, en las

que nos mofábamos de su apocamiento y cobardía; y por la noche les retábamos a gritos desde nuestro campamento, con la intención de que los soldados no pudieran ni dormir con dignidad sino a sobresaltos y en la ignominia.

Durante tres semanas Bruto esperó, hasta que al final sus hombres, impacientes e irritados por la inacción, no estaban ya dispuestos a aguardar más. Temiendo que si comenzaban a desertar, se quedaría sin ejército, Bruto ordenó a sus hombres descender de las trincheras que les habrían salvado, e invadir nuestro campamento.

A última hora de la tarde descendieron de la montaña como una tormenta del septentrión; ni un grito escapó de sus labios: solo oíamos el estruendo de los cascos y el golpear de sus pisadas en el polvo que los envolvía como una nube. Ordené a nuestra línea que rompiera antes del ataque inicial, y, así, al tiempo que el enemigo nos embestía, cerramos filas a ambos lados con el objeto de obligarles a combatir en dos flancos a la vez. Dividimos el ejército en dos partes, y cada una de ellas de nuevo en dos, a fin de impedir que pudieran reorganizarse para resistir nuestros ataques. Cuando cayó la noche la batalla había terminado; las estrellas recogían los gemidos de los heridos y contemplaban impasibles los cuerpos inertes.

Bruto escapó con lo que quedaba de sus legiones, y consiguió llegar hasta el bosque que estaba más allá de las trincheras de Filipos, las cuales habíamos invadido. Habría atacado de nuevo con lo que quedaba de su ejército, mas sus oficiales se negaron a arriesgarse; de modo que muy temprano, al amanecer del día siguiente a los Idus de noviembre, sobre un altozano desde el que se dominaba la masacre que con su voluntad y determinación había ocasionado, en presencia de unos pocos oficiales que aún le eran fieles, se abalanzó sobre su espada, y el ejército de la República dejó de existir.

Así fue como se vengó el asesinato de Julio César, y como tras el caos de la traición y la bandería llegaron años de orden y paz bajo el mando del Emperador de nuestra nación, Cayo Octavio César, ahora el Augusto.

VI. Carta de Cayo Cilnio Mecenas a Tito Livio (13 a. C.)

Después de la batalla de Filipos regresó a Roma muy despacio, con muchos altos en el camino y más muerto que vivo. Había salvado a Italia de sus enemigos externos, y ahora le quedaba sanar a la nación de sus heridas internas.

Mi querido Livio, no puedo explicarte la impresión que sentí al verle por primera vez después de tantos meses, cuando le condujeron en secreto a su residencia del Palatino. Durante el tiempo que duró la batalla yo, naturalmente a instancias de Octavio, había permanecido en Roma para supervisar los asuntos de la nación e intentar evitar que Lépido —bien con el ánimo de conspirar o por pura incompetencia— acabara de destrozar el gobierno interno de Italia.

Aún no había cumplido los veintidós años aquel invierno en que regresaba del combate, pero te juro que parecía tener el doble o el triple de edad. Su rostro presentaba un aspecto cerúleo y, aunque siempre había sido delgado, había perdido tanto peso que la piel le colgaba de los huesos. Su debilidad solo le permitía hablar con un ronco murmullo. Le miré, y temí por su vida.

—No les digas nada —dijo, haciendo después una larga pausa como si el pronunciar esa frase le hubiera dejado exhausto—. No les digas nada acerca de mi enfermedad; ni al pueblo ni a

Lépido.

—No lo haré, mi querido amigo —respondí.

En realidad la enfermedad había comenzado el año antes, durante la época de las procripciones, y había ido empeorando gradualmente; y pese a que los médicos que le atendían percibían cuantiosos honorarios y se les amenazó con que perderían su empleo e incluso la vida si rompían el secreto, los rumores acerca de la enfermedad se habían filtrado. Mejor habría sido no recurrir a ningún médico —odiosos todos ellos, entonces y ahora—, ya que no fueron capaces más que de recetarle hierbas repugnantes y tratamientos de frío y calor. Apenas podía comer nada, y en más de una ocasión había vomitado sangre, y sin embargo, daba la impresión de que a medida que su cuerpo se debilitaba su voluntad se robustecía, pues se conducía con más fiereza en la enfermedad que en la salud.

—Antonio no regresará a Roma por ahora —dijo con esa voz terrorífica—. Ha ido a Oriente a recoger su botín y afianzar su posición. Le he autorizado: prefiero que robe a los asiáticos y a los egipcios antes que a los romanos... Creo que piensa que me voy a morir; y aunque así lo espera, sospecho que prefiere estar fuera de Italia cuando ocurra.

Se echó hacia atrás en la cama, respirando con dificultad y con los ojos cerrados. Poco a poco fue recobrando las fuerzas y dijo:

—Cuéntame las noticias de la ciudad.

—Descansa —le respondí—. Ya habrá tiempo de hablar cuando estés más fuerte.

—Las noticias —dijo—: no puedo mover el cuerpo, pero sí la mente.

Eran noticias amargas las que tenía que darle, pero sabía que no me habría perdonado si intentaba edulcorarlas, y le dije:

—Lépido negocia en secreto con el pirata Sexto Pompeyo: sospecho que piensa aliarse con él en contra tuya o de Antonio, el más débil de los dos. Tengo pruebas de ello, pero si nos encaramos con él, jurará y perjurará que su única intención es traer la paz a Roma... Después de Filipos, Antonio es el héroe, y tú el cobarde. La cerda de la mujer de Antonio y el buitre de su hermano han ido difundiendo sus bulos: que mientras tú te escondías temblando de miedo en la marisma, Antonio con gran valentía castigaba a los enemigos de César. Fulvia advierte a los soldados con diatribas que no piensas pagarles las recompensas que Antonio prometió, mientras que Lucio se dedica a recorrer las zonas rurales soliviantando a terratenientes y campesinos con rumores de que vas a confiscar sus propiedades para dárselas a los veteranos. ¿Quieres saber más?

—Si es necesario... —dijo, con una tenue sonrisa incluso.

—El estado se encuentra próximo a la bancarrota. De los pocos impuestos que Lépido logra recaudar, una mínima parte va a la hacienda pública; el resto se lo queda el propio Lépido, y, según se dice, Fulvia, que, según se dice también, se prepara para alzar legiones independientes, además de las que por derecho pertenecen ya a Antonio. No tengo pruebas de esto, pero imagino que es cierto... Así que parece que te ha tocado la peor parte con Roma.

—Prefiero la debilidad de Roma a todo el poder de Oriente —respondió—, aunque estoy seguro de que esto no es lo que Antonio tenía en mente. Él cree que si no muero, me hundiré con los problemas que hay aquí. Pero no pienso morirme, y no vamos a hundirnos. —Se incorporó levemente y añadió—: Tenemos mucho que hacer.

Y al día siguiente, tan débil como estaba, se levantó de la cama, haciendo caso omiso de su enfermedad, como si careciera de peso o importancia.

Que teníamos mucho que hacer, dijo... Mi querido Livio, ¿cómo podrás evocar en esa admirable historia tuya la actividad desenfrenada y las demoras, los triunfos y las derrotas, las alegrías y las penas de los días que siguieron a Filipos? Yo no puedo hacerlo, ni creo que deba. Pero no divagaré, ni siquiera para elogiarte, porque sé que volverás a regañarme.

Me has pedido que sea más explícito al referirme a las tareas que desempeñaba para nuestro Emperador, como si realmente mereciera ocupar un lugar en tu historia. Me honras más allá de mis méritos; no obstante, me complace ser recordado ahora que ya me he retirado de la vida pública.

Las funciones que desempeñaba para nuestro Emperador... he de confesar que algunas de ellas me resultan ahora ridículas, aunque entonces no me lo parecían. Los matrimonios, por ejemplo. Actualmente, gracias al hacer de nuestro emperador y en virtud de sus edictos, es posible para un hombre de importancia y ambición contraer matrimonio por motivos racionales (si es que el término «racional» no es demasiado contradictorio para describir una relación tan extraña y, pienso a veces, antinatural). Pero en los tiempos a los que me refiero, en Roma al menos y para los que se dedicaban a la vida pública, aquello era algo imposible: uno se casaba con miras a obtener un provecho o por necesidad política, como yo mismo hice (aunque he de decir que mi Terencia ha resultado ser en ocasiones una compañera divertida).

Confieso que lo de casamentero se me daba bastante bien, e igualmente confesaré que al final ninguno de aquellos matrimonios resultó ser ventajoso ni tan siquiera necesario. Siempre he sospechado que fue el descubrimiento de ese hecho lo que años más tarde llevó a Octavio a implantar aquellas leyes matrimoniales no del todo exitosas, más que la dimensión «moral» que se les atribuía. En varias ocasiones me ha reprendido por los consejos que le di en aquellos tiempos; fueron todos malos.

Por ejemplo, el primer matrimonio que concerté para él fue muy al principio, antes de constituirse el triunvirato. La muchacha se llamaba Servilia; era la hija de P. Servilio Isáurico, el cual, cuando Cicerón se enfrentó a Octavio después de la batalla de Módena, aceptó presentarse, conjuntamente con Octavio, como candidato a cónsul primero frente a Cicerón. El matrimonio con su hija era nuestra garantía de que le apoyaríamos con nuestras armas si fuera necesario. Pero Servilio no pudo con Cicerón y no nos fue de ninguna ayuda, así que el matrimonio no llegó a celebrarse.

El segundo fue incluso más ridículo que el primero. Fue con Clodia, hija de Fulvia e hijastra de Marco Antonio. El matrimonio formaba parte del pacto que dio origen al triunvirato: los soldados lo deseaban, y no vimos ninguna razón para negarles ese capricho pese a que era absurdo. La muchacha tenía trece años y eran tan fea como su madre. Octavio llegó a verla dos veces, creo, y ella nunca llegó a poner un pie en su casa. Como sabes, este matrimonio no logró apaciguar a Fulvia y a Antonio, que continuaron con sus intrigas y traiciones hasta tal punto que después de la batalla de Filipos, cuando Antonio se encontraba en Oriente, y mientras Fulvia amenazaba abiertamente con instigar una nueva guerra civil contra Octavio, nos vimos obligados a dejar clara nuestra posición mediante el divorcio.

No obstante, creo que fue mi mediación en el tercer contrato matrimonial de Octavio lo que de verdad le exasperó. Fue con Escribonia, y tuvo lugar el año siguiente a su divorcio de Clodia,

durante nuestros meses más desesperados, cuando parecía que acabaríamos siendo derrotados por los levantamientos encabezados por Antonio en Italia o por la incursión de Sexto Pompeyo desde el sur. En lo que ahora parece un esfuerzo demasiado precipitado por lograr la reconciliación, me dirigí a Sicilia para negociar con Sexto Pompeyo... Una tarea imposible, pues Pompeyo era un hombre imposible. Yo creo que estaba un poco loco, más animal que humano. Era un forajido, y lo era en más sentidos que el puramente legal: es uno de los pocos hombres con los que he conversado que me repugnaba tanto que me resultaba difícil tratar con él. Ya sé, mi querido Livio, que admirabas a su padre, pero es que nunca conociste a ninguno de los dos, y desde luego no al hijo... En cualquier caso, hablé con Pompeyo, y obtuve de él lo que pensé que era un acuerdo, el cual sellé concertando el matrimonio con la tal Escribonia, la hermana menor del suegro de Pompeyo. Escribonia, Escribonia... Siempre me pareció el epítome del género femenino: fríamente suspicaz, educadamente malhumorada y mezquinamente egoísta. Es sorprendente que mi amigo llegara a perdonarme por aquel acuerdo. Quizás fuera porque ese matrimonio le trajo aquello que mi amigo ama tanto como ama a Roma: su hija, su Julia. Se divorció de Escribonia el mismo día en que nació su hija, y lo que me maravilla es que aún le quedaran ganas de casarse otra vez. Pero lo hizo, y en esa unión yo no tuve nada que ver... El matrimonio con Escribonia resultó ser un fraude desde el principio porque mientras yo negociaba con Pompeyo, este hacía ya tiempo que negociaba con Antonio, de modo que el contrato matrimonial no fue más que una maniobra para aquietar nuestras sospechas. Así era la política en aquellos días, mi querido Livio. Mas he de decir —y esto no se lo diría a nuestro Emperador— que mirando atrás en el tiempo, me parece que todos estos asuntos tenían su lado humorístico.

De los matrimonios de los que fui responsable solo me avergüenzo de uno, y ni siquiera ahora soy capaz de tomármelo con la ligereza que debiera, aunque crea que el daño que causó no fue grave.

Por las mismas fechas en que negociaba con Pompeyo y pactaba los esponsales con Escribonia, los bárbaros, instigados por Fulvia y Lucio Antonio, se alzaron contra nuestro gobernador de Hispania Ulterior. Nuestros generales de África, incitados también por Fulvia y Lucio, comenzaron a guerrear entre ellos, y Lucio simuló que amenazaban contra su vida para marchar con sus legiones, y las de Fulvia, sobre Roma. Fueron repelidos por nuestro amigo Agripa y quedaron cercados en la localidad de Perusia, cuyos habitantes (pompeyanos y republicanos en su mayoría) les apoyaron con vigor y entusiasmo. Dado que realmente no sabíamos qué papel había desempeñado Marco Antonio en todo esto, aunque lo sospechábamos, no nos atrevimos a destruir a su hermano por temor de que en caso de ser culpable, Marco Antonio decidiera emplear esto como pretexto para atacarnos por el este, o, en caso de ser inocente, no entendiendo nuestro proceder, se vengara de nosotros. No castigamos a Lucio, pero nos mostramos inmisericordes con aquellos que le habían ayudado, ejecutando a los más traidores y exiliando a los menos peligrosos, si bien dejamos en libertad a los ciudadanos corrientes e incluso les compensamos por las propiedades que habíamos destruido. Entre los exiliados —y esto, mi querido Livio, sin duda satisfará tu aguzadísimo sentido de la ironía— figuraba un tal Tiberio Claudio Nerón, al que permitimos huir a Sicilia junto con su hijo Tiberio, recién nacido, y su jovencísima esposa, Livia.

Durante todos los meses que duraron las revueltas en Italia habíamos escrito a Antonio varias veces, intentando informarle de las actividades de su mujer y su hermano, y averiguar su grado

de implicación en los disturbios; y aunque recibíamos cartas de Antonio, en ninguna de ellas respondía a las nuestras, como si no las hubiera recibido. Claro, que también era invierno cuando escribíamos con más insistencia, así que es posible que las cartas no le llegaran. En cualquier caso, la primavera y parte del verano transcurrieron sin que recibiéramos de él una respuesta clara; pero de pronto llegó un mensaje de Brindisi en el que se nos informaba de que la flota de Antonio se dirigía hacia el puerto y que la armada de Pompeyo, procedente del norte, se disponía a reunirse con él. Supimos también que unos meses antes Fulvia había zarpado rumbo a Atenas para reunirse con su esposo.

No sabíamos qué esperar, aunque tampoco nos quedaba elección. Pese a nuestra debilidad, con nuestros ejércitos esparcidos haciendo frente a los numerosos problemas que nos acuciaban por toda la nación y en las fronteras, marchamos sobre Brindisi, temerosos de que Antonio hubiese arribado a la costa y saliera a nuestro encuentro con sus tropas. Mas se nos informó de que la ciudad de Brindisi le había negado la entrada en el puerto, de modo que acampamos y aguardamos a ver qué sucedía. Si Antonio hubiera atacado, no hay duda de que no habríamos sobrevivido.

Pero no atacó, ni nosotros tampoco. Nuestros propios soldados estaban hambrientos y mal pertrechados; los soldados de Antonio estaban agotados del viaje, y lo único que querían era ir a Italia a ver a sus familias. Si cualquiera de las dos partes hubiera sido tan inconsciente como para precipitarse, probablemente se habría producido un motín.

Y de pronto un agente que habíamos camuflado entre las tropas de Antonio regresó con noticias sorprendentes. Antonio y Fulvia habían tenido una discusión terrible en Atenas; Antonio se había marchado enfurecido, y al parecer Fulvia, repentina e inexplicablemente, había muerto.

Animamos a algunos de nuestros soldados de confianza a fraternizar con las tropas de Antonio, de modo que al poco tiempo emisarios de uno y otro lado acudieron a sus respectivos líderes pidiendo que Antonio y Octavio conciliaran una vez más sus diferencias a fin de evitar que los romanos volvieran a enfrentarse entre sí.

Y así fue como ambos líderes se congraciaron y se evitó con ello otra guerra. Antonio aseguró que Fulvia y su hermano habían actuado sin su autorización, y Octavio dejó claro que había decidido no tomar represalias contra ninguno de los dos por respeto a su amistad con Antonio. Se firmó un acuerdo, se declaró una amnistía general para todos aquellos que anteriormente habían sido enemigos de Roma, y se pactó un matrimonio.

Aquel matrimonio lo negocié yo mismo: los contrayentes eran Antonio y Octavia, la hermana mayor de nuestro Emperador, que había enviudado pocos meses antes siendo madre de un niño muy pequeño llamado Marcelo.

Mi querido Livio, tú ya conoces mis gustos... pero casi creo que habría sido capaz de amar a las mujeres si fueran como Octavia. La admiraba entonces tanto como la admiro ahora: era bondadosa y sin malicia, bastante bella, y además era una de las dos únicas mujeres que he conocido en mi vida que poseían una comprensión profunda de la filosofía y la poesía; la otra era la propia hija de Octavio, Julia. Y es que Octavia no era un juguete. Mi viejo amigo Atenodoro solía decirme que, de haber sido hombre y menos inteligente, se habría convertido en un buen filósofo.

Yo estaba con Octavio cuando le explicó la necesidad de ese matrimonio a su hermana, a quien, como ya sabes, quería muchísimo. No era capaz de mirarla a los ojos mientras hablaba.

Pero Octavia se limitó a sonreírle y dijo:

—Si ha de ser, ha de ser, hermano; intentaré ser una buena esposa para Antonio y continuar siendo una buena hermana para ti.

—Es por Roma —respondió Octavio.

—Es por todos nosotros —dijo su hermana.

Supongo que era necesario. Esperábamos que aquel matrimonio nos trajera la paz duradera, y sabíamos que al menos nos daría unos años. Pero he de decir que aun hoy siento un poco de remordimiento y de pena: Octavia debió de vivir momentos muy amargos.

Aunque Antonio resultó ser un marido bastante intermitente, y quizás eso lo hiciera más soportable para ella. En cualquier caso, jamás dijo una mala palabra sobre Marco Antonio, ni siquiera en años posteriores.

CAPÍTULO QUINTO

I. Carta de Marco Antonio a Octavio César, desde Atenas (39 a. C.)

Marco Antonio te saluda, Octavio. No sé qué es lo que esperas de mí. Renuncié a mi difunta esposa y arruiné la carrera de mi hermano porque su proceder te disgustaba. Para afianzar nuestro mandato conjunto, me casé con tu hermana, que, aun siendo una buena mujer, no es mi tipo. En garantía de mi buena fe envié a Sexto Pompeyo y a su armada de regreso a Sicilia, pese a que, como bien sabes, se habría aliado conmigo en contra tuya. A fin de incrementar nuestro poder, accedí a despojar a Lépido de todas las provincias que poseía, a excepción de África. Accedí incluso, después de casarme con tu hermana, a que se me nombrara Sacerdote del deificado Julio, pese a lo extraño que me resultaba ser sacerdote de un hombre con quien me he emborrachado y frecuentado los burdeles, y pese a que mi aceptación de aquel cargo te beneficia más a ti que a mí. Y por último, me he ausentado de mi tierra natal con el fin de recaudar en Oriente el dinero que asegurará nuestro poder futuro y de poner orden en el caos que amenaza a nuestras provincias orientales. Como te he dicho, no sé qué es lo que esperas de mí.

He permitido que los griegos me crean la reencarnación de Baco (o, si prefieres, Dionisos), con el único propósito de adquirir a través de su afecto por mí algún control sobre ellos. Me critican por «hacerme pasar por griego» y por haber asumido el papel de la encarnación de Baco en los Festejos de Atenea; y sin embargo, has de saber que cuando accedí a ello, insistí en que la celestial Atenea me entregara una dote, y que gracias a dicha insistencia he logrado enriquecer nuestras arcas mucho más de lo que lo habría hecho recaudando impuestos, además de ahorrarme el resentimiento que inevitablemente la exacción habría causado.

Y en cuanto a las cuestiones relativas a Egipto que con tanta delicadeza planteas, en primer lugar, es cierto que he aceptado como asistentes a algunos súbditos de la Reina. Además de que me son de ayuda en mi trabajo, lo considero necesario por cuestiones de diplomacia; y aunque lo hubiera hecho por interés propio, no veo razón alguna para que te opongas: tú mismo conoces a Amonio, que fue amigo de tu difunto tío (o «padre», como ahora le llamas), y que me sirve tan fielmente como lo hizo con Julio y con su Reina. En cuanto a Epímaco, al que calificas de simple «adivino», te diré que al hacerlo revelas —y perdona que te lo diga— tu profunda ignorancia acerca de los asuntos relativos a Oriente. Este «simple adivino» es un hombre extraordinariamente importante: es el Sumo Sacerdote de Heliópolis, la Encarnación de Tot y el Custodio del Libro de la Magia. Es bastante más importante que ninguno de tus «sacerdotes», y me resulta de gran utilidad, además de que es un tipo divertido.

En segundo lugar, la relación que mantuve con la Reina hace dos años en Alejandría jamás ha sido un secreto. Pero he de recordarte que fue hace dos años, antes de que nadie pudiera siquiera imaginar que algún día me convertiría en tu cuñado. Y no es necesario que menciones el asunto de los gemelos que Cleopatra me plantea: puede que sean míos y puede que no, en cualquier caso no importa. Tampoco es ningún secreto que haya ido dejando hijos por todo el mundo, de modo que estos no significarían ni más ni menos que los otros. Cuando mis ocupaciones me lo permiten me doy mis placeres, y lo hago allá donde pueda hallarlos, y seguiré haciéndolo. Al menos, mi querido hermano, no oculto mis inclinaciones: no soy un hipócrita. Y déjame decirte que tus propios escarceos no son tan secretos como te figuras.

Deberías conocerme mejor como para pensar —si es que realmente lo piensas, como dices— que mi relación con Cleopatra ha influido en el hecho de que la reconozca como soberana de Egipto. Porque dicho reconocimiento me beneficia a mí tanto como a ti: Egipto es una de las naciones más ricas de Oriente y sus arcas estarán abiertas para nosotros si lo necesitamos. Además, es la única nación de Oriente que cuenta con algo parecido a un ejército, el cual, al menos parte, estará a nuestra disposición. Y por último, es más fácil tratar con un único monarca fuerte que se siente afianzado en su posición que con media docena de dirigentes débiles y pusilánimes.

Estas cuestiones, al igual que muchas otras, deberían estar claras para ti que no eres ningún tonto.

No voy a aceptar las reglas de cualquiera que sea el juego al que pretendes jugar.

II. Carta de Marco Antonio a Cayo Sentio Tavo (38 a. C.)

¡Cómo me indigna ese maldito hipócrita! No sé si reír o estallar de ira: su hipocresía me resulta cómica, pero me pone furioso lo que pretende ocultar con ella.

¿Se creará que no tengo mis informantes aquí en Atenas? No me sorprende nada de lo que haga, y no me creo ese tono moralizador que tanto gusta de afectar. Que se divorcie de todas las Escribonias que quiera, incluso el mismo día en que esta da a luz a una niña, que, viendo a Escribonia, no puede ser sino de él; que en esa misma semana tome por esposa a una mujer que se encuentra ya encinta de su primer marido; que incurra en el escándalo público (e incluso en aquellos otros más privados de que me hablas), que yo no pienso reconvenirle; y que sea tan extraño como quiera en lo que atañe a sus inclinaciones íntimas.

Pero conozco a mi nuevo «hermano», y sé que jamás hace nada desde la pasión o el capricho. Es tan frío que casi le admiro.

Es preciso que todo el mundo tenga claro que su divorcio de Escribonia implica que ya no tenemos un pacto con su pariente Sexto Pompeyo. ¿Cómo se interpreta esto? ¿Por qué no se me consultó? ¿Significa que vamos a declararle la guerra a Sexto? ¿O será Octavio quien lo haga solo?

¿Y qué hay de su nueva esposa, la tal Livia? Me cuentas que Octavio había exiliado a su marido de Italia por ser republicano y por haberse alzado contra él en Perusia. ¿Significa este nuevo matrimonio que intenta congraciarse otra vez con lo que queda del partido republicano? No sé qué pensar de todo esto... Escíbeme con frecuencia, Sentio: necesito estar informado y

actualmente hay pocas personas de las que pueda fiarme. Desearía estar en Roma, pero no puedo abandonar mi puesto aquí.

He intentado convencerme a mí mismo de que el tipo de vida que llevo ahora merece la pena. Mi actual esposa es tan fría y correcta como su hermano pretende aparentar, y aunque de vez en cuando me doy algún que otro capricho, tengo que ser tan discreto que el placer queda reducido a apenas nada. Pienso a diario en enviarla de regreso a Roma, mas no puedo hacerlo porque está encinta y divorciarme de ella ahora ocasionaría una ruptura con su hermano que no puedo permitirme.

III. Extractos de informes enviados por Epímaco, Sumo Sacerdote de Heliópolis, a Cleopatra, encarnación de Isis y Reina de los Mundos de Egipto (40-37 a. C.)

Saludos, venerada Reina. Hoy, al principio por diversión y después por desesperación, Marco Antonio ha estado jugando a los dados con Octavio César. Han jugado durante casi tres horas, y Antonio ha perdido casi invariablemente, ganando quizás una de cada cuatro tiradas. Octavio está satisfecho, y Antonio indignado. Consulté las arenas y entré en trance, durante el cual relaté la historia de Euristeo y el tal Hércules, que se convirtió en esclavo suyo a resultas de la perfidia de los dioses. Sugiero que en la próxima carta que le escribas menciones que has soñado que se veía obligado a realizar una tarea indigna para alguien de posición inferior y más débil que él. Mi tono era grave y ominoso, el tuyo ha de ser humorístico y ligero.

Mis augurios no han servido de nada: está casado con Octavia, la hermana de su enemigo, y este compromiso satisface al populacho y a los soldados.

Te envió dos estatuas de cera. Escoge en tu palacio una habitación recóndita, que no tenga más que una puerta, y coloca la estatua de Antonio en el lado de la habitación en el que esté la puerta, y la de Octavia en el lado que no tiene. Has de hacerlo tú misma sin ayuda de nadie. Después haz que entre las dos estatuas levanten una pared gruesa, del suelo al techo; no debe haber ninguna fisura entre los dos. Le dirás a mi sacerdote Epicteto que todos los días, al salir el sol y al ocultarse, practique el hechizo en el exterior de la habitación. Él sabrá qué hacer.

Nos vamos a Atenas con Octavia, que está encinta y dará a luz en tres meses. Le he regalado a Antonio una pareja de galgos idénticos; ha competido con ellos en las carreras y les ha cobrado un cariño desmesurado. El día que nazca el bebé de Octavia haré que los perros desaparezcan. Deberás escribirle en las próximas semanas, relatándole un sueño que tuviste acerca de los gemelos.

La criatura que Octavia ha traído al mundo es una niña, así que de momento no hay un futuro heredero de su nombre. El Dios del Sol se ha avenido a nuestra voluntad y ha respondido a nuestras plegarias.

Discute con Octavio; Octavia, tomando partido por su esposo y contra su hermano, les reconcilia. Antonio se muestra cada vez menos suspicaz con ella, y parece estar tomándole

cariño a su pesar, aunque su naturaleza silenciosa y calmada le sigue poniendo nervioso. ¿Seguro que Epicteto está practicando el hechizo correctamente, tal como le dijiste?

Ha tenido un sueño en el que se veía amarrado a un lecho, mientras que su tienda ardía a su alrededor. Los soldados de su ejército pasaban de largo ante su tienda en llamas, haciendo caso omiso de sus gritos como si no le oyeran. Al final logró romper sus ataduras, pero como estaba rodeado de fuego por completo, no veía por dónde podía escapar. Se despertó asustado y me mandó llamar.

Ayuné durante tres días y después le expliqué lo que el sueño significaba. Le dije que el fuego representaba las intrigas en Roma, fomentadas y alimentadas por Octavio César. El hecho de que se hallara en una tienda significaba dos cosas: su situación (que carece de una posición segura y permanente en el mundo romano), y su naturaleza (que es un soldado). El que se hallara amarrado a un lecho, le dije, significaba que con su inactividad estaba traicionando su naturaleza, poniéndose en una posición de debilidad e impotencia frente a las intrigas de que es objeto y las circunstancias del azar. El que sus soldados no oyeran sus gritos revelaba que al traicionar su naturaleza había perdido el control de sus hombres; que es un hombre de acción, no de palabras, y que sus hombres se pliegan a lo que hace y no a lo que dice.

Está muy pensativo, y le veo estudiando mapas. No le digo nada, pero creo que está pensando de nuevo en tomar las armas contra los partos. Para ello llegará a la conclusión de que necesita tu ayuda. Hazle saber discretamente que te tiene a su disposición. De ese modo lo atraerás de nuevo hacia nuestra causa, asegurando la gloria de Egipto para el futuro.

IV. Carta de Cleopatra a Marco Antonio, desde Alejandría (37 a. C.)

Mi querido Marco, te ruego que disculpes mi largo silencio al igual que he hecho yo con el tuyo. Has de perdonarme también si en esta ocasión te escribo como mujer, y no como la Reina y tu aliada fiel que soy, cuyo poder está siempre a tu disposición. Y es que he estado gravemente enferma durante los últimos meses y no quería que te preocuparas por mí; de hecho no te escribiría ahora si no fuera porque mi fragilidad y mi corazón han podido más que mi condición de Reina.

El sueño se niega a venir a mí, las fuerzas me fallan debido a unas fiebres que ni siquiera la pericia de mi médico, Olimpo, han logrado mitigar; apenas como, y la desesperación me invade como una serpiente que viviera agazapada en el vacío de mi alma.

Oh, Marco, ¡cuán cansado debes de estar de todo esto! Aun así, conozco tu bondad, y sé que comprenderás la debilidad de una vieja amiga que a menudo piensa en ti y que conserva muchos recuerdos.

Quizás sean esos recuerdos, más que los consejos de Olimpo, los que me han decidido a emprender un viaje desde Alejandría a Tebas. Olimpo dice que en el templo que hay allí, el Dios Supremo, Amen-Ra, curará mi enfermedad y me devolverá la salud. Solías burlarte de mi admiración por estos dioses egipcios, y quizás tuvieras razón al hacerlo, como la tienes en tantas otras cosas. Pues lo cierto es que estuve a punto de negarme; pero de pronto recordé —parece que fue hace tanto tiempo— otra primavera en la que tú y yo navegábamos por el Nilo, tumbados

el uno junto al otro en nuestro lecho viendo pasar ante nuestros ojos las fértiles riberas y sintiendo sobre nuestros cuerpos la suave brisa del río. Los pastores y los campesinos se arrodillaban a nuestro paso, y hasta las cabras y los rebaños, alzando la cabeza para vernos pasar, parecían detenerse a rendirnos pleitesía. Y pensé en Menfis, donde celebraban corridas de toros en nuestro honor, y Hermópolis y Aketatón, donde fuimos el Dios Osiris y la Diosa Isis. Y después Tebas, la ciudad de las Cien Puertas, con la languidez de sus días y la dicha de sus noches...

Al recordar esto sentí que comenzaba a recuperar fuerzas, y le dije a Olimpo que emprendería el viaje al templo de Amen-Ra. Mas si recobro la salud, será gracias a la fuerza que me infundirán por el camino esos recuerdos que amo tanto como a mi vida.

V. Carta de Marco Antonio a Octavio César (37 a. C.)

Has roto nuestro pacto con Sexto Pompeyo, un pacto al que yo había dado mi palabra. Se rumorea que pretendes declararle la guerra, y sin embargo no me has consultado al respecto. Intrigas para mancillar mi reputación, pese a que no os he hecho daño alguno ni a ti ni a tu hermana. Pretendes despojarme del escaso poder que me queda en Italia, a pesar de que he sido yo quien, por lealtad, te ha dado gran parte del poder que ahora ostentas. En definitiva, en pago de mi lealtad recibo de ti deslealtad; de mi honor, traición; de mi generosidad, tu egoísmo.

Puedes hacer lo que quieras en Roma, que a mí ya no me importa. Cuando acordamos renovar el triunvirato a comienzos de este año tenía la esperanza de que al fin pudiéramos colaborar. Pero no podemos.

Te envío a tu hermana y a sus hijos. Puedes decirle cuando llegue que no regresará conmigo. Aunque es una buena mujer, no deseo ningún vínculo con tu familia, y en cuanto al divorcio, lo dejo a tu entera discreción: sé que decidirás al respecto en función de tus propios intereses. No me importa.

No voy a disimular contigo, no tengo necesidad, pues ni te temo a ti ni a tus intrigas.

Iniciaré mi campaña contra los partos esta primavera sin las legiones que prometiste y que nunca me enviaste. Le he pedido a Cleopatra que acuda a Antioquía: ella me proveerá con los ejércitos que necesito.

Mientras Roma perece en la maraña que has tejido a su alrededor, Egipto prosperará en la fuerza que yo le conferiré. Quédate tú con el cadáver; yo prefiero el cuerpo con vida.

VI. Carta de Marco Antonio a Cleopatra (37 a. C.)

Emperatriz del Nilo, Reina de los Soles Vivientes y mi querida amiga, acepta esta carta de manos de Fonteio Capito; le he pedido que te la entregue personalmente. Puedes confiar en él al igual que has confiado en mí y preguntarle sobre cualquier asunto que esta carta no te aclare. Como muy bien has observado en tantas ocasiones, soy un hombre de acción y no de palabras.

Así pues, mis palabras no alcanzan a expresar la desesperación que sentí cuando supe que estabas enferma, ni la alegría que me invadió cuando supe que durante tu viaje de vuelta de esa Tebas que ambos recordamos la salud retornaba a ti como un pájaro que regresa a su hogar. ¿Te preguntarás cómo lo sé? Confieso que has estado acompañada de mis espías bienintencionados que, por amor a ambos y por respeto a mi sentida preocupación, me mantenían informado de tu estado. Pues a pesar de las circunstancias que nos mantienen separados, nunca he dejado de preocuparme por ti, y si durante algún tiempo no te he escrito, ha sido porque el recuerdo de nuestra felicidad pasada me hacía sentir un dolor tal por haberla perdido que no podría soportarlo.

Pero como Fonteio te dirá, he despertado como de un sueño. Oh, mi gatita a la par que Reina... ¿sabes cuán amarga ha sido para mí nuestra separación? Claro que lo sabes, y sé que lo entiendes. Recuerdo que me contaste lo desdichada que te sentías cuando tu padre, por motivos dinásticos, quiso desposarte con tu hermano pequeño siendo joven a fin de que engendrara un hijo que perpetuase el linaje de los ptolomeos. No obstante, tu condición de mujer prevaleció; y al igual que Isis se encarna en mujer, también Hércules se encarna en hombre. Es demasiado pesado ser siempre un Dios o una Diosa, o un Rey o una Reina.

¿Permitirás que Fonteio te traiga a Antioquía, donde estaré esperándote? Incluso si ya no sientes amor por mí, necesito verte de nuevo para comprobar que estás bien. Además, si rehusaras los asuntos del corazón, podemos hablar de cuestiones de estado. Ven a mí, aunque solo sea en honor al recuerdo que jamás debemos olvidar.

VII. Memorias de Marco Agripa. Fragmentos (13 a. C.)

Después de la batalla de Filipos, mientras que el triunviro Antonio se entregaba a sus aventuras en Oriente, Octavio César se encargaba de reparar los daños ocasionados por las guerras civiles y de traer el orden a la Italia cuyo centro era Roma. Soportó las traiciones de su colega Antonio sin desfallecer. En Perugia, los ejércitos que estaban bajo mi mando aquietaron la insurrección iniciada por Lucio, el hermano de Antonio, y César Augusto, por compasión, le perdonó la vida pese a la gravedad de su delito.

Mas de todos los obstáculos que impedían a Augusto alcanzar ese orden tan necesario para la salvación de Roma, el más grave era el pirata y traidor Sexto Pompeyo, que ilegítimamente gobernaba las islas de Sicilia y Cerdeña, y cuyas naves surcaban los mares a placer, saqueando y destruyendo los mercantes que suministraban el grano para el sustento de Roma. Tales fueron los estragos ocasionados por Sexto Pompeyo que la ciudad estuvo a punto de padecer una hambruna, y el pueblo, preso del miedo y la desesperación, se amotinaba en las calles, sin otro fin que el de aliviar el temor que se apoderaba de ellos. Apiadándose de su gente, César Augusto negoció con Sexto Pompeyo, ya que carecíamos de la fuerza suficiente como para enfrentarnos a él en batalla. Se firmó un tratado, y durante un tiempo el grano comenzó a llegar de nuevo a Roma; y César Augusto me envió a la Galia Transalpina en calidad de gobernador, donde mi misión consistía en organizar a las legiones galas frente a la hostilidad creciente de las tribus bárbaras antes de que regresara a Roma como cónsul el año siguiente.

Pero apenas se había firmado el tratado cuando Sexto Pompeyo comenzó a conspirar con

Antonio, de modo que el trato se rompió y Sexto reemprendió la piratería y el pillaje. César Augusto me llamó de nuevo a Roma antes de finalizar el año: por el bien de Roma, que se moría de inanición, no había otro remedio que prepararnos para la guerra.

La esencia de Roma se halla en su tierra, en su suelo; nunca se ha sentido a gusto en el mar. Sin embargo, sabíamos que para derrotar a Sexto Pompeyo teníamos que hacernos a la mar, pues, como ocurre con todas las criaturas monstruosas, ese era su hábitat natural y en él permanecería al acecho aunque le expulsáramos de los territorios de los que se había apoderado. César Augusto y el Senado me designaron almirante de la flota romana, encomendándome la misión de crear por vez primera en nuestra historia una armada romana formidable. Mandé construir unas trescientas naves, que se sumarían a las pocas que se hallaban ya bajo el mando de César Augusto; y para dotarlas de tripulación, Augusto concedió la libertad a veinte mil esclavos en pago de su leal servicio. Y como no podíamos entrenar en alta mar por temor a ser vistos por las naves del pirata Pompeyo —que en ocasiones navegaban a poca distancia de la costa italiana—, hice construir un profundo canal que conectara los lagos Lucrino y Averno, en Nápoles, convirtiéndolos así en un solo cuerpo de agua. Y reforzando con cemento la Vía Herculana (que, según se cuenta construyó el propio Hércules) y abriéndola al mar en cada uno de sus extremos, creé lo que ahora se conoce como la Bahía de Julio, en honor del que fuera mi comandante y amigo.

Y en dicha bahía, que la tierra guarece por todos sus costados de la climatología y de las naves enemigas, durante el año de mi consulado y parte del siguiente entrené a la flota que habría de enfrentarse a los aguerridos veteranos del pirata Pompeyo. Al llegar el verano estábamos preparados.

El primer día de aquel mes que recientemente fuera bautizado con el nombre del Divino Julio, partimos rumbo al sur hacia Sicilia, donde las flotas auxiliares de Antonio y de Lépido habían de reunirse con nosotros procedentes respectivamente del este y del norte. Tormentas inoportunas y violentas nos asaltaron en nuestra travesía, causándonos daños; y aunque las flotas de Antonio y Lépido buscaron cobijo, las flotas romanas de Augusto, bajo su mando y el mío, navegaron contra viento y marea. Al fin, aunque con retraso, nos encontramos con las naves enemigas en Mylae, en la costa norte de Sicilia, y tal fue la fiereza con que atacamos, que se vieron obligadas a retirarse a aguas menos profundas donde no pudiéramos seguirlas; e invadimos la ciudad de Mylae, de donde las fuerzas piratas obtenían gran parte de sus suministros.

Nuestra fuerza tomó por sorpresa a las naves de Pompeyo, que rompieron la formación antes de que pudiéramos atacar. Con ayuda de una especie de garfio que yo mismo fabriqué logramos abordar muchos de los buques y capturamos más de los que hundimos, añadiéndolos a nuestra creciente flota. Asimismo tomamos las fortalezas costeras de Hiera y Tíndaro, y Pompeyo temió que si no lograba imponerse con una victoria decisiva y destruir nuestras naves, todos los reductos costeros de los que obtenía sus suministros acabarían cayendo en nuestras manos, y estaría perdido.

Así que desplegó su flota al completo en aguas que le eran favorables con el fin de defender la ciudad portuaria de Nauloco, la cual debíamos tomar para afianzar Mylae, la primera fortaleza que habíamos capturado, unas cuantas millas al sur.

No obstante su pericia, Pompeyo no logró imponerse a nuestras naves, más poderosas. Aunque sus maniobras eran mejores, al final se redujeron a intentar luchar contra las hileras de remos con los que nos impulsábamos, esfuerzo que le costó más naves que las que logró inutilizar. Se hundieron veintiocho naves pompeyanas con todos sus tripulantes; las restantes fueron capturadas o sufrieron tantos daños que quedaron inutilizadas. Solo diecisiete naves de la flota se salvaron de nuestro ataque, y se dirigieron hacia el este, con Sexto Pompeyo a bordo capitaneando penosamente.

Hay quienes dicen que Pompeyo emprendió rumbo al este con la esperanza de unirse al triunviro ausente, Antonio, a quien deseaba instigar de nuevo en contra de César Augusto; otros afirman que su intención era aliarse con Fraates, el rey bárbaro de Partia, que había combatido contra nuestras provincias orientales. En cualquier caso, consiguió llegar hasta la provincia de Asia, donde continuó sus robos y pillajes. Allí fue capturado por el centurión Titio, a quien en su día el propio Pompeyo perdonó la vida, y fue ejecutado como un vulgar bandido. Y así fue como de una vez por todas se puso fin al flagelo de la piratería en los mares que rodeaban a la Italia que albergaba a Roma.

Cansadas como estaban del combate, nuestras fuerzas aún tuvieron que atacar las restantes ciudades costeras de Sicilia que habían abastecido a Pompeyo. La principal de ellas era Mesina, donde estaban destacados la mayor parte de los ejércitos de tierra de Pompeyo. César Augusto nos había ordenado cercar la ciudad y aguardar a que él llegase para trabar combate, en caso de que lo hubiera. Pero entonces llegaron al fin a Mesina las naves capitaneadas por el triunviro Lépido —que no había participado en ninguna de las batallas navales— con el fin de unirse a nuestros barcos. Pese a que le transmití las órdenes de César Augusto, entabló negociaciones con el comandante del lugar y, sintiéndose descansado tras una tranquila travesía desde África, me informó de que por iniciativa propia había decidido relevarme en la comandancia. Recibió la rendición de todas las legiones que Pompeyo tenía en Mesina, y, exigiéndoles que se sometieran a su mando y le juraran lealtad, las añadió a las que ya encabezaba. Agotados y doloridos, aguardamos la llegada de César Augusto.

VIII. Orden militar (septiembre, 36 a. C.)

A: L. Plinio Rufo, comandante militar de las legiones de Pompeyo en Mesina.

De: Marco Emilio Lépido, Emperador y Triunviro de Roma, Gobernador de África y Comandante en Jefe de las legiones africanas, Cónsul y Sumo Pontífice del Senado de Roma.

Asunto: Rendición de las legiones de Pompeyo en Sicilia.

Rendidas a mi autoridad las legiones del derrotado Sexto Pompeyo en el día de hoy, te ordeno que informes a los oficiales y soldados previamente bajo tu mando de lo siguiente:

Que quedan amnistiados por todos los delitos cometidos hasta el presente contra la autoridad legítima de Roma, y que no sufrirán castigo alguno por mi parte ni de ningún otro.

Que se les prohíbe negociar o conversar con oficiales u hombres de ejércitos que no estén bajo mi mando.

Que soy el responsable de garantizar su seguridad y bienestar, por lo que no han de obedecer órdenes de nadie que no sea yo mismo o cualquiera de mis oficiales designados.

Que se les autoriza a mezclarse libremente con las legiones que se hallan bajo mi mando, debiendo considerarse a sí mismos como sus hermanos y no como sus enemigos.

Que la conquistada ciudad de Mesina se encuentra tanto a su disposición como a la de mis soldados para su enriquecimiento.

IX. Carta de Cayo Cilnio Mecenas a Tito Livio (13 a. C.)

Mi querido Livio, acabo de conocer la noticia esta mañana: Marco Emilio Lépido ha muerto en Circei, donde ha vivido retirado, y supongo que avergonzado, durante los últimos veinticuatro años. Era nuestro enemigo; y sin embargo, curiosamente después de tanto tiempo la muerte de un enemigo es como la muerte de cualquier amigo. Me siento triste, al igual que lo está nuestro Emperador, quien me informó del suceso, diciéndome que si sus descendientes lo desean, permitirá que se celebre en Roma un funeral público a la antigua usanza. De modo que después de tantos años Lépido regresa a Roma y a la honra de la que se despojó aquel día en Sicilia, hace casi un cuarto de siglo...

Ahora me doy cuenta de que este es uno de los asuntos sobre los que nunca te he escrito. De haberlo hecho hace una semana te habría hablado de ello con bastante ligereza; lo habría visto como uno de esos recuerdos casi humorísticos del pasado. Sin embargo, esta muerte ha proyectado una luz distinta sobre ese recuerdo, de modo que ahora me resulta extrañamente triste.

Tras una larga, desalentadora y sangrienta lucha, el pirata Sexto Pompeyo fue derrotado por la flota y las legiones de Marco Agripa y Octavio, y supuestamente con ayuda de Lépido. Lépido y Agripa debían cercar la ciudad de Mesina, en la costa siciliana, con el fin de impedir que los barcos que quedaban de la flota de Sexto Pompeyo tuvieran un puerto seguro en el que poder reparar los daños que Agripa y Octavio les habían ocasionado. Pero el comandante de la ciudad, un tal Plinio, conociendo la derrota sufrida por Sexto Pompeyo, a instancias de Lépido, rindió la ciudad y ocho legiones pompeyanas sin oponer resistencia. Lépido aceptó la rendición y, pese a las reconvenciones de Agripa, asumió el mando de esas legiones, y permitió que tanto las legiones pompeyanas como las catorce que él encabezaba rapiñaran y saquearan la ciudad que al rendirse se había sometido a su protección.

Mi querido Livio, tú ya sabes que la guerra nunca es hermosa y que cabe esperar cierta brutalidad por parte de los soldados... Pero Agripa entró con Octavio en la ciudad después de la noche del saqueo, y me ha contado algunas cosas sobre lo que allí vieron, aunque nuestro Emperador jamás ha querido hablar de ello...

Las casas de ricos y pobres habían sido incendiadas indiscriminadamente y sin razón; los soldados habían torturado a cientos de ciudadanos inocentes —ancianos y mujeres, e incluso niños—, cuya única culpa era haber sufrido la desgracia de que las legiones pompeyanas ocuparan su ciudad. Agripa me contó que cuando él y nuestro Emperador entraron en la ciudad a última hora de la mañana siguiente a la carnicería, aún podían oírse con toda nitidez los gemidos y lamentos de los heridos y moribundos.

Cuando nuestro Emperador se encaró por fin con Lépido, tras haber ordenado a gran parte de sus hombres que atendieran a los ciudadanos heridos, estaba tan consternado por el dolor que no podía ni hablar, y el pobre ignorante de Lépido, malinterpretando su silencio como un síntoma de debilidad y excitado por lo que a buen seguro concebía como un poder invencible conferido por aquella adquisición repentina de las veintidós legiones bien alimentadas y descansadas que tenía ahora bajo su mando, en un tono despreciativo y amenazador ordenó perentoriamente a su colega que abandonara Sicilia, diciéndole que si deseaba continuar siendo triunviro, debería contentarse con África tan solo, a la cual él (Lépido) estaba dispuesto a renunciar. Fue un discurso increíble.

Pobre Lépido, como ya he dicho... Le invadió un extraño delirio. Nuestro Emperador no respondió a su absurda pretensión.

Al día siguiente, acompañado solo de Agripa y de tres guardaespaldas, entró en la ciudad y se dirigió al pequeño foro; allí habló con los soldados de Lépido y las tropas que Sexto Pompeyo había rendido, y les dijo que las promesas de Lépido carecían de validez sin su anuencia y que corrían el peligro de perder la protección de Roma si persistían en seguir a un falso líder. Él llevaba el nombre de César, y eso probablemente habría bastado para que los soldados entraran en razón incluso si Lépido no hubiera cometido aquel error fatal. Pues la propia guardia de Lépido, en presencia de este, dispuso un ataque contra la persona de nuestro Emperador, que podía haber resultado gravemente herido, o incluso muerto, de no haberse interpuesto entre él y la jabalina que le fue arrojada uno de sus guardas, que perdió la vida.

Agripa me dijo que en el instante en que el guarda cayó a los pies de nuestro Emperador sobrevino un extraño silencio entre la multitud, y que hasta los guardaespaldas de Lépido permanecieron quietos. Octavio contempló con dolor el cuerpo de su guarda asesinado, y después alzó la mirada hacia la multitud que se hallaba ante él.

En una voz queda pero que todos los soldados podían oír, dijo:

—Así, con la venia de Marco Emilio Lépido, otro valiente y leal soldado romano que jamás hizo daño a ninguno de sus compañeros muere en tierra extranjera.

Hizo que sus otros guardas recogieran el cuerpo y se lo llevaran en volandas; y como en un funeral, caminó a través de la multitud, sin protección, delante del cuerpo del guarda asesinado. Los soldados se apartaban a su paso como espigas de grano azotadas por el viento.

Y una por una, las legiones de Sexto Pompeyo abandonaron a Lépido y se unieron a nuestras tropas en el exterior de la ciudad. Y después, las propias legiones de Lépido, deplorando la abulia e ineptitud de su líder, vinieron también a nosotros, hasta que Lépido, con tan solo unos pocos hombres que le seguían siendo leales, quedó atrapado, indefenso, en el interior de la ciudad.

Supongo que Lépido esperaba ser capturado y ejecutado; y, sin embargo, Octavio no hizo nada. Uno pensaría que la elección más normal en semejante situación era suicidarse, mas Lépido no lo hizo. Envío un mensajero a Octavio solicitando el indulto y pidiendo que se le perdonara la vida. Octavio accedió, con una condición.

Así, en una resplandeciente y fría mañana de principios de otoño, Octavio dispuso que se congregaran en el foro de Mesina todos los oficiales y centuriones de las legiones de Marco Emilio Lépido y Sexto Pompeyo, y los de sus propias legiones. Y Lépido imploró públicamente el perdón.

Completamente solo, con el viento que le revolvía el canoso y ralo cabello, y vestido con una toga sencilla que no exhibía ninguno de los colores indicativos de su rango, recorrió lentamente todo el foro y subió a la plataforma en la que se hallaba Octavio. Se puso de rodillas delante de él y pidió perdón por sus delitos, renunciando públicamente a todos sus poderes. Agripa me contó que su rostro carecía de color y expresión, y que su voz sonaba como si estuviera en trance.

Octavio dijo:

—Este hombre queda indultado; estará seguro entre vosotros y no se le hará daño alguno. Aunque sea exiliado de Roma, permanecerá bajo su protección, y queda despojado de todos sus títulos salvo el de Sumo Sacerdote, que solo los dioses pueden quitarle.

Sin decir más, Lépido se puso en pie y se dirigió a su cuartel. Y Agripa me contó algo curioso. Conforme se alejaba, Agripa le dijo a Octavio:

—Tu sentencia ha sido peor que la muerte.

A lo que Octavio respondió con una sonrisa:

—Es posible... Pero tal vez le haya concedido una suerte de felicidad.

Me pregunto cómo serían sus últimos años en su exilio de Circei. ¿Fue feliz? Cuando alguien ha tenido el poder en sus manos, ha sido incapaz de conservarlo y ha quedado con vida... ¿en qué se convierte?

X. Memorias de Marco Agripa. Fragmentos (13 a. C.)

Regresamos a Roma, donde fuimos recibidos con gratitud por el pueblo romano, al que habíamos salvado de la inanición. En los templos de las ciudades de Italia, desde Arezzo, en el norte, hasta Vibo, en el sur, se erigieron estatuas de Octavio Augusto, y las gentes le adoraron como dios del hogar. Y por voluntad del Senado y el pueblo de Roma se erigió en el Foro una estatua de oro para conmemorar la restauración del orden por tierra y por mar.

Para celebrar la ocasión, Octavio César condonó las deudas y tributos de todo el pueblo, y les aseguró que habría paz y libertad una vez que Marco Antonio subyugara a los partos en Oriente. Y tras agradecer a Roma su tenacidad, ciñó sobre mi propia cabeza una corona de oro adornada con imágenes de nuestras naves. Nadie, ni antes ni después, ha recibido nunca un honor semejante.

Así pues, mientras que Antonio acosaba a las tribus bárbaras de los partos en el lejano Oriente, en Italia, César Augusto se consagraba por entero a la tarea de afianzar las fronteras de su tierra natal, ignoradas como consecuencia de los muchos años de discordia que había padecido. Conquistamos a las tribus panonias y ahuyentamos a las tribus invasoras de la costa de Dalmacia, con lo que Italia quedó protegida de cualquier amenaza procedente del norte. Fue el propio Octavio César quien dirigió a sus soldados en estas campañas, sufriendo honrosas heridas en las batallas.

CAPÍTULO SEXTO

I. Carta de Nicolás de Damasco a Estrabón de Amasia, desde Antioquía y Alejandría (36 a. C.)

Mi querido Estrabón, he sido testigo de un suceso cuya trascendencia solo tú, mi más querido amigo, podrá comprender. Pues en el día de hoy Marco Antonio, triunviro de Roma, se ha convertido en Emperador de Egipto; en realidad es rey, aunque no desea que se le denomine así. Se ha desposado con Cleopatra, encarnación de Isis, Reina de Egipto y Emperatriz de todas las tierras del Nilo.

Sospecho que nadie en Roma sabe aún esta noticia, ni siquiera el joven emperador del mundo romano sobre el que tan a menudo me has escrito y a quien tanto admiras, ya que ha sido un matrimonio repentino y del que incluso en estas tierras de oriente no se ha sabido nada hasta solo unos días antes de que aconteciera. Oh, mi querido amigo, ¡casi sacrificaría parte de esa sabiduría que tanto esfuerzo nos ha costado adquirir solo por ver la expresión de tu rostro en este momento! Imagino que sientes sorpresa... ¿y algo de pesadumbre, quizás? Perdóname si bromeo contigo y te reprendo; pues no puedo resistir la tentación de provocar lo que, espero, sea una envidia sana en alguien cuya buena fortuna en el mundo la ha provocado en mí. Porque has de saber que tus cartas desde Roma suscitaban mi envidia. ¿Cuántas veces, estando en Damasco, he deseado estar allí contigo en el «centro del mundo», como tú mismo lo llamas, conversando con tanta asiduidad y cercanía con los excelsos hombres que mencionas? Ahora yo también estoy en el mundo, y, debido a un golpe de buena fortuna que no acabo de creerme, me he procurado una posición de lo más extraordinaria: soy el tutor de los hijos de Cleopatra, director de la biblioteca real y rector de las escuelas del palacio real.

Y todo ha ocurrido tan súbitamente que casi no doy crédito, y aún no acierto a comprender del todo las razones de esta designación. Quizás se deba al hecho de que aunque en teoría soy judío, soy filósofo y no un fanático, y a que mi padre ha mantenido cierto trato comercial con la corte del Rey Herodes, a quien Marco Antonio ha reconocido recientemente como Rey de toda Judea y con quien desea vivir en paz. ¿Es posible que la política afecte a alguien tan apolítico como yo? Espero estar pecando de modesto, pues me gustaría pensar que ha sido mi reputación de erudito lo que ha determinado la elección.

En cualquier caso, un emisario de la Reina me abordó en Alejandría, adonde había ido a ocuparme de unos asuntos de mi padre y donde, aprovechando la ocasión, visité la biblioteca real; me hizo la propuesta, y yo acepté sin dudar. Además de las ventajas materiales que esta

posición conlleva (que son considerables), la biblioteca real es lo más sorprendente que he visto jamás, y podré acceder siempre que quiera a libros que pocos hombres han usado o ni tan siquiera visto antes.

Y ahora que soy miembro de la Casa Real viajo dondequiera que la Reina va, así que hace tres días llegué a Antioquía, aunque sus hijos permanecieron en el palacio de Alejandría. No entiendo muy bien por qué la ceremonia se ha celebrado aquí, en lugar de hacerlo en el palacio real de Alejandría. Quizás Antonio no desea hacer demasiado alarde de su desdén por las leyes romanas, aunque parece que ha decidido establecerse en Oriente —¿es legal esta unión, me pregunto, ya que, según se dice, ni siquiera se ha molestado en obtener el divorcio de su anterior esposa?—, o quizás simplemente quiera dejar claro a los egipcios que no pretende usurpar el poder de su Reina. O quizás no haya ningún motivo.

Comoquiera que sea, los esponsales se han celebrado, y a los ojos de todo Oriente la Reina y Marco Antonio son marido y mujer, y, con independencia de lo que Roma piense, gobiernan juntos esta parte del mundo. Marco Antonio ha proclamado públicamente a Cesarión —el vástago del que antaño fuera su amigo, Julio César— como heredero al trono de Cleopatra y ha reconocido como sus descendientes legítimos a los gemelos que la Reina dio a luz. Además, ha aumentado enormemente el alcance de las posesiones de Egipto: la Reina gobierna ahora toda Arabia, con inclusión de Petra y la Península del Sinaí, la parte de Jordania que se extiende entre el Mar Muerto y Jericó, partes de Galilea y Samaria, toda la costa fenicia, las regiones más ricas de Líbano, Siria y Cilicia, toda la isla de Chipre y parte de Creta. De manera que yo, que antes era romano sirio, ahora debo considerarme egipcio sirio, si bien no soy ni lo uno ni lo otro. Al igual que tú, mi querido amigo, soy un estudiante que aspira a filósofo, y no soy más romano ni egipcio que griego Aristóteles, que jamás perdió el amor y el orgullo que sentía por su Jonia natal. Emulando a los más grandes hombres, me contento con seguir siendo damasquino.

Sin embargo, como tantas veces has dicho, los asuntos del mundo son extraordinarios e interesantes, y quizás ninguno de los dos, ni siquiera en la arrogancia de nuestros años jóvenes, debiéramos haber permitido que nuestros estudios nos alejaran de ellos. El viaje hacia la sabiduría es largo, y la meta, distante, y uno ha de visitar muchos lugares en el trayecto si desea reconocer la meta cuando llega a ella.

Aunque la he visto de lejos, aún no he tenido una audiencia con la Reina a cuyo servicio estoy. Marco Antonio es el centro de atención: se muestra jovial, cercano y totalmente accesible. Es como un niño pequeño, a pesar de que comienza a tener canas y se está poniendo algo gordo.

Creo que seré feliz de nuevo en Alejandría, como lo fui durante el tiempo en que éramos estudiantes.

Según creo haber mencionado en mi última carta, había visto a la Reina solo de lejos, durante la ceremonia nupcial que la unió a Marco Antonio y al poder de Roma, a la que únicamente se permitió asistir a las personas vinculadas a la casa real.

El palacio de Antioquía no es tan imponente como el de Alejandría, aun siendo también espléndido. Durante la ceremonia me vi relegado al final de una larguísima sala, desde donde veía muy poco pese a que se había construido un estrado de ébano sobre el cual se hallaban Marco Antonio y Cleopatra. Lo único que alcanzaba a ver de la Reina era su suntuoso vestido,

que destellaba a la luz de las antorchas, y el enorme disco de oro, símbolo del sol, que adorna su corona real. Caminaba con paso lento y solemne, como si realmente fuera la diosa que su título proclama. Fue una ceremonia de lo más elaborada (aunque algunos de mis nuevos amigos comentaron que les había parecido bastante sencilla) cuya significación no comprendo: por toda la sala desfilaban sacerdotes entonando cánticos en un antiguo dialecto de la lengua que solo ellos hablan, se prepararon ungüentos de aceites varios, y se agitaban varas. Era todo muy desconcertante, y, he de admitir, bastante incivilizado, casi primitivo.

Y después tuvo lugar mi primera audiencia con la Reina, a la que asistí con una extraña sensación; como si fuera a encontrarme con una Medea o una Circe, no del todo diosa ni tampoco mujer, sino algo mucho más extraño.

Mi querido Estrabón, no puedo decirte cuán favorablemente me sorprendió, y la alegría que me causó esa sorpresa. Esperaba encontrarme con una mujer de tez oscura y rechoncha, como las que se ven en los mercados, y en su lugar me encontré con una mujer esbelta, de piel clara, suaves cabellos de color castaño, ojos enormes, con gran porte y dignidad y un encanto extraordinario, que enseguida hizo sentirme a gusto y me invitó a sentarme a su lado en un triclinio no menos lujoso que el suyo propio, como si fuera un invitado en un hogar familiar cualquiera. Hablamos durante largo tiempo de todos los temas normales que se abordarían en cualquier conversación civilizada. Ríe con facilidad y discreción, y parece totalmente volcada en su audiencia. Su griego es impecable, su latín es cuando menos tan bueno como el mío, y se dirige a sus sirvientes de forma distendida en un dialecto que no entiendo. Es una mujer muy cultivada e inteligente; incluso comparte mi admiración por nuestro Aristóteles, y asegura que conoce mis propias obras acerca de su filosofía, y que le han ayudado a mejorar su comprensión de la misma.

Como sabes, yo no soy un hombre vano; e incluso aunque lo fuera, creo que mi gratitud y admiración hacia esta mujer tan extraordinaria habrían pesado más que mi vanidad. Resulta casi increíble que un ser tan encantador pueda además gobernar una de las tierras más prósperas del mundo.

Hace tres semanas que regresé a Alejandría, y ya he comenzado a desempeñar mi trabajo; Marco Antonio y la Reina permanecen en Antioquía, donde Antonio se prepara para su marcha contra los partos a finales de año. Mis funciones no resultan demasiado gravosas: tengo tantos esclavos como necesito para gestionar la biblioteca de la Reina, y los niños no me llevan mucho tiempo.

Los gemelos, Alejandro del Sol y Cleopatra de la Luna, tienen poco más de tres años, por lo que aún no se les puede enseñar nada; aunque se me ha ordenado que todos los días, durante al menos unos minutos, les hable en griego (por insistencia de la Reina) e incluso en latín, a fin de que cuando sean mayores el sonido de estas lenguas no les resulte extraño al oído.

Sin embargo, Ptolomeo César —a quien el pueblo llama Cesarión—, que ya tiene casi doce años, es harina de otro costal. Creo que habría adivinado que es hijo del gran Julio César aunque no lo supiera. Es consciente de su destino, y está preparado para él; jura que recuerda a su padre del tiempo en que su madre vivió en Roma, justo antes del asesinato, aunque apenas tenía cuatro años cuando aquello sucedió. Es serio, carente por completo de sentido del humor y extrañamente pertinaz en todo lo que emprende. Es como si jamás hubiera tenido infancia y como si no la quisiera; habla de la Reina como si no fuera su madre en absoluto, sino tan solo la

poderosa soberana que es, y aguarda el día en que habrá de ascender al trono de la Reina, no con impaciencia sino con la misma certidumbre con la que espera la salida del sol cada mañana. Creo que me daría un poco de miedo si ostentara el enorme poder que posee ahora su madre.

A pesar de todo es un buen estudiante, y es un placer enseñarle.

Para los que crean en estas cosas, este ha sido un invierno ominoso: casi no ha llovido, de modo que las cosechas serán escasas este año, y una serie de ciclones ha barrido las tierras de Siria y Egipto desde el este, devastando aldeas enteras a su paso antes de disolverse en el mar. Y Antonio ha marchado desde Antioquía contra los partos acompañado de lo que se dice es el mayor ejército expedicionario que ha existido desde los tiempos del macedonio Alejandro Magno (cuya sangre, según se dice, fluye por las venas de Cleopatra): más de sesenta mil veteranos avezados, diez mil soldados de caballería procedentes de Hispania y la Galia, y treinta mil fuerzas auxiliares reclutadas entre los reinos de las provincias orientales para apoyar a los ejércitos regulares. Mi joven Cesarión, con esa inocente temeridad de los jóvenes (recientemente ha comenzado a interesarse en el arte de la guerra), dice que es una lástima emplear un ejército así contra los bárbaros de oriente; si él fuera rey, dice —como si la guerra realmente fuera el juego que él imagina ser— dirigiría el ejército hacia occidente, donde hay mucho más que saquear.

La Reina ha regresado de Antioquía vía Damasco y permanecerá en Alejandría hasta que Antonio finalice su campaña contra los partos. Sabiendo que Damasco es mi tierra natal, ha sido tan amable de llamarme a sus aposentos para darme la noticia. Es extraordinario cuán consideradas y humanas pueden ser las personas poderosas: hallándose en Damasco, se reunió con el rey Herodes para tratar unos asuntos relacionados con las rentas provenientes de unos campos de balsamina, y, recordando una conversación que había tenido conmigo, le inquirió acerca de la salud de mi padre y le pidió a Herodes que le enviara un saludo en nombre de su hijo y de la Reina.

No he sabido nada de él desde aquello, pero estoy seguro de que le habrá alegrado. Se está haciendo mayor y se va debilitando con los años. Sospecho que a esa edad, uno comienza a mirar su vida en retrospectiva y a preguntarse si ha valido la pena, y necesita de la bondad de los demás para convencerse de que sí.

II. Carta de Marco Antonio a Cleopatra, desde Armenia (noviembre, 36 a. C.)

Mi querida esposa, agradezco ahora a mis dioses romanos y los tuyos egipcios el no haber sucumbido a mis deseos y a tu determinación dejando que me acompañaras en esta campaña. Ha sido mucho más difícil de lo que esperaba, y está claro que lo que pensaba que concluiría este otoño, tendrá que esperar hasta la primavera.

Los partos han resultado ser un enemigo astuto e ingenioso, y han hecho un uso más inteligente de su territorio de lo que habría podido imaginar. Los mapas que levantaron Craso y Ventidio durante sus campañas han sido inservibles; las traiciones perpetradas entre algunas de

las legiones provinciales han perjudicado nuestra causa, y esta abominable tierra no rinde los alimentos suficientes como para mantener a mis legiones sanas durante el invierno.

Así pues, he retirado el asedio a Fraaspa, en el que no habríamos podido resistir el frío, y durante veintisiete días hemos marchado a través del país, desde el mar Caspio prácticamente, y descansamos ahora en la relativa seguridad de Armenia, aunque estamos cansados y la enfermedad se extiende por el campamento.

Así todo, creo que la campaña ha resultado un éxito, aunque temo que muchos de mis cansados soldados disientirían. Ahora ya conozco las tácticas de los partos, y hemos levantado un mapa del territorio lo suficientemente preciso que nos servirá para el año que viene. He enviado noticias a Roma de nuestra victoria.

Mas debes comprender que pese al éxito estratégico de la campaña, me encuentro ahora en una situación desesperada. No podemos permanecer en Armenia: no acabo de fiarme de mi anfitrión, el rey Artavades, que me abandonó en un momento crucial en Parta (aunque no puedo reconvenirle porque somos sus huéspedes). En consecuencia tendré que marchar con unas cuantas legiones hacia Siria, donde el resto de mi ejército se reunirá conmigo cuando se haya recuperado de la extenuación.

Pero incluso en Siria necesitaremos provisiones para sobrevivir el invierno, pues ahora somos como vagabundos. Precisaremos comida y ropa, y el material necesario para reparar la maquinaria bélica que ha resultado dañada. También necesitaremos caballos que reemplacen a los que hemos perdido en las batallas y debido al clima, a fin de poder continuar entrenando para la campaña que emprenderemos la primavera próxima. Y necesito dinero: hace meses que mis soldados no han cobrado nada, y algunos amenazan con la insurrección. Y todo ello lo necesito urgentemente. Adjunto a esta carta una lista detallada de las cosas que preciso sin falta, y una lista adicional de lo que podré necesitar después durante el invierno. Y no exagero.

Pasaremos el invierno en la pequeña aldea de Leuke Kome, que se halla al sur, cerca de Beirut. Es posible que no hayas oído hablar de ella. Hay suficientes muelles como para acoger las naves que envíes. Ten cuidado: es muy probable que para cuando recibas esto los locos de los partos estén deambulando por las costas, aunque no creo que logren bloquear el acceso a Leuke Kome. Espero que esta carta te llegue pronto a pesar de la dureza del mar en invierno: no lograremos resistir muchas semanas más sin provisiones.

En el exterior de mi tienda está nevando, de modo que no puedo ver ni la planicie sobre la que estamos acampados. No puedo ver ninguna de las otras tiendas, y no se oye ningún ruido. Tengo frío, y en medio del silencio soy mucho más consciente de mi soledad de lo que puedas imaginarte. Añoro la calidez de tus brazos y la intimidad de tu voz. Ven conmigo a Siria en tus naves. Yo he de permanecer aquí con mis tropas, pues si no lo hago, se dispersarán antes de que llegue la primavera y todos nuestros sacrificios habrán sido en vano; y sin embargo no puedo sufrir un mes más sin tu presencia. Ven a mí, y haremos de Beirut otra Antioquía, otra Tebas u otra Alejandría.

*III. Informe de Epímaco, Sumo Sacerdote de Heliópolis, a Cleopatra, desde Armenia
(noviembre, 36 a. C.)*

Venerada Reina: no hay hombre más valiente que Marco Antonio, a quien has honrado con tu presencia y has tomado por esposo para regir el mundo. Combate con más valor que lo que la prudencia aconseja, y soporta privaciones y penurias que destrozarían al más preparado de los soldados corrientes. Pero no es un buen general, y la campaña ha sido un desastre.

Si lo que te cuento contradice lo que hayas podido oír de otras fuentes, has de saber que, no obstante, te escribo por amistad a tu esposo, por reverencia hacia ti y porque me inquieta Egipto y su futuro.

En primavera marchamos desde Antioquía a Zeugma, a orillas del Éufrates, y desde allí rumbo al norte siguiendo el río, donde el alimento era abundante, hasta la línea divisoria entre el Éufrates y el Arajes, y después hacia el sur en dirección a la ciudadela parta de Fraaspa. Pero para ganar tiempo, antes de llegar a Fraaspa Marco Antonio dividió al ejército, disponiendo que el séquito de suministros que transportaba nuestros alimentos y equipaje así como los arietes y las torres de asedio fueran por un camino más llano, mientras que el grueso del ejército marcharía a paso veloz hacia su destino.

Pero mientras ese ejército avanzaba seguro, los partos descendieron de las montañas y se abalanzaron sobre las fuerzas que se habían escindido de nosotros, que iban a paso más lento. Se nos informó del ataque, pero cuando llegamos ya era demasiado tarde para salvar nada: habían asesinado a la escolta, incendiado nuestros suministros y destruido nuestras torres de asedio e ingenios de guerra, y solo unos pocos soldados permanecían indemnes tras las fortificaciones que apresuradamente habían erigido. Ahuyentamos a los partos atacantes, que, una vez hecho el daño, se retiraron prudentemente a las montañas que tan bien conocían, donde no nos atrevíamos a seguirles.

Esa es la «victoria» de la que Marco Antonio informó a Roma. Los partos muertos fueron ochenta.

A pesar de que todos nuestros instrumentos de asedio, nuestros repuestos y alimentos habían sido destruidos, Marco Antonio insistió en continuar el asedio a la ciudad parta de Fraaspa. Incluso tomando a la ciudad por sorpresa, habría sido una labor casi imposible dado que solo contábamos con las armas que llevábamos encima. No podíamos instigarles al combate abierto, y cuando salíamos en busca de alimento, los arqueros partos nos echaban encima sus destacamentos, que surgían por doquier para matarnos y después desaparecían. Y el invierno se acercaba. Aguantamos dos meses, hasta que finalmente Antonio obtuvo del rey Fraates la promesa de que nos permitiría abandonar su país sin impedimentos. Así que a mediados del mes de octubre, hambrientos y extenuados, iniciamos nuestro retorno al mismo lugar donde cinco meses antes habíamos comenzado.

Durante veintisiete días, expuestos a un frío terrible y envueltos en tormentas de nieve y en vientos arremolinados, marchamos dificultosamente por montañas y planicies. En dieciocho ocasiones distintas fuimos atacados por los arqueros montados del pérfido Fraates. Aparecían por todas partes, a nuestras espaldas, por los flancos, de frente, y disparaban sus flechas antes de que pudiéramos prepararnos, para sumergirse después nuevamente en su salvaje oscuridad mientras que el pobre animal ciego que era su presa proseguía su penoso avance.

Fue durante estos horribles días de nuestra retirada que tu Marco Antonio demostró la clase de hombre que es: soportó las mismas penurias que sus soldados, rehusó comer nada distinto de

lo que comían sus camaradas, cuyo régimen se reducía a roer raíces y a buscar insectos en los troncos podridos de los árboles, y se negó a llevar ropa más abrigada que la que ellos llevaban.

Estamos ahora en Armenia, pero no podemos quedarnos aquí: el rey de este país, que en teoría es nuestro aliado pese a no ser más digno de confianza que nuestro enemigo, nos ha proporcionado algo de alimento. Pronto partiremos hacia Siria. Pero he hecho un recuento de nuestras pérdidas, el cual te envío.

En estos cinco meses hemos perdido a casi cuarenta mil hombres, gran parte de ellos víctimas de las flechas partas, si bien muchos más han perecido por causa del frío y la enfermedad. De estos, cerca de veintidós mil eran veteranos romanos de los ejércitos de Antonio; los mejores guerreros del mundo, según se dice, imposibles de sustituir salvo que Octavio César consienta en hacerlo, lo cual es improbable. Hemos perdido casi todos nuestros caballos. No nos quedan reservas ni suministros. No tenemos otra ropa más que los harapos que llevamos. No tenemos nada que comer salvo lo que llevamos en el estómago.

Así pues, Venerada Reina, si deseas salvar siquiera lo poco que queda de este ejército, debes acceder a la petición de suministros que tu esposo te hace. Me temo que por orgullo prefiera que no sepas cuán desesperada es su situación.

IV. Memorando de Cleopatra a su encargado de suministros (36 a. C.)

Por la presente se te autoriza a adquirir y disponer para su envío al Emperador Marco Antonio al puerto de Leuke Kome lo siguientes productos:

Ajo: 3 toneladas

Harina de trigo o espelta, según existencias: 30 toneladas

Pescado en salazón: 10 toneladas

Queso de cabra: 45 toneladas

Barriles de miel: 600

Sal: 7 toneladas

Ovejas listas para matanza: 600

Vino agrio: 600 toneles

Además de esto, si hubiera un buen excedente de verduras deshidratadas en los silos, inclúyelos en tu envío. Si no lo hubiera, debería bastar con lo anterior.

Adquiere también una cantidad suficiente de paño grueso de lana de segunda calidad (225.000 metros de doble ancho) para confeccionar 60.000 capas de invierno; lino lo bastante grueso (125.000 metros de ancho normal) para confeccionar la misma cantidad de túnicas militares, y suficiente cuero curado (suave) de caballo o buey (2.000 pieles) para confeccionar igual cantidad de pares de zapatos.

La rapidez es fundamental. Asigna a las correspondientes naves una cantidad suficiente de sastres y zapateros a fin de que la fabricación de estos artículos se realice a bordo de las mismas y se finalice en el término de los ocho o diez días que dure la travesía.

Las naves (doce, que aguardan en el puerto real) estarán listas para zarpar en tres días, de modo que para entonces deberás haber adquirido y estibado toda la mercancía. Si contrarías a tu

Reina, provocarás tu desgracia.

V. Memorando de Cleopatra al Ministro de Finanzas (36 a. C.)

Pese a cualquier orden o petición que recibas, sea de Marco Antonio o de su representante, no desembolsarás importe alguno de las arcas reales sin la autorización expresa de tu Reina. Dicha aprobación y autorización solo tendrán efecto si te son entregadas en mano por un agente conocido de la propia Reina y si revisten el sello real.

VI. Carta de Cleopatra a los generales del ejército egipcio, desde Alejandría (36 a. C.)

Pese a cualquier orden o petición que recibáis, sea de Marco Antonio o de su representante, no asignaréis ni prometeréis soldados del ejército egipcio sin la aprobación y autorización expresa de vuestra Reina. Dicha autorización solo tendrá efecto si os es entregada en mano por un representante conocido de la propia Reina y si reviste el sello real.

VII. Carta de Cleopatra a Marco Antonio, desde Alejandría (invierno, 35 a. C.)

Mi querido esposo, la Reina ha dado orden de que se atienda a las necesidades de tu valeroso ejército; y tu esposa, cual niña asustadiza, acudirá a tu encuentro tan pronto como los imprevisibles mares del invierno la lleven. Cuando leas esta carta seguro que se halla ya en la proa de la nave que transporta la línea de suministros, forzando la vista en vano en busca de la costa siria en la que su amante aguarda, envuelta en el aire frío pero también en la esperada calidez de los brazos de su amado.

Como Reina me regocijo de tu triunfo; como mujer me lamento de las urgentes circunstancias que nos han separado. Sin embargo, durante estos apresurados días desde que recibiera tu carta he decidido —puede que me equivoque— hacer al fin de la Reina y la mujer una misma persona.

Te persuadiré de que regreses conmigo al calor y la comodidad de Alejandría, y que dejes la conclusión de tu éxito en Parta para otro momento. Como mujer, será un placer persuadirte; como Reina, es mi obligación.

Las traiciones que has presenciado en Oriente se fraguaron en Occidente. Octavio continúa intrigando en tu contra y te calumnia ante aquellos cuya salvación sería amarte. Sé que ha intentado subvertir a Herodes, y estoy segura, por toda la información que me llega, de que es el responsable de las desertiones de las legiones provinciales que impidieron tu éxito en Parta. Debo convencerte de que hay tantos bárbaros en Roma como en Partia, y que el uso que hacen de tu lealtad y tu naturaleza bondadosa es más peligroso que cualquier flecha parta. En Oriente no hay más que rapiña; pero en Occidente está el mundo, y un poder tal que solo los grandes pueden concebir.

Pero conforme te escribo mi mente divaga de lo que quiero decir. Pienso en ti, el más fuerte de los hombres, y de nuevo me convierto en mujer, y nada me importan los reinos ni las guerras, ni el poder. Por fin voy a reunirme contigo, y cuento las horas como si fueran días.

VIII. Carta de Cayo Cilnio Mecenas a Tito Livio (12 a. C.)

Cuán delicadamente expones las cosas, mi querido Livio, y sin embargo ¡qué claras son tus brutales alternativas tras tanta delicadeza! ¿Fuimos «engañados», y por tanto somos tontos, u «ocultamos» cierta información, y por consiguiente somos unos mentirosos? Mi respuesta será algo menos delicada que tu pregunta.

No, mi querido amigo, no nos dejamos engañar acerca de la situación en Partia, ¿cómo íbamos a hacerlo? Incluso antes de oír el relato de Antonio sobre la campaña conocíamos la verdad al respecto. Mentimos al pueblo romano.

Debo decir que me ofende menos tu pregunta que lo que percibo detrás ella. Te olvidas de que yo mismo soy artista, y que por tanto soy consciente de la necesidad de preguntar aquello que a las personas normales resultaría de lo más insultante y presuntuoso. ¿Cómo voy a ofenderme por aquello que yo mismo haría sin dudar por devoción a mi arte? No, es lo que percibo en el tenor de tu pregunta lo que me ofende, pues creo adivinar (espero equivocarme) un cierto tufo moralista. Y en mi opinión, el moralista es la más inútil y despreciable de las criaturas. Es inútil, en el sentido de que prefiere invertir sus energías en emitir juicios antes que en adquirir conocimientos, por la razón de que juzgar es fácil mientras que conocer es difícil. Y es despreciable porque sus juicios reflejan una visión de sí mismo que en su ignorancia y su soberbia desearía imponer al mundo. Te lo ruego, no te conviertas en un moralista: destruirías tu arte y tu mente. Y sería un lastre demasiado pesado incluso para la amistad más profunda.

Como ya he dicho, mentimos; y si te explico las razones de la mentira no es para defenderla, sino con el fin de expandir tu comprensión y tus conocimientos sobre el mundo.

Después de la debacle parta, Antonio envió un despacho al Senado en el que narraba su «victoria» en los términos más espléndidos y generales, y solicitaba, aunque en ausencia, la celebración en su honor de un triunfo. Aceptamos la mentira, permitimos que se propagara y le dimos el triunfo que pedía.

Italia estaba destrozada tras dos generaciones de guerras civiles: la historia reciente de un pueblo fuerte y orgulloso era una historia de derrota, pues nadie sale vencedor en un enfrentamiento civil.

Después de someter a Sexto Pompeyo, la paz parecía posible; la noticia de tan abrumadora derrota habría sido sencillamente catastrófica tanto para la estabilidad de nuestro gobierno como para el espíritu de nuestro pueblo. Porque un pueblo es capaz de soportar desgracias increíbles concatenadas, pero tan pronto se le concede una tregua y recobra algo de esperanza en el futuro, no puede soportar que esa esperanza se le arrebate de forma inesperada.

Y había otras razones más concretas para la mentira. Habíamos conseguido derrotar a Sexto Pompeyo poco tiempo antes de recibir las noticias sobre Parta; los ejércitos auxiliares se habían desmantelado, ocupando las tierras que les habían sido prometidas: la posibilidad de convocarles

de nuevo trastocaría por completo el valor de todas las tierras del exterior de Roma, lo que habría resultado desastroso para una economía ya de por sí precaria.

Por último, y lo más evidente, es que aún albergábamos esperanzas de que Antonio abandonara su sueño de un imperio oriental y se convirtiera de nuevo en romano. Era una esperanza vana, pero en aquel momento parecía razonable. Haberle negado su triunfo —haberle contado a toda Roma tu «verdad»—, le habría impedido por siempre jamás regresar honrosamente o en paz.

Aunque en mi relato de estos hechos he hablado en plural, debes comprender que durante casi tres años después de la derrota de Sexto Pompeyo, Octavio y Agripa estaban en Roma solo de vez en cuando: la mayor parte del tiempo lo pasaban en Iliria protegiendo nuestras fronteras y sojuzgando a las tribus bárbaras que hasta entonces campaban a sus anchas por las tierras de la costa dálmata y saqueaban incluso algunas aldeas de la costa adriática de la propia Italia. Durante este tiempo se me confió el uso del sello oficial de Octavio. Estas decisiones eran mías, si bien en cada ocasión, me enorgullece decir, fueron sancionadas por el Emperador, con frecuencia después de ejecutarlas. Recuerdo que en cierta ocasión regresó brevemente a Roma para recuperarse de una herida infligida en una batalla contra una de las tribus ilirias, y me dijo, solo medio en broma, creo, que con Agripa al mando de su ejército y conmigo, aunque de forma extraoficial, encabezando su gobierno, sentía que la seguridad de la nación le exigía abandonar toda pretensión a ambos puestos y convertirse, para su propio deleite, en el primer poeta de mi elenco.

Marco Antonio... ¡qué de acusaciones y contraacusaciones a lo largo de los años! Pero detrás de todas ellas, ahí estaba la verdad, pese a que el mundo no llegue nunca a conocerla por completo. No estábamos jugando; no había necesidad de ello. Pese a que sabíamos que teníamos en contra a muchos senadores de Roma —miembros del antiguo partido, cuya lealtad había mutado incomprensiblemente a favor de Antonio, en quien ahora veían la única esperanza de recuperar el pasado—, el pueblo nos era fiel, teníamos el ejército y contábamos con el poder senatorial suficiente para sacar adelante los edictos más importantes.

Podíamos haber aguantado a Marco Antonio en oriente como sátrapa independiente o como Emperador o como cualquier otra cosa que deseara hacerse llamar, siempre y cuando continuara siendo romano, incluso un romano saqueador. Podríamos haberlo soportado en Roma, incluso pese a toda su imprudencia y ambición. Pero comenzaba a ser evidente que estaba infectado del mismo sueño que Alejandro el Griego, y que había enfermado por causa del mismo.

Le dimos su triunfo, que logró afianzar el apoyo con que contaba por parte del Senado pero no que regresara a Roma. Le ofrecimos el consulado; lo rechazó y siguió sin regresar a Roma. Y en lo que en realidad fue un último intento desesperado de evitar lo que sabíamos que se avecinaba, le devolvimos las setenta naves de su flota con las que nos había ayudado a derrotar a Sexto Pompeyo y le enviamos dos mil soldados para que aumentara sus despobladas legiones romanas. Y Octavia se hizo a la mar con esa flota y los soldados, rumbo a Atenas, en la esperanza de disuadir a Antonio de su terrible ambición y de convencerle de que asumiera de nuevo su responsabilidad como esposo, como romano y como triunviro.

Aceptó las naves, alistó a los soldados, pero se negó a ver a Octavia, y ni siquiera le dio alojamiento en Atenas sino que la envió rápidamente de vuelta a Roma. Y como para disipar cualquier duda sobre su desprecio absoluto, mandó celebrar un triunfo en Alejandría —¡en

Alejandro!— en el que hizo ofrenda de unos cuantos prisioneros, no al Senado, sino a Cleopatra, una reina extranjera, que presidió la ofrenda sentada por encima del propio Antonio sobre un trono de oro. Se dice que después del triunfo siguió una ceremonia de lo más primitiva: Antonio se disfrazó de Osiris y se sentó al lado de Cleopatra, que iba vestida de Isis, esa diosa tan peculiar. Proclamó a su amante Reina de Reyes y a su Cesarión como monarca consorte de Egipto y Chipre. Incluso había acuñado monedas que en una cara mostraban su propia imagen y en la otra la de Cleopatra.

Y después, como si se le hubiera ocurrido en el último momento, le envió a Octavia una carta solicitando el divorcio e hizo que la desahuciaran, sin miramiento o prevención, de su casa en Roma.

Ya no podíamos ignorar lo que por fuerza tenía que suceder. Octavio regresó de Iliria, y comenzamos a prepararnos para cualquier aberración que viniera de Oriente.

IX. Actas Senatoriales, Roma (33 a. C.)

En este día, Marco Agripa, Cónsul y Almirante de la flota romana y edil del Senado romano, por la presente declara, para la salud y bienestar del pueblo romano y para gloria de Roma, lo siguiente:

I. Que de sus propios fondos y sin recurso a las arcas públicas, Marco Agripa hará que se reparen y restauren todos los edificios públicos que se han deteriorado, y que se limpie el alcantarillado público que transporta los desechos de Roma al Tíber.

II. Que de sus propios fondos, Marco Agripa suministrará a los ciudadanos libres de Roma aceite de oliva y sal suficiente para cubrir sus necesidades durante un año.

III. Que los baños públicos estarán abiertos a hombres, mujeres, ciudadanos libres y esclavos para su uso gratuito.

IV. Que, con el fin de proteger a los crédulos, los ignorantes y los pobres, y de evitar que se propague la superstición proveniente del extranjero, queda prohibida la entrada a la ciudad a todos los astrólogos, adivinos y magos de Oriente, y se ordena a todos aquellos que ahora practican su pernicioso oficio que abandonen la ciudad de Roma bajo pena de muerte y de confiscación de todas sus riquezas y propiedades.

V. Que en el templo conocido como Serapis e Isis no se venderán ni comprarán más baratijas de supersticiones egipcias, bajo pena de exilio tanto para el comprador como para el vendedor. Y que este templo, construido para conmemorar la conquista de Egipto por Julio César, se declara un monumento de la historia, y no un reconocimiento por parte del pueblo y el Senado romano de las falsas deidades de Oriente.

X. Petición del Centurión Quinto Apio a Munacio Planco, Comandante de las legiones asiáticas del Emperador Marco Antonio, desde Éfeso (32 a. C.)

Yo, Apio, hijo de Lucio Apio, pertenezco a la tribu de Cornelio y soy originario de Campania. Mi padre era campesino, y me legó unas hectáreas de tierra en las cercanías de Velletri, que desde los dieciocho a los veintitrés años labré a fin de ganarme humildemente la vida. Aún conservo ahí mi pequeña casa, que atiende la esposa con la que en mi juventud me casé, una mujer que pese a ser liberta, es casta y fiel. Perdí a dos de mis hijos, uno por causa de una enfermedad, y al mayor, en la campaña de Hispania que en su día dirigió Julio César contra Sexto Pompeyo.

Por mor de Italia y de mi posteridad, en el vigesimotercer año de mi vida me alisté como soldado; era el tiempo del consulado de Tulio Cicerón y Cayo Antonio, el tío de Marco Antonio, que es ahora mi comandante. Durante dos años fui un soldado corriente del ejército que al mando de Cayo Antonio derrotó en honrosa batalla al conspirador Catilina; en mi tercer año como soldado participé con Julio César en su primera campaña hispana, y aunque yo era muy joven, en recompensa por mi valentía al combatir, Julio César me nombró centurión menor de la IV Legión Macedónica. He sido soldado durante treinta años, he combatido en dieciocho campañas, en catorce de las cuales fui centurión, y en una, tribuno militar en funciones; he combatido a las órdenes de seis cónsules electos del Senado y servido en Hispania, Galia, África, Grecia, Egipto, Macedonia, Britania y Germania; he marchado en tres triunfos y recibido en tres ocasiones la corona de laureles por salvar la vida a un compañero, y en veinte ocasiones he sido condecorado por mi valor en el combate.

En virtud del juramento que presté siendo un joven soldado me sometí a la autoridad de los magistrados, cónsules y el Senado en la defensa de mi país. He sido leal a mi compromiso, sirviendo a Roma con el honor de que soy capaz. Tengo ahora cincuenta y tres años, y solicito la exención del servicio militar a fin de poder regresar a Velletri y pasar los años que me queden en paz y en la intimidad.

Sé que por ley se me puede negar la exención no obstante mi edad y el servicio prestado, por haber servido voluntariamente en otra campaña; y también sé que lo que a continuación voy a decir podría perjudicarme. Si así fuera, me resignaré a mi suerte.

Cuando fui separado del ejército de Marco Agripa y enviado a Atenas, de ahí a Alejandría, y finalmente aquí a Éfeso y al ejército de Marco Antonio, no protesté: esa es la suerte del soldado, y me he acostumbrado a ella. Ya había luchado contra los partos antes, y no sentía ningún temor de ellos. Pero los acontecimientos de las últimas semanas me han hecho dudar seriamente, y me veo obligado a recurrir a ti, junto a quien luché en Galia a las órdenes de Julio César; la honrosa conducta que siempre has tenido conmigo me permite albergar esperanzas de que me escuches antes de juzgarme con demasiada dureza.

Es evidente que no vamos a combatir contra los partos ni contra los medos ni contra ningún otro pueblo de Oriente; y sin embargo, nos armamos, entrenamos y construimos máquinas de guerra.

Juré lealtad a los cónsules y al Senado del pueblo romano, un juramento que no he quebrantado.

Pero ¿dónde está el Senado ahora? ¿Ante quién he de satisfacer la obligación de ese juramento prestado?

Sabemos que trescientos senadores y los dos cónsules de este año han dejado Roma y que se hallan ahora en Éfeso, donde han sido convocados por el Emperador Marco Antonio para

oponerse a los setecientos senadores que se han quedado en Roma, y que los cónsules que han venido aquí han sido sustituidos por otros nuevos en Roma.

¿A quién debo profesar mi lealtad? ¿Dónde está el pueblo romano, al que el Senado representa?

No odio a Octavio César, pero combatiría contra él si ese fuera mi deber; no amo a Marco Antonio, pero moriría por él si debiera hacerlo. No corresponde al soldado pensar en política, y no es su función odiar o amar. Su deber es cumplir con su compromiso de lealtad.

Como romano, ya había luchado contra otros romanos anteriormente, aunque lo hice con tristeza; pero nunca había luchado contra otros romanos bajo el estandarte de una reina extranjera, y jamás había marchado contra mi nación y mis compatriotas como si fueran los bárbaros pintados de una provincia extranjera a quienes hubiera que saquear y someter.

Soy un hombre mayor y estoy cansado, por lo que pido la exención a fin de poder regresar a la tranquilidad de mi hogar. Mas eres mi comandante, y no desacataré tu voluntad: si decides no concederme la exención, me comportaré con la misma integridad con la que confío haber vivido.

XI. Carta de Munacio Planco, Comandante de las legiones asiáticas, a Octavio César, desde Éfeso (32 a. C.)

Aunque hemos tenido nuestras diferencias, no he sido tanto tu enemigo como amigo de Marco Antonio, a quien conozco desde aquel tiempo en que ambos éramos los generales de confianza de tu difunto y divino padre, Julio César. A lo largo de todos estos años he procurado ser fiel a Roma y a la vez ser leal al hombre al que he tenido por amigo.

Ya no me es posible seguir siendo fiel a ambos. Marco Antonio, como embrujado, sigue ciegamente dondequiera que Cleopatra va, y ella va dondequiera que su ambición la lleva, que es ni más ni menos que a la conquista del mundo, a instituir la sucesión de su progenie como reyes de ese mundo y a convertir Alejandría en su capital. No he podido disuadir a Marco Antonio de tan desastroso propósito. En este mismo instante, soldados de todas las provincias asiáticas se congregan en Éfeso para unirse a las tristes legiones romanas que Marco Antonio se dispone a lanzar contra Roma; las arcas de Cleopatra están abiertas para financiar la guerra contra Italia, y no se aparta del lado de Marco Antonio, sino que le incita a que te destruya para satisfacer su ambición. Se dice que a partir de ahora marchará junto a él, compartiendo el mando incluso en la batalla. No solo yo, sino todos sus amigos, le hemos instado a que envíe a Cleopatra de vuelta a Alejandría, donde su presencia no provocaría la animosidad de las tropas romanas; pero no quiere, o no puede, actuar.

Así que me he visto obligado a escoger entre una amistad que agoniza con un hombre y el amor inmovible que siento por mi país. Regreso a Italia, y rehúso tomar parte en la aventura de Oriente. Y no seré el único. Mi vida ha transcurrido junto a los soldados romanos y creo conocer bien su corazón: muchos se negarán a combatir bajo el estandarte de una reina extranjera, y aquellos que no sabiendo bien qué hacer luchan, lo harán con dolor y reticencia, lo que mermará su fuerza y su determinación.

Me dirijo a ti desde la amistad y te ofrezco mis servicios; si no puedes aceptar lo primero, quizás le encuentres utilidad a lo segundo.

XII. Memorias de Marco Agripa: fragmentos (13 a. C.)

Llego ahora al relato de los acontecimientos que dieron lugar a la batalla de Actium y por último a la paz que Roma había deseado durante tanto tiempo.

Marco Antonio y la Reina Cleopatra habían congregado su fuerza en Oriente; movilizaron a sus ejércitos desde Éfeso a la isla de Samos, y desde allí a Atenas, donde eran una amenaza para la paz y para Italia. Durante el segundo consulado de César Augusto fui edil de Roma; cuando el año de aquellas funciones hubo terminado retornamos a la tarea de reconstruir los ejércitos de Italia que habían de repeler la ofensiva de Oriente, labor que exigía nuestra ausencia de Roma durante muchos meses. A nuestro regreso nos encontramos con que los amigos de Antonio — que eran los enemigos del pueblo romano— habían subvertido al Senado. Hicimos frente a aquellos enemigos, y cuando vieron claramente que no triunfarían en su propósito de destruir el orden en Italia, los dos cónsules de ese año, y con ellos trescientos senadores carentes de fe y de amor por su tierra natal, abandonaron Roma y salieron de Italia para reunirse con Antonio. Y lo hicieron sin impedimentos ni amenazas por parte de César Augusto, que les vio marchar con dolor, pero sin ira.

Y mientras en Oriente, los soldados romanos que permanecían leales —al principio decenas y después cientos—, rehusando el yugo de una reina extranjera, emprendieron la marcha hacia Italia. Supimos por ellos que no había escapatoria a la guerra, y supimos también que pronto llegaría pues las fuerzas de Antonio se debilitaban a causa de las desertiones, de modo que si esperaba demasiado, dependería por completo del capricho y la inexperiencia de sus legiones bárbaras y sus comandantes asiáticos.

Y así fue como a finales del otoño del año siguiente a su segundo consulado, César Augusto, con el consentimiento del Senado y del pueblo romano, declaró el estado de guerra efectivo entre el pueblo romano y Cleopatra, Reina de Egipto. Con César Augusto a la cabeza, el Senado hizo su marcha solemne hasta los Campos de Marte, y en el Templo de Belona el heraldo pronunció las palabras de guerra; los sacerdotes ofrecieron en sacrificio a la diosa una novilla blanca y rezaron por la seguridad del ejército de Roma en todas las batallas que hubieran de acontecer.

Tras la derrota de Sexto Pompeyo, Augusto había prometido al pueblo romano que no habría más guerras civiles y que nunca más regaría la tierra de Italia con la sangre de sus hijos. A lo largo del invierno entrenamos a nuestros soldados en tierra y reconstruimos y aumentamos nuestra flota, ejercitándonos en el mar cuando el tiempo lo permitía. Al llegar la primavera supimos que Marco Antonio había congregado su flota y su ejército a la entrada del Golfo de Corinto, y que desde allí se proponía atravesar rápidamente el mar Jónico y atacar la costa oriental de Italia. Nos movilizamos contra él para salvar a Italia de las heridas de la guerra.

Sobre nosotros se cernía todo el poderío de Oriente: cien mil soldados, de los cuales treinta mil eran romanos, quinientas naves de guerra desplegadas a lo largo de las costas de Grecia, y ochenta mil soldados de reserva que permanecían en Egipto y Siria. Nos enfrentábamos a estas fuerzas con cincuenta mil soldados romanos, algunos de los cuales eran veteranos de la campaña marítima contra Pompeyo, doscientos cincuenta buques de guerra, bajo mi mando, y ciento cincuenta naves de suministro.

Gracias a que la costa de Grecia cuenta con pocos puertos que puedan defenderse, no tuvimos ningún problema para desembarcar a los soldados que combatirían contra Antonio en tierra. Las naves que yo dirigía bloquearon las rutas marítimas de suministro provenientes de Siria y Egipto, con lo que los ejércitos de Cleopatra y Marco Antonio se verían obligados a depender de las tierras que habían invadido para la obtención de sus alimentos y suministros.

Renuentes a sacrificar vidas romanas, pasamos la primavera con pequeñas escaramuzas, con la esperanza de lograr nuestro propósito mediante el bloqueo sin tener que recurrir a la guerra. Cuando llegó el verano movilizamos toda nuestra fuerza hacia a la Bahía de Actium, donde se hallaba concentrada una gran parte de las fuerzas enemigas, esperando que nuestra simulada invasión les atrajera hasta allí en un intento de evitarla, lo cual logramos con éxito, pues Antonio y Cleopatra se hicieron a la mar con toda su flota para rescatar a unos hombres y unas naves que no teníamos intención de atacar. Retrocedimos ante el avance de su flota y les permitimos que entraran en la bahía, de donde sabíamos que antes o después tendrían que salir. Les obligaríamos a combatir en el mar, cuando su verdadero punto fuerte era el combate en tierra.

La boca de la Bahía de Actium tiene menos de un kilómetro de ancho, si bien en el interior la bahía se ensancha considerablemente, por lo que había espacio suficiente para albergar las naves enemigas. Mientras estas permanecían dentro con los hombres acampados en la costa, César Augusto envió tropas de infantería y caballería para rodearlos y fortificó el cerco, haciendo la retirada por tierra muy difícil. Y esperamos; porque sabíamos que el hambre y la enfermedad aquejaba a los ejércitos de Oriente, y que serían incapaces de reunir la fuerza suficiente para retirarse por tierra. Tendrían que combatir en el mar.

Los buques de guerra que habíamos devuelto a Antonio tras la derrota de Sexto Pompeyo eran los más grandes de la flota, y yo sabía que las naves que Antonio había mandado construir para luchar contra nosotros eran aún más grandes y que algunas llevaban hasta diez bancos de remos y estaban acorazadas con planchas de hierro para protegerlas de las embestidas. Las naves de ese tipo son prácticamente invencibles para naves más pequeñas en el combate directo cuando no hay sitio para maniobrar. En consecuencia, determiné mucho tiempo antes emplear naves más maniobrables y ligeras con dos bancos de remos como mínimo y seis como máximo, y decidí tener la paciencia suficiente para inducir a las flotas orientales a salir a mar abierto; pues en Nauloco, cuando luchamos contra Pompeyo, habíamos tenido que enfrentarnos a las naves enemigas en la costa y sabíamos que allí la rapidez no servía de nada.

Esperamos; y el primer día de septiembre vimos las filas de navíos que se congregaban para combatir, y las naves quemadas para las que no había remeros. Y nos preparamos para lo que al día siguiente acontecería.

El día amaneció claro y despejado, el puerto y el mar que se extendía ante él brillaban como una plancha de piedra pulida. La flota oriental izó sus velas, como aprestándose a salir a nuestro encuentro tan pronto se levantara un viento favorable; los remeros sumergieron sus remos, y la flota, en bloque, comenzó a deslizarse despacio por el agua. Dicha flota se componía de tres escuadrones. El propio Antonio comandaba el central y principal. Las naves se hallaban tan próximas que los remos de unas y otras chocaban a menudo; la flota de Cleopatra le seguía a cierta distancia, en retaguardia.

Mi propia escuadra se oponía a la de Antonio; las naves que capitaneaba César Augusto se oponían al escuadrón que tenía el puerto detrás. Estábamos en el exterior de la boca de la bahía,

muy esparcidos formando una línea curva, y no había ninguna nave detrás de nosotros.

El enemigo avanzaba en dirección hacia nosotros, y no nos movimos. Se detuvo a la entrada de la bahía sin tender un solo remo al agua durante varias horas. Esperaba que nos abalanzáramos sobre él, pero no nos movimos; aguardamos.

Y finalmente, por impaciencia o por un exceso de osadía, el comandante de la escuadra que estaba frente al puerto inició el avance; César Augusto hizo como que se retiraba ante el peligro, y la escuadra le siguió irreflexivamente, y tras él, el resto de la flota oriental. Nuestra escuadra central retrocedió, extendiendo la fila que habíamos formado, en la que la flota del enemigo penetró cual cardumen de peces en una red, y la rodeamos.

Combatimos encarnizadamente casi hasta la caída del sol, aunque en ningún momento dudé de cuál sería el resultado. No habíamos izado las velas, lo que nos permitía movernos con rapidez entre las otras naves, de mayor tamaño; el enemigo, habiendo desplegado sus velas, no tenía espacio suficiente en las cubiertas para que los tiradores y arqueros pudieran operar con eficacia, además de que las velas eran un blanco fácil para las bolas de fuego que catapultábamos. Nuestras propias cubiertas estaban despejadas, lo cual, cuando alcanzábamos una nave, permitía que un mayor número de nuestros hombres abordara al enemigo sometiéndole con relativa facilidad.

El enemigo intentó formar una cuña con la que romper nuestra línea; disparamos contra él haciéndole romper su formación, obligándole así a pelear por separado. Intentó una nueva formación, que volvimos a romper, de modo que al final cada una de las naves luchaba como podía por su propia supervivencia. El mar resplandecía con las naves que habíamos incendiado, y por encima del rugir de las llamas podían oírse los gritos de los hombres que ardían con ellas; el mar se tiñó de sangre y quedó cubierto con los cuerpos que se habían despojado de sus corazas y que luchaban débilmente por zafarse del fuego, las espadas, las jabalinas y las flechas. Luchaban contra nosotros, pero eran soldados romanos, y deplorábamos su pérdida.

Durante todo el combate las naves de Cleopatra habían permanecido en el puerto; cuando finalmente se levantó una brisa, desplegó sus velas al viento y, ondulando entre las naves que estaban inmersas en el combate, se abrió paso hacia el mar abierto, donde no podíamos seguirla.

Fue uno de esos curiosos momentos de confusión que se dan en las guerras y que todo soldado conoce. La nave que conducía a César Augusto, y la mía propia, se habían acercado tanto que podíamos mirarnos a los ojos e incluso gritarnos y oírnos, pese al furor de la batalla. La nave de Marco Antonio se hallaba a menos de treinta metros. Creo que los tres vimos al mismo tiempo partir la vela de color púrpura del buque insignia de Cleopatra. Ninguno de nosotros se movió; Antonio permaneció inmóvil como una estatua en la proa de su barco, mirando como su Reina se alejaba. Y entonces se volvió hacia nosotros, aunque no estoy seguro de que nos reconociera. Su rostro, carente de expresión, parecía el de un cadáver. Alzó el brazo enérgicamente, y lo dejó caer: las velas se izaron al viento, y la gigantesca nave viró despacio, fue cogiendo velocidad, y Marco Antonio partió en pos de su Reina. Viendo el estado penoso en que estaban las naves que habían logrado escapar a la matanza, decidimos no proseguir. Nunca más volví a ver a Marco Antonio.

Abandonadas por sus generales, el resto de las naves se rindieron. Atendimos a nuestros enemigos heridos, que eran también nuestros hermanos, y quemamos las naves que quedaban de la flota de Antonio; César Augusto declaró que ninguno de los soldados romanos que habían

luchado contra nosotros sufriría por causa de su valentía, y que serían restituidos al honor y a la seguridad de Roma.

Sabíamos que habíamos conquistado el mundo; pero aquella noche no hubo cantos de victoria ni alegría entre nosotros. Muy entrada ya la noche, el único sonido que se oía era el murmullo y el batir del agua contra los cascos que ardían, y los débiles gemidos de los heridos. El resplandor que despedían las llamas flotaba por encima del puerto como una nube. De pie en la proa de su barco, con el rostro desolado y enrojecido por el reflejo de las llamas, César Augusto contemplaba el mar que albergaba los cuerpos de aquellos valientes hombres — compañeros y enemigos por igual—, como si no hubiera diferencia entre ellos.

XIII. Carta de Cayo Cilnio Mecenas a Tito Livio (12 a. C.)

En respuesta a tus preguntas:

¿Imploró Marco Antonio por su vida? Sí. Mejor olvidar esa cuestión. En su día conservé una copia de la carta, pero la he destruido. Octavio no le respondió. Antonio no fue asesinado; realmente se suicidó, aunque lo hizo fatal y murió lentamente. Deja que descanse en paz; no conviene insistir demasiado en esos asuntos.

En cuanto a Cleopatra: 1º) No, Octavio no dispuso su asesinato. 2º) Sí, habló con ella en Alejandría antes de que se quitara la vida. 3º) Sí, le habría perdonado la vida; no deseaba su muerte. Era una excelente administradora y podía haber conservado el control nominal de Egipto. 4º) No, no sé lo que ocurrió durante la entrevista de Alejandría, pues él nunca ha querido hablar de ello.

En cuanto a Cesarión: 1º) Sí, tenía solo diecisiete años. 2º) Sí, fue decisión nuestra ejecutarle. 3º) Sí, opino que era el hijo de Julio. 4º) No, no fue ejecutado debido a su nombre, sino por causa de su ambición, que era indiscutible. Hablé con Octavio acerca de su juventud, y Octavio me recordó que él mismo tuvo en su día diecisiete años, y que era ambicioso.

En cuanto a Antilo, el hijo de Marco Antonio, Octavio lo mandó ejecutar. Tenía también diecisiete años; se parecía mucho a su padre.

En cuanto al regreso de Octavio a Roma: 1º) Tenía treinta y tres años. 2º) Sí, fue entonces cuando se celebró en su honor el triple triunfo, al comienzo de su quinto consulado. 3º) Sí, fue el mismo año cuando cayó enfermo y de nuevo temimos por su vida.

Mi querido Livio, has de perdonarme por la sequedad de mis respuestas. No estoy ofendido; solo cansado. Cuando recuerdo aquellos tiempos, siento como si esos hechos pertenecieran a la vida de otra persona, casi como si no fueran reales. A decir verdad, estoy aburrido de recordar. Tal vez mañana me encuentre mejor.

LIBRO II

CAPÍTULO PRIMERO

I. Relato de Hirtia a su hijo Quinto, Velletri (2 a. C.)

Mi nombre es Hirtia. Mi madre, Crispia, fue esclava en casa de Atia, esposa de Cayo Octavio padre, sobrina del Dios Julio César y madre de aquel Octavio a quien el mundo conoce ahora como Augusto. Puesto que no puedo escribir, dicto estas palabras a mi hijo Quinto, que es el encargado de administrar las propiedades de Atio Sabino en Velletri. Escribo este relato con el fin de que nuestra posteridad conozca la época anterior a la suya y el papel que en ella desempeñaron sus antecesores. Tengo setenta y dos años, y el final de mi vida está cerca: deseo decir estas palabras antes de que los dioses cierren mis ojos para siempre.

Hace tres días mi hijo me llevó a Roma para que pudiera contemplar una vez más la ciudad que recuerdo de mi juventud, antes de que mi vista se debilite y ya no pueda ver; y estando allí me sucedió algo que me trajo recuerdos de un pasado tan distante que jamás imaginé que podría revivir. Después de más de cincuenta años, volví a ver a quien ahora es dueño del mundo y ostenta más títulos de los que mi precaria memoria pueda recordar. Pero hubo un tiempo en que solía llamarle «mi Tavio» y le sostenía en mis brazos como si fuera mi propio hijo. De ello hablaré más tarde; ahora he de relatar mis recuerdos de un tiempo anterior.

Mi madre nació como esclava en el hogar de los Julios. Inicialmente le fue dada a Atia como compañera de juegos, y como sirvienta después. Pero, siendo aún joven, en pago de su leal servicio, se le concedió la libertad para que pudiera desposarse, conforme a la ley, con el liberto Hirtio, que fue mi padre. Mi padre era el supervisor de todos los campos de olivos que había en la propiedad de la familia Octavia en Velletri. Allí, en una casita cercana a la quinta y situada sobre una colina desde la que se divisan los campos, nací yo, y allí transcurrieron, en el calor de esa familia, los primeros diecinueve años de mi vida. Ahora he regresado a Velletri, y, si los dioses lo quieren, moriré en esa misma casita, tan dichosamente como viví mi infancia.

Mi ama y su esposo no acudían con demasiada frecuencia a la quinta: residían en Roma, pues Cayo Octavio padre tenía un puesto importante en el gobierno de aquellos días. Cuando yo tenía diez años mi madre me informó de que Atia había dado a luz un niño, y que como era muy enfermizo, había decidido que pasara su infancia en el campo respirando aire puro y alejado del hedor y el humo de la ciudad. Mi madre había tenido un parto mortinato poco tiempo antes, de modo que podía amamantar al bebé de su ama. Y así, del mismo modo que mi madre acogió en sus pechos a ese niño como si fuera el suyo propio, le acogí yo en mi joven corazón, en el que el sueño de la maternidad comenzaba a despertar.

Pese a ser aún muy niña, le lavaba; le cambiaba los pañales; le llevaba de la mano cuando comenzó a dar sus primeros pasos; le vi crecer. En mi juego infantil de la maternidad, era mi Tavio.

Cuando ese niño al que entonces llamaba Tavio tenía cinco años, su padre regresó de una larga estancia en tierras de Macedonia y vino a visitarnos con su familia durante unos días con la intención de seguir camino hacia el sur, a otra de sus residencias situada en Nola, donde nos reuniríamos con él para la temporada de invierno. Pero de pronto cayó enfermo y murió antes de que hubiéramos podido iniciar el viaje, y mi Tavio perdió al padre al que nunca había conocido. Le estreché entre mis brazos para consolarle. Recuerdo que su pequeño cuerpo temblaba. Pero no lloró.

Permaneció bajo nuestro cuidado durante más de cuatro años, aunque le enviaron un profesor desde Roma para que le instruyera, y su madre le visitaba de vez en cuando. Cuando yo tenía diecinueve años mi madre falleció, y mi ama, Atia —que tras el preceptivo luto había contraído matrimonio de nuevo, como era su deber— decidió que su hijo debía regresar a Roma a fin de prepararse para la vida adulta. Y en su bondad, preocupada por la seguridad de mi futuro, me regaló una porción de tierra suficiente para que nunca hubiera de pasar necesidad; y velando por el bienestar de mi persona, me desposó con un liberto de su familia que poseía un modesto pero seguro patrimonio consistente en un rebaño de ovejas que pastaban en las montañas cercanas a Módena, al norte de Roma.

Y así fue como de niña me convertí en mujer, y por fuerza de las circunstancias hube de decir adiós a ese niño al que había querido como si fuera mío. La edad de jugar ya había terminado para mí, y sin embargo fui yo quien lloraba al tener que dejar a Tavio. Como si fuera yo la niña necesitada de consuelo, me abrazó y me dijo que jamás me olvidaría. Juramos que volveríamos a vernos, aunque sin creer que fuera posible. Y así fue como ese niño que había sido mi Tavio inició el camino que acabaría convirtiéndole en el amo del mundo, y yo hallé la felicidad y el propósito que los dioses me tenían destinados.

¿Cómo puede una anciana ignorante comprender la grandeza de alguien a quien ha conocido de recién nacido, a quien ha visto gateando, jugando y gritando de niño con sus amigos? Ahora en todas partes fuera de Roma, en los pueblos y aldeas del campo es un dios; en mi propio pueblo de Módena han erigido un templo en su nombre, y he oído que hay muchos otros en varios lugares. Su imagen preside el hogar de las casas de los campesinos de todo el país.

Desconozco los designios del mundo y de los dioses, pero recuerdo a un niño que era casi como el mío propio aunque no hubiera nacido de mis entrañas, y he de contar lo que recuerdo. Era un niño de pelo tan claro como el trigo otoñal, con una piel que no toleraba el sol. A veces se mostraba vivo y contento, otras, silencioso y taciturno. Se enfadaba con mucha facilidad, y casi con la misma olvidaba su enfado. Aunque yo le quería, era un niño como otro cualquiera.

Es posible que ya entonces los dioses le hubieran bendecido con la grandeza que el mundo entero ha presenciado, mas si ese era el caso, juro que él no lo sabía. Sus compañeros de juego eran sus iguales, incluso los hijos de los esclavos de menos rango, y era generoso y entregado, tanto al jugar como al hacer sus tareas. Sí, los dioses le habían bendecido, y sin embargo, en su sabiduría, impidieron que él lo supiera: años más tarde oí decir que en el momento de su nacimiento habían acaecido varios portentos. Se dice que su madre soñó que un dios en forma de serpiente la penetraba, y que concibió. Que su padre soñó que el sol salía de entre los muslos de

su esposa, y que en toda Italia ocurrieron milagros incomprensibles en el momento de su nacimiento. Solo digo lo que he oído, y hablo desde mi recuerdo de aquellos días.

Y ahora debo relatar aquel encuentro que despertó en mí estos pensamientos.

Mi hijo Quinto quería que viera el gran Foro al que acudía con frecuencia a ocuparse de los negocios de su señor, así que se despertó muy temprano a fin de que pudiéramos pasear por las calles antes de que se llenaran de gente. Habíamos ido a ver el nuevo Senado y caminábamos por la Vía Sacra hacia el Templo de Julio César, que bajo el sol de la mañana parecía tan blanco como la nieve de las montañas. Recordé que en una ocasión siendo niña había visto a este hombre que ahora es dios, y quedé maravillada ante la grandeza de aquel mundo del que yo había formado parte.

Nos detuvimos un momento a descansar junto al templo, pues a mi edad me canso con facilidad. Y mientras descansábamos vi a un grupo de hombres que se acercaba caminando en dirección a nosotros; sabía que eran senadores, porque vestían togas con franjas de color púrpura. En el centro del grupo había un hombre de cuerpo delgado, tan encorvado como el mío, que llevaba un sombrero de ala ancha y un bastón en una mano. Los otros parecían dirigirse a él cuando hablaban. Mi visión no es buena, por lo que no podía distinguir bien sus facciones; pero algo en mí intuía que le conocía, y le dije a Quinto:

—Es él.

Quinto me sonrió y preguntó:

—¿Es quién, madre?

—Él —dije, temblándome la voz—; el amo del que te he hablado, al que solía cuidar.

Quinto le miró de nuevo, me tomó del brazo y nos acercamos a la calle para poder verle pasar. Otros ciudadanos, que también le habían visto aproximarse, se habían agolpado a orillas de la calle, y nos unimos a ellos.

No tenía intención de hablar, pero según pasaba, los recuerdos de mi infancia volvieron a mí y pronuncié su nombre.

—Tavio —dije.

No fue más que un susurro, pero lo dije en el mismo instante en el que él pasaba junto a mí, de modo que aquel a quien no pensaba dirigirme se detuvo y me miró perplejo. A continuación hizo un gesto a los hombres que le acompañaban, indicándoles que se quedaran donde estaban, y se acercó a mí.

—¿Has dicho algo, buena mujer? —preguntó.

—Sí, mi señor —respondí—. Te ruego que me disculpes.

—Has pronunciado el nombre que me llamaban cuando era niño.

—Soy Hirtia —le dije—. Mi madre fue tu nodriza cuando eras niño en Velletri. Puede que no lo recuerdes.

—Hirtia —dijo, y sonrió. Dio un paso hacia mí y me miró: tenía el rostro arrugado y las mejillas hundidas, pero aún podía ver en él a aquel niño que conocí—. Hirtia —dijo de nuevo, tomándome de la mano—. Claro que te recuerdo. Cuántos años...

—Más de cincuenta —respondí.

Algunos de sus amigos se acercaron; con un gesto les indicó que se alejaran.

—Cincuenta... —repitió—. ¿Y han sido buenos para ti?

—He criado cinco hijos, de los cuales tres viven y prosperan. Mi esposo fue un buen hombre, y tuvimos una vida cómoda. Los dioses se lo llevaron, y yo estoy satisfecha con mi propia vida que termina.

Me miró y dijo:

—¿Tuviste alguna hija?

Me pareció una pregunta extraña.

—Solo tuve varones —le respondí.

—¿Y te han honrado? —preguntó.

—Sí, me han honrado —afirmé.

—Entonces tu vida ha sido buena —dijo—. Quizás mejor de lo que crees.

—Me iré feliz cuando los dioses me llamen —afirmé.

Asintió, y de pronto su rostro se ensombreció. Con una amargura que yo no alcanzaba entender, dijo:

—Entonces eres más afortunada que yo, hermana mía.

—Pero tú —le dije— no eres como el resto de los hombres... Tu imagen preside todos los hogares de las gentes del campo y figura en los cruces de caminos y en los templos. ¿Es que no te hace feliz el que el mundo entero te honre?

Me miró durante un instante sin responder. A continuación se volvió hacia Quinto, que estaba a mi lado, y dijo:

—¿Es este tu hijo? Tiene tus mismos rasgos.

—Este es Quinto —respondí—. Es administrador de todas las tierras de Atio Sabino en Velletri. Desde que me quedé viuda he vivido con Quinto y su familia allí. Son buena gente.

Se quedó mirando a Quinto sin hablar, y después dijo:

—Yo no he tenido ningún hijo. Solo tuve una hija, y a Roma.

—Tus hijos son todo el pueblo —le dije.

Él sonrió.

—Ahora pienso que habría preferido tener tres hijos y haber vivido honrado por ellos.

No sabía qué decir, así que no respondí.

—Mi señor —dijo mi hijo con voz trémula—. Nosotros somos gente humilde, nuestras vidas han sido lo que han sido. He oído que hoy vas a consultar con el Senado, brindando al mundo tu sabiduría y tu consejo. En comparación con la tuya, nuestra fortuna no es nada.

—¿Quinto te llamas? —le preguntó, y mi hijo asintió—. Quinto... hoy, gracias a mi sabiduría, debo consultar con el Senado y dar orden de que alejen de mí lo que más he querido en esta vida. —Sus ojos brillaron durante unos instantes. Después su expresión se suavizó y añadió —: Le he dado a Roma una libertad de la que solo yo no puedo disfrutar.

—No has encontrado la felicidad —le dije—, pero la has dado.

—Así ha sido mi vida —respondió.

—Espero que aún puedas ser feliz —añadí.

—Te estoy muy agradecido, hermana mía —dijo—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Estoy satisfecha —le respondí—. Y mis hijos también.

Asintió.

—Ahora debo ir a cumplir con mi deber. —Pero permaneció en silencio durante un largo tiempo sin moverse, tras lo cual añadió—: Hemos vuelto a vernos tal como nos prometimos hace

tanto tiempo.

—Sí, mi señor —dije.

—Antes me llamabas Tavio —observó sonriendo.

—Tavio —rectifiqué.

—Adiós, Hirtia —me dijo—. Esta vez creo...

—Que no volveremos a vernos. Me marchó a Velletri, y no regresaré más a Roma.

Asintió con la cabeza, me besó en la mejilla y se alejó caminando despacio por la Vía Sacra para reunirse con el grupo de hombres que le estaban esperando.

Estas son las palabras que he relatado a mi hijo Quinto en el tercer día antes de los Idus de septiembre. Lo he hecho por mis hijos, y los hijos de estos, y todos los que vengan después, para que mientras que esta familia exista conozcan el papel que desempeñó en tiempos pasados en el universo que fue Roma.

II. Diario de Julia, Pandateria (4 d. C.)

A través de mi ventana, en el resplandor del sol de mediodía, veo la masa de roca gris y sombría que desciende hacia el mar. Como todas las de esta isla de Pandateria, es una roca de origen volcánico, bastante porosa y ligera, sobre la que hay que pisar con cuidado para no cortarse con los filos ocultos. Hay otras rocas en la isla, pero no se me permite llegar a ellas. Solo se me permite andar sin compañía ni vigilancia a una distancia de cien metros en dirección al mar, hasta la estrecha playa de arena negra, y la misma distancia en cualquier dirección desde la pequeña casa de piedra que desde hace cinco años constituye mi morada. Conozco la anatomía de esta tierra estéril mejor que ninguna otra, incluso que la de mi Roma natal con la que compartí casi cuarenta años de intimidad. Es probable que ya no llegue a conocer ningún otro lugar.

En los días claros, cuando el sol o el viento dispersan las brumas que con frecuencia emanan del mar, dirijo la mirada hacia el este y en ocasiones creo poder ver la masa continental de Italia, e incluso la ciudad de Nápoles, que yace cómodamente al abrigo en su plácida bahía. Pero no estoy segura: puede que no sea más que una de esas nubes oscuras que de vez en cuando ensombrecen el horizonte. No importa; nube o tierra, jamás podré acercarme siquiera un poco más.

En el piso de abajo, en la cocina, mi madre grita a la única sirvienta que se nos permite tener. Oigo el estruendo de las cacerolas y sartenes, y de nuevo los gritos: la misma repetición fútil de todas las tardes durante estos años. Nuestra sirvienta es muda, y aunque no es sorda, es improbable que tan siquiera entienda nuestra lengua latina. Aun así, mi madre continúa gritándole infatigablemente, con el tenaz optimismo de que hará sentir su disgusto y de que quizás consiga algo. Mi madre, Escribonia, es una mujer excepcional: con casi setenta y cinco años, posee la energía y la voluntad de una mujer joven, y va por la vida intentando imponer un orden peculiar a un mundo que nunca le ha gustado y reprendiéndolo porque no se organiza con arreglo a un principio que escapa tanto al control de ese mundo como al suyo propio. Estoy segura de que no vino aquí conmigo a Pandateria por una preocupación maternal, sino buscando desesperadamente una situación que una vez más corroborara su disgusto con la vida. Y yo le permití que me acompañara debido a lo que creo que es una indiferencia justificada.

Apenas conozco a mi madre. La veía pocas veces siendo niña, y aún menos siendo joven; y cuando ya era una mujer, solo coincidíamos en reuniones sociales de carácter más o menos oficial. Nunca le tuve cariño, y en cierto modo me reconforta comprobar que tras estos cinco años de intimidad forzosa mis sentimientos por ella no han cambiado.

Soy Julia, la hija de Octavio César, el Augusto, y escribo estas palabras en el cuadragésimo tercer año de mi vida. Las escribo con un propósito que el amigo de mi padre, y antiguo tutor mío, Atenodoro, jamás aprobaría: para mí misma y para mi propia lectura. Y es que aunque deseara hacerlo con otro fin, es improbable que las vieran otros ojos que los míos. Pero no lo deseo. No busco explicarme a mí misma ante el mundo, ni que el mundo me comprenda; me he hecho indiferente a ambos. Pues cuanto quiera que me reste por vivir en este cuerpo al que durante tantos años he servido con atención y esmero, la parte de mi vida que importa ha terminado, y puedo por tanto contemplarla con el interés desapegado de aquel sabio que en su día Atenodoro dijo que habría llegado a ser de haber nacido hombre y no la hija de un Emperador a la par que dios.

... ¡Pero cómo nos domina la fuerza de la costumbre! Pues a medida que escribo estas palabras en mi diario, sabiendo que lo hago únicamente para los ojos del más extraño de los lectores —yo—, me encuentro a mí misma deliberando acerca del tema más idóneo en el que basar mi argumento, del argumento más apropiado, de la construcción del mismo, de la disposición óptima de sus partes e incluso del estilo más adecuado para presentarlo. La única persona a la que tendría que persuadir de la verdad mediante mi discurso soy yo, y también la única a la que tendría que disuadir. Es una banalidad, pero no creo que perjudique a nadie: me ayuda a ocupar mi tiempo al menos tanto como el contar las olas que rompen sobre la arena de la costa rocosa de esta isla en la que me veo obligada a permanecer.

Sí; puede que mi vida haya terminado, aunque creo que no comprendí hasta qué punto era consciente de esta realidad hasta ayer, cuando por vez primera en dos años se me permitió recibir una carta desde Roma. Mis hijos Cayo y Lucio han muerto; el primero debido a una herida infligida en Armenia, y el segundo, en la ciudad de Marsella, de camino a Hispania, a resultas de una enfermedad cuya naturaleza nadie conoce. Cuando leí la carta sentí una especie de indolencia, que remotamente atribuí a la impresión que me había causado la noticia, y esperé el dolor que imaginé que vendría a continuación. Pero no vino ningún dolor, y comencé a reflexionar sobre mi vida y a recordar sus acontecimientos más determinantes como si no fuera yo la que hubiera estado ahí. Y supe que había terminado. Que uno no se preocupe por sí mismo no es tan importante; pero que no le preocupen aquellos a los que ha amado, ya es otro asunto. Todo se ha convertido para mí en el objeto de una curiosidad indiferente; nada me importa. Quizás escriba estas palabras y emplee los mecanismos que aprendí en un intento de sacarme a mí misma de este profundo pozo de indiferencia en el que estoy sumida. Pero dudo que sea capaz de hacerlo; no más de lo que sería de empujar esta masa rocosa pendiente abajo y sumergirla en el oscuro ente del mar. Incluso mis dudas me producen indiferencia.

Soy Julia, hija de Cayo Octavio César, el Augusto, nacida en la ciudad de Roma en el tercer día de septiembre del año del consulado de Lucio Marcio y Cayo Sabino. Mi madre era Escribonia, cuyo hermano fue el suegro de Sexto Pompeyo, el pirata al que mi padre destruyó para proteger a Roma a los dos años de mi nacimiento...

Este es un comienzo al que hasta Atenodoro, mi pobre Atenodoro, habría dado su aprobación.

III. Carta de Lucio Vario Rufo a Publio Virgilio Marón, desde Roma (39 a. C.)

Mi querido Virgilio, espero que tu enfermedad no vaya a peor y que el calor del sol napolitano haya mejorado tu estado de salud. Tus amigos te envían sus mejores deseos y me encargan que te informe de que nuestro bienestar depende del tuyo propio: si tú estás bien, nosotros también. Tus amigos me encargan también que te diga cuánto lamentamos que no pudieras venir anoche al banquete en casa de Claudio Nerón, una celebración de cuyos efectos apenas comienzo a recuperarme esta tarde. Fue una velada extraordinaria, y quizás te ayude a olvidar tu malestar un poco si te cuento cómo transcurrió.

¿Conoces a Claudio Nerón, el que habría sido tu anfitrión? Habla de ti con bastante familiaridad, así que supongo que al menos os habréis visto. Si le conoces, recordarás que tan solo hace dos años estuvo exiliado en Sicilia por haberse enfrentado a nuestro Octavio César en Perusia. Ahora al parecer ha abandonado la política, y se diría que Octavio y él son muy buenos amigos. Es un hombre bastante mayor, de modo que su esposa, Livia, parece más su hija que su mujer (una circunstancia muy favorable, como enseguida comprenderás).

Al final resultó ser una velada literaria, aunque dudo que Claudio lo hubiera planeado así: es un buen hombre pero poco instruido. Pronto quedó claro que el que llevaba la voz cantante era Octavio, y que Claudio en realidad era un pseudoanfitrión. El propósito de la velada era rendir homenaje a nuestro amigo Polión, que por fin va a donar al pueblo de Roma esa biblioteca que ha estado prometiendo, con el propósito de difundir el aprendizaje incluso entre el pueblo llano.

Era un grupo muy heterogéneo, si bien la combinación resultó muy afortunada. La mayoría de los asistentes eran nuestros amigos: Polión, Octavio y (¡desgraciadamente!) Escribonia, Mecenas, Agripa, Emilio Macerón y yo. También estaban tu «admirador» Mevio, que sin duda tuvo que camelarse a Claudio para que le invitara, a lo que este no supo negarse; alguien a quien ninguno de nosotros conocía: un anciano enjuto y extraño llamado Estrabón, natural de Pontos, Amasia, que, según creo, es una especie de filósofo; varias señoritas muy hermosas cuyos nombres no recuerdo y cuya función era amenizar; y, para mi sorpresa (y sospecho que también la tuya), ese joven algo brusco pero atractivo cuyas obras has tenido la amabilidad de leer: tu querido Horacio. Creo que fue Mecenas el responsable de que le invitaran, pese al desplante que Horacio le hizo hace varios meses.

He de decir que Octavio estaba de un humor excelente, casi locuaz, pese a la habitual cara larga de Escribonia. Acaba de regresar de Galia, como sabes, así que puede que tras los meses tan duros que ha pasado allí viniera hambriento de compañía civilizada; además, parece que las diferencias tanto con Marco Antonio como con Sexto Pompeyo se han suavizado, si es que no se han solucionado del todo. O puede que la alegría se debiera a la presencia de la esposa de Claudio, Livia, a quien parece haber tomado mucho cariño.

En cualquier caso, Octavio insistió en escanciar él mismo, e hizo la mezcla con más vino de lo habitual —casi lo mismo de agua como de vino—, de modo que la mayoría de nosotros estábamos algo achispados antes de que llegara el primer plato. Octavio insistió en que fuera

Polión, en lugar de él mismo, quien ocupara el puesto de honor junto a Claudio, mientras que él optó por sentarse en el extremo inferior de la mesa junto a Livia.

He de decir que Octavio y Claudio se comportaron de forma muy civilizada el uno con el otro considerando las circunstancias; casi se diría que habían llegado a un acuerdo. Escribonia estaba sentada en la otra mesa cotilleando con las señoras y mirando en dirección a nosotros con el ceño fruncido. Solo los dioses saben por qué fruncía el ceño: se sabe que ese matrimonio le disgusta tanto a ella como a Octavio y es un secreto a voces que van a divorciarse tan pronto como nazca el hijo de Octavio... ¡Qué juegos tienen que jugar quienes ostentan el poder en el mundo! ¡Y qué ridículos deben de parecerles a las musas! Parece que quienes se hallan más cerca de los dioses están también más a su merced. Qué afortunados somos, mi querido Virgilio, que no tenemos que casarnos para asegurar nuestra posteridad, sino que son los retoños de nuestro espíritu los que marchan hermosamente hacia el futuro, donde no cambian ni mueren.

Claudio sirve una buena mesa, he de reconocerlo: un vino de Campania muy decente antes de la cena y un buen falerniano después. La comida no era ni ostentosamente elaborada ni demasiado sencilla: ostras, huevos y cebollitas para empezar; cabra asada, pollo a la parrilla, pescado a la plancha y abundante fruta fresca.

Después de la comida, Octavio propuso que brindásemos por las Musas y que conversásemos acerca de la función de cada una de ellas. Deliberó brevemente consigo mismo acerca de si debíamos brindar de forma separada por las tres musas antiguas o por las nueve más recientes, y, finalmente, tras fingir una lucha denodada consigo mismo, se decidió por la segunda opción.

—Mas —dijo, mirando fugazmente a Claudio con una sonrisa— debemos honrar a las Musas y no permitir que su nombre se mancille hablando de política, pues es un tema que podría ponernos en un aprieto a todos.

Se oyó una risa general, una risa más bien nerviosa; de pronto me di cuenta de cuántos enemigos, pasados y futuros, había en la sala. Claudio, a quien Octavio había exiliado de Italia hacía menos de dos años; el propio Polión, nuestro invitado de honor, que era un viejo amigo de Marco Antonio; nuestro joven Horacio, quien solo tres años antes había luchado en el bando del traidor Bruto, y Mevio, el pobre Mevio, que es tan sumamente envidioso que ningún hombre escapa a su pérfida adulación, o a su adúladora perfidia.

Polión, al ser el invitado de honor, fue el primero en hablar. Incluyó la cabeza hacia Octavio como pidiendo disculpas, y eligió ensalzar a la antigua Musa de la Memoria, Mnemone. Estableciendo un símil entre el conjunto de la raza humana y un único organismo, procedió a comparar la experiencia colectiva de la humanidad con la mente de dicho organismo, y después, de forma bastante ingeniosa (si bien previsible), comenzó a hablar de la biblioteca que estaba creando en Roma, como si fuera la cualidad más importante de la mente, la memoria, para concluir diciendo que la Musa de la Memoria gobierna sobre todas las restantes en su reino de beneficencia.

Mevio exhaló un trémulo suspiro y, susurrando en voz alta, le dijo a alguien:

—¡Precioso! ¡Qué maravilla!

Horacio le miró y arqueó una ceja en un gesto dubitativo.

Agripa habló sobre Clío, la Musa de la Historia; Mevio susurró en voz alta algo acerca de la hombría y la valentía, y Horacio le miró con el ceño fruncido. Cuando llegó mi turno hablé de

Calíope; bastante mal, me temo, ya que no podía mencionar mi propia obra acerca del asesinado Julio César, pese a ser un poema, sin desacatar la orden de Octavio de no hablar de política.

Fue todo bastante aburrido, me temo, aunque Octavio parecía complacido, tumbado con Livia a su lado bajo la luz de la antorcha. Su animación y su alegría hicieron posible lo que de otro modo habría sido imposible.

Asignó a Mevio —de forma un tanto obvia a mi parecer, pese a que este, tan pagado de sí mismo, no fue capaz de darse cuenta— la tarea de hablar de Talía, la Musa de la Comedia. Encantado de haber sido el elegido, Mevio emprendió un absurdo relato (tomado, creo, de Antífanos de Atenas) sobre los advenedizos de la antigua Atenas —esclavos, libertos y comerciantes— que se imaginaban a sí mismos en igual posición que los miembros de las clases superiores y que se las apañaban como fuera para obtener invitaciones a los hogares de los poderosos, donde se atiborraban a comer, abusando de la amabilidad y generosidad de sus nobles huéspedes; y sobre cómo Talía, la diosa del espíritu cómico, con el fin de castigar a estos intrusos, les provocó determinados males mediante los cuales se pudiera distinguir a los miembros de su clase y proteger a la nobleza. A unos, contó Mevio, los convirtió en enanos, dándoles unas matas de pelo tan ásperas como la paja entre la que habían nacido y afectándoles de maneras propias de los establos; y así sucesivamente.

Pronto quedó claro que Mevio estaba atacando a nuestro joven amigo Horacio, aunque nadie sabía por qué motivo. Y nadie sabía tampoco qué hacer; miramos a Octavio, que permanecía impassible, y miramos a Mecenas, que no parecía preocupado. Nadie se atrevía a mirar a Horacio, salvo yo, que estaba sentado a su lado. Su rostro se veía pálido bajo la luz parpadeante.

Mevio finalizó y volvió a reclinarsse en su asiento, satisfecho de haber halagado a alguien importante y destruido a un posible rival. Se oyó un murmullo. Octavio le dio las gracias y dijo:

—Y ahora, ¿quién quiere hablar de Eraso, que es la Musa de la Poesía?

Y Mevio, animado por el éxito imaginario de su intervención, respondió:

—Oh, Mecenas, por supuesto; pues ha cortejado a la musa y la ha conquistado. Tiene que ser Mecenas.

Mecenas hizo un gesto lánguido con la mano y dijo:

—Me temo que debo rehusar. En estos últimos meses la musa ya no visita mis jardines... Pero quizás mi joven amigo Horacio desee hablar de ella.

Octavio rio y se volvió hacia Horacio con impecable cortesía.

—Acabo de conocer a nuestro invitado esta misma noche, pero me fiaré de mi primera impresión. ¿Deseas hablar, Horacio?

—Lo haré —respondió él, aunque permaneció callado durante largo tiempo. Sin esperar a que lo hiciera un sirviente, se sirvió a sí mismo un poco de vino sin mezclar, se lo bebió de un trago y comenzó a hablar. Te cuento lo que dijo tal como lo recuerdo.

—Todos conocéis la historia del griego Orfeo, sobre el cual nuestro Virgilio, ausente, ha escrito con tanta belleza. Era el hijo de Apolo y de la Musa Calíope a quien el dios honró con la presencia de su virilidad, y el heredero de la lira de oro que iluminaba la tierra, haciendo que rocas y árboles resplandecieran en una hermosura como nunca antes habían visto ojos humanos. Y sabéis de su amor por Eurídice, del que cantó con tanta pureza y encanto que la propia Eurídice se creyó parte del alma del cantor y se entregó a él en matrimonio, por lo que Himeneo lloró, como previendo una suerte que nadie podía imaginar. Y sabéis también como al final

Eurídice, vagando incautamente fuera del ámbito de la magia de su esposo, sufrió la mordedura de una serpiente que había surgido de las entrañas de la tierra y fue arrancada de la luz de la tierra y arrastrada a la oscuridad del inframundo, hasta donde Orfeo la siguió, desesperado, tapándose los ojos ante aquella oscuridad que ningún hombre podía imaginar. Y allí cantó con tanta dulzura, e iluminó de tal modo las tinieblas, que los propios dioses lloraron y se detuvo la rueda en la que Acteón giraba velozmente, atado y aterrorizado. Los demonios de la noche se amansaron, y dijeron que Eurídice podía regresar junto a su esposo al mundo luminoso, pero con una condición: que Orfeo mantuviera los ojos tapados y no volviera la cabeza para mirar a su esposa que le seguía...

»La leyenda no cuenta por qué Orfeo incumplió su palabra; solo nos cuenta que lo hizo, que vio el lugar en el que había estado, y que vio cómo Eurídice era arrastrada de nuevo al interior de la tierra, que se cerraba a su alrededor impidiendo que él la siguiera. Y la leyenda nos cuenta que Orfeo vivió a partir de entonces cantando su dolor, y que las ménades, que solo habían vivido en el mundo luminoso y no podían ni imaginar dónde había estado, acudieron a él y se le ofrecieron con el propósito de distraerle de su pena, y que él las rechazó. Ellas, indignadas, intentaron acallar con gritos su canto para evitar que su magia las paralizara, y, enloquecidas de ira, destrozaron su cuerpo y lo arrojaron al río Hebrón, donde su cabeza continuó entonando su música sin palabras; y que las mismas orillas se abrieron y se ensancharon para permitir que aquella cabeza cantante discurriera segura hasta el mar abierto... Esta es la historia del griego Orfeo, tal como Virgilio nos la cuenta, la cual hemos escuchado.

Se hizo un silencio en la sala; Horacio sumergió su copa en la jarra de vino y bebió de nuevo.

—La sabiduría de los dioses —dijo— nos habla de nuestras vidas si estamos dispuestos a escuchar. Ahora voy a hablaros de otro Orfeo... no el hijo del dios y la diosa, sino un Orfeo italiano cuyo padre era un esclavo y su madre, una mujer sin nombre. Algunos sin duda se burlarían de un Orfeo como este; mas aquellos que lo hicieran olvidarían que todos los romanos descienden de un dios cuyo hijo les dio su nombre, y de una mujer mortal cuya humanidad comparten. Así pues, hasta el enano que luce un matojo de paja en la cabeza lleva en sí un poco de ese dios si ha nacido de la tierra que Marte amó... Este Orfeo del que os hablo no heredó una lira dorada, sino tan solo la triste antorcha que le dejó su humilde padre, que habría dado su vida por que su hijo se convirtiera en lo que él había soñado. Así, en sus años jóvenes le fue dado a este joven Orfeo contemplar la luz de Roma junto con los hijos de los ricos y poderosos, y en la flor de su juventud, a costa del trabajo de su padre, pudo contemplar también el origen de lo que se decía es la luz de toda la humanidad, que proviene de aquella ciudad que es la cuna de toda la sabiduría; Atenas. Su amor, pues, no fue una mujer: su Eurídice era la sabiduría, un mundo soñado para el que entonaba su canto. Pero una guerra civil eclipsó aquel mundo de luz que era su sueño de sabiduría, y este joven Orfeo, abandonando la luz, se sumergió en la oscuridad para rescatar su sueño. Y en Filipos, casi olvidándose de su canción, combatió contra aquel que, según pensaba, representaba el poder de las tinieblas. Y entonces los dioses, o los demonios —ni siquiera ahora sabe cuál de los dos— le otorgaron el don de la cobardía y le ordenaron que abandonara el campo de batalla con su sabiduría y la fuerza de su sueño intactas, advirtiéndole que no se volviera a mirar lo que dejaba tras de sí. Pero al igual que ese otro Orfeo, cuando ya había huido y se sentía seguro, miró atrás, y su sueño se desvaneció, como el humo, en la oscuridad del tiempo y las circunstancias. Vio el mundo y supo que estaba solo: sin padre, sin

posiciones, sin esperanza, sin sueños... Y solo entonces los dioses le dieron su lira dorada, diciéndole que la tañera no como querían ellos, sino como él deseara. Los dioses son sabios en su crueldad, porque aquel que antes no quería cantar, ahora canta. No hay vírgenes tracias que le adulen y le ofrezcan sus encantos: se conforma con una ramera honesta y por un precio justo. Cuando entona su canto, son los perros del mundo los que le ladran intentando sofocar su voz; y cuanto más canta, más perros hay. Y sin duda también a él le arrancarán los miembros de su cuerpo, aunque cante mientras le ladran, y cante mientras le arrastra la corriente hacia ese mar del olvido que a todos nos espera... Y este, mis respetables señores, es el tedioso relato de un Orfeo nativo. Espero que disfrutéis con sus despojos.

Mi querido Virgilio, no puedo decirte cuánto duró el silencio, ni tampoco puedo decirte lo que lo causó; si fue el estupor o el miedo, o si todos (como yo) estábamos hechizados por una lira órfica de verdad. Las antorchas, que ardían con luz tenue, parpadeaban, y por un momento tuve la extraña sensación de que todos nosotros habíamos visitado ese inframundo del que Horacio nos había hablado, y de que estábamos saliendo de él y no nos atrevíamos a mirar atrás. Mevio hizo un leve movimiento, y murmuró en voz alta, con la intención de que le oyera quien él pretendía:

—Filipos... el poder de las tinieblas, ya. ¿No es esto acaso una traición contra el triunviro? ¿No lo es?

Octavio no se había movido durante el recital de Horacio. Se incorporó en su sofá y se sentó al lado de Livia:

—¿Traición? —dijo suavemente—. No es traición, Mevio; y no te permito que vuelvas hablar así en mi presencia. —Se levantó de su sofá, se dirigió a donde estaba sentado Horacio, y le preguntó—: Horacio, ¿me permites que me siente a tu lado?

Nuestro joven amigo asintió perplejo. Octavio se sentó a su lado, y comenzaron a hablar en voz baja. Mevio no volvió a hablar en toda la noche.

Y así, mi querido Virgilio, fue como nuestro Horacio, al que tanto cariño hemos tomado, se granjeó la amistad de Octavio César. En general fue una velada fructífera.

IV. Carta de Mevio a Furio Bibáculo, desde Roma (enero, 38 a. C.)

Mi querido Furio, la verdad es que no he tenido el valor de contarte nada acerca de aquella desastrosa velada que tuvo lugar en casa de Claudio Nerón en septiembre, cuyo único aspecto positivo fue la ausencia de nuestro «amigo» Virgilio. Pero quizás haya sido lo mejor, pues desde aquella noche han ocurrido algunos sucesos que hacen que todo el asunto resulte aún más risible de lo que entonces parecía.

En realidad no recuerdo a todos los que asistieron. Estaba Octavio, por supuesto, y esos extraños amigos suyos de siempre: Mecenas el etrusco, enjoyado y perfumado, y Agripa, oliendo a sudor y a cuero. Fue ostensiblemente una velada literaria; pero ¡madre mía, qué bajo han caído nuestras letras! Al lado de estos, hasta ese pequeño impostor gimoteante de Catulo parecería un poeta. También estaba Polión, ese burro pomposo con el que uno ha de mostrarse amable porque es rico y poderoso, y cuyas interminables obras uno tiene que escuchar si es tan idiota como para asistir a sus fiestas, ahogando la risa cuando recita sus tragedias y fingiendo emoción ante sus

versos; de nuevo Mecenas, que escribe lúgubres poemas en un latín que casi parece una lengua extranjera; Macerón, descubridor de la décima Musa, la de la Estupidez; y ese extraordinario advenedizo, Horacio, a quien, te alegrará saber, finalmente puse en su sitio durante aquella velada. El jardín de las Musas es profanado por políticos charlatanes, urracas extravagantes y campesinos analfabetos. ¡Lo asombroso es que tú y yo tengamos el valor de continuar!

Mas las intrigas sociales de aquella noche fueron mucho más interesantes que las literarias, y es de esto de lo que realmente quiero hablarte.

Todos hemos oído hablar del gusto de Octavio por las mujeres. La verdad es que yo nunca había dado mucha credibilidad a esos rumores hasta aquella noche: el tipo está tan pálido, que uno pensaría que una simple copa de vino en estado puro y un abrazo ardiente le enviarían exánime junto a sus ancestros (quienesquiera que sean). Pero ahora comienzo a pensar que quizás haya algo de verdad en ellos.

La esposa de nuestro anfitrión era una tal Livia, procedente de una antigua familia republicana y conservadora (he oído decir que su propio padre fue asesinado por el ejército de Octavio en Filipos). Es una joven extraordinariamente bella, para quien guste de ese tipo de belleza: una figura bonita y discreta, rubia, de facciones perfectamente regulares, labios bastante finos, voz suave, y demás; muy cerca del «ideal patricio», como se diría. Aunque es bastante joven —tendrá unos dieciocho años—, le ha dado ya un hijo a su esposo, que debe de tener el triple de edad, y está de nuevo visiblemente embarazada.

Debo admitir que todos habíamos bebido bastante; no obstante, la conducta de Octavio fue realmente asombrosa. Se mostraba anonadado con ella, como un Catulo enamorado: le acariciaba la mano, le susurraba al oído, se reía como un niño (de hecho no es mucho más que eso, pese a los aires de importancia que se da), y un sinfín de tonterías más. Y todo, a la vista de su propia esposa (que no es que importe mucho, pero está también embarazada) y del esposo de Livia, que al parecer, o no se daba cuenta o, si lo hacía, sonreía con benevolencia, más como un padre que como un esposo cuya honra hubieran mancillado. En cualquier caso, en aquel momento no le di demasiada importancia. Aunque me pareció un comportamiento bastante vulgar, me pregunté a mí mismo si cabía esperar otra cosa del nieto de un simple prestamista de pueblo. Si teniendo un carro ya cargado quería subirse a otro que también lo estaba, era su problema.

Pero ahora, cuatro meses después de aquella noche, circula por Roma un escándalo tan descomunal que estoy seguro de que no me perdonarías si dejara de contártelo.

Hace menos de dos semanas, la que entonces era su esposa, Escribonia, dio a luz una niña (aunque uno pensaría que incluso el hijo adoptivo de un dios habría sido capaz de engendrar un varón). El mismo día del nacimiento, Octavio le hizo llegar a Escribonia una carta de divorcio, lo que en sí mismo no era sorprendente ya que, según se dice, todo el asunto se había negociado de antemano.

Sin embargo —y esto es lo escandaloso—, a la semana siguiente, Tiberio Claudio Nerón concedió el divorcio a Livia, y el día después, pese a que aún estaba embarazada, se la entregó a Octavio en matrimonio junto con una cuantiosa dote. Todo se hizo con la sanción del Senado, los sacerdotes ofrecieron sacrificios y todas las restantes tonterías.

¿Cómo puede nadie tomar en serio a un hombre así? Sin embargo lo hacen.

V. *Diario de Julia, Pandateria (4 d. C.)*

Las circunstancias de mi nacimiento le fueron conocidas a todo el mundo mucho antes que a mí misma, y cuando finalmente tuve la edad suficiente para comprenderlas, mi padre era el dueño del mundo, y un dios; y desde hace tiempo el mundo sabe que el comportamiento de un dios, por extraño que pueda resultar a un mortal, es lo más natural para él, y al final termina siendo inevitable para aquellos que deben adorarlo.

En consecuencia, no me resultaba extraño que Livia fuera mi madre y Escribonia, una visitante infrecuente en nuestro hogar; un familiar lejano pero necesario a quien todo el mundo soportaba más por un incomprensible sentido del deber que por ningún otro motivo. Mis recuerdos de aquel tiempo son vagos, y aunque no me fio de ellos por completo, tengo la impresión ahora que aquellos años fueron, en términos generales, placenteros. Livia era una mujer de carácter firme, majestuosa y fría en sus afectos, y eso fue lo que aprendí a esperar de ella.

Al contrario que la mayoría de los hombres de su posición, mi padre insistió en que se me educara a la manera de antes, en su propia casa y atendida por Livia en lugar de una criada. Quiso que aprendiera las tareas del hogar —hilar, coser y cocinar— a la antigua usanza, pero que también recibiera la instrucción que correspondía a la hija de un Emperador. Así pues, en mis años jóvenes hilaba en compañía de las esclavas de la casa, y Fedro, el esclavo de mi padre, me enseñaba literatura, latín y griego; y más tarde amplié mi formación con su viejo amigo y tutor, Atenodoro. Aunque en aquel entonces yo no lo sabía, la circunstancia más determinante de mi vida fue el hecho de que mi padre no hubiera tenido más hijos propios. Era un defecto que aquejaba al linaje de los Julios.

Aunque creo que le veía muy poco en aquellos años, su presencia tuvo más influencia que ninguna otra en mi vida. Aprendí geografía gracias a sus cartas, que me leían a diario. Me eran enviadas por lotes desde dondequiera que se hallara: en la Galia, en Sicilia o en Hispania; en Dalmacia, Grecia, Asia o Egipto.

Como ya he dicho, creo que rara vez le veía, y sin embargo, incluso ahora tengo la impresión de que siempre estaba ahí. Cierro los ojos y casi puedo sentir como me lanza al aire, y oír la risa extática de una niña aterrorizada pero que se sabe segura; y puedo sentir las manos que me recogen según caigo del vacío al que he sido lanzada. Oigo su voz profunda, reconfortante y cálida y siento cómo me acaricia la cabeza; recuerdo como jugábamos a la pelota y a las canicas; y puedo sentir cómo mis piernas se tensan cuando subo las pequeñas colinas del jardín que había detrás de nuestra casa en el Palatino, cuando íbamos caminando hasta un lugar desde el que podíamos divisar toda la ciudad que se desplegaba como un juguete gigante ante nosotros. Sin embargo, no puedo recordar su cara de entonces. Me llamaba Roma, su «pequeña Roma».

La primera imagen nítida que guardo de mi padre en la memoria es de cuando yo tenía nueve años. Fue en el año de su quinto consulado y con ocasión del triple triunfo que se celebró en su honor por sus victorias en Dalmacia, Actium y Egipto.

No ha vuelto a haber en Roma más celebraciones de gestas militares como esa después de aquella vez. Con los años mi padre me explicó que incluso aquella en la que él participó le parecía vulgar e incivilizada, pero que en el momento era necesaria por motivos políticos. En consecuencia, no sé muy bien si la grandeza que entonces percibí está magnificada por el

carácter único y la subsiguiente ausencia de ese acontecimiento, o si en verdad es la grandeza que quedó registrada en mi memoria.

No veía a mi padre desde hacía más de un año, y él no había tenido oportunidad de visitar Roma antes de su marcha triunfal sobre la ciudad. Livia y yo y el resto de los niños debíamos encontrarnos con él a las puertas de la ciudad; fuimos escoltados hasta allí por el séquito senatorial y acomodados en los asientos de honor desde los que aguardaríamos su llegada. Para mí era como un juego; Livia me había dicho que íbamos a asistir a una procesión y que debía estarme quieta. Pero yo no podía evitar dar brincos en mi asiento, ni escudriñar impaciente el panorama a la espera de ver aparecer a mi padre al fondo de la sinuosa vía. Y cuando finalmente le vi, me reí y comencé a dar palmas, y habría corrido hacia él si Livia no me lo hubiera impedido. Cuando mi padre estuvo lo bastante cerca como para reconocernos, picó espuelas a su caballo, dejando atrás a los soldados a los que encabezaba, y me tomó entre sus brazos riendo, para después abrazar a Livia. Y era mi padre. Esa fue quizás la última vez en que le recuerdo como un padre cualquiera.

Porque enseguida los pretores del Senado se lo llevaron consigo, le envolvieron en un manto de púrpura y oro, y le condujeron hasta el carro triunfal, indicándonos a Livia y a mí que permaneciésemos ahí de pie a su lado; y comenzó la lenta procesión hacia el Foro. Recuerdo la decepción y el miedo que sentí: mi padre, aunque se hallaba junto a mí, apoyando su mano suavemente sobre mi hombro, era un extraño. Los cuernos y trompetas que encabezaban la procesión tocaron batalla, los lictores con sus hachas laureadas avanzaban a paso quedo, y nos adentramos en la ciudad. La muchedumbre se agolpaba en las plazas por las que pasábamos y gritaban tanto que incluso ahogaban el sonido de los cuernos. El Foro en el que finalmente nos detuvimos estaba tan atestado de romanos que no podía verse ni una sola piedra del pavimento.

Las ceremonias duraron tres días. Yo hablaba con mi padre cuando podía, pero a pesar de que Livia y yo estuvimos a su lado casi todo el tiempo durante sus discursos y en el transcurso de los sacrificios y las presentaciones, sentía que aquel mundo que comenzaba a vislumbrar por vez primera me lo estaba arrebatando.

Sin embargo, él se mostró cariñoso conmigo todo el tiempo y me respondía cuando le hablaba como si le importara más que nunca. Recuerdo que en una ocasión, durante una de las procesiones, vi un carro resplandeciente de oro y bronce sobre el que había una enorme estatua tallada de una mujer postrada en un sofá de ébano y marfil, con sendos niños sentados a cada lado; tenían los ojos cerrados, como si estuvieran dormidos. Le pregunté a mi padre quién era aquella mujer. Él me miró largo tiempo antes de responder.

—Es Cleopatra —dijo—. Era la Reina de un gran país. Era enemiga de Roma, pero era una mujer muy valiente y que amaba a su país tanto como cualquier romano ama al suyo; dio su vida para no tener que presenciar su derrota.

Incluso ahora, después de tantos años, recuerdo la extraña sensación que me invadió al oír ese nombre en aquellas circunstancias. Por supuesto, me era familiar: lo había oído con frecuencia antes. En ese momento pensé en mi tía Octavia, quien de hecho compartía la responsabilidad del hogar con Livia, y que había estado casada con el esposo de esa difunta reina, el llamado Marco Antonio, muerto también. Y pensé en los niños que se hallaban al cargo de Octavia y con los que yo jugaba y estudiaba a diario: Marcelo y sus dos hermanas, fruto de su primer matrimonio; las dos Antonias, nacidas de su matrimonio con Marco Antonio; Julio, el

hijo de un matrimonio anterior de Marco Antonio, y por último, aquella niña que se había convertido en la nueva favorita de la casa: la pequeña Cleopatra, hija de Marco Antonio y su Reina.

Pero no fue ese extraño pensamiento lo que hizo que se me atragantara el corazón. Aunque entonces no tenía las palabras para expresarlo, creo que por primera pensé en cómo incluso una mujer podía verse envuelta en los grandes eventos del mundo y acabar destruida por él.

CAPÍTULO SEGUNDO

I. Paquete de cartas a Octavio César, en la Galia, desde Roma (27 a. C.)

Livia envía saludos a su esposo y reza por su seguridad, y con arreglo a sus instrucciones le responde acerca de las cuestiones que le inquietan.

Las obras que iniciaste antes de tu partida hacia el norte proceden tal como dispusiste. La reparación de la Vía Flaminia se ha concluido dos semanas antes de la fecha programada que le diste a Marco Agripa, quien te enviará un informe completo de las mismas en el siguiente lote de cartas. Tanto Mecenas como Agripa, que consultan conmigo a diario, me piden que te asegure que el censo estará finalizado antes de tu regreso, y Mecenas prevé que el aumento de los ingresos procedentes de la revisión de la base impositiva serán incluso superiores a lo que esperaba.

Mecenas me ha pedido además que te traslade su satisfacción con tu decisión de no invadir Bretaña; confía en que se logre un resultado idéntico mediante la negociación, e incluso si la negociación no resultara, opina que el posible coste de la conquista sería superior al importe de los tributos que podríamos recaudar con la misma. También a mí me complace tu decisión, aunque por un motivo más relacionado con el afecto: el de la preocupación por tu seguridad.

Soy breve en relación con estos asuntos porque sé que recibirás informes más exhaustivos de quienes poseen los detalles al respecto, y porque sé que la información que te interesa recibir de mí se refiere a otras cuestiones. Tu hija goza de buena salud y te envía su cariño. Sí, tus cartas le son leídas a diario, y habla de ti con frecuencia.

Te complacerá saber que durante la última semana su comportamiento hacia los esclavos de la casa ha mejorado notablemente; estoy segura de que tu carta ha surtido un gran efecto. Esta mañana ha pasado casi dos horas en la rueca, sin quejarse ni una sola vez ni faltar al respeto a ninguno de los que trabajaban con ella. Creo que finalmente comienza a acostumbrarse a la idea de que se puede ser una mujer a la par que la hija de un Emperador. Su salud es excelente, y para cuando regreses habrá crecido tanto que apenas la reconocerás.

El relato de esa otra parte de su educación, en la que has insistido y a la que yo he accedido con cierta reticencia, se lo dejo a otros cuyos informes hallarás dentro de este lote.

Hay un chisme que a la vez te complacerá y te divertirá: Mecenas me pide que te transmita que al fin va a acceder a tus deseos y va a casarse. Me pidió que fuera yo quien te diera la noticia porque, según dijo, el asunto es demasiado doloroso como para abordarlo él mismo. Como imaginarás, ha convertido su sufrimiento en todo un espectáculo, pero creo que en realidad

disfruta con la idea. Su futura esposa es una tal Terencia, descendiente de una familia de poca importancia: Mecenas se jacta con desdén de poseer suficiente nobleza para los dos. Es una joven muy hermosa, y parece contenta con este matrimonio. Tengo la impresión de que es plenamente consciente de las inclinaciones de Mecenas, y parece dispuesta a aceptarlas. Creo que te gustará.

Tu hermana te envía saludos afectuosos y te pide que le transmitas su afecto a su hijo Marcelo, cuya presencia espera esté siendo grata para su tío. Y yo por mi parte te envío mi amor y te pido que le hagas llegar mi afecto a mi hijo Tiberio. Tu familia de Roma aguarda tu regreso.

A Cayo Octavio César, en Narbona, la Galia, de su sirviente y entregado amigo, Fedro. Me dirijo a ti como Cayo, dado que se trata de un asunto de orden doméstico.

Tu hija Julia casi está llegando a ese punto de su educación en que yo ya no puedo desempeñar mi función tan adecuadamente como desearías. Digo esto con reticencia, pues ya conoces el afecto paternal que siento por ella. Al final, tenías tú razón. Yo dudaba que una joven pudiera avanzar en sus estudios con tanta rapidez y habilidad como un varón de sus mismas condiciones, con tanta diligencia y discernimiento; pero de hecho, de los muchos pupilos de tu familia, varones y hembras, que has tenido la amabilidad de poner bajo mi tutela, ella ha sido quien más rápido ha progresado, de manera que a pesar de tener solo once años, ha llegado ya a la etapa en que debería pasar a manos de otro educador. Compone en griego con fluidez y ha llegado a dominar los elementos básicos de retórica que le he enseñado, a pesar de que el hecho de instruirla en una disciplina tan poco propia de una mujer haya ocasionado un pequeño escándalo entre sus compañeros de clase. Horacio ayuda de vez en cuando enseñándole poesía en su propia lengua, disciplina de la que yo poseo un dominio adecuado pero insuficiente para tu hija. Tengo la impresión de que los aspectos más femeninos de su programa de estudios no le agradan tanto: su habilidad para la música es solo pasable, y a pesar de poseer elegancia física natural, en realidad los aspectos formales de las lecciones de danza no le interesan nada; aunque también tengo la impresión de que estas destrezas tan de moda tampoco a ti te interesan demasiado. Si fuera tan ingenuo como para creer que te agrada que te adulen, fingiría que no me sorprende en absoluto, y diría alguna sandez como que no cabe esperar otra cosa de la hija del hijo de un dios, Emperador del mundo entero, y demás. Pero ambos sabemos que tiene un carácter muy suyo, y muy fuerte.

Propongo por lo tanto que, en el futuro, se ocupe de su educación alguien más sabio e instruido que yo, como Atenodoro, el que en una ocasión fuera tu propio maestro y que ahora es tu amigo. La conoce, se llevan bien, y ha consentido en cumplir esta función que he tenido la presunción de proponerle. Tengo entendido que se propone escribirte en relación con otro asunto, y que en dicha carta te mencionará también lo que piensa de esto.

Confío en que tu viaje por Galia no te mantenga alejado de tu hija más tiempo del necesario: lo único que realmente la hace despistarse en sus estudios es el anhelo de tu presencia. Tu fiel sirviente y, espero, amigo, Fedro de Corinto.

Atenodoro te saluda, Octavio. Tal como podías esperar, aplaudo tu decisión de implantar un sistema de escuelas en la Galia. Tienes razón: si esas gentes van a formar parte de Roma, han de conocer la lengua romana, con la que podrán conocer la historia y la cultura en la que van a prosperar. Ojalá esa gentuza moderna de Roma, a muchos de los cuales gustas de llamar tus amigos, se preocuparan tanto por la educación de sus propios hijos como te has preocupado tú por la de tus súbditos de tierras lejanas. Al final, esos moradores de otras tierras van a acabar siendo más romanos que los que vivimos en el corazón de nuestro país.

No tendrás problema en encontrar profesores para las escuelas; si quieres, puedo hacerte recomendaciones concretas. Desde que trajiste la paz y una cierta prosperidad a nuestra nación, la enseñanza ha comenzado a florecer entre las clases en las que debes reclutar a tus profesores (aunque quizás «florece» sea un término algo exagerado). En general te aconsejo: 1) que no recurras al idealismo facilón de los jóvenes acomodados cuyo entusiasmo se desvanecerá casi sin dudarlo con su aislamiento en las provincias; 2) que en la medida de lo posible escojas a tus profesores de entre los nativos, y no recurras a griegos, egipcios ni ningún otro, pues para realmente aprehender la cultura romana es importante al menos que los estudiantes sepan qué aspecto tiene un romano; 3) que no recurras a esclavos, y ni siquiera a libertos si puedes evitarlo, para cubrir esos puestos de profesorado que mencionas. Quiero que comprendas las razones por las que te digo esto. Sé que en Roma se acostumbra otorgar más reconocimiento a un esclavo que a un patricio incluso si es suficientemente culto. En Roma se contentan con seguir siendo esclavos si consiguen hacerse ricos, pero en la Galia no podrán beneficiarse del tipo de corrupción que existe en Roma y se sentirán insatisfechos. Tú mismo sabes que muchos esclavos, en especial los ricos y cultivados (con excepción, claro está, de nuestro amigo Fedro), desdeñan a Roma y sus costumbres, y se resienten incluso de esa condición de la que han optado por no liberarse a sí mismos. En resumidas cuentas, en la Galia no estarán bajo los condicionantes que aquí operan manteniendo un cierto orden. Te aseguro que hay bastantes italianos, tanto en el medio rural como en el urbano, que a cambio de un salario decente y algo de prestigio satisfarían de buen grado tu propósito.

Y en relación con tu hija, Fedro me ha hablado del asunto y yo he aceptado. Imagino que cuento con tu aprobación. He educado ya a tantos niños de la familia Octavia que me parecería impropio que buscaras a otra persona. Quizás te hagas llamar Emperador del mundo, no es asunto mío: en la cuestión que nos concierne, yo sigo siendo tu maestro y no me gustaría que la educación de Julia le fuera encomendada a nadie más que a mí.

II. Diario de Julia, Pandateria (4 d. C.)

Durante los últimos años, desde poco después de llegar a esta isla de Pandateria, he adoptado la costumbre de levantarme antes del amanecer para ver despuntar el primer rayo de luz en el levante. Esta temprana vigilia se ha convertido casi en un ritual: me siento totalmente quieta junto a una ventana que mira hacia el este y observo desde ahí cómo la luz va cambiando del gris al amarillo y del naranja al rojo, hasta convertirse al fin en un torrente inimaginable que carece de color pero que ilumina el mundo entero. Una vez que la luz ha llenado mi habitación, paso las horas de la mañana leyendo algún libro de la biblioteca que se me permitió traer desde Roma.

Esta indulgencia en relación a los libros fue una de las pocas que me otorgaron; y de todas las posibles, es precisamente la que ha hecho este exilio algo más soportable, pues he retomado los estudios que abandoné hace muchos años, lo cual probablemente no habría hecho de no haber sido condenada a esta soledad. Hay ocasiones en que casi llego a pensar que el mundo, en su voluntad de castigarme, me ha hecho un favor que ni siquiera se imagina.

Se me ha ocurrido que este régimen de vigilia temprana y estudio es un hábito que ya adquirí hace muchos años, siendo poco más que una niña.

Cuando tenía doce años, mi padre decidió que había llegado el momento de dejar los estudios infantiles para formarme bajo la tutela del que fuera su antiguo profesor, Atenodoro. Antes de aquello, además de la educación obligada que Livia imponía a los miembros de mi género, básicamente me había ejercitado en la lectura y composición del griego y el latín, que me resultaban sorprendentemente fáciles, y en aritmética, que me parecía fácil pero aburrida. Se trataba de un aprendizaje más bien ocioso, y como mi tutor estaba a mi disposición en cualquier momento del día, no tenía que cumplir un horario demasiado rígido.

Pero Atenodoro, que me proporcionó la primera visión que tuve de un mundo ajeno a mi persona, a mi familia e incluso a Roma, era un mentor severo e implacable. Tenía pocos alumnos: los hijos de Octavia, tanto los suyos propios como los adoptados; los hijos de Livia, Druso y Tiberio, y los hijos de algunos parientes de mi padre. Yo era la única niña entre todos, y era la más joven. Mi padre se encargó de dejarnos muy claro a todos que Atenodoro era el maestro, de modo que pese al nombre y el poder que los padres de sus alumnos ostentaran, Atenodoro tenía la última palabra en todo, y no había más que hablar.

Nos hacían levantarnos antes del amanecer para acudir a primera hora a casa de Atenodoro, donde primero recitábamos los versos de Homero, Hesíodo o Esquilo que nos había impuesto como tarea el día anterior, y después intentábamos componer nuestros propios versos imitando el estilo de estos poetas; al mediodía tomábamos un almuerzo ligero. Por las tardes, los chicos se dedicaban a hacer ejercicios de retórica y declamación y al estudio de las leyes. Puesto que esas materias se consideraban inadecuadas para mí, se me permitía emplear el tiempo en cosas como estudiar filosofía, analizar los poemas en latín o griego que eligiera, y escribir sobre cualquier tema que me apeteciera. A última hora de la tarde se me permitía regresar a casa con el fin de poder realizar mis tareas domésticas bajo la tutela de Livia. Esta distracción me resultaba cada vez más irritante.

Pues a medida que despertaban en mi cuerpo los cambios que anunciaban la pubertad, comenzó también a despertar en mi mente una forma de ver el mundo que jamás antes había imaginado. Después, cuando nos hicimos amigos, Atenodoro y yo solíamos hablar acerca del desdén que los romanos sentían por cualquier tipo de aprendizaje que no condujera a un fin práctico, y me contó que en una ocasión, más de cien años antes de que yo naciera, se había promulgado un decreto en virtud del cual se expulsaba de Roma a todos los profesores de literatura y filosofía, pero que no pudo hacerse efectivo.

Creo que era feliz entonces, quizás más de lo que he sido nunca; pero en tres años esa vida se acabó y tuve que convertirme en una mujer. Fue como un exilio de un mundo que apenas había comenzado a descubrir.

III. Carta de Quinto Horacio Flaco a Albio Tibulo (25 a. C.)

Mi querido Tibulo, eres un buen poeta y mi amigo, pero eres idiota.

Te lo diré con la mayor claridad posible: no se te ocurra componer un poema para conmemorar el matrimonio del joven Marcelo con la hija del Emperador. Me pides mi consejo, y te lo doy con la misma contundencia con la que daría una orden, y por las diversas razones que paso a enumerar.

Primera. Octavio ha dejado claro, incluso a Virgilio y a mí, que nos contamos entre sus amigos más íntimos, que le desagradaría mucho que aludiéramos directa o indirectamente a la vida privada de cualquiera de los miembros de su familia en uno de nuestros poemas. Su actitud es tajante en lo que respecta a esto, y puedo entenderlo. Aunque tú sugieras lo contrario, siente un afecto muy profundo tanto por su hija como por su esposa, y no desea condenar un mal poema que las ensalce ni alabar uno bueno que las ofenda. Además, su vida familiar es casi lo único que le permite respirar de la gravosa y difícil tarea que supone gobernar este mundo caótico que ha heredado, y no desea ponerla en peligro.

Segundo. Tu talento natural no va en esa dirección, por lo que es improbable que escribieras un buen poema sobre ese asunto: los poemas que has escrito acerca de tus amigas me han gustado, pero no los que has compuesto acerca de tu amigo y comandante en jefe, Mesala. Proponerse escribir un poema banal sobre un tema comprometido es de idiotas.

Y tercero. Incluso si fueras capaz de encauzar de algún modo la orientación natural de tu talento en otra dirección, las pocas opiniones que dejas traslucir en tu carta me convencen de que es mejor que no hagas lo que te propones, pues ningún poeta es capaz de componer un poema si duda de la valía de su objeto, ni puede tampoco acallar sus incertidumbres. Y no pretendo con esto recriminarte por tenerlas, amigo mío; simplemente digo las cosas como son. Si yo me propusiera componer un poema como el que tú te propones, quizás descubriría que tengo las mismas que tú.

Y sin embargo, creo que yo no lo haría. Das a entender que adivinas cierta frialdad en los sentimientos del Emperador hacia su hija, y que crees que al casarla la «utiliza» para fines de estado. Puede que lo segundo sea cierto; lo primero no.

Conozco a Octavio desde hace más de diez años; es mi amigo, y nuestro trato es verdaderamente de igual a igual. Como haría cualquier amigo, le he ensalzado cuando en mi opinión lo merecía, he dudado de él cuando creía que era lo adecuado, y le he criticado cuando lo merecía; y todo ello públicamente y con total libertad. Y nuestra amistad no se ha resentido por ello.

Así pues, has de saber que al hablarte ahora de este asunto lo hago con la misma libertad con la que siempre he hablado y seguiré haciéndolo.

Octavio César ama a su hija más de lo que puedas imaginar: si tiene algún defecto, es precisamente que su sentimiento por ella es demasiado profundo. Ha dedicado mucho más empeño a su educación que cualquier otro padre con una vida tan ajetreada habría dedicado a un hijo varón, y no se ha contentado con que aprenda a tejer, a coser, a cantar, a tocar la lira y a adquirir conocimientos superficiales de literatura como hacen la mayoría de las mujeres en la escuela. El griego de Julia ya es mejor que el de su padre, sus conocimientos de literatura son

impresionantes, y ha estudiado tanto retórica como filosofía con Atenodoro, un hombre cuya sabiduría y erudición superarían incluso a las nuestras, mi querido Tibulo.

Durante estos años en que con tanta frecuencia ha tenido que ausentarse de Roma, no ha habido una sola semana en que su hija no haya recibido un paquete de cartas de su padre. Yo he visto algunas de ellas, y el cariño y la preocupación que en ellas manifiesta son en verdad conmovedores.

Y en esas ansiadas ocasiones en que sus tareas le permitían disfrutar con libertad de su familia y de su hogar, ha pasado con su hija una cantidad de tiempo que algunos considerarían desmedida, comportándose con la mayor sencillez y alegría en su presencia. Le he visto hacer volteretas con ella como si él también fuera un niño, llevándola a caballo sobre sus hombros y jugando a la gallinita ciega; les he visto pescar juntos en las orillas del Tíber, riéndose de placer cuando enganchaban cualquier pececillo en el anzuelo, y les he visto paseando como amigos inseparables en los campos que se extienden por detrás de su casa, recogiendo flores silvestres para la cena.

Pero si esa parte de tu alma que corresponde al poeta alberga dudas, sé que no las puedo disipar, aunque sí puedo eliminarlas de esa parte de tu mente que corresponde al hombre. Sabes que si otro padre eligiera un marido tan rico y prometedor como Marcelo para su hija, aplaudirías su prudencia y previsión. También sabes que la «juventud» de Julia en lo que concierne a este asunto, en otra situación sería asimismo motivo de inquietud. ¿Qué edad tenía esa mujer (cuya identidad ocultas tras el nombre de Delia) cuando comenzó tu campaña contra su virtud? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete? ¿O menos?

No, mi querido Tibulo, te advierto que es mejor que no escribas ese poema. Hay muchos otros temas, y muchos otros lugares donde hallarlos. Si deseas conservar la admiración de tu Emperador, sigue escribiendo sobre tus Delias, que lo haces muy bien. Te aseguro que Octavio lee tus poemas y que le encantan; aunque te resulte difícil de creer, cuando lee un poema le emociona más la buena escritura que la adulación.

IV. Diario de Julia, Pandateria (4 d. C.)

He tenido tres esposos en toda mi vida, a ninguno de los cuales he amado.

Escribí estas palabras ayer por la mañana sin saber lo que quería decir. He estado reflexionando sobre lo que pueden significar, y no lo sé. Tan solo sé que esta idea se me ocurrió tarde en la vida, en un momento en que ya no tenía importancia.

Los poetas afirman que la juventud es el tiempo del fervor, el tiempo del amor, de la pasión, y que con la edad la sabiduría nos templamos y la fiebre amaina. Se equivocan, los poetas: yo no conocí el amor hasta tarde en mi vida, cuando ya no podía aprovecharlo. La juventud es ignorante, y su pasión, abstracta.

Cuando tenía catorce años me prometieron por primera vez en matrimonio a mi primo Marcelo, el hijo de la hermana de mi padre, Octavia. Que aquel matrimonio me pareciera perfectamente normal quizás sea indicativo de mi ignorancia entonces y de la de todas las mujeres. Desde que puedo recordar, Marcelo había sido uno más de nuestra familia, junto los restantes hijos de Octavia y Livia, y aunque había crecido a su lado, no le conocía. Ahora,

después de casi treinta años, apenas puedo recordar qué aspecto tenía. Era alto, creo, y rubio, como solían ser los Octavios.

Recuerdo en cambio la carta que mi padre me envió informándome del compromiso. Recuerdo el tono; era como si se la escribiera a un extraño: un tono pomposo y rígido, impropio de él. Me escribía desde Hispania, donde llevaba un año intentando sofocar las insurrecciones fronterizas, misión en la que Marcelo le había acompañado a pesar de tener solo diecisiete años. Convencido —decía en la carta— de la fortaleza y lealtad de Marcelo y preocupado por dejar a su hija en manos de alguien cuya valía fuera incuestionable, había decidido que ese matrimonio era lo más conveniente para mí y para los intereses de la familia. Me deseaba que fuera feliz, lamentaba no poder estar en Roma para desempeñar su correspondiente papel en la ceremonia, y decía que le pediría a su amigo Marco Agripa que ocupara su lugar. A continuación decía que Livia me informaría con más detalle de lo que se esperaba de mí.

A la edad de catorce años yo me consideraba una mujer; era lo que me habían hecho creer. Había estudiado con Atenodoro, era la hija de un Emperador, y mi obligación era casarme. Creo que me comporté de la forma más urbana y despreocupada, tanto que esa urbanidad y despreocupación devinieron casi una realidad. No sentía ninguna aprensión del mundo en el que comenzaba a vivir.

Y Marcelo continuaba siendo un extraño. Regresó de Hispania, y hablamos con frialdad, como siempre habíamos hecho. Los preparativos para la boda se llevaron a cabo como si ninguno de los dos tuviera nada que decir acerca de nuestros destinos. Ahora comprendo que, precisamente, ese era el caso.

Fue una ceremonia tradicional. En presencia de los testigos, Marcelo me ofreció como regalo una cajita de marfil decorada con perlas, traída de Hispania, que yo recibí con las palabras de rigor. La noche anterior a la boda, en presencia de Livia, Octavia y Marco Agripa, me despedí de mis juguetes de la infancia y entregué en ofrenda a los dioses del hogar aquellos que podían quemarse; y después, esa misma noche, Livia, haciendo las veces de madre, me hizo las seis trenzas que simbolizaban mi iniciación como mujer adulta, y me las ató con las acostumbradas tiras de lana blanca.

Durante toda la ceremonia tenía la impresión de estar soñando. Los invitados y familiares se congregaron en el jardín; los sacerdotes pronunciaron las frases habituales; los documentos se firmaron, se ratificaron y se intercambiaron, y yo pronuncié las palabras por las que me uní a mi esposo. Y por la noche, después del banquete, Livia y Octavia, siguiendo la costumbre, me vistieron con la túnica nupcial y me condujeron a los aposentos de Marcelo. No sabía qué esperar.

Marcelo estaba sentado en el borde de la cama bostezando, las flores nupciales desperdigadas descuidadamente por el suelo.

—Es tarde —dijo Marcelo, añadiendo después con la misma voz con la que me hablaba cuando era niña—: A dormir.

Me tumbé a su lado; supongo que temblaba. Él bostezó una vez más, se dio media vuelta, dándome la espalda, y en unos minutos se quedó dormido.

Y así fue como comenzó mi vida conyugal, que no varió de forma sustancial durante los dos años que duró mi matrimonio con Marcelo. Como he dicho antes, apenas le recuerdo ahora; tengo pocos motivos para hacerlo.

V. Carta de Livia a Octavio César, en Hispania (23 a. C.)

Recibe los saludos afectuosos de tu esposa Livia. He seguido tus instrucciones: tu hija está casada, y se encuentra bien. Soy escueta con esta información a fin de poder escribirte sobre algo que en este momento me preocupa más: tu estado de salud. Pues he oído —no me preguntes de quién— que es más precaria de lo que me has contado. En consecuencia, empiezo a comprender la urgencia que tenías de ver a tu hija bien casada, y me avergüenzo por tanto de haberme opuesto a ese matrimonio, lamentando el dolor y la infelicidad que mi actitud te haya podido causar. Te aseguro ahora que mi resentimiento se ha disipado, y que al final el orgullo que siento de nuestro matrimonio y de la responsabilidad que compartimos ha podido más que mi ambición de madre para con mi propio hijo. Tienes razón: Marcelo lleva el nombre de las familias Claudia, Julia y Octavia, mientras que mi hijo Tiberio no es más que un Claudio. Tu decisión es, como siempre, la más acertada. A veces olvido que nuestra influencia es menor de lo que parece.

Te imploro que regreses de Hispania. Está claro que el clima de allí favorece esas fiebres que padeces, y que en un lugar tan salvaje no es posible que recibas los cuidados adecuados. Tu médico comparte mi opinión a este respecto, y como profesional te suplica lo mismo que yo como esposa.

Marcelo regresará contigo esta semana. Octavia te envía su afecto y te ruega que veles por la seguridad de su hijo. Tu esposa te envía también su afecto y reza por tu recuperación, así como por el bienestar de su hijo Tiberio. Por favor, regresa a Roma.

VI. Carta de Quinto Horacio Flaco a Publio Virgilio Marón, en Nápoles (23 a. C.)

Mi querido Virgilio, te insto a venir a Roma con la mayor rapidez. Desde su regreso de Hispania, la salud de nuestro amigo ha empeorado, y su estado es ahora extremadamente grave. La fiebre no remite: no puede levantarse de la cama y su cuerpo está tan consumido que su piel parece un trapo que recubre unos frágiles palos. Aunque todos intentamos poner buena cara, tememos por su vida. Él no se deja engañar; es consciente también de que su vida se está acabando, porque le ha entregado a su compañero en el consulado las listas de los ejércitos y las rentas públicas, y le ha dado su sello a Marco Agripa a fin de que pueda sucederle adecuadamente en el poder. Solo se permiten las visitas a sus amigos íntimos y a los familiares próximos. Se le ve muy sosegado, como si deseara disfrutar por última vez de todo aquello que ha amado de verdad.

Mecenas y yo nos hemos estado quedando aquí en su casa del Palatino para estar cerca de él cuando precise ayuda o consuelo. Livia le atiende meticulosamente y con la diligencia que él tanto admira en ella, Julia se ríe y bromea con él, y él disfruta cuando ella está a su lado y llora de la forma más lastimera cuando no la tiene cerca. Mecenas y él hablan con afecto de la juventud, y Agripa, tan fuerte como es, apenas logra guardar la compostura cuando le habla.

Aunque nunca exige nada, y por tanto no lo dice, sé que le gustaría que estuvieras aquí. A veces, cuando está demasiado fatigado para conversar con su familia me pide que le lea algunos de nuestros poemas que más le gustan, y ayer recordó aquel otoño feliz, hace tan solo unos años, en que regresó victorioso de Samos tras derrotar a los ejércitos egipcios, y en que estando todos

juntos le leíste la versión acabada de *Las Geórgicas*. Muy tranquilo me dijo, sin compadecerse de sí mismo:

—Si muero, una de las cosas que más lamentaré es no haber podido ver cómo termina nuestro amigo su poema sobre la fundación de nuestra ciudad. ¿Crees que le complacería saberlo?

Aunque apenas podía hablar, le dije:

—Estoy seguro, querido amigo.

—Entonces has de decírselo cuando le veas —añadió él.

—Se lo diré cuando te hayas recuperado —le respondí.

Sonrió. Yo ya no podía contenerme más; busqué una excusa y salí de su habitación.

Como ves, es posible que le quede poco tiempo. No sufre dolores y se encuentra en pleno dominio de sus facultades, pero su voluntad se está muriendo con su cuerpo.

Si esta semana su estado no mejora, su médico (un tal Antonio Musa, de cuya habilidad, a pesar de su fama, desconfío) se dispone a practicarle un último y drástico remedio. Es urgente que vengas a verle antes de que se produzca esa tortura.

VII. Instrucciones de Antonio Musa, médico de Octavio, a sus ayudantes (23 a. C.)

Preparación de los baños. Ciento treinta kilos de hielo, que serán llevados a la residencia del Emperador Octavio César a la hora establecida. Pueden obtenerse en la tienda de Asinio Polio, en la Vía Campana. El hielo deberá romperse en pedazos del tamaño de un puño, habiendo de utilizarse solo aquellos trozos que estén limpios de sedimentos. Se colocarán veinticinco de estos trozos en la bañera, que se habrá llenado de agua hasta una altura de veinte centímetros, y se dejarán ahí hasta que se derritan por completo.

Preparación del ungüento. Cincuenta centímetros cúbicos de mis polvos, mezclados con dos cucharadas de semillas de mostaza molidas. Se añadirá esta mezcla a dos litros de aceite de oliva de primera calidad, que se calentará justo por debajo del punto de ebullición, dejando después que se enfríe hasta alcanzar el grado exacto de temperatura corporal.

Tratamiento del paciente. Se sumergirá por completo al enfermo en el baño frío, dejando que el agua cubra todas las partes de su cuerpo a excepción de la cabeza, y allí permanecerá durante el tiempo que se tarde en contar hasta cien. Después se le sacará del agua y se le arropará en mantas de lana sin teñir, calentadas previamente sobre piedras calientes. Se le dejará envuelto en las mantas hasta que comience a sudar, momento en el cual se le untará todo el cuerpo con el preparado de aceite. Después se le volverá a sumergir en el baño frío, al que se habrá añadido el hielo suficiente para mantener la temperatura inicial.

El tratamiento debe repetirse cuatro veces, permitiendo después al paciente descansar durante dos horas. La terapia continuará hasta que la fiebre del paciente remita.

VIII. Diario de Julia, Pandateria (4 d. C.)

Cuando mi padre regresó a casa de Hispania supe al fin cuál había sido el propósito de mi matrimonio. El estado de su enfermedad era tan grave cuando estaba en Hispania que ni siquiera creía que sobreviviría al viaje de regreso a Roma. Así pues, a fin de asegurar mi futuro me dio en matrimonio a Marcelo, y a fin de asegurar el futuro de lo que él llamaba su «otra hija», le entregó Roma a Marco Agripa. Mi matrimonio con Marcelo fue en realidad una cuestión protocolaria: en teoría había dejado de ser virgen, si bien esta unión apenas tuvo ningún efecto sobre mí, de modo que continué siendo una niña o casi. Fue durante la enfermedad de mi padre que devine una mujer, cuando comprendí la inevitabilidad de la muerte, conocí su olor y sentí su presencia. Recuerdo que lloré cuando supe que mi padre, al que solo había conocido de niña, se moría, y aprendí que la pérdida es la cualidad intrínseca de la existencia: es un conocimiento que nadie puede transmitírnos.

No obstante, yo intenté transmitírselo a Marcelo, dado que era mi esposo y así se me había enseñado que debía hacer. Me miró extrañado, y a continuación dijo que aunque era una pena, Roma se repondría de la pérdida, pues nuestro Emperador había tenido la previsión de dejar sus asuntos en orden. Me enojé al comprobar la frialdad de mi esposo y al darme cuenta de que se consideraba heredero del poder de mi padre y que esperaba el día en que él también fuera Emperador. Ahora sé que era frío y ambicioso porque eso era lo único que conocía: era la vida para la que le habían educado.

La recuperación de mi padre de esa enfermedad que supuestamente le conduciría a la muerte se consideró en todo el mundo como un milagro emanado de su divinidad, y por tanto algo de lo más normal. Cuando su médico, Antonio Musa, practicó por fin aquel tortuoso remedio —que posteriormente fue bautizado con su nombre—, ya se estaban haciendo los preparativos para el funeral de mi padre. Sin embargo, sobrevivió al tratamiento y comenzó a recuperarse lentamente, de modo que para el final del verano había recuperado algo de peso y era capaz al menos de caminar durante unos minutos cada día en el jardín que había en la parte trasera de la casa. Marco Agripa devolvió el sello de la Esfinge que le había sido confiado, el Senado decretó en Roma una semana de oración y acción de gracias, y las gentes de las zonas rurales de toda Italia erigieron imágenes de él en los cruces de caminos para celebrar su recuperación y para proteger a los viajeros en sus jornadas.

Cuando ya era evidente que mi padre recuperaría su salud, mi esposo, Marcelo, cayó enfermo con las mismas fiebres. Durante dos semanas la fiebre no hizo más que empeorar, hasta que al final el médico, Antonio Musa, le recetó el mismo tratamiento con el que había salvado a mi padre. A la semana siguiente, en medio del regocijo por la recuperación de mi padre, Marcelo murió. Y yo me convertí en viuda a los diecisiete años.

IX. Carta de Publio Virgilio Marón a Quinto Horacio Flaco (22 a. C.)

La hermana de nuestro amigo Octavio continúa llorando la muerte de su hijo; el tiempo no le aporta esa gradual disminución del dolor que constituye su única virtud, y temo que mis torpes esfuerzos por aliviar su corazón hayan podido tener un efecto que no pretendía.

La semana pasada Octavio, sabiendo que me había sentido impulsado a componer un poema acerca de la muerte de su sobrino, me urgió a regresar de nuevo a Roma a fin de poder ver lo que

había escrito. Cuando le informé de que mi intención era incorporar el poema a la extensa obra que estaba componiendo sobre Eneas —del cual ha admirado de forma un tanto exagerada, creo, las partes que hasta ahora he terminado—, sugirió que quizás a su hermana le consolara saber que su hijo era tan admirado por el pueblo romano que viviría por siempre en sus recuerdos, de modo que la invitó a asistir a la lectura, tras informarla de la naturaleza de la ocasión.

Éramos pocos los presentes en casa de Octavio: el propio Octavio, claro está, y Livia; su hija Julia —qué difícil resulta pensar que alguien tan joven y hermosa sea viuda—, Mecenas y Terencia, y Octavia, que entró en la estancia como si fuera un cadáver andante, tan pálida que daba miedo y con unas profundas ojeras bajo los ojos. No obstante, guardó la compostura como siempre y se comportó con elegancia y consideración hacia todos los que se acercaban a consolarla.

Durante unos instantes hablamos en voz baja recordando a Marcelo; en un par de ocasiones Octavia casi esbozó una sonrisa, como embrujada por algún recuerdo placentero de su hijo. A continuación Octavio me pidió que les leyera lo que había escrito.

Como ya conoces el poema y el lugar que ocupa en mi libro, no te lo repetiré. A pesar de las faltas que el poema pueda tener en su estado actual, fue un momento muy emotivo: por un momento vimos de nuevo a Marcelo caminando entre los vivos, resucitado en el recuerdo de sus amigos y sus compatriotas.

Cuando terminé se hizo un silencio en la sala, seguido de un suave murmullo. Miré a Octavia con la esperanza de hallar en su rostro, pese a su tristeza, algo de consuelo al saber de nuestro orgullo y nuestra pena. Pero no vi ningún consuelo. Realmente no puedo describir lo que vi: su mirada era sombría y penetrante, como si sus ojos ardieran en el interior de su cabeza, y sus labios se abrían en una espantosa mueca que dejaba entrever sus dientes. Me pareció una mirada casi de puro odio. A continuación dio un grito monótono, se balanceó hacia un lado y se desplomó sobre su sofá, desmayada.

Corrimos hacia ella, y Octavio le masajé las manos. Gradualmente fue volviendo en sí, y las mujeres se la llevaron de la estancia.

—Lo siento —dije al fin—. De haberlo sabido... Solo pretendía consolarla.

—No tienes nada que reprocharte, amigo mío —me respondió Octavio, sereno—. Quizás le hayas aportado un cierto consuelo después de todo, que ninguno de nosotros puede ver: no nos es dado conocer los efectos de lo que hacemos, para bien o para mal.

He regresado a Nápoles, y mañana retomaré mis tareas. Pero me atormenta lo que he hecho y no puedo evitar temer por la felicidad futura de esa maravillosa mujer que tanto ha dado por su patria.

X. Carta de Octavia a Octavio César, desde Velletri (22 a. C.)

Mi querido hermano, llegué ayer por la tarde a Velletri bien pero fatigada, y he estado descansando desde entonces. Bajo mi ventana veo el jardín en que solíamos jugar de niños. Ahora está un poco descuidado, o al menos a mí me lo parece: la mayoría de los arbustos han sucumbido al invierno, las hayas precisan una poda, y uno de los viejos castaños está muerto. No

obstante, resulta agradable contemplar este lugar y recordar aquellos tiempos, hace tantos años, en que vivíamos libres de las cuitas y penas del mundo.

Te escribo por dos motivos. En primer lugar para disculparme —reconozco que con mucho retraso— por mi comportamiento durante aquella horrible noche en que nuestro amigo Virgilio nos leyó su poema acerca de mi difunto hijo, y en segundo lugar para pedirte algo.

Te ruego que cuando tengas ocasión de escribir a Virgilio o de hablar con él le pidas expresamente disculpas en mi nombre. No era mi intención actuar así, y lamentaría mucho que se lo tomara como un desprecio. Es un hombre bondadoso y amable, y no quiero que piense que opino otra cosa de él.

Pero es la petición que voy a hacerte lo que en realidad me preocupa.

Deseo que me autorices a retirarme de la vida pública en la que he vivido desde que puedo recordar, y así poder pasar los años que me queden en el silencio y la soledad del campo.

Durante toda mi vida he cumplido con las obligaciones que tanto mi familia como mi país esperaban de mí, y lo he hecho voluntariosamente incluso cuando eran contrarias a las inclinaciones de mi persona.

En mi infancia y adolescencia, bajo la tutela de nuestra madre, cumplí con las tareas del hogar con placer y diligencia, y tras su muerte continué haciéndolo para ti de buen grado. Cuando nuestra causa exigía conciliar a los enemigos de Julio César, me entregué en matrimonio a Cayo Claudio Marcelo, y al morir este me desposé con Marco Antonio. Hice todo lo posible por ser una buena esposa para Marco a la par que una buena hermana para ti, y por seguir cumpliendo mis obligaciones en relación con nuestra familia. Después de que Marco Antonio se divorciara de mí para continuar su vida en Oriente, crié a los hijos de sus otros matrimonios como si fueran los míos propios, incluso a ese Julio Antonio por quien ahora sientes tanto aprecio, y tras su muerte tomé bajo mi cuidado a los hijos habidos con Cleopatra que sobrevivieron a la guerra.

He tratado a tus dos mujeres como hermanas, pese a que la primera era demasiado malhumorada para apreciar mi amabilidad y la segunda, demasiado ambiciosa para confiar en mi dedicación a nuestra causa común. Y de mi propio cuerpo he dado al mundo, y para el futuro de Roma, cinco hijos.

Mi primogénito y único varón, mi Marcelo, ha muerto a tu servicio, y la felicidad de su hermana, Marcela, mi querida hija segunda, se ve amenazada por razones de estado. Hace quince años —o incluso tal vez diez— me habría sentido orgullosa de que escogieras a uno de mis hijos como artífices en la consecución de tu destino. Pero ahora pienso que ese orgullo es vano, y no estoy convencida de que la posesión de la fama y el poder merezcan el precio que pagamos por ellos. Mi hija es feliz en su matrimonio con Marco Agripa; me consta que le ama y creo que él la aprecia. El divorcio que propones entre ellos la hará infeliz, no por haber perdido el poder y el prestigio de que goza en virtud de su matrimonio, sino porque habrá perdido a un hombre por el que siente afecto y respeto.

Mi querido hermano, quiero que me entiendas: no cuestiono tu decisión; tienes razón. Es lógico, a la par que necesario, que tu sucesor sea o bien el esposo de tu hija o su descendiente, y Marco Agripa es el hombre más capaz de entre todos tus amigos y aliados. Es mi amigo, además de mi yerno, y pase lo que pase, espero que continúe siendo lo primero.

Así pues, sin resentimiento, deja que te pida que la autorización que he de dar a este divorcio sea el último acto público en el que deba intervenir. Tienes mi consentimiento. Ahora deseo alejarme de nuestra residencia en Roma y permanecer aquí en Velletri, acompañada de mis libros, durante el tiempo que me quede. No renuncio a tu afecto, ni renuncio a mis hijos; ni tampoco a mis amigos.

Mas la sensación que tuve aquella horrible noche en que Virgilio nos leyó su poema sobre Marcelo aún me acompaña y lo hará durante el resto de mi vida: fue como si de pronto y por vez primera hubiese visto con claridad la realidad de ese mundo en el que estás obligado a vivir y en el que durante tanto tiempo yo he vivido sin ver. Hay otras formas de vivir y otros mundos, anónimos y más humildes quizás, pero ¿qué importancia puede tener eso ante la indiferencia de los dioses?

Aunque aún no he llegado a ese momento, dentro de unos años habré alcanzado la edad en la que no estaría bien visto que me casara de nuevo. Concédeme estos años; pues no deseo casarme y, por tanto, no lamentaré no haberlo hecho, ni siquiera cuando sea anciana. Aquello que llamamos la vida de matrimonio es, como sabes, una vida de obligada esclavitud, y a veces incluso pienso que la más ínfima de las esclavas disfruta de más libertad que nosotras las mujeres. Deseo pasar lo que me quede de vida aquí: mis hijos y mis nietos serán siempre bienvenidos si desean visitarme. Puede que en algún lugar de mi ser, o en mis libros, haya una suerte de sabiduría, y que logre encontrarla en estos apacibles años que queden por vivir.

CAPÍTULO TERCERO

I. Diario de Julia, Pandateria (4 d. C.)

De todas las mujeres que he conocido, Livia es la que más he admirado. Nunca sentí cariño por ella, ni ella por mí, aunque siempre fue honesta y correcta conmigo; nos llevábamos bien, a pesar del hecho de que mi mera existencia era un obstáculo a sus ambiciones y de que no hacía ningún esfuerzo por ocultar la abstracta animosidad que sentía hacia mí. Livia se conocía a sí misma perfectamente, y no se engañaba con respecto a su propia naturaleza: era hermosa, y empleaba su belleza sin vanidad; era fría, y por tanto capaz de fingir calidez de un modo creíble; era ambiciosa, y empleaba su considerable inteligencia exclusivamente para lograr sus fines. De haber sido un hombre, sin duda habría sido más despiadada que mi padre y habría tenido muchos menos escrúpulos. En su especie, era una mujer admirable.

Aunque entonces tenía solo catorce años y no podía comprender el motivo, sabía que Livia se oponía a mi matrimonio con Marcelo, pues lo consideraba un obstáculo insalvable a la sucesión de su hijo Tiberio en el poder. Y cuando Marcelo murió de forma tan súbita tras nuestro matrimonio debió de albergar nuevas esperanzas de ver cumplida su ambición, pues antes incluso de que hubieran transcurrido los meses de luto preceptivos, vino a hablar conmigo. A resultas de una hambruna le habían ofrecido a mi padre que asumiera el mando de Italia como dictador; y él, habiendo rehusado, prudentemente se marchó de Roma unas semanas antes con la excusa de que debía viajar a Siria para unos asuntos, si bien en realidad su propósito era no exacerbar la frustración del Senado y del pueblo con su presencia renuente: era una táctica que a menudo empleaba en su vida.

Como acostumbraba hacer, Livia fue directa al grano.

—Pronto terminará tu luto —dijo.

—Sí —respondí.

—Y podrás casarte de nuevo.

—Sí.

—No está bien visto que una joven viuda permanezca soltera mucho tiempo —añadió—. No es lo acostumbrado.

Creo que no respondí. Seguramente pensé ya entonces que mi viudez era una cuestión tan puramente formal como lo había sido mi matrimonio.

Livia prosiguió.

—¿Es tanto tu dolor que pensar en casarte te molesta?

Recordé que era la hija de mi padre y dije:

—Cumpliré con mi obligación.

Livia asintió como si esperara esa respuesta.

—Claro —dijo—. Así es como debe ser... ¿Te ha hablado tu padre acerca de esto? ¿O te ha escrito?

—No —respondí.

—Estoy segura de que ha estado pensando en ello —hizo una pausa—. Quiero que comprendas que en este momento te hablo en mi propio nombre, no en el de tu padre. Aunque si él estuviera aquí, tendría su permiso.

—Sí —le dije.

—Te he tratado como si fueras mi propia hija —prosiguió Livia—. En la medida de lo posible, nunca he actuado en contra de tus intereses.

Esperé a que continuara.

Añadió despacio:

—¿Mi hijo te gusta?

Yo seguía sin comprender.

—¿Tu hijo? —pregunté.

—Tiberio, evidentemente —dijo con un gesto de impaciencia.

Tiberio no era de mi gusto, nunca lo había sido; no sabía por qué. Con el tiempo llegué a comprender que era porque siempre encontraba en los demás defectos que era incapaz de reconocer en sí mismo. Le dije:

—Yo nunca le he gustado a él. Piensa que soy voluble e inestable.

—Eso no importa, incluso aunque sea cierto —dijo Livia.

—Además está comprometido con Vipsania —añadí.

Vipsania era la hija de Marco Agripa, y aunque era más joven que yo, éramos casi amigas.

—Eso tampoco importa —dijo Livia, impaciente aún—; ya sabes cómo son esas cosas.

—Sí —le respondí sin decir nada más después; no sabía qué decir.

—Sabes que tu padre te tiene mucho cariño —dijo—. Hay quienes piensan que incluso demasiado, pero eso aquí es lo de menos. Lo importante es que, como bien sabes, te escucha con mucha más atención que la mayoría de los padres a sus hijas, y que no le gusta contrariarte. Tus deseos son muy importantes para él. De modo que si la idea de casarte con Tiberio no te desagrada, sería bueno que se lo hicieras saber a tu padre.

Yo no dije nada.

—Por otra parte —añadió—, si la idea te desagrada por completo, me harías un favor diciéndomelo. No es necesario fingir entre nosotras.

La cabeza me daba vueltas. No sabía qué decir.

—Mi deber es obedecer a mi padre —dije—. No deseo ofenderte. No sé.

Livia asintió:

—Entiendo tu postura y te estoy agradecida. Ya no te molestaré más con esto.

Pobre Livia. Creo que pensó que todo estaba arreglado y que lograría imponer su voluntad. Pero en esa ocasión no fue así. Creo que fue el golpe más duro de su vida.

II. Carta de Livia a Octavio César, en Samos (21 a. C.)

He obedecido tu voluntad en todo. En tanto que esposa tuya he sido fiel a mis funciones; en tanto que amiga, he sido fiel a tus intereses. Solo tengo conciencia de haberte fallado en una cosa, y admito que es importante: no he sido capaz de darte un hijo, ni siquiera una hija. Es un defecto, pero es algo ajeno a mi voluntad; te he ofrecido el divorcio, que tantas veces has rehusado debido a lo que creía era afecto hacia mi persona. Ahora ya no estoy segura de ese afecto, lo cual me aflige sobremanera.

Aunque tenía motivos fundados para creer que debías considerar a mi hijo Tiberio más como tu propio hijo que a Marcelo, que no era más que tu sobrino, perdoné tu elección porque estabas enfermo y debido, como dijiste, a que Marcelo llevaba la sangre de las familias Claudia, Octavia y Julia, mientras que Tiberio es solo un Claudio. Perdoné incluso lo que ahora no puedo sino ver como un insulto hacia mi hijo, cuando dijiste que pensabas que, tan joven como era, mostraba un carácter inestable y un comportamiento excesivo. Permíteme decirte que el carácter de un chico no es el de un hombre.

Pero ahora tu propósito está claro, y no puedo ocultarte mi amargura. Has rehusado a mi hijo, y al hacerlo has denostado una parte de mí; y le has dado a tu hija un padre más que un marido.

Marco Agripa es un buen hombre y sé que ha sido un buen amigo; no le deseo ningún mal. Pero carece de linaje, y las únicas virtudes que posee son las de su carácter.

Puede que al mundo le divierta que un hombre con tan poca clase ostente tanto poder como subordinado del Emperador; pero no le agradará que sea designado sucesor del propio Emperador, y por tanto casi su igual.

Espero que comprendas que la posición en que me hallo es casi imposible: toda Roma esperaba el compromiso de Tiberio con tu hija y que con el transcurso del tiempo pasara a ocupar un lugar en tu vida. Y se lo has negado.

Y de nuevo te ausentas en ocasión de este matrimonio de tu hija, como hiciste en el primero, no sé si por obligación o por propia elección. Tampoco me importa.

Continuaré cumpliendo con mis deberes hacia ti. Mi casa seguirá siendo la tuya y permanecerá abierta para ti y tus amigos: nuestros fines comunes nos han unido demasiado como para que pueda ser de otro modo. Procuraré, desde luego, continuar siendo tu amiga; no he sido falsa contigo, ni en mis pensamientos, palabras o actos, y no lo seré en el futuro. Pero has de saber que la distancia que esto ha creado entre nosotros es mayor que la que existe de aquí a la isla de Samos en la que te encuentras; y lo seguirá siendo.

Tu hija ya está casada con Marco Agripa, y se ha marchado de esta casa. Ahora es la madre de la misma Vipsania Agripa que antes era su compañera de juegos. Tu sobrina, Marcela, a la que has dejado sin marido, está con tu hermana en Velletri. Tu hija parece contenta con su matrimonio. Confío en que tú también lo estés.

III. Libelo: Timageno de Atenas (21 a. C.)

A ver quién tiene más poder en la casa de César.

¿Aquel a quien llamamos Emperador y el Augusto,
o aquella que según la costumbre debía haber sido
su amante colaboradora, cumpliendo sus funciones
tanto en la cama como en el salón de banquetes?
Ved cómo el gobernador es gobernado:
las antorchas parpadean, los invitados disfrutan,
y las risas fluyen más rápidas que el vino.
Él habla con su Livia, mas ella no le escucha;
de nuevo él le habla, y ella sonríe con sarcasmo.
Se cuenta que le ha negado un capricho;
¡Ni el Tíber congelado en invierno está tan frío!

Mas, gobernador o gobernado, tampoco importa.
Desde un rincón, una lesbia lanza una mirada
que oscurece las antorchas; alegres Delias languidecen
en los sofás, sus hombros desnudos bajo la luz tenue,
pero a todas las desdeña. Pues con descaro se le acerca
la esposa de un amigo (que no ve, pues solo tiene ojos
para un joven que danza a la luz de una antorcha).
¿Y por qué no? piensa el gobernante de los hombres.
Mecenas es generoso con su tiempo,
y puesto que esta otra cosita jamás la usa,
seguro que no hay resentimiento.

IV. Carta de Quinto Horacio Flaco a Cayo Cilnio Mecenas, en Arezzo (21 a. C.)

El autor del libelo es, tal como sospechabas, el mismísimo Timageno de Atenas, a quien has alentado y ayudado, a quien de forma insensata brindaste tu amistad e introdujiste en el hogar de nuestro amigo. Además de ser un invitado desagradecido y un poeta dudoso, es ingenuamente indiscreto: alardea de sus hazañas ante quienes le elogian, e intenta a la vez esconderse de aquellos que no lo hacen. Desea disfrutar a un tiempo de la responsabilidad de la fama y el placer del anonimato, una combinación a todas luces imposible.

Octavio sabe que es él; mas no emprenderá ninguna acción aunque, huelga decir, Timageno, ya no es bienvenido en su casa. Me ha pedido que te diga que en modo alguno te considera responsable de esta traición; de hecho le preocupan tanto tus sentimientos al respecto como los suyos propios, y espera que esto no te haya hecho sentir innecesariamente incómodo. El afecto que siente por ti no ha variado; lamenta tu ausencia de Roma y siente una envidia sana del tiempo que has decidido pasar consagrado a las Musas.

También yo lamento no verte más a menudo, pero comprendo incluso mejor que nuestro amigo la satisfacción que debes de sentir, rodeado de la calma y la belleza de tu Arezzo, lejos del bullicio y el hedor de esta ciudad descomunal. Mañana regresaré a mi casita a orillas del Digentia, cuyo murmullo sosegará mis oídos y me transportará por fin del ruido al lenguaje. Cuán triviales me resultarán allí estos asuntos; seguro que tanto como a ti en tu retiro.

V. Carta de Nicolás de Damasco a Estrabón de Amasia, desde Roma (21 a. C.)

Mi querido y viejo amigo, tus descripciones y tu entusiasmo a lo largo de los años eran eminentemente acertados: esta ciudad es la más extraordinaria, y este momento, uno de los más excepcionales de la historia. Hallándome ahora aquí, pienso que este es el lugar al que mi destino ha querido traerme durante toda mi vida, aunque no puedo lamentar la larga cadena de circunstancias que ha retrasado mi descubrimiento.

Como quizás sabrás, Herodes, que sabe que gobierna Judea gracias únicamente a la protección de Octavio César, en los últimos años recurre cada vez más a mis servicios: me encuentro ahora en Roma cumpliendo una misión para él, cuya naturaleza extraordinaria te revelaré a su debido momento. Por ahora me contentaré con decir que esta misión llevaba aparejada la intimidante obligación de presentarme ante el mismísimo Octavio César. Y es que a pesar de tantas veces como me has hablado del trato familiar que mantienes con él, su fama y su poder son tales que, por mucho que me digas, continúan imponiéndome. Y para colmo, en su día fui el tutor de los hijos de su enemiga Cleopatra de Egipto.

Pero una vez más, como suele ser ocurrir, tenías razón: enseguida hizo que me sintiera a gusto, y me acogió incluso con más calidez de lo que esperaba siendo un enviado de Herodes; y me habló de su amistad contigo, haciendo hincapié en cuán a menudo habías mencionado mi nombre. Dado que acababa de conocerle, pensé que era preferible no tratar por el momento la cuestión para la que había sido enviado, de modo que me complació especialmente que me invitara a cenar con él la noche siguiente en su residencia particular (me había recibido en el Palacio Imperial, que según tengo entendido utiliza solo para eventos oficiales).

No acababa de creerte cuando me hablabas de cuán modesto era su hogar. Mi propia casa en Jerusalén, aun siendo sencilla, es muchísimo más lujosa que la suya, y he conocido a comerciantes relativamente prósperos que viven con más elegancia. Y no creo que trate simplemente de simular la austeridad a la que exhorta a los demás: en esa encantadora y cómoda casita parece un amable anfitrión deseoso de complacer a sus invitados, más que el soberano del mundo.

Deja que te ponga en situación y que recree el espíritu de aquella velada del mismo modo que hacía nuestro maestro Aristóteles en aquellas maravillosas *Conversaciones* que solíamos estudiar.

Hemos terminado de cenar: tres excelentes platos, servidos de forma muy cómoda, entre austera y elegante. Moviéndose discretamente entre los invitados, los sirvientes mezclan y escancian el vino. El reducido grupo está compuesto de invitados y familiares de Octavio. Reclinada junto a Octavio está Terencia, la esposa de Mecenas, quien —muy a mi pesar, pues me habría gustado conocerle— estará ausente en el norte toda la temporada, consagrado a sus estudios literarios; en otro sofá se encuentran Julia, la joven, hermosa y vivaz hija del Emperador, y su nuevo esposo, Marco Agripa, un hombre grande y robusto, que a pesar de su distinción e importancia parece extrañamente fuera de lugar entre nosotros; el excelso Horacio, pequeño y algo regordete, con canas que adornan ya su joven rostro, le ha pedido a la joven bailarina siria que acaba de danzar para nosotros que se siente a su lado, y bromea con ella, que ríe nerviosa pero exultante de placer; el joven Tibulo (que languidece en ausencia de su amada) sostiene su copa de vino y observa a los demás con benevolente tristeza; cerca de él se halla

Mesala, su protector (que según se cuenta, en su día fue proscrito por los triunviros, combatió con Marco Antonio contra Octavio César ¡y ahora se halla sentado en perfecta concordia con su anfitrión, que un día fuera su enemigo!), y el tal Livio, a quien tantas veces has mencionado, y cuyos primeros libros de esa larga historia de Roma que se ha propuesto escribir han comenzado a aparecer de forma periódica en las librerías. Mesala propone un brindis por Octavio César, quien a su vez propone otro en honor a Terencia, a quien atiende con cortesía y consideración. Bebemos, y comienza la conversación. Nuestro anfitrión es el primero en hablar.

OCTAVIO CÉSAR: Mis queridos y viejos amigos, aprovecho la ocasión para presentaros a nuestro invitado. Nuestro amigo y aliado en Oriente, Herodes, quien gobierna Judea, nos envía a su emisario Nicolás de Damasco, que además es un erudito y filósofo de gran distinción, y por tanto doblemente bienvenido a este grupo que con su presencia honra mi hogar en tan feliz ocasión. Estoy seguro de que desea transmitiros él mismo los saludos del propio Herodes.

NICOLÁS: Gran César, tu hospitalidad me abruma, y el hallarme en compañía de tus célebres e íntimos amigos me honra más de lo que merezco. Ciertamente, Herodes desea que te transmita sus saludos a ti y a tus camaradas, que juntos forjáis el destino de Roma. La amabilidad y el afecto mutuo que he presenciado esta noche me convencen de que puedo hablarte abiertamente de la misión que he venido a realizar desde la antigua tierra de Judea. Como muestra del respeto infinito que siente por Octavio César, mi amigo y señor Herodes me ha permitido viajar aquí a fin de hablar con el hombre que ha traído a Roma la luz del orden y la prosperidad, y que ha unido al mundo. En honor de este César que es hoy mi anfitrión, propongo escribir una vida que celebre su fama ante el mundo entero.

OCTAVIO CÉSAR: Halagado como me siento por este gesto de mi buen amigo Herodes, he de responder que mis hazañas no merecen tanta atención. Querido Nicolás, nuestro nuevo amigo, no puedo convencerme a mí mismo de que debas aplicar los considerables talentos que posees a un propósito tan nimio. En consecuencia, pensando en aquellos otros asuntos más importantes a los que podrías dedicar tu estudio, y debido a mi propio sentido de lo que es apropiado, y con todo mi agradecimiento y amistad no obstante, he de intentar disuadirte de esta tarea que considero indigna de tu talento.

NICOLÁS: Tu modestia, gran César, edifica tu persona. Mas mi señor Herodes desearía que me opusiera y que te recordara que, a pesar de ser tu fama tan extensa, aún hay quienes en lugares remotos solo conocen tus hazañas por lo que han oído hablar de ellas. Incluso en Judea, donde solo unas pocas gentes educadas emplean la lengua latina, hay quienes desconocen tu grandeza. De modo que tus gestas si se consignaran en esa lengua griega que todos conocen, Judea y gran parte del Oriente serían mucho más conscientes de lo mucho que dependen de tu poder benéfico, lo que en consecuencia haría posible que Herodes gobernara con más firmeza bajo tus auspicios y tu sabiduría.

AGRIPA: Gran César y querido amigo, en anteriores ocasiones has atendido a mi consejo; te ruego que lo hagas también ahora. Permite que la elocuente petición de Nicolás te convenza, y renuncia a tu modestia en interés de aquello que amas más que a tu propia persona: Roma y el orden que tú mismo le has legado. La admiración que esos hombres de tierras lejanas te profesarán se convertiría en amor por la Roma que has construido.

LIVIO: Me atreveré a sumar mi voz a las exhortaciones que acabo de oír. Conozco la reputación de este Nicolás que se halla ahora ante nosotros, y tu fama no podría estar en mejores

manos. Permite que la humanidad te recompense, mínimamente siquiera, por lo que tú has dado en abundancia.

OCTAVIO CÉSAR: Me habéis convencido al fin. Nicolás, mi hogar está a tu disposición y te brindo mi amistad. No obstante, te rogaría que tu tarea se limite a aquellas cuestiones relacionadas únicamente con mis actos en lo que respecta a Roma, y que no importunes a tus lectores con aspectos carentes de importancia que tengan que ver con mi persona.

NICOLÁS: Accedo a tus deseos, gran César, y dedicaré todo mi esfuerzo a hacer justicia a tu gobierno del mundo romano.

Y así es como terminó la cosa, mi querido Estrabón; Herodes estará satisfecho, y a mí me halaga que Octavio —insiste en que en la intimidad de su hogar me dirija a él de este modo— confíe plenamente en mi habilidad para llevar a cabo esta tarea. Imaginarás, supongo, que el relato que precede se halla circunscrito a las necesidades formales del diálogo en que lo he dispuesto: la conversación real fue mucho más informal y extensa, se gastaron muchas bromas y todo transcurrió en un tono muy jovial; Horacio contó chistes sobre griegos que llevan regalos, y preguntó si compondría mi obra en verso o en prosa; la vivaz Julia, que bromeaba con su padre sin parar, me dijo que podía escribir sobre lo que quisiera porque el griego de su padre era tan malo que era fácil que confundiera un insulto con un cumplido. Pero creo haber capturado la esencia de la cuestión en mi relato, pues como quiera que esta gente bromea entre sí, lo hace con una cierta seriedad, o al menos así me lo parece.

Además, a fin de aprovechar al máximo mi estancia aquí (que parece va a ser larga), he pensado en escribir otra obra además de la *Vida de Octavio* que Herodes me ha encargado. He pensado en titularla «Conversación con romanos ilustres», y espero que lo que acabas de leer forme parte de ella. ¿Te parece una idea factible? ¿Crees que quedaría bien en forma de diálogo? Espero que me des tu consejo, que valoro tanto como siempre.

VI. Carta de Terencia a Octavio César; en Asia (20 a. C.)

Tavio, mi querido Tavio... pronuncio el nombre con el que te llamo cuando estamos juntos, pero no apareces. ¡Qué cruel me resulta tu ausencia! Deploro tu grandeza, que requiere tu presencia lejos y te retiene en un país que me resulta extraño y detestable porque te tiene y yo no puedo. Ya sé que me has dicho que sentir rabia ante lo inevitable es de niños; pero tu sabiduría me ha abandonado junto con tu cuerpo, y soy como una niña impaciente hasta que tú regreses. ¿Cómo iba a poder aceptar sin más que te alejaras de mí si no puedo ser feliz ni un día sin tu presencia después que me has amado? Sería un escándalo si te siguiera, dijiste; pero cómo puede ser un escándalo algo que es ya del dominio público. Tus enemigos murmuran, tus amigos callan; y ambos saben que estás por encima de esas costumbres que otros encuentran necesarias para llevar una vida ordenada; y además nadie habría sufrido daño alguno. Mi esposo, que es tan amigo mío como tuyo, no siente ese celo posesivo que puedan tener otros hombres más mezquinos: desde el principio quedó claro entre nosotros que yo tendría amantes, y que Mecenas se dedicaría a satisfacer sus propios gustos. No fue hipócrita entonces, ni lo es ahora. Y Livia parece conforme con la situación: coincido con ella en las lecturas y me habla con mucha

educación. No somos amigas, pero nos agradamos mutuamente. Yo por mi parte casi la aprecio, porque gracias a que renunció a ti pasaste a ser mío.

¿Eres mío? Sé que lo eres cuando estás conmigo, pero cuando estás tan lejos... ¿dónde se posan tus dedos, que me dicen más de lo que nunca he sabido? ¿Te complace que me sienta desdichada? Espero que sí. Los amantes son crueles: casi estaría contenta de saber que eres tan infeliz como yo. Dime que eres desdichado a fin de que sienta algún consuelo.

No hallo ningún consuelo en Roma; todo se me antoja ahora trivial. Asisto a los festejos a los que mi posición me obliga, pero me parecen ceremonias vacuas: voy al circo, y me da lo mismo quién gane la carrera; acudo a las lecturas, y mi mente divaga cuando se leen los poemas (incluso los de nuestro amigo Horacio). Y durante todas estas semanas te he sido fiel: te lo diría incluso aunque no fuera cierto. Pero lo es, lo he sido. ¿Significa algo para ti?

Tu hija se encuentra bien, y está muy feliz con su nueva vida. Me reúno con ella y con Marco Agripa en su casa una o dos veces por semana. Julia parece contenta de verme; nos hemos hecho amigas, parece. Su estado de gestación es muy avanzado y se la ve orgullosa de su inminente maternidad. ¿Querría yo tener un hijo tuyo? No lo sé. ¿Qué diría Mecenas? Sería otro escándalo... ¡pero tan divertido! Como verás, charlo con el recuerdo que guardo de ti al igual que solía hacer en tu presencia.

No tengo ningún chisme lo suficientemente entretenido que contarte. Los matrimonios que propusiste antes de dejar Roma han tenido al fin lugar. Parece que Tiberio se ha dado por vencido en sus pretensiones y se ha casado con Vipsania; y Julio Antonio se ha casado con Marcela. A Julio se le ve feliz de ser oficialmente tu sobrino y miembro de la familia Octavia, e incluso Tiberio —aunque refunfuña— parece conforme, a pesar de que sabe que la unión de Julio con tu sobrina es más ventajosa que su propio matrimonio con una de las hijas de Agripa.

¿Regresarás a mí este otoño, antes de que las tormentas del invierno te impidan viajar? ¿O esperarás hasta la primavera? Creo que no seré capaz de soportar tu ausencia tanto tiempo. Por favor dime cómo puedo soportarla.

VII. Carta de Quinto Horacio Flaco a Cayo Cilnio Mecenas, en Arezzo (19 a. C.)

Nuestro Virgilio ha muerto.

Acabo de recibir la noticia, y te informo de ella antes de que el dolor sea más que el aturdimiento que ahora siento, un aturdimiento que sin duda es el preludio de la inexorable suerte que nos ha arrebatado a nuestro amigo y que a todos nos llega. Sus restos se hallan en Brindisi, Octavio se está encargando de todo. Tengo pocos detalles, pero te contaré lo que sé porque estoy seguro de que el dolor que Octavio siente le impedirá escribirte durante algún tiempo.

Al parecer la revisión de su poema, motivo por el cual se había ausentado de Roma, no iba bien. De modo que cuando Octavio paró en Atenas durante su viaje de regreso de Asia a Roma, le costó poco convencer a Virgilio de que le acompañara de regreso a Italia, por la que sentía ya gran añoranza pese a llevar fuera menos de seis meses. O tal vez presentía de algún modo que iba a morir y no deseaba que sus restos quedaran en suelo extranjero. En cualquier caso, antes de iniciar el viaje convenció a Octavio de que le acompañara a visitar Mégara: quizás deseaba ver el valle rocoso en el que, según se cuenta, el joven Teseo acabó con la vida del asesino Escirón. Sea

cual fuere la razón, Virgilio permaneció al sol durante demasiado tiempo y cayó enfermo. No obstante, insistió en proseguir el viaje. A bordo de la nave su estado empeoró, y se le manifestaron de nuevo los síntomas de una antigua malaria. Tres días después de desembarcar en Brindisi murió. Octavio estaba a su lado, y le acompañó hasta donde pudo en ese viaje del que nadie regresa.

Tengo entendido que durante los últimos días pasó gran parte del tiempo delirando (aunque no me cabe duda de que, aun delirando, Virgilio fuera más cabal que la mayoría de los hombres en su estado lúcido). En sus últimos momentos pronunció tu nombre y el mío, y el de Vario. Y le hizo a Octavio prometerle que destruiría el manuscrito de su Eneida, que no había logrado revisar; espero que esa promesa no se cumpla.

En una ocasión escribí que Virgilio era mi alma gemela. Ahora siento que en realidad fui muy comedido al expresar lo que entonces creía que era una exageración. Pues lo que en Brindisi yace es el alma gemela de Roma: nuestra pérdida es mayor de lo que nos figuramos... Sin embargo, mi mente retorna a hechos más sencillos, a recuerdos que quizás solo tú y yo podamos comprender. En Brindisi yace. ¿Cuándo fue que viajamos los tres tan felices a través de Italia, desde Roma a Brindisi? Hace veinte años... y parece que fue ayer. Aún puedo sentir el escozor en los ojos debido al humo de la leña verde que los posaderos quemaban en sus chimeneas, y oír nuestras risas, como las de unos niños que acabaran de salir del colegio. Y la joven campesina que recogimos en Trevico, que me prometió que vendría a mi habitación y no lo hizo; recuerdo a Virgilio burlándose de mí, y cómo hacíamos el tonto y hablábamos susurrando. Y recuerdo la comodidad y el lujo de Brindisi después de tanto tiempo a la intemperie.

No regresaré a Brindisi. El dolor me abruma, y no puedo seguir escribiendo.

VIII. Diario de Julia, Pandateria (4 d. C.)

En mi juventud, cuando la conocí por vez primera, pensé que Terencia era una mujer trivial, vana y frívola, y no podía entender el afecto que mi padre sentía por ella. Parloteaba como una cotorra, coqueteaba descaradamente con cualquiera, y daba la impresión de que jamás había albergado en su mente un solo pensamiento serio. Pese a ser amigo de mi padre, su esposo, Cayo Mecenas, no era de mi agrado, y jamás pude entender que Terencia accediera a contraer matrimonio con él. Mirando atrás, veo ahora que mi matrimonio con Marco Agripa era casi igual de extraño; pero entonces era joven e ignorante, y tan sobrada de mí misma que era incapaz de ver nada.

Creo que he llegado a comprender a Terencia: puede que a su manera fuese más sabia que ninguno de nosotros. No sé qué ha sido de ella... ¿Qué suele ser de aquellos que desaparecen silenciosamente de nuestras vidas?

Pienso ahora que amaba a mi padre, quizás de un modo que ni siquiera él comprendía. O tal vez sí. Dentro de un orden le fue fiel: solo tuvo amantes ocasionales cuando sus ausencias eran muy prolongadas. Y puede también que el cariño que él sentía por ella fuese más profundo que lo que su apariencia de alegre tolerancia me hacía pensar. Estuvieron juntos durante más de diez años, y parecían contentos de estarlo. Ahora veo —tal vez lo sospechara ya en aquel tiempo— que mis apreciaciones eran fruto de mi juventud y mi posición. Mi esposo, que podía ser mi

padre, era el hombre más importante de Roma y sus provincias en ausencia de mi padre, de modo que yo me veía a mí misma como otra Livia, tan soberbia y solemne como ella, al lado de quien bien podría ser el propio Emperador. En consecuencia, no me parecía adecuado que mi padre amara a una mujer tan distinta de Livia —y de mí, pensaba ingenuamente— como Terencia. Pero ahora recuerdo cosas que entonces no veía.

Recuerdo que cuando mi padre regresó solo de Asia, pocos días después de haber tenido en sus brazos a su amigo Virgilio, agonizante, y haberle visto exhalar su último aliento, Terencia fue la única que le consoló. Livia no lo hizo, ni yo tampoco. Yo tenía una idea de lo que era perder a un ser querido, pero no lo había vivido. Livia pronunció las palabras de rigor con la intención de aliviarle: que Virgilio había servido a su país, que viviría en el recuerdo de sus compatriotas, y que los dioses le acogerían como uno de sus hijos predilectos. Y sugirió que era impropio de la persona de un Emperador mostrar demasiada aflicción.

Mi padre la miró muy serio y dijo:

—Entonces el Emperador mostrará la aflicción que es propia de un Emperador; pero ¿cómo ha de mostrar el hombre el dolor que siente?

Terencia fue la única en consolarle. Lloró la pérdida de ese amigo común y rememoró viejos tiempos, hasta que mi padre, el hombre, lloró también y al final tuvo que consolar a Terencia, consolándose a la vez a sí mismo.

No sé por qué he pensado en Terencia hoy, ni en la muerte de Virgilio. La mañana está clara, el cielo despejado, y allá a lo lejos desde mi ventana puedo ver hacia el este la lengua de tierra, por encima de Nápoles, que se adentra en el mar. Quizás he recordado que Virgilio vivía ahí cuando no estaba en Roma, y que sentía afecto por Terencia, de esa manera hosca tan propia de él y tras la cual escondía tanto sentimiento. Y Terencia es mujer, al igual que lo era yo.

Al igual que lo era yo... ¿Estaría Terencia conforme con ser mujer, y no como yo? Cuando vivía en el mundo la creía satisfecha de su condición, y secretamente la despreciaba por ello. Ahora no lo sé. Desconozco el corazón humano de los otros; ni siquiera conozco el mío.

IX. Carta de Nicolás de Damasco a Estrabón de Amasia (18 a. C.)

Herodes está en Roma. Le ha agradado mucho la Vida de Octavio César que he escrito, que se ha publicado en el extranjero, y quiere que me quede aquí en la ciudad durante un tiempo indefinido con el fin de tener a alguien de confianza que le sirva de enlace con el Emperador. Es una posición muy delicada, como puedes imaginar, pero confío en poder llevar a cabo mis funciones. Herodes sabe que gozo de la confianza y la amistad del Emperador, y creo que posee la suficiente sabiduría como para comprender que no traicionaría a ninguno de los dos; cuando menos es lo bastante práctico para saber que si lo hiciera, no les sería ya de ninguna utilidad a ninguno de ellos.

A pesar de tus amables elogios finalmente he llegado a la conclusión de que es mejor abandonar la obra que tenía planeada y que pensaba titular «Conversaciones con romanos ilustres». A medida que he ido conociendo a esta gente me he visto obligado a admitir que sencillamente no es posible aplicarles la fórmula aristotélica en la cual ambos hemos sido educados. Se trata de una decisión difícil de tomar para mí porque necesariamente significa una

de estas dos cosas: que los métodos en los que nos han educado son incompletos, o que no soy un experto tan versado en el maestro como he querido creer. La primera es casi inconcebible, y la segunda, demasiado humillante para siquiera pensarla. No le admitiría esto a nadie salvo a ti, mi amigo de la juventud.

Deja que te demuestre lo que quiero decir con un ejemplo.

Toda Roma está alborotada con la noticia de la última ley promulgada por el Senado, que en virtud de un edicto reciente de Octavio César ha quedado reducido a unos seiscientos miembros. En pocas palabras es un intento de codificar los hábitos matrimoniales de este extraño país, que en los últimos años han sido más objeto de abandono que de adhesión. Entre otras cosas confiere a los esclavos libertos más derechos matrimoniales y de propiedad que los que han disfrutado nunca antes, lo que ha ocasionado algunas protestas en determinados barrios. Pero esas protestas no son nada en comparación con los gritos de indignación suscitados por las partes más sorprendentes de esta ley, que son dos. La primera prohíbe que cualquier hombre que por razón de su fortuna pueda optar al puesto de senador, se case con una liberta, con una actriz o con la hija de un actor o una actriz. Ni tampoco puede la hija o nieta de un senador desposarse con un liberto, con un actor o con el hijo de un actor o una actriz. Ningún ciudadano libre, con independencia de su rango, podrá casarse con una prostituta, con una alcahueta, con una mujer que haya sido sentenciada por un delito, que haya sido actriz o que haya sido arrestada y condenada por adulterio.

Pero la segunda parte de la ley es incluso más drástica que la primera, pues autoriza a cualquier padre que sorprenda en su propio hogar, o en el hogar de su yerno, al hombre que comete adulterio con su hija a matar al adúltero sin temor de padecer represalias, pudiendo incluso hacer lo mismo con su hija. El esposo puede matar al infractor pero no a su esposa; en cualquier caso está obligado a denunciarla y a divorciarse de ella, pues de no hacerlo puede ser acusado de proxenetismo.

Como te digo, es un escándalo en Roma. Las sátiras circulan por doquier, los rumores abundan, y cada ciudadano tiene su propia idea acerca de lo que todo esto significa. Algunos se lo toman en serio; otros no. Algunos dicen que debería llamarse ley Livia en lugar de ley Julia, y sospechan que Livia se las ha compuesto para proponer su promulgación a espaldas de Octavio, en venganza por la relación que este mantiene con una dama que es además la esposa de su amigo. Otros se la atribuyen al propio Octavio, y de estos, los que son sus enemigos fingen indignación ante su hipocresía, mientras que otros se sienten alentados por lo que consideran un restablecimiento de las «antiguas virtudes»; y aun hay otros que lo ven como una oscura artimaña de Octavio César o de sus enemigos.

Y en medio de toda esta agitación, el propio Emperador se comporta con toda parsimonia, como si no se diera ni cuenta de lo que la gente dice o piensa. Pero lo sabe. Siempre lo sabe.

Esa es una de las caras del hombre.

Sin embargo, hay otra. Una cara que solo yo y unos pocos de sus amigos conocemos, y que no tiene nada que ver con la que acabo de mostrarte.

En ocasiones formales he acudido como invitado a su casa del Palatino, el reino de Livia. Han sido ocasiones placenteras y nada forzadas; Octavio y Livia se comportan entre ellos con perfecto civismo e incluso con calidez. En otras ocasiones he sido invitado a casa de Marco Agripa y Julia estando presente Octavio, por lo general en compañía de Terencia, la esposa de

Cayo Mecenaz. Y en numerosas ocasiones de carácter íntimo e informal he sido invitado a casa del propio Mecenaz, también en presencia de Octavio y Terencia. Los tres se tratan entre sí con la cordialidad de unos viejos amigos.

Su relación con Terencia es, empero, del dominio público y lo ha sido durante varios años.

Y aún hay más. Casi como un filósofo, carece de fe en los viejos dioses de sus compatriotas, y sin embargo, casi como un campesino, es extraordinariamente supersticioso: recurre a los augurios de sus sacerdotes para cualquier fin que le resulte conveniente, convenciéndose de su veracidad cuando el resultado le es favorable. Se burla (cariñosamente) de lo que llama la «pomposidad trascendental» del Dios de mis compatriotas, y le asombra que una nación pueda ser tan perezosa como para inventar solo uno.

—Es muchísimo mejor que sean muchos dioses y que compitan entre ellos, como los hombres —dijo en una ocasión—. No, no creo que ese extraño Dios de tus judíos nos sirviera a los romanos.

Y en una ocasión que le reprendí —ya hemos alcanzado el suficiente grado de confianza— por creer en los presagios y los sueños, me respondió:

—En más de una ocasión he salvado la vida por creer lo que mis sueños me decían. Cuando no me la salven, dejaré de creer en ellos.

Es un hombre muy prudente y cauteloso en todos los asuntos, que no libraría a la suerte nada que pueda solucionar mediante una planificación minuciosa; y en cambio, nada le gusta más que jugar a los dados, lo cual hace con entusiasmo durante horas y horas. En varias ocasiones me ha enviado un mensajero para preguntarme si estaba libre y he acabado jugando con él, aunque disfruto más observándole a él que jugando a tan insulso juego de azar. Cuando juega se pone muy serio, como si la suerte de su Imperio dependiera de la posición de esos cubos de hueso; y después de dos o tres horas jugando, cuando ya ha ganado unas cuantas monedas de plata, está tan contento como si hubiera conquistado Germania.

En una ocasión me confesó que cuando era joven quiso convertirse en un hombre de letras, y que había compuesto unos poemas para competir con su amigo Mecenaz.

—¿Y dónde están ahora esos poemas? —le pregunté.

—Se perdieron. Se perdieron en Filipos. —Su semblante era casi triste. A continuación sonrió y dijo—: Llegué a escribir incluso una obra teatral a la manera griega.

—¿Sobre uno de tus extraños dioses? —le respondí con ironía.

—No, solo era un hombre —respondió riendo.

—¿Y también se ha perdido? —pregunté.

Asintió.

—En modestia, le quité otra vez la vida... con mi borrador. No era una obra muy buena; eso fue lo que me dijo mi amigo Virgilio.

Un hombre ingenuo y demasiado soberbio; el tal Ajax que se quitó la vida con su espada. Mi amigo Virgilio me dijo que no era una obra muy buena...

Ambos permanecemos en silencio durante un instante. Su semblante estaba triste. De pronto dijo bruscamente:

—Vamos. Juguemos otra partida. —Y agitó los dados dejándolos caer sobre la mesa.

¿Te das cuenta de lo que te quiero decir, mi querido Estrabón? Es tanto lo que se queda por decir. Comienzo a pensar que aún no se ha inventado la fórmula que me permita expresar lo que

necesito decir.

X. Carta de Quinto Horacio Flaco a Octavio César (17 a. C.)

Te ruego que me perdones por devolverte a tu mensajero sin una respuesta a tu invitación. Me dejó claro que le habías ordenado que esperara; le pedí que regresara bajo mi propia responsabilidad.

Me pides que componga el himno coral para la celebración del centenario que has decretado para este mes de mayo. Sabes cuánto me halaga que me consideres digno de tal tarea: los dos sabemos que el hombre que debiera haber tenido el honor está muerto, y sé cuán importante es este evento para ti.

En consecuencia, estarás sin duda perplejo ante mi indecisión de aceptar tu encargo, indecisión que me ha impedido dormir esta noche. Finalmente he llegado a la conclusión de que es mi obligación y mi placer acceder a tu deseo; pero creo que es preciso que conozcas los motivos de mi vacilación.

Quiero que sepas que soy consciente de la dificultad que entraña tu misión de gobernar esta extraordinaria nación, a la que amo y odio, y este Imperio, aún más extraordinario, que me horroriza al tiempo que me enorgullece. Sé, mejor que la mayoría, cuánto de tu propia felicidad has sacrificado por la supervivencia de nuestro país, y conozco el desprecio que te ha suscitado el poder que a la fuerza te ha sido impuesto: solo alguien que sintiera desprecio por el poder podría hacer tan buen uso de él. Soy consciente de todas estas cosas, y de muchas más. De modo que cuando me atrevo a discrepar contigo, lo hago con un total conocimiento del tipo de sabiduría a que me enfrento.

No obstante, no logro convencerme a mí mismo de que tus nuevas leyes puedan acarrear otra cosa que aflicción, tanto a ti como a tu país.

Sé de la corrupción que reina en nuestra ciudad y que deseas erradicar, por lo que creo que comprendo cuál es el propósito de dichas leyes. En los círculos en los que tú te mueves —y que yo observo—, la copulación se ha convertido en un vehículo para la obtención de poder, sea social o político: un adúltero puede llegar a ser más peligroso que un conspirador, tanto para tu persona como para su país; y el acto cuya finalidad natural es el goce de los afectos se ha convertido en un peligroso cauce para la ambición. Así pues, un esclavo puede llegar a acumular más poder que un senador y que un ciudadano normal, y a la postre la justicia se subvierte. Soy consciente de lo que deseas impedir con tus leyes.

Sin embargo, no puedes pretender imponerlas de forma universal y con el rigor con el que debe hacerse cumplir la ley, porque sería desastroso para ti y para muchos de tus amigos más fieles. Y si bien aquellos que conocen tu propósito comprenden que lo que deseas es instaurar un espíritu y un ideal, el grueso de tus enemigos no lo verá así, y puede que te encuentres con que tus leyes contra el adulterio acaben empleándose para fines mucho más corruptos que aquellos que pretenden erradicar.

Pues ninguna ley puede infundir adecuadamente un ánimo ni instaurar un deseo de virtud. Esa es la función del poeta y el filósofo, que es capaz de convencer porque carece de poder. El

poder que tú posees —que, como he dicho, has empleado con tanta sabiduría en el pasado— no puede legislar contra las pasiones del corazón humano, por mucho que estas alteren el orden.

En cualquier caso, compondré el himno coral para tu celebración, y estaré orgulloso de hacerlo. Comparto tu preocupación y tu esperanza, aunque recelo de los medios que has adoptado. He estado equivocado en el pasado; espero estarlo también ahora.

XI. Diario de Julia, Pandateria (4 d. C.)

En esta prisión insular, acabada mi vida, me planteo con indiferencia asuntos que no me cuestionaría si mi vida no hubiera llegado a su fin.

Abajo, en su pequeño dormitorio, mi madre duerme; la sirvienta no hace ruido; incluso el océano, que normalmente susurra al contacto con la arena, está quieto. El sol del mediodía abrasa las rocas, que liberan en el aire el calor absorbido haciéndolo tan denso que nada, ni siquiera una gaviota errante, se mueve en él. Es un mundo vacío de poder, en el que no hago más que esperar.

Es extraño esperar en un mundo vacío de poder, en el que nada importa. En el mundo del que vine todo era poder, y todo importaba. Uno incluso amaba por poder, y la finalidad del amor era no su propio goce sino la multitud de goces que el poder proporcionaba.

Estuve casada con Marco Vipsanio Agripa durante nueve años, y conforme a la concepción que el mundo tiene de esos asuntos fui una buena esposa. Estando en vida le di cuatro hijos, y traje al mundo uno más tras su muerte. Eran todos suyos, y tres de ellos —dado que eran varones— podrían haber sido importantes para el mundo. Pero resultó que no lo fueron.

Creo que fue con el nacimiento de mis dos hijos, Cayo y Lucio, cuando por vez primera degusté la más irresistible de todas las pasiones, la pasión del poder. Pues Cayo y Lucio fueron adoptados de inmediato por mi padre, lo que implicaba que, en caso de morir él, le sucederían como Emperador y primer ciudadano del imperio romano, en primer lugar mi esposo y después uno u otro de mis hijos. A la edad de veintiún años descubrí que, después de Livia, era la mujer más poderosa del mundo.

El poder es vano, dicen los filósofos; pero ellos no saben lo que es el poder, de igual modo que un eunuco no sabe lo que es una mujer, lo cual le permite contemplarla impasible. Jamás en mi vida pude comprender cómo mi padre no era capaz de sentir ese goce del poder que para mí constituía el motivo de mi existencia y gracias al cual fui feliz con Marco Agripa, quien (como Livia solía decir con amargura) bien podría ser mi padre.

A menudo me he preguntado qué habría hecho con el poder que ostentaba de no haber sido una mujer. Según la costumbre, incluso las mujeres más poderosas como Livia habían de permanecer en la sombra y asumir una docilidad en muchos casos contraria a su naturaleza. Pronto supe que ese camino no era posible para mí.

Recuerdo que en una ocasión mi padre me reconvino por hablarle a uno de sus amigos en un tono que él consideraba arrogante e impropio de una mujer, y le respondí que aunque él olvidara que era el Emperador, yo no olvidaba que era la hija del Emperador. Fue una respuesta muy comentada en Roma. A mi padre pareció divertirlo, porque la repetía a menudo. Creo que no entendió lo que quería decir.

Yo era la hija del Emperador. Era la esposa de Marco Agripa, el amigo de mi padre; pero

antes y después que eso era la hija del Emperador. Era evidente para todos que me debía a Roma.

Sin embargo, había una parte de mí que llegué a conocer mejor a lo largo de los años; una parte que renegaba de aquel deber, sabiendo que era una tarea sin recompensa...

Hace un instante escribía acerca del poder y el goce del poder. Ahora pienso en los ardides a los que ha de recurrir la mujer para descubrir el poder, ejercerlo y disfrutarlo. Al contrario que el hombre, no puede acceder a él mediante la fuerza, la voluntad o el deseo, ni tampoco puede vanagloriarse de él con el orgullo de un hombre, lo que constituye la recompensa y el sustento del poder. La mujer debe albergar dentro de sí unos personajes que le permitan disimular la ambición y la gloria. Así pues, yo concebí dentro de mí, y mostré ante el mundo, una serie de personajes con los que podía engañar a todo aquel que mirara muy de cerca: la niña inocente que desconoce el mundo y a la que su generoso padre, que la adora, ha prodigado un amor que no podía darle a nadie más; la esposa virtuosa cuyo único placer es su deber hacia su esposo; la dama imperiosa cuyo capricho se convierte en el deseo de su pueblo; la erudita ociosa que sueña con una virtud que trascienda el deber de los romanos y que finge creer que la filosofía es cierta; la mujer que, tarde en su vida, descubre el placer y emplea el cuerpo de los hombres como si fueran los suntuosos ungüentos de los dioses. Y que finalmente fue usada ella misma alcanzando el placer más intenso que jamás había conocido...

Tenía veintiún años cuando mi padre decretó el festival del centenario para conmemorar la fundación de Roma, y acababa de dar a luz a mi segundo hijo. Mi padre y mi esposo eran los principales adoradores en la ceremonia, y ofrecieron numerosos sacrificios a los dioses cuyos descendientes, según se cuenta, fundaron nuestra ciudad. A Livia y a mí nos correspondía presidir en igualdad de rango el banquete de las cien damas: yo me senté en el trono de Diana, y Livia enfrente de mí en el trono de Juno, y recibimos las adoraciones de rigor. Vi a las mujeres más ricas e influyentes de Roma postrarse ante mí; sabía que muchas de ellas estaban casadas con enemigos de mi padre que le asesinarían si no fuera porque sentían temor. Me miraban con esa expresión extraña que suele acompañar al reconocimiento del poder: no era amor, ni respeto ni odio, ni siquiera miedo. Era algo que nunca había visto antes, que por un momento me hizo sentir como si acabara de nacer.

Unas semanas después del festejo mi esposo tenía que viajar a Oriente para ocuparse de unos asuntos, a las provincias de Asia Menor; a Macedonia, donde mi propio padre había pasado su juventud; a Grecia; a Ponto y Siria, y dondequiera que fuera necesario. Por supuesto, era contrario a toda costumbre que yo le acompañara, y hasta el momento de la celebración jamás se me había ocurrido la idea de hacerlo desafiando las costumbres.

Pero le acompañé, a pesar de la ira que ello suscitó en mi padre y de sus intentos por disuadirme. Recuerdo que me dijo:

—Ninguna esposa ha acompañado jamás a un procónsul y su ejército a tierra extranjera; eso es algo que solo hacen las prostitutas y las libertas.

Y yo le respondí:

—Entonces me gustaría saber si prefieres que parezca una prostituta a los ojos de mi esposo, o que sea una prostituta en Roma.

Lo dije en broma, y así lo entendió mi padre; pero recuerdo que después pensé que quizás no había sido una broma, y me pregunté si en realidad no iba más en serio de lo que creía. En

cualquier caso mi padre se dio por vencido: me uní al séquito de mi esposo, y por primera vez en mi vida, con mis hijos y mis sirvientes, trascendí las fronteras de mi tierra natal.

Fuimos de Brindisi a Apolonia atravesando la estrecha franja de mar en que el Adriático se vierte en el Mediterráneo. Al desembarcar en Apolonia visitamos los lugares en los que mi esposo y mi padre habían estado cuando eran jóvenes. Fueron días muy agradables y placenteros, pero yo estaba ansiosa por continuar y llegar a tierras más extrañas y desconocidas para los romanos. Desde Apolonia viajamos en dirección al norte, atravesando Macedonia, hacia los territorios recién anexionados de Moesia, hasta llegar al Danubio. Allí vi a gente muy extraña, que al aproximarse nuestros carros y caballos huían como animales asustados a esconderse en los bosques, sin que hubiera forma de lograr que volvieran a salir; hablaban lenguas extrañas y muchos de ellos iban vestidos con pieles de animales salvajes. Y vi las deprimentes vidas de los infortunados soldados que habían sido destinados a este puesto de avanzada del Imperio. Parecían extrañamente conformes, y mi esposo les hablaba como si su modo de vida fuera de lo más normal: me costaba recordar que gran parte de su propia vida había transcurrido así, antes de que yo naciera.

Después de inspeccionar los puestos del Danubio, emprendimos rumbo hacia el sur de forma un tanto apresurada: el otoño había llegado ya y deseábamos evitar los rigores del invierno del norte. Yo comenzaba a arrepentirme de mi decisión de acompañar a Marco Agripa y echaba en falta las comodidades de Roma.

Pero descansamos en Filipos, y eso me levantó el ánimo. Mi esposo me mostró los lugares en los que había combatido contra los ejércitos de Bruto y Casio, y me habló acerca de aquellos tiempos. Después nos dirigimos tranquilamente hacia las costas del Egeo y navegamos sobre el agua azul entre las islas. El clima se iba tornando más cálido a medida que avanzábamos hacia el sur.

Y comencé a darme cuenta de por qué los dioses habían querido que hiciera ese viaje, tan lejos de la ciudad en que nací.

CAPÍTULO CUARTO

I. Carta de Nicolás de Damasco a Cayo Cilnio Mecenas, desde Jerusalén (14 a. C.)

Durante los últimos tres años, en las cartas que te escribía me preguntaba por qué nuestro amigo Octavio César insistió en que acompañara a Marco Agripa y a su esposa en su largo viaje por Oriente; pues está claro que mi relación con Herodes en sí misma no es suficiente para justificar mi larga ausencia de Roma. Ahora comienzo a comprender sus motivos, y tú, sin conocerlos, te preguntarás por qué te escribo a ti desde mi retiro y no al propio Octavio César. Pero si continuas leyendo, comenzarás poco a poco a comprender.

Te escribo desde Jerusalén, donde hace unos pocos meses Marco Agripa y Julia vinieron conmigo, a instancias de Herodes, que nos invitaba a descansar de nuestro viaje en su palacio. No obstante, la estancia de Marco Agripa en Jerusalén fue corta, pues apenas habíamos llegado cuando nos dieron la noticia de unas graves revueltas en el Bósforo. El anciano rey, leal a Roma, ha muerto, y su joven esposa, Dynamis, que al parecer se cree la Cleopatra del Norte, pero ignora quizás el infortunado final de aquella mujer, se ha aliado con un bárbaro llamado Escribonio y, desafiando la política romana, se ha proclamado a sí misma junto con su amante gobernante del reino de su esposo; de hecho se rumorea que ella misma participó en su muerte instada por este. En cualquier caso Marco Agripa, conocedor de que ese reino es el último baluarte contra los bárbaros del norte, decidió acudir y sofocar la revuelta, y es lo que está haciendo ahora, sirviéndose de las naves y los hombres provistos por Herodes.

Era imposible, claro está, que Julia le acompañara. La verdad es que no se mostró muy deseosa de hacerlo, pero tampoco aceptaba la invitación de Herodes a permanecer en Jerusalén hasta que su esposo retornara, ni mostró ninguna inclinación por regresar a Roma. El resultado fue que, pese a nuestras súplicas, congregó a su séquito y al partir su esposo rumbo al norte, ella marchó en dirección a Grecia y las islas del norte de las que ella y su esposo habían regresado recientemente. He recibido algunas noticias alarmantes desde esa parte del mundo en la que ahora se encuentra, y esas noticias, mi querido Mecenas, constituyen el motivo de esta carta.

A lo largo de los dos últimos años, durante su placentera travesía entre las islas egeas y las ciudades costeras de Grecia y Asia en dirección al sur, tanto Marco Agripa como Julia han sido recibidos con los honores merecidos como representantes del Emperador Octavio César y de Roma. Pero Julia en especial, al ser la hija del Emperador, ha sido objeto de esa suerte de veneración de la que solo los griegos occidentales e isleños son capaces.

La adulación comenzó de forma bastante normal. En Andros se erigió en honor a su visita

una estatua que la representaba; los habitantes de Mitilene, en la isla de Lesbos, habiendo oído del homenaje ofrecido por los habitantes de Andros, construyeron una estatua aún mayor, que representaba a la vez a Julia y a la diosa Afrodita. Y a partir de ahí, a medida que en las islas y ciudades iban enterándose de la llegada inminente de Julia y Marco Agripa, las ceremonias se volvían más y más extravagantes, hasta que al final llegó a considerarse a Julia como la mismísima diosa Afrodita regresada a la tierra, y acabó siendo adorada (al menos formalmente) por el pueblo.

Sin duda estarás de acuerdo en que en toda esta extravagancia, por ridícula que pueda parecer a los hombres civilizados, no hay nada realmente dañino, pues los griegos han sido lo suficientemente inteligentes como para modificar las demostraciones públicas de estas extrañas ceremonias a fin de que no ofendan a nadie e incluso parezca que se han romanizado.

Pero en medio de todo esto algo realmente extraordinario ha comenzado a ocurrirle a Julia, por quien, como sabes, siento un gran afecto. Es como si hubiera comenzado a asumir ciertos atributos del personaje con el que se la identifica en los rituales: se ha vuelto imperiosa e indiferentemente arrogante, como si de hecho no fuera mortal.

Esta es la impresión que últimamente tenía de su carácter, pero acabo de recibir noticias de Asia que tristemente confirman lo que hasta ahora dudaba.

Se me ha informado de que Julia, después de haber pasado el día en Ilión vagando entre las ruinas de lo que antaño fue Troya, intentó cruzar el río Escamandro de noche. Por alguna causa que no se ha esclarecido, la balsa que transportaba a Julia y sus esclavos se volcó y fueron todos arrastrados por la corriente. Estuvieron a punto de morir. En cualquier caso, finalmente fue rescatada (no se sabe bien por quién). Pero Julia, furiosa con los aldeanos que, según alega, no se molestaron en socorrerla, les ha impuesto en nombre de Marco Agripa una multa de cien mil dracmas, lo que equivale a cerca de mil dracmas por persona. Es una cuantía muy elevada para gente pobre como esta, muchos de los cuales no lograrían reunir mil dracmas ni en toda una vida de trabajo.

Se dice que los aldeanos, pese a haber escuchado los gritos de socorro, se acercaron a la orilla del río y se quedaron mirando sin hacer nada. Y probablemente sea cierto. No obstante, a pesar de la aparente culpabilidad de los aldeanos he de interceder. Voy a pedirle a Herodes (que me debe varios favores) que convenza a Marco Agripa de que retire la sanción. Y lo hago no por pena de los aldeanos, sino por salvaguardar la reputación de Octavio César.

Pues la estancia de Julia en Ilión no fue la de una inocente turista, y su travesía por el Escamandro no era un inocente regreso a su lugar de alojamiento.

He mencionado antes esas ceremonias públicas —de carácter en parte religioso, político y social— que han elevado a Julia al trono de Afrodita. Supongo que me he detenido en estas para evitar tener que hablar de otro tipo de ceremonias que no son públicas, sino secretas, desconocidas, y temibles en estos tiempos civilizados.

Entre los habitantes de estas islas y de Grecia oriental se practica un culto secreto en honor de una diosa de nombre desconocido, al menos para todos aquellos que no son iniciados. Se dice que es la diosa de todos los dioses y diosas, y que su poder es muy superior al de todas las restantes deidades concebidas por la humanidad. En determinadas ocasiones se celebran rituales para festejar el poder de esta diosa, aunque nadie sabe en qué consisten, dado que este culto se esconde tras el velo misterioso del fervor o la vergüenza. Pero no hay secreto que sea absoluto, y

en mis viajes he oído lo suficiente acerca de estas ceremonias como para sentir repulsión de su naturaleza y aprensión de sus consecuencias.

Se trata de un culto femenino, y, aunque hay sacerdotes, son hombres castrados que en su día se ofrecieron como víctimas sacrificiales a la diosa. Estas víctimas son escogidas por las sacerdotisas, que en ocasiones, se dice, ofrecen a sus propios hijos, pues según su peculiar doctrina, oficiar de víctima es el mayor honor y privilegio para un hombre. Las víctimas han de tener menos de veinte años, ser vírgenes y brindarse de forma voluntaria.

Desconozco la naturaleza exacta del ritual, pero yo mismo he oído a lo lejos el sonido de la flauta y los cánticos provenientes de las grutas sagradas en que se celebran las ceremonias. Se cuenta que durante tres días los iniciados y los miembros del culto se «purifican» mediante la abstinencia de todo acto carnal, y también se cuenta que al comenzar los rituales, los participantes entran en una especie de trance, bailando, cantando y bebiendo determinados brebajes, nadie sabe si de vino u otra sustancia misteriosa. Después, cuando han alcanzado un estado de frenesí inducido por la música, el baile y la extraña libación, comienza la ceremonia. Una de las múltiples víctimas sacrificiales es llevada en presencia de la mujer elegida como la reencarnación de la Gran Diosa. A excepción de la piel de un animal salvaje que ciñe holgadamente su cintura, se halla totalmente desnudo, y está atado de pies y manos con tiras entretejidas de hojas de laurel a una cruz fabricada con madera sagrada de los árboles cercanos a la gruta. Una vez conducido en presencia de la Diosa, las festejantes bailan a su alrededor, y se cuenta que al tiempo que bailan, en su frenesí, van arrancándose la ropa de su propio cuerpo. Entonces la diosa se acerca al muchacho y con el cuchillo sagrado le despoja de la piel que oculta su desnudez. Y cuando encuentra una víctima que le agrada, corta las tiras de laurel con las que está amarrado, y se lo lleva consigo al bosquecillo sagrado, al interior de una cueva que ha sido preparada para el «matrimonio» entre la diosa y el mortal.

En teoría se trata de un rito matrimonial, aunque en realidad es un culto femenino de carácter secreto, que ni la ley ni la costumbre pública sancionan.

La diosa y su víctima permanecen ocultos en la cueva durante tres días, y se dice que la diosa dispone de la víctima a su antojo. En la entrada de la cueva se depositan comida y bebida, mientras que en el exterior, llevados por su frenesí, los oficiantes participan en todo tipo de actos de lujuria y perversión.

Trascurridos tres días la Diosa y su amante mortal emergen de la cueva y, atravesando un cuerpo de agua, se dirigen a otra gruta sagrada a la que bautizan con el nombre de Isla de los Bienaventurados. Y ahí el amante mortal deviene inmortal, al menos en la imaginación primitiva de los oficiantes.

Es del dominio público que este culto está muy extendido de Ilión a Lesbos, y que entre sus practicantes se cuentan miembros de las familias más prósperas y cultivadas de esa parte del mundo. Cuando la balsa de Julia volcó, estaba regresando de una de estas ceremonias, tras haber cumplido con el obligado ritual y cruzado a la Isla de los Bienaventurados. Había sido la encarnación de la Diosa. Y los aldeanos, horrorizados ante tan siniestras prácticas, no pudieron superar su miedo ante estos seres extraños que, pensaban, vivían en un mundo tan incomprensible y ajeno a ellos. No puedo permitir que la sanción les sea impuesta, pues si lo hago, sería imposible mantener el secreto de este asunto (que es lo que ahora protege a Julia, a Marco Agripa, ignorante, a Octavio César e incluso a la propia Roma).

Y además de estas prácticas infames que se rumorean, hay otra más peligrosa: los seguidores de este culto están obligados a abjurar de toda autoridad que no sea el dictado de sus propios deseos y a no someterse a ningún hombre, ley o costumbre humana. Así pues, no solo se promueve la inmoralidad, sino el asesinato, la traición y todo tipo de actos ilegales que puedas imaginar.

Mi querido Mecenas, supongo que ahora entiendes por qué no podía escribir al emperador, por qué no puedo hablar con Marco Agripa y por qué me veo obligado a lastrarte con este problema a ti, que ya te has retirado de los asuntos públicos. Has de encontrar un modo de convencer a tu amigo y señor de que obligue a Julia a regresar a Roma. Si es que no está ya totalmente corrompida, lo estará pronto si permanece en estas tierras extrañas que ha descubierto.

II. Diario de Julia, Pandateria (4 d. C.)

Jamás he sabido por qué mi padre me ordenó, en condiciones que no podía desobedecer, que regresara a Roma. Nunca me dio una razón suficiente que justificara tan tajante orden; solo dijo que no estaba bien visto que la esposa del segundo ciudadano estuviera alejada tanto tiempo de quienes la querían, y que había determinadas funciones sociales y religiosas que únicamente Livia y yo podíamos desempeñar. Yo no me creí que aquella fuera la verdadera razón por la que me reclamaba de vuelta, pero no me permitió inquirir más allá. Pero sin duda sabía que lamentaba regresar: me pareció entonces como si me hubieran exiliado de la única vida en la que había podido ser yo misma, y que tendría que pasar el resto de mi vida realizando unas funciones en las que ya no hallaba ningún significado.

En cualquier caso, fue Nicolás de Damasco (aquel extraño y pequeño judío sirio por el que mi padre sentía un afecto inexplicable y en quien confiaba) quien viajó desde Jerusalén a Mitilene, en Lesbos, para encontrarse conmigo y comunicarme la noticia.

Yo me enojé y le dije:

—No iré. No puede obligarme a regresar.

—Es tu padre —dijo Nicolás encogiéndose de hombros.

—Pero estoy con mi esposo —repliqué.

—Tu esposo —añadió Nicolás— está en el Bósforo. Además, es el amigo de tu padre, y tu padre es el Emperador. Sospecho que te echa de menos. Y Roma también... Será primavera cuando lleguemos.

Así que zarpamos desde Lesbos. A medida que nos alejábamos veía cómo la isla se iba quedando atrás, como nubes en un sueño. Era mi vida, pensé, la que se iba quedando atrás, aquella vida en que había sido reina y más que eso. Y a medida que pasaban los días y nos acercábamos a Roma, supe que la que regresaba no era la misma mujer que se había marchado tres años antes.

Y supe que la vida a la que regresaba sería distinta: sin saber bien de qué forma, sabía que lo sería. Ni siquiera Roma podía sorprenderme ya, pensé. Y recuerdo que me pregunté si me sentiría aún como una niña cuando volviera a ver a mi padre.

Regresé a Roma en el año del consulado de Tiberio Claudio Nerón, hijo de Livia y esposo de la hija de mi esposo, Vipsania. Tenía veinticinco años. La que había sido diosa regresaba a Roma

como simple mujer, y amargada.

III. Carta de Publio Ovidio Nasón a Sexto Propertio, en Asís (13 a. C.)

Mi querido amigo y maestro Sexto, ¿cómo consigues sobrevivir en ese melancólico exilio que te has impuesto? Tu amigo Ovidio te suplica que regreses a Roma, donde se te echa de menos terriblemente. La situación aquí no es ni por asomo tan mala como te han hecho creer: una nueva estrella luce en el firmamento de Roma, y de nuevo los que son tan listos como para hacerlo llevan una vida feliz y placentera. De hecho, durante los últimos meses he llegado a la conclusión de que no desearía vivir en ningún otro tiempo o lugar.

Eres maestro en mi arte y eres mayor que yo, pero ¿estás seguro de ser más sabio? Quizás tu melancolía sea parte de tu persona, más que obra de Roma. Regresa junto a nosotros, pues aún existe el placer, antes de que la noche se nos eche encima.

Pero perdóname: sabes que no se me da muy bien hablar de cuestiones serias, y que una vez que he comenzado no sé seguir. Al comenzar esta carta simplemente pretendía hablarte de un día delicioso con la esperanza de que regresaras con nosotros.

Ayer fue el aniversario del nacimiento del Emperador Octavio César, y por tanto un día festivo en Roma, si bien no había comenzado de la forma más prometedora para mí. Llegué a mi oficina indecentemente temprano, a primera hora nada menos, cuando el sol apenas comenzaba a asomar en el este entre el bosque de edificios que es Roma, imponiéndose sobre la ciudad. Aunque era festivo y por tanto no iba a comparecer ante los tribunales, debía hacerlo al día siguiente, y tenía un escrito especialmente difícil que preparar. Al parecer Cornelio Sempronio, que es mi cliente, ha denunciado a Fabio Cretico por impago de unas tierras, y Cretico se defiende alegando que el título de las tierras es ilegítimo. Ambos son unos ladrones, y ninguno de los dos tiene razón, de modo que la técnica del escrito y la capacidad de persuasión del alegato son de vital importancia, como también lo es, evidentemente, el juez que me toque en suerte.

En cualquier caso, llevaba toda la mañana trabajando. No dejaban de ocurrírseme argumentos estupendos, como siempre me sucede cuando trabajo en algo que me aburre, mi secretario estaba particularmente lento y torpe, y el ruido proveniente del Foro me chirriaba en los oídos con más fuerza de la tolerable. Me iba exasperando por momentos, y por centésima vez juré que dejaría esta absurda profesión, que a la larga me dará tan solo riquezas que no necesito y la aburrida distinción de un cargo senatorial.

De pronto, en medio de tanto aburrimiento, ocurrió algo asombroso. Oí ruidos al otro lado de la puerta y unas risas, y sin que nadie llamara, la puerta se abrió de golpe y me encontré con el eunuco más sorprendente que jamás había visto. Ahí estaba, peinado y perfumado, envuelto en elegantes sedas, los dedos adornados con esmeraldas y rubíes, como si fuese mejor que un liberto, mejor incluso que un ciudadano.

—Esto no es la Saturnalia —le dije enojado—. ¿Quién te ha autorizado a entrar de esa manera?

—Mi señora —dijo, con una voz aguda y afeminada—. Mi señora desea que me acompañes.

—Por lo que a mí respecta, que se pudra tu señora —respondí—. ¿Quién es?

Me sonrió mirándome como si fuera un gusano a sus pies:

—Mi señora es Julia, la hija de Octavio César, Emperador de Roma y Primer Ciudadano. ¿Deseas saber algo más, letrado?

Imagino que le miré boquiabierto. No dije nada.

—Vendrás conmigo, supongo... —añadió con altivez.

En un instante mi irritación se había disipado. Me reí y le tiré el montón de papeles que tenía en la mano a mi secretario, diciendo:

—Haz lo que quieras con esto. —Después me volví hacia el esclavo, que me estaba esperando y añadí—: Te acompañaré allá donde tu señora quiera que me lleves.

Y salí detrás de él.

Para no perder la costumbre, mi querido Sexto, haré un breve inciso. Había conocido a la señora en cuestión unas semanas antes, en una enorme fiesta que dio Sempronio Graco, a quien ambos conocemos. La hija del Emperador había regresado poco más de un mes antes de un largo viaje por Oriente, donde había acompañado a su esposo, Marco Agripa, que aún continúa ahí por motivos de trabajo. La verdad es que estaba ansioso por conocerla: desde su vuelta, la gente de moda de Roma no habla de otra cosa. Así que cuando Graco, que parece tener una buena amistad con ella, me invitó, no dudé un segundo en aceptar.

Había literalmente miles de personas en esa fiesta en la villa de Sempronio Graco; demasiadas como para que resultara muy divertido, pero aun así fue placentero. Pese a la cantidad de invitados que había, tuve oportunidad de conocer a Julia, y charlamos durante unos instantes. Es una mujer absolutamente encantadora, exquisitamente hermosa, y muy inteligente y culta. Muy amablemente, me indicó que había leído algunos de mis poemas. Consciente de la fama de persona íntegra de su padre, atribulado, intenté disculparme por lo atrevido de mis versos. Pero ella, con una de esas sonrisas tuyas fulminantes, me dijo:

—Mi querido Ovidio, si intentas convencerme de que aunque tu verso es atrevido tu vida es casta, no volveré a dirigirte la palabra.

A lo que yo respondí:

—Mi querida señora, si esa es la condición, intentaré convencerte de lo contrario.

Y se rio, alejándose de mí. Aunque fue un intercambio placentero, jamás pensé que volvería a pensar en mí, y mucho menos que recordaría mi existencia después de dos semanas. Y sin embargo lo hizo, y ayer me encontré de nuevo en su presencia tras las circunstancias que acabo de relatarte.

A la puerta de mi despacho había media docena de literas, atendidas por sus portadores, doseladas con seda de color púrpura y oro. Iban repletas de inquietos ocupantes que se movían en su interior y cuyas risas inundaban la calle. Me quedé ahí de pie, inmóvil, sin saber adónde ir, pues mi acompañante castrado se había alejado y estaba arengando a otros esclavos inferiores. Y en ese instante alguien descendió de una de las literas, y vi que era ella, aquella Julia que tan amablemente había interrumpido mi tediosa mañana. A continuación descendió de la litera otra persona, que se unió a ella. Era Sempronio Graco. Me sonrió. Yo me dirigí hacia ellos.

—Me has salvado de una muerte por aburrimiento —le dije a Julia—. ¿Qué harás ahora con esta vida que te pertenece?

—La emplearé frívolamente —respondió—. Hoy es el cumpleaños de mi padre, y me ha dado permiso para invitar a algunos de mis amigos a sentarse con él en su palco del circo. Vamos

a ver los juegos y a gastarnos el dinero.

—Los juegos... —le dije—. Qué emocionante.

Lo dije en un tono neutral, pero Julia lo interpretó como una ironía. Se rio.

—En realidad los juegos son lo menos importante —dijo—. Uno va a ver, y a que le vean, y a descubrir otras diversiones menos comunes. —Miró a Sempronio—: Ya te enterarás, tal vez. —A continuación se alejó de mí y se dirigió a los demás, algunos de los cuales habían descendido de sus literas para estirar las piernas, diciendo—: ¿Quién quiere compartir su asiento con Ovidio, el poeta del amor, que escribe sobre aquello a lo que habéis dedicado vuestras vidas?

De las literas emergían brazos que se agitaban, y pronunciaban mi nombre.

—¡Aquí, Ovidio, sube con nosotros...! Mi hija necesita tu consejo.

—No, yo lo necesito más —decía otro.

Se oyeron muchas risas, y finalmente escogí una litera en la que quedaba sitio para mí. Los portadores se colocaron sus cargas al hombro, y nos abrimos paso despacio a través de las calles abarrotadas en dirección al Circo Máximo.

Llegamos al mediodía, justo cuando las hordas de gente abandonaban las gradas para tomar un almuerzo rápido antes de que los juegos prosiguieran. He de decir que me causó una extraña sensación ver a esas masas que, al reconocer los colores de nuestras literas, se abrían a medida que avanzábamos como la tierra al paso de un arado. No obstante, estaban contentos y nos saludaban con la mano y gritaban de forma muy afable.

Descendimos de nuestras literas y, junto con Julia, Sempronio Graco y otro hombre a quien no conocía, que encabezaba nuestro grupo, avanzamos entre el laberinto de soportales que conducía a las escaleras del circo. De vez en cuando algún astrólogo nos llamaba mediante señas, a lo cual alguno de los integrantes de nuestro grupo respondía:

—Ya conocemos nuestro futuro, viejo amigo. —Y le arrojaba una moneda; o una prostituta se nos exhibía, haciendo señas tentadoras a los que tenían aspecto de solteros, a lo cual una de mujeres respondía fingiendo temor:

—Oh, no, no nos lo robes... ¡podría no regresar nunca!

Subimos las escaleras, y conforme nos acercábamos al estrado imperial oímos cómo mandaban callar en señal de respeto a la presencia de Octavio Augusto. Pero no estaba en el estrado cuando llegamos, y he de decir que pese a lo agradable que me resultaba la compañía de esta tropa, me sentí un poco decepcionado. Pues como ya sabes, Sexto, a diferencia de ti —puesto que no soy íntimo de Mecenas como tú, ni falta que me hace— nunca había conocido a Octavio César. Le había visto de lejos, por supuesto, como todo el mundo en Roma; pero solo sabía de él lo que tú me has contado.

—¿No está aquí el Emperador? —pregunté.

—Hay cierto tipo de carnicerías que mi padre no disfruta —me respondió Julia apuntando hacia el espacio abierto del circo—. Por lo general viene tarde, cuando ya han dado caza al animal.

Miré hacia donde apuntaba: los ayudantes estaban llevándose a rastras los cuerpos de los animales muertos y trillando la arena, manchada de sangre. Vi cómo arrastraban varios tigres, un león y hasta un elefante. Ya había asistido a una de esas cacerías anteriormente, nada más llegar a Roma, y me había parecido algo bastante vulgar y absurdo. Así se lo hice saber a Julia.

Ella sonrió.

—Mi padre dice que o muere un idiota o una bestia estúpida, y que no le importa lo más mínimo cuál de los dos sea. Y además, cuando compiten hombres con animales no hay apuestas. Y a mi padre lo que le gusta es apostar.

—Es tarde —dije—. Vendrá ¿verdad?

—Debe hacerlo —respondió ella—. Estos juegos se celebran en honor a su cumpleaños, y mi padre jamás sería descortés con nadie que le honre.

Asentí, y recordé que los juegos los había organizado en su honor uno de los nuevos pretores, Julio Antonio. Había comenzado a decirle algo a Julia, pero entonces recordé quién era Julio Antonio, y me mordí la lengua.

Pero Julia debió de adivinar lo que iba a decir, porque sonrió y dijo:

—Sí. En especial mi padre jamás sería descortés con el hijo de un antiguo enemigo al que ha perdonado y a cuyo hijo ha preferido por encima de algunos de los de su propia sangre.

Acertadamente —creo— asentí, y no volví a decir nada más acerca de ese asunto. Pero no dejé de pensar en el hijo de Marco Antonio, cuyo nombre aún honran muchos de los ciudadanos de Roma, incluso tantos años después de su muerte.

Pero hay poco tiempo para pensar en cosas así en tan alegre compañía. Los esclavos nos traían comida en bandejas de oro y nos servían el vino en copas doradas. Y así comimos, bebimos y charlamos mientras observábamos a la multitud, que a trompicones regresaba a sus sitios para asistir a las carreras de la tarde.

Hacia las seis todas las gradas estaban llenas a rebosar con gran parte de la población de Roma. De pronto un sonoro rugido se impuso sobre el ruido habitual de la multitud: gran parte del populacho se había puesto en pie y apuntaban hacia la tribuna en la que nos hallábamos. Me giré, mirando por encima de mi hombro. En la parte trasera de la tribuna, en la sombra, había dos figuras de pie: una bastante alta, la otra de poca estatura. El más alto llevaba una túnica ricamente bordada y la toga de color púrpura del cónsul; el otro iba vestido con la sencilla túnica blanca del ciudadano común.

El más alto de los dos era Tiberio, el hijastro del Emperador y cónsul de Roma, y el más bajo era, claro está, el propio Emperador Octavio César.

Cuando entraron en la tribuna nos pusimos en pie. El Emperador sonrió y nos hizo un gesto con la cabeza indicándonos que nos sentáramos. Se sentó junto a su hija, mientras que Tiberio —un joven de rostro adusto que parecía no querer estar donde estaba— se instaló en un asiento algo alejado del resto, y allí permaneció sin hablar con nadie. El Emperador y Julia hablaron entre ellos durante unos instantes, acercando sus rostros el uno al otro. El Emperador me miró y le dijo algo a Julia, que sonrió, asintió con la cabeza y a continuación me invitó a que me uniera a ellos.

Me acerqué, y Julia me presentó a su padre.

—Me complace conocerte —dijo el Emperador. Tenía el rostro arrugado y cansado, y su cabello claro estaba ya canoso. Pero sus ojos eran brillantes, penetrantes y despiertos—. Mi amigo Horacio me ha hablado de ti.

—Espero que bien —dije—, aunque no puedo pretender competir con él. Me temo que mi musa es mucho menos destacada y más trivial que la suya.

Asintió y dijo:

—Todos seguimos el dictado de la Musa que nos elige. ¿Quién es tu favorito hoy?

—¿Cómo? —pregunté extrañado.

—Me refiero a las carreras —aclaró—. ¿Tienes algún auriga favorito?

—Mi señor —respondí—, he de admitir que he venido a las carreras más por el aspecto social de la ocasión que por los caballos. En realidad sé muy poco de carreras.

—Entonces no apuestas —dijo. Parecía algo desilusionado.

—Apuesto en todo menos en las carreras —respondí.

Asintió, esbozó una sonrisa, y se volvió para hablar con alguien que tenía a sus espaldas.

—¿A quién escoges para la primera?

Pero quienquiera que fuera su interlocutor, no tuvo tiempo de responder. En el extremo de la pista de carreras se abrieron los portones, sonaron las trompetas, y entró la procesión, encabezada por Julio Antonio, el pretor que financiaba los juegos. Vestido con una túnica orlada de púrpura, llevaba en la cabeza una guirnalda de laureles dorados, y portaba en la mano derecha el águila de oro, que parecía que de un momento a otro iba a desprenderse de la vara sobre la que descansaba para echar a volar. En su carro, tirado por un magnífico caballo blanco, he de decir que tenía un aspecto bastante impresionante, incluso a la distancia desde la que le veía.

La procesión desfiló a paso lento alrededor de toda la pista. Detrás de Julio caminaban los sacerdotes que iban a officiar los rituales, portando las estatuas a las que los ignorantes tenían por la encarnación misma de los dioses. A continuación venían los aurigas que iban a competir, resplandecientes en sus atuendos blancos y rojos, verdes y azules, y al final, un grupo de bailarines, mimos y payasos, que brincaban y bailaban por la pista mientras que los sacerdotes depositaban sus efigies en la plataforma en torno a la cual los aurigas conducirían sus carros.

Y a continuación la procesión se dirigió al estrado del Emperador. Julio Antonio se detuvo, saludó al Emperador, y le dedicó los juegos en honor a su cumpleaños. Debo admitir que miré a Julio con bastante curiosidad. Es un hombre extraordinariamente agraciado: brazos musculosos, tostados por el sol, el rostro moreno y ligeramente redondeado, con los dientes muy blancos, y el cabello negro y rizado. Según se dice, se asemeja mucho a su padre, aunque con menos tendencia a la gordura.

Al finalizar su discurso, Julio Antonio se acercó más al estrado y le dijo al Emperador:

—Me reuniré contigo después, cuando hayan comenzado.

El Emperador asintió; parecía complacido. Se volvió hacia mí y dijo:

—Antonio conoce a los caballos y a los aurigas. Escúchale. Aprenderás algo acerca de las carreras.

He de confesar, Sexto, que las costumbres de los grandes escapan a mi comprensión. El Emperador Octavio César, dueño del mundo, parecía preocupado únicamente con las carreras que iba a presenciar, se mostraba amable y natural con el hijo a cuyo padre había derrotado en batalla, obligándolo a suicidarse, y a mí me hablaba como si fuera el más común de todos los ciudadanos. Recuerdo que pensé fugazmente en componer un poema sobre esto, pero inmediatamente descarté la idea. Estoy seguro de que Horacio habría podido componer uno, pero no es mi tipo —o nuestro tipo— de tema.

Julio Antonio desapareció por una puerta situada en el extremo de la pista, y volvió a aparecer unos instantes después en su recinto, situado sobre el portón de salida. La multitud bramó. Julio Antonio saludó con la mano, y miró a los aurigas, que estaban colocados en fila por

debajo de él. A continuación dio la señal de salida con la bandera blanca, cayeron las barreras y, envueltos en una nube de polvo, los carros se pusieron en marcha.

Miré furtivamente al Emperador, y me sorprendió ver que apenas parecía interesado en la carrera, ahora que había comenzado.

Entendiendo mi mirada, me dijo:

—Cuando uno sabe lo que hace, no apuesta en la primera carrera. Los caballos se ponen tan nerviosos con la procesión que rara vez corren como deberían.

Asentí como si lo que había dicho tuviera algún sentido para mí.

Antes de que los carros hubieran completado cuatro de las siete vueltas, Julio Antonio se reunió con nosotros. Parecía conocer a la mayoría de las personas que había en el estrado, pues les saludó de forma amistosa y llamó a algunos de ellos por su nombre. Se sentó entre el Emperador y Julia, y los tres comenzaron enseguida a intercambiar apuestas y a reírse entre ellos.

Y así transcurrió la tarde. Los esclavos iban y venían con comida y vino y nos traían toallas húmedas para que pudiéramos limpiarnos el polvo de la pista de la cara. El Emperador apostó en cada una de las carreras, en ocasiones con varias personas a la vez. Cuando perdía se mostraba imperturbable, y jubiloso cuando ganaba. Justo antes de comenzar la última carrera Julio Antonio se levantó para marcharse, diciendo que tenía algunos asuntos de que encargarse en el cajón de salida. Se despidió de mí diciendo que esperaba que volviéramos a vernos, y a continuación se despidió del Emperador, tras lo cual le hizo a Julia una complicada reverencia, que yo interpreté como algún tipo de broma entre ellos. Julia hizo un gesto con la cabeza y se rio.

El Emperador frunció el ceño, pero no dijo nada. Poco después, una vez que la multitud había abandonado el circo, nos marchamos. Algunos pocos fuimos a pasar la tarde a casa de Sempronio Graco, y allí fue donde supe en qué consistía aquella chanza entre Julio Antonio y la hija del Emperador. Fue la propia Julia quien me lo contó.

El esposo de Julia, Marco Agripa, había estado casado anteriormente con la joven Marcela, hija de Octavia, la hermana del Emperador. Al poco tiempo de quedar Julia viuda, el Emperador le convenció de que se divorciara de Marcela para casarse con Julia, y recientemente Julio Antonio se había casado con esa misma Marcela que había sido la esposa de Agripa.

—Es bastante lioso —dije con un tono lacónico.

—No tanto —respondió Julia, riéndose a continuación—. Mi padre lo tiene todo apuntado, y así siempre sabe quién está casado con quién.

Y así fue, mi querido Sexto, como transcurrieron la tarde y la noche de aquel día. Vi lo nuevo, y vi lo viejo. Y Roma se está convirtiendo otra vez en un lugar en el que se puede vivir.

IV. Diario de Julia, Pandateria (4 d. C.)

El vino no me está permitido, y mi dieta consiste en el mismo menú basto que comen los campesinos: pan negro, verduras secas y pescado en vinagre. He adoptado incluso los hábitos de los pobres: al final del día me baño y tomo una comida frugal. A veces como con mi madre, aunque prefiero hacerlo sola en una mesa que hay ante mi ventana, desde donde puedo contemplar el avance del mar cuando sube la marea por la tarde.

He aprendido a saborear el gusto sencillo de este pan rústico que mi esclava muda prepara

con indiferencia. Tiene un granuloso sabor a tierra, que el agua fría de manantial que tomo en sustitución del vino acentúa. Al comerlo pienso en los miles de pobres y esclavos que han vivido antes que yo: ¿llegarían a acostumbrarse también al sabor de este sencillo alimento? ¿O se les amargaba el gusto en la boca pensando en aquello que no podían comer? Quizás uno deba aprender a degustar como yo lo he hecho, yendo de las viandas más sabrosas y exóticas a lo más sencillo y simple. Ayer noche, sentada a esta mesa en la que ahora escribo estas palabras, intenté recordar el sabor y la textura de esas comidas y no pude. Y en ese esfuerzo por recordar lo que jamás volveré a experimentar, me vino a la memoria una noche que pasamos en la villa de Sempronio Graco.

No sé por qué pensé en esa noche en particular, pero de pronto, en el crepúsculo de Pandateria, la imagen surgió en mi mente como si se estuviera representando en el escenario de un teatro, y los recuerdos me apresaron antes de que pudiera eludirlos.

Marco Agripa había regresado de Oriente para reunirse conmigo en Roma, donde permanecimos durante tres meses, y me quedé embarazada de mi cuarto hijo. Al poco tiempo, a comienzos de año, mi padre envió a Marco Agripa a Panonia, donde las tribus bárbaras amenazaban de nuevo la frontera del Danubio. Y Sempronio Graco, para celebrar mi libertad y festejar la llegada de la primavera, organizó una fiesta; una fiesta —según él mismo le prometía a todo el mundo— como no se había visto nunca antes en Roma. Asistirían todos mis amigos, de los que había estado separada durante el tiempo que mi esposo estaba en Roma. Pese a los libelos que circularon después, Sempronio Graco no era mi amante entonces. Era un libertino y me trataba —al igual que a muchas mujeres— con una espontánea familiaridad que podía dar lugar a comentarios, no obstante falsos. En aquel tiempo yo era aún consciente de la posición que mi padre pensaba que debía ocupar, y aquella vez en que había sido diosa en Ilión era como un sueño que aguardaba el momento de hacerse realidad. Durante un tiempo me había convertido en alguien que no era yo.

A principios de marzo, mi padre asumió el cargo de Sumo Sacerdote, que había quedado vacante a la muerte de Lépidio, y decretó un día de juegos para celebrar la ocasión. Sempronio Graco dijo que si la vieja Roma tenía un Sumo Sacerdote, la nueva debía tener una sacerdotisa. Así pues, Sempronio celebraría su fiesta a finales de marzo, y la comidilla en toda la ciudad era lo que los invitados podían encontrarse. Algunos decían que serían transportados de un sitio a otro en elefante, otros decían que se habían traído mil músicos de Oriente y otros tantos bailarines... Y así la fantasía se alimentaba de la expectación, y la expectación alimentaba las fantasías.

Pero una semana antes de la fiesta llegaron a Roma noticias de que Agripa, habiendo sofocado el levantamiento fronterizo antes de lo previsto, regresaba a Italia vía Brindisi. Su intención era viajar, atravesando el país, directamente a nuestra villa de Puteoli, donde debía reunirme con él.

Pero no me reuní con él. Pese al enojo de mi padre, propuse hacerlo a la semana siguiente, cuando estuviera más descansado de su viaje.

Al hacer esta propuesta, mi padre me miró y dijo:

—Supongo que prefieres asistir a esa fiesta que dará Graco.

—Sí —respondí—. Soy la invitada de honor. Sería una grosería rehusar a estas alturas.

—Tu obligación es hacia tu esposo —replicó.

—Y hacia ti, y hacia tu causa, y hacia Roma —le dije.

—Estos jóvenes con los que te relacionas —dijo—, ¿no se te ha ocurrido nunca comparar su comportamiento con el de tu esposo y sus amigos?

—Estos jóvenes —dije—, son mis amigos. Puedes estar seguro de que cuando yo sea vieja, ellos también lo serán.

Eso le hizo sonreír un poco.

—Tienes razón —dijo—. Se me olvida que todos nos hacemos viejos, y que en otros tiempos fuimos jóvenes. Le explicaré a tu esposo que tienes obligaciones pendientes en Roma que te retienen. Pero irás a reunirte con él a la semana siguiente.

—Sí —dije—. Así lo haré.

De modo que no me reuní con mi esposo en el sur y asistí a la fiesta de Sempronio Graco. Realmente fue la fiesta más famosa que había habido en Roma en muchos años, pero por razones que nadie habría podido prever.

No hubo elefantes que transportaran a los invitados de un lugar a otro ni ninguna de las otras maravillas que se rumoreaba: fue simplemente una reunión de algo más de cien invitados, con casi el mismo número de sirvientes, músicos y bailarines. Comimos, reímos y bebimos. Miramos a los bailarines danzar y nos unimos a ellos para su deleite y desconcierto. Y al son de los tambores, las arpas y los oboes, paseamos por los jardines, donde las fuentes amplificaban el sonido de la música y el destello de las antorchas jugaba sobre el agua en otro baile que superaba en destreza al de aquellos cuerpos humanos.

Hacia el final de la noche asistiríamos a una actuación especial de los músicos y bailarines, y el poeta Ovidio leería un nuevo poema, compuesto en mi honor. Sempronio Graco había mandado construir un asiento especial de ébano para mí y lo había colocado en un promontorio de tierra en el jardín, a fin de que todos los invitados —como dijo el propio Graco, con esa ironía tan característica— me rindieran homenaje.

Me senté en mi trono de ébano, con los invitados a mis pies. La brisa susurraba entre los cipreses y los plátanos y acariciaba mi túnica de seda. Los bailarines danzaban, y los cuerpos de los hombres, ungidos de aceite, ondeaban a la luz de las antorchas. Y recordé Ilión y Lesbos, donde en una ocasión había sido más que mortal. Sempronio se reclinó junto a mi trono, sobre la hierba, y por unos instantes me sentí más feliz que nunca, y era yo misma.

Pero de pronto mi dicha se vio interrumpida cuando advertí la presencia de alguien junto a mí que hacía reverencias e intentaba captar mi atención. Al mirarle vi que era uno de los esclavos de la casa de mi padre, y con un gesto le indiqué que esperara a que finalizara la danza.

Cuando hubo terminado, y después del lánguido aplauso de los invitados, le indiqué al esclavo que se aproximara.

—¿Qué es lo que quiere mi padre de mí? —le pregunté.

—Mi nombre es Prisco —replicó—. Se trata de tu esposo; está enfermo. Tu padre va a salir en menos de una hora hacia Puteoli y te pide que le acompañes.

—¿Crees que es grave? —le pregunté.

Prisco asintió:

—Tu padre sale esta misma noche. Está preocupado.

Me volví y miré a mis amigos, que estaban tumbados plácida y alegremente en las suaves pendientes de hierba del jardín de Sempronio Graco. La cálida brisa de la primavera transportaba

hasta mis oídos el sonido de sus risas, más encantador y delicado que la música a cuyo son habían danzado. Le dije a Prisco:

—Regresa junto a mi padre y dile que me reuniré con mi esposo, pero que no me espere. Dile que me marcharé en cuanto pueda de aquí y que iré a reunirme con mi esposo por mis propios medios.

Prisco se mostró vacilante.

—Habla —le dije.

—Tu padre desea que vuelvas conmigo —respondió.

—Dile a mi padre que siempre he cumplido con mis obligaciones hacia mi esposo. No puedo irme ahora. Veré a mi esposo más tarde.

A continuación Prisco se marchó, y yo me puse a hablar con Sempronio Graco acerca de la noticia que acababa de recibir. Pero Ovidio se había colocado delante de mí y estaba ya recitando el poema que había escrito en mi honor. No podía interrumpirle.

Hubo un tiempo en que me sabía aquel poema de memoria. Ahora no puedo recordar ni una palabra de él; lo cual es extraño, pues era un poema bellísimo. Creo que jamás lo incluyó en ninguno de sus libros: dijo que era solo para mí, y que por tanto no debía pertenecer a nadie más.

No volví a ver a mi esposo. Para cuando mi padre llegó a Puteoli, estaba muerto. Los médicos jamás descubrieron realmente cuál había sido la causa, pero fue una muerte rápida y, espero, sin sufrimiento. Era un buen hombre y fue muy bondadoso conmigo, aunque creo que nunca supo que yo era consciente de ello. Y creo que mi padre jamás me perdonó por no haberle acompañado aquella noche.

Han sido las trufas... Aquella noche tomamos un manjar de trufas en la villa de Sempronio Graco. El sabor de ese pan negro me ha traído a la memoria el gusto a tierra de las trufas, que me ha hecho recordar la noche en que me quedé viuda por segunda vez.

V. Diario de Julia, Pandateria (4 d. C.)

Mi esposo murió en la noche de la fiesta de Sempronio Graco. Aunque me hubiera marchado, tal como mi padre deseaba, no habría llegado a verle con vida. Mi padre viajó durante toda la noche sin detenerse, y llegó a Puteoli al día siguiente para encontrarse con que su mejor amigo había muerto. Se dice que miró el cuerpo de mi esposo casi con frialdad y que permaneció en silencio durante largo tiempo. Después, con esa fría eficiencia tan característica de él, se dirigió a los afligidos ayudantes de Marco Agripa y les ordenó que prepararan el cuerpo para la procesión que habría de regresar a Roma. Envío un mensaje al Senado pidiendo que se encargaran de la organización, y, sin haber descansado, acompañó el cuerpo de Marco Agripa en su lenta y solemne marcha de regreso a Roma. Aquellos que le vieron entrar en la ciudad dijeron que, cuando apareció cojeando al frente de la procesión, su rostro parecía de piedra.

Yo, por supuesto, estuve presente en las exequias que se celebraron en el foro, en las que mi padre pronunció una oración fúnebre, y puedo dar fe de su frialdad en ese momento. Habló en presencia del cuerpo de Marco Agripa como si se tratara de un monumento más que de los restos de su amigo.

Pero también puedo dar fe de algo que el mundo no supo. Tras terminar la ceremonia mi

padre se retiró a sus aposentos en su casa privada del Palatino, y no quiso ver a nadie ni comió nada durante tres días. Cuando por fin salió, parecía muy avejentado y hablaba con una amabilidad indiferente que nunca antes había advertido. Algo había muerto en él al morir Marco Agripa. Nunca volvió a ser el mismo.

Mi esposo legó en perpetuidad a los ciudadanos de Roma los jardines que había adquirido durante sus años de mandato, los baños que mandó construir, y una cantidad suficiente de dinero para mantenerlos. Además legó a cada ciudadano cien monedas de plata, y le dejó a mi padre el resto de su fortuna a condición de que se empleara en beneficio de sus compatriotas.

Pensé de mí misma que era fría, pues no lloré por mi esposo. Más allá de las muestras obligadas de aflicción que exigía la costumbre, apenas sentí nada. Marco Agripa era un buen hombre, nunca me disgustó. Supongo que le tenía cariño. Pero no le lloré.

Yo contaba entonces veintisiete años. Había traído cuatro hijos al mundo y estaba esperando el quinto. Era viuda por segunda vez. Había sido esposa, diosa, y la segunda mujer más importante de Roma.

Si algo sentí a raíz de la muerte de mi esposo fue alivio.

Cuatro meses después de la muerte de Marco Agripa di a luz a mi quinto hijo. Fue un varón. Mi padre le dio el nombre de Agripa en honor a su padre, y dijo que le adoptaría cuando fuera mayor de edad. A mí me era indiferente: estaba feliz de verme libre de una vida que había sido para mí una prisión.

Pero no sería libre. Un año y cuatro meses después de la muerte de Marco Agripa, mi padre me prometió en matrimonio a Tiberio Claudio Nerón. Fue el único de mis esposos al que he odiado.

VI. Carta de Livia a Tiberio Claudio Nerón, en Panonia (12 a. C.)

Mi querido hijo, seguirás mis consejos en lo relativo a esta cuestión. Te divorciarás de Vipsania, tal como mi esposo ha ordenado, y te desposarás con Julia. Ya ha sido convenido, y ciertamente no sin mi intervención, así que si deseas enfadarte con alguien por este cambio de circunstancias, soy merecedora de una parte de tu ira.

Es cierto que mi esposo no ha querido honrarte con la adopción, y es cierto que no te aprecia. Es cierto que te ha enviado a sustituir a Agripa en Panonia solo porque no hay nadie más ahora mismo en quien pueda confiar el poder, es cierto que no tiene intención de dejar que le sucedas, y es cierto, como has dicho, que estás siendo utilizado. Pero no importa, porque si te niegas a permitir que se te utilice, no tendrás futuro, y todos los años que he pasado soñando con tu posible grandeza habrán sido en vano. Vivirás el resto de tu vida en la oscuridad, el deshonor y el desprecio.

Sé que lo único que mi esposo quiere es que actúes como padre putativo de sus nietos, y que espera poder formarles para que uno u otro puedan sucederle cuando alcancen la edad suficiente. Pero la salud de mi esposo nunca ha sido robusta, y no es posible saber cuánto tiempo más de vida le darán los dioses. Es posible que su sucesor seas tú, a pesar de sus deseos: posees el

nombre, eres mi hijo, e inevitablemente heredaré algo de poder en el triste caso de que mi esposo muriera.

Julia no te gusta, pero no importa. Tú no le gustas a Julia, pero tampoco importa. Tienes una obligación para contigo mismo, para con tu país y para con nuestro nombre.

A su debido tiempo te darás cuenta de que tenía su razón en esto, y a su debido tiempo se aplacará tu enfado. No te pongas a ti mismo en peligro dejándote llevar por tu impetuosidad. Nuestro futuro es más importante que nosotros mismos.

CAPÍTULO QUINTO

I. Diario de Julia, Pandateria (4 d. C.)

Conocía la fortaleza de Livia, y sabía que los planes de mi padre eran inevitables. La ambición de Livia con respecto a su hijo era lo más rotundo y excepcional que jamás he conocido: nunca he podido comprenderla, y creo que jamás podré. Ella era una Claudia, y el que fue su esposo antes que mi padre, cuyo nombre Tiberio heredó, había sido un Claudio. Quizás fuera el orgullo por tan antiguo nombre lo que la convenció de cuál había de ser el destino de Tiberio. Incluso he llegado a pensar que tal vez sintiera más afecto por su anterior marido que el que dejaba entrever, y que viera en su hijo el recuerdo de su padre. Era una mujer orgullosa, y he llegado a sospechar que quizás de forma inconsciente sentía que se había rebajado a sí misma aceptando en su lecho a mi padre, cuyo nombre en aquel tiempo no era tan distinguido como el suyo.

Mi padre había soñado que Marcelo, el hijo de su hermana, le sucedería, y en consecuencia me prometió a él en matrimonio. Pero Marcelo murió. Después soñó que le sucedería Agripa, o al menos que criaría a uno de mis hijos hasta que tuviera la madurez suficiente para sustituirle debidamente en sus funciones. Y Agripa murió siendo aún mis hijos muy pequeños. No quedaban más varones del linaje de los Octavios, y no había nadie más en quien pudiera confiar o sobre quien tuviera suficiente autoridad. Solo quedaba Tiberio, a quien detestaba pese a ser su hijastro.

Al poco tiempo de morir Marco Agripa, la inminencia de la suerte que me esperaba comenzó a actuar en mi interior como una herida infectada cuya existencia no quería admitir. Livia me sonreía complaciente como si compartiéramos un secreto, y no fue hasta que me hallaba cerca del final del año de luto que mi padre me hizo llamar para decirme lo que yo ya sabía.

Me recibió él mismo en la puerta, ordenando a los sirvientes que me habían acompañado que se marcharan. Recuerdo el silencio que reinaba en la casa; era el comienzo de la tarde, pero no parecía haber nadie más por ahí a excepción de mi padre.

Atravesando el jardín me condujo hasta la pequeña estancia contigua a su dormitorio que empleaba como despacho. Había muy pocos muebles: una mesa, una banqueta y un único sofá. Nos sentamos y hablamos durante un tiempo. Me preguntó acerca de la salud de mis hijos y se quejó de que no se los llevaba con suficiente frecuencia. Hablamos de Marco Agripa, y me preguntó si aún le lloraba. No respondí. Hubo un silencio.

Pregunté:

—Es Tiberio ¿verdad?

Me miró. Inhaló profundamente, exhaló, y miró hacia el suelo, asintiendo.

—Es Tiberio.

Yo sabía que tenía que ser así, y lo había sabido todo el tiempo, y sin embargo una sensación de horror recorrió mi cuerpo.

Le dije:

—Te he obedecido en todo desde que puedo recordar, como era mi obligación. Pero en esto estoy a punto de desobedecerte.

Mi padre permaneció en silencio. Le dije:

—En una ocasión me pediste que comparara a Marco Agripa con algunos de mis amigos, que no te agradaban. Aunque hablaba en broma hice la comparación, y sin duda sabes cuál fue el resultado. Ahora te pido que compares tú a Tiberio con mi difunto esposo y te preguntes cómo voy a poder soportar semejante matrimonio.

Mi padre alzó las manos como si se defendiera de un golpe, pero siguió sin hablar. Añadí:

—Mi vida ha estado al servicio de tu política, de nuestra familia y de Roma. No sé qué otra cosa podía haber hecho. Quizás podía no haber hecho nada. Quizás... —ya no sabía qué decir—: ¿Debo continuar? ¿Por qué no me dejas que descanse? ¿Debo dar mi vida?

—Sí —respondió mi padre sin mirarme tampoco entonces—. Debes dar tu vida.

—Entonces tiene que ser Tiberio.

—Tiene que ser Tiberio —afirmó.

—Sabes que es un ser cruel —le dije.

—Lo sé —respondió mi padre—. Pero también sé que tú eres mi hija, y que Tiberio no se atreverá a hacerte daño. Hallarás una vida al margen de tu matrimonio, y con el tiempo te acostumbrarás a ella. Todos acabamos acostumbrándonos a nuestra vida.

—¿No queda otro remedio? —pregunté.

Mi padre se incorporó de la banqueta en la que estaba sentado y comenzó a caminar de un lado a otro con impaciencia. Advertí que su cojera era más pronunciada.

—Si hubiera otro remedio —dijo al fin—, recurriría a él. Desde la muerte de Marco Agripa ha habido tres conspiraciones en mi contra, absurdas y mal planificadas, y por tanto fáciles de descubrir y de abortar. He logrado mantenerlas en silencio, pero habrá más. —Con el puño cerrado golpeó suavemente la palma abierta de su otra mano tres veces—: Habrá más. Las viejas familias no olvidarán que quien les gobierna ahora es un advenedizo. No perdonarán su nombre ni su poder. Y Tiberio...

—Tiberio es un Claudio —proseguí.

—Sí. Tu matrimonio con él no garantizará la seguridad de mi posición, pero ayudará. La nobleza será algo menos peligrosa si creen que uno de los suyos, alguien que lleva sangre Claudia, puede sucederme. Al menos les dará la posibilidad de ser pacientes.

—¿Creerán que vas a nombrar a Tiberio sucesor?

—No —dijo mi padre en voz baja—. Pero creerán que nombraré a un nieto Claudio como sucesor.

Si bien hasta ese momento había aceptado la idea de ese matrimonio como algo inevitable, no lo había aceptado como una realidad.

Dije:

—Así que de nuevo voy a ser un útero al servicio de Roma.

—Si se tratara solo de mí, no te lo pediría. —Me dio la espalda, de manera que no podía ver su rostro—: No permitiría que te casaras con un hombre así. Pero no se trata solo de mí, eso lo sabes desde el principio.

—Sí —respondí—. Lo sé perfectamente.

Mi padre hablaba como si lo hiciera consigo mismo:

—El padre de tus hijos era un buen hombre; eso te consolará. Recordarás a tu esposo a través de tus hijos.

Hablamos de más cosas durante esa tarde, pero no puedo recordar lo que se dijo. Supongo que caí en una especie de estupor, porque no recuerdo haber sentido nada después de aquel acceso inicial de amargura. Sin embargo, no despreciaba a mi padre por hacer lo que debía: creo que yo habría hecho lo mismo de hallarme en su posición.

No obstante, cuando llegó el momento de marcharme le hice a mi padre una pregunta. Y no lo hice con disgusto ni con amargura, ni tan siquiera con pena de mí misma.

—Padre —pregunté—, ¿ha merecido la pena? Quiero decir, el poder, esta Roma a la que has salvado, esta Roma que has construido... ¿Ha merecido la pena todo lo que has tenido que hacer?

Mi padre me miró durante un largo tiempo, y después desvió la mirada.

—Debo creer que sí —dijo—. Los dos debemos creer que sí.

Tenía veintiocho años cuando me casé con Tiberio Claudio Nerón. Antes de transcurrido un año había cumplido con mi obligación, trayendo al mundo a un niño que llevaba sangre Claudia y Julia. Fue una obligación difícil de cumplir tanto para Tiberio como para mí. Pero resultó que hasta esa dificultad había sido en vano, pues el bebé, un niño, murió a la semana de haber nacido. A partir de entonces, Tiberio y yo vivimos separados: él pasaba gran parte del tiempo en el extranjero, y yo descubrí de nuevo cómo vivir en Roma.

II. Carta de Publio Ovidio Nasón a Sexto Propertio (10 a. C.)

¿Por qué te escribo acerca de este lugar al que me has dejado claro que no tienes intención de regresar y por el que me aseguras que no sientes el más mínimo interés? ¿Será que desconfío de tu decisión? ¿O será que simplemente albergo la esperanza (no dudo que vana) de cambiarla? Durante los cinco o seis años que llevas ausente de nuestra ciudad no nos has escrito ni una sola vez, y aunque aseguras estar feliz con el encanto rural de Asís y rodeado de tus libros, me resulta difícil creer que hayas renunciado a la musa a la que en su día rendiste tan buen servicio. Te está aguardando en Roma, y espero que regreses a ella.

La estación ha sido tranquila. Una mujer encantadora (cuyo nombre conoces, pero que no mencionaré) lleva más de un año ausente de nuestras reuniones, en detrimento de nuestra alegría. Habiendo enviudado joven, se la convenció de volver a casarse, y todos sabemos que ese nuevo matrimonio le ha causado una gran infelicidad. Pese a que su esposo es un hombre importante, es el ser más adusto y menos afable que puedas imaginarte: es incapaz de apreciar la felicidad y no puede soportarla en los demás. Es relativamente joven —treinta y dos o treinta y tres— y, sin

embargo, de no ser por su aspecto se pensaría que es un viejo debido a su carácter gruñón e irascible. Supongo que es el tipo de hombre que abundaba en Roma hace cincuenta o sesenta años; muchas de las «antiguas familias» le adoran simplemente por eso. Sin duda es un hombre de principios; no obstante, la experiencia me ha enseñado que unos principios firmes y una disposición amarga pueden dar como resultado una moralidad cruel e inhumana, pues le permite a uno justificar cualquier cosa a la que esa disposición le conduzca.

Pero hay esperanzas para el futuro. La mujer de la que te hablo recientemente dio a luz a un hijo que murió a la semana de haber nacido, y su esposo, según se cuenta, estará ausente de Roma despachando ciertos asuntos en las fronteras del norte, así que es posible que de nuevo contemos entre nosotros con la presencia de esa mujer cuyo ingenio, alegría y humanidad pueden rescatar a Roma de la tediosa hipocresía de su pasado.

Mi querido Sexto, no te someteré a una de mis disquisiciones, pero me parece cada vez más cierto, a medida que pasan los años, que las antiguas virtudes de las que el romano declara estar tan orgulloso y en las que según manifiesta se funda la grandeza del Imperio... esas virtudes del rango, el prestigio, el honor, el deber y la piedad, lo único que han hecho ha sido despojar a los hombres de su humanidad. Gracias a la labor de Octavio, Roma es ahora la ciudad más bella del mundo. ¿Por qué no van a disfrutar sus ciudadanos, llevados por los deseos de su corazón, de esa misma belleza y elegancia desconocidas hasta ahora?

III. Carta de Cneo Calpurnio Pisón a Tiberio Claudio Nerón, en Panonia (9 a. C.)

Mi querido amigo, te adjunto los informes que me pedías. Proviene de distintas fuentes, que por el momento no nombraré por si otros ojos que no fueran los tuyos vieran esta carta. En algunos casos he copiado el informe al pie de la letra, en otros lo he resumido, pero en cualquier caso la información está, y puedes tener la certeza de que los documentos originales se hallan a salvo en mi poder en caso de que más adelante desearas emplearlos.

Los informes se refieren a un periodo de un mes, noviembre. El tercer día de este mes, entre las diez y las once de la mañana, llegó a la residencia de la mujer una litera que portaban los esclavos de Sempronio Graco. Era evidente que se esperaba su llegada, pues la mujer salió enseguida de su casa para ser conducida a través de la ciudad a la villa de Sempronio Graco, donde se había reunido un gran grupo de personas. Durante el banquete la mujer compartió el sofá con Graco, y al parecer mantuvieron una conversación larga e íntima. No dispongo de información acerca de su contenido. Se consumió una gran cantidad de vino, de modo que al final del banquete muchos de los invitados estaban más contentos de lo normal. Para entretenerlos, Ovidio leyó uno de sus poemas apto para la ocasión; es decir, subido de tono e inadecuado. Tras esta lectura un grupo de actores representó «La mujer adúltera», solo que en una versión más procaz de lo habitual, y después hubo música. Llegado un punto de la función musical, los asistentes comenzaron a abandonar el salón, entre ellos la mujer en cuestión y Sempronio Graco. No se volvió a ver a la mujer hasta casi el amanecer, cuando volvió a montarse en la litera que la había estado esperando a la puerta de la residencia de Sempronio Graco. Desde allí fue conducida hasta su casa.

Dos días antes de los Idus de este mes, la mujer congregó en su casa a un grupo de amigos.

Entre los invitados varones se hallaban Sempronio Graco, Quinto Crispino, Apio Claudio Pulcro y Cornelio Escipión. Había también otros invitados de menor importancia como el poeta Ovidio y el griego Demóstenes, hijo del actor que recientemente se ha convertido en ciudadano romano. Antes de las diez ya habían comenzado a beber, y continuaron hasta muy entrada la noche. Algunos invitados se marcharon a primera hora de la madrugada, pero muchos otros se quedaron, y los que lo hicieron, liderados por la mujer, dejaron las estancias y los jardines y se adentraron en la ciudad en sus literas, hasta detenerse entre los paseos y los edificios del foro. Aunque el foro estaba casi desierto a esas horas, unos cuantos paisanos, comerciantes y policías vieron al grupo, y se les podría convencer de que testificaran si fuera necesario. Continuaron bebiendo vino, y el tal Demóstenes, el hijo del actor, para entretener a los asistentes pronunció un discurso en tono de mofa desde el estrado situado junto al edificio del Senado. Fue algo improvisado, de modo que no hay copia, pero al parecer se burlaba de los discursos que el Emperador ha pronunciado tantas veces desde ese mismo lugar. Después del discurso, el grupo se dispersó, y la mujer regresó a su domicilio acompañada de Sempronio Graco. Estaba a punto de amanecer.

Durante los seis días siguientes no ocurrió nada indecoroso en la vida de la mujer. Asistió a un banquete oficial en casa de sus padres; asistió con su madre al teatro, sentándose junto a las cuatro Vírgenes Vestales más ancianas; asistió a los Juegos Plebeyos, que presenció con ademán circunspecto desde el estrado, acompañada de su padre y unos amigos entre los que figuraban el cónsul del año, Quinto Crispino, y el procónsul Julio Antonio.

El cuarto día después de los Idus asistió como invitada de honor a la villa de Quinto Crispino en Tívoli. La acompañaron en el viaje a Tívoli Sempronio Graco, Apio Claudio Pulcro y un séquito de sirvientes. Dado que el tiempo era bueno, las funciones tuvieron lugar al aire libre y continuaron hasta la madrugada. Había mucho vino, había bailarines y bailarinas (que no se limitaron a actuar en el escenario sino que bailaban desnudos, entre los invitados que paseaban por la casa) y músicos que interpretaban piezas griegas y de las tierras del Este. En un momento dado, una serie de invitados, tanto varones como hembras y entre ellos la mujer, se zambulleron en la piscina, y aunque la luz de las antorchas era tenue, podía apreciarse que se habían despojado de sus ropas y que nadaban juntos sin ningún reparo. Después de nadar, se vio a la mujer alejarse hacia la zona boscosa del jardín con Demóstenes el griego, y no regresaron hasta varias horas más tarde. La mujer permaneció en la villa de Quinto Crispino durante tres días, y cada una de las noches transcurrió de forma parecida a la anterior.

Confío, mi amigo Tiberio, en que este informe te sea de utilidad. Continuaré recabando la información que me pides del modo más discreto posible. Y puedes contar conmigo, pase lo que pase.

IV. Carta de Livia a Tiberio Claudio Nerón, en Panonia (9 a. C.)

Me obedecerás en esto, y lo harás de inmediato. Destruirás todas las «pruebas» que tan cuidadosamente has reunido, e informarás a tu amigo Calpurnio de que no realice más investigaciones de este tipo en tu nombre.

¿Puedo preguntarte qué te proponías hacer con estas «pruebas»? ¿Pretendes quizás

emplearlas para divorciarte? Y si así fuera, ¿es la causa el que se haya mancillado tu «honor»? ¿o crees que con este divorcio favorecerás nuestra causa? Sea lo que sea, estás equivocado, y gravemente. Tu «honor» no se verá mancillado mientras permanezcas en el extranjero, pues para todo el mundo estará claro que tu mujer no se halla bajo tu control en tales circunstancias, y en especial porque estás sirviendo a tu nación y a tu emperador. Si por otra parte se hace público que has estado recopilando «pruebas» y reteniéndolas hasta el momento propicio, quedarás como un idiota y perderás toda la honra que hayas podido merecer. Y si crees que insistir en el divorcio te beneficiará, te equivocas de nuevo. Una vez des ese paso, perderás toda conexión con ese poder que ambos hemos soñado. Lograrás quizás que tu esposa caiga en desgracia, pero no ganarás nada con ello: habrás destruido los cimientos que hemos levantado.

Es cierto que por el momento parece no haber ninguna oportunidad de que nuestros deseos se cumplan, y que en este momento, hasta Julio Antonio, el hijo del antiguo enemigo de mi esposo, tiene ventaja sobre ti y se halla tan próximo al poder como lo estás tú. Pero tú posees un nombre. Mi esposo ya es mayor, y no sabemos lo que el futuro nos deparará. Nuestra arma ha de ser la paciencia.

Sé que tu esposa es adúltera, y es probable que mi esposo también lo sepa. Sin embargo, si invocas las leyes que él mismo ha promulgado y le obligas a castigar a su hija con ellas, nunca te perdonará, y más te habría valido entonces no haber sacrificado tu vida personal para empezar.

Debemos aguardar a que llegue nuestro momento. Si Julia decide arruinar su vida, que lo haga ella sola; tú no debes involucrarte en modo alguno, y solo podrás mantenerte alejado permaneciendo en el extranjero. Te insto a que prolongues tus asuntos en Panonia tanto como te sea posible. Mientras estés alejado de tu casa y lejos de Roma, nuestra causa permanecerá viva.

V. Carta de Marcela a Julia (8 a. C.)

Querida Julia, por favor ven a nuestra casa el próximo miércoles a cenar y a presenciar un espectáculo sencillo después. Se hallarán presentes algunos de tus amigos —nuestros también, permíteme decir—: Quinto Crispino, claro, y tal vez otros. Y huelga decir que puedes traer a quien quieras.

Me siento tan feliz de que seamos amigas de nuevo después de tanto tiempo. A menudo recuerdo nuestra infancia, y lo hago con tanto cariño... ¡Cuántos niños! ¡Y cuántos juegos! Tú y el pobre Marcelo, y Druso, y Tiberio (¡perdona!), y mis hermanas... ni siquiera puedo recordarlos a todos. ¿Recuerdas que incluso Julio Antonio vivió con nosotros una temporada, después de la muerte de su padre? Mi madre se ocupó de él mientras que era pequeño, pese a que no era su propio hijo. Y ahora Julio es mi esposo. ¡Qué mundo tan extraño! Tenemos tantos recuerdos en común.

Oh, querida mía, sé que fui yo quien causó nuestro alejamiento. Pero se me hizo muy difícil cuando mi tío (¡tu padre!) obligó a Marco Agripa a divorciarse de mí para casarse contigo. Sé que tú no tuviste nada que ver en ello, pero yo era joven entonces y pensé que nunca tendría un marido tan importante como Marco. Y lo cierto es que estaba resentida contigo, aunque sabía que no era culpa tuya. Al final todo sucede para bien, siempre lo he creído, y quizás el tío Octavio sea más sabio de lo que pensamos. Soy muy feliz con Julio. A decir verdad, Julia, me

gusta más que Marco Agripa: es más joven y más guapo, y es tan importante como lo era Marco o lo será, estoy segura. Parece que mi tío le aprecia mucho.

Empiezo a hablar y no termino, ¿verdad? Sigo siendo una charlatana: no cambiamos demasiado con el paso de los años, ¿no crees? Espero no haberte ofendido con nada de lo que he dicho. Puede que no sea más sabia de lo que era antes, pero soy mayor y he aprendido que es ridículo que las mujeres rivalicen por causa de sus matrimonios. En realidad no tienen nada que ver con nosotras, ¿no es cierto? Al menos así me lo parece.

Has de venir a nuestra fiesta. Todo el mundo se sentirá decepcionado si no lo haces. ¿Quieres que envíe a uno de mis sirvientes a recogerte o prefieres venir por tu cuenta? Dímelo, por favor.

Y trae contigo a quien quieras. Aunque habrá gente muy interesante aquí. Comprendemos tu situación perfectamente.

VI. Carta de Cneo Calpurnio Pisón a Tiberio Claudio Nerón, en Germania (8 a. C.)

Me apresuro a escribirte, amigo mío, antes de que recibas las noticias de otras fuentes y actúes sin contar con el conocimiento que ha de regir cualquier acción. He hablado con tu madre, y a pesar de nuestro reciente desacuerdo acerca de los «informes» que te he estado enviando, creo que estamos totalmente de acuerdo sobre lo que deberías hacer ahora. Debes entender que tu madre no puede hablar directamente: no va a traicionar la confianza de su esposo, ni va a recomendar que se haga en secreto lo que ella no podría hacer abiertamente.

Dentro de unos días recibirás un mensaje de tu padre adoptivo en el que se te ofrecerá el consulado para el año próximo. Te complacerá saber que también van a ofrecérmelo a mí. En tiempos normales, y en circunstancias normales, podría considerarse un triunfo, pero ni los tiempos ni las circunstancias son normales, por lo que es esencial actúes con la mayor precaución.

Es evidente que debes aceptar el consulado: sería impensable que lo rechazaras, además de desastroso para cualquier ambición futura que puedas albergar.

Pero no debes quedarte en Roma. La intención de tu padrastro, por supuesto, es que lo hagas. Pero no debes hacerlo. Antes de abandonar Germania para venir a la ceremonia de inicio del mismo, deberás arreglar tus asuntos de manera que sea totalmente necesario que regreses lo antes posible. Si no tienes a nadie en quien confiar, deberás poner deliberadamente a tus ejércitos en una situación de peligro con el fin de tener que regresar para remediarlo. Estoy seguro de que se te ocurrirá algo.

Voy a intentar explicarte ahora las razones que justifican este aparentemente extraño camino que debes tomar.

Tu esposa continúa llevando la misma vida que ha llevado durante más de un año. No oculta el desdén que siente hacia vuestro matrimonio, ni lo poco que le importa tu reputación. Su padre debe de saber algo acerca de su conducta, pero no hace nada por impedirla, no sé si por razones políticas, por afecto o porque prefiere no ver. A pesar de esas leyes sobre el matrimonio —o quizá porque fue el propio emperador quien las promulgó— nadie se atreve a informar públicamente de la situación. Todo el mundo sabe que las leyes no se están obedeciendo y que

sería inoportuno insistir en su cumplimiento ahora, en especial porque hacerlo afectaría a una persona tan poderosa y popular como tu esposa.

Porque es poderosa, y es popular. Sea de forma deliberada o por accidente (y sospecho que es más lo primero) ha congregado en su círculo a algunos de los jóvenes más influyentes de Roma. Y ahí es donde reside el peligro.

Aquellos con los que ahora se relaciona, con frecuencia y de forma íntima, son tus enemigos más peligrosos, y el hecho de que sean también detractores del emperador no disminuye la amenaza que suponen para ti. De hecho la aumenta.

Como bien sabes, el poder que posees reside en tus seguidores, en su mayoría familias como la mía, que son (en palabras de tu padrastro) los «viejos republicanos». Somos los ricos, tenemos linaje y nos unen vínculos estrechos, aunque durante treinta años han restringido nuestro poder.

Me temo que el Emperador quiere que regreses para utilizarte a modo de amortiguador entre las banderías: la suya propia, y la de los jóvenes, que sienten una predilección especial por Julia.

Si regresas y permites que te sitúe entre ellos, simplemente te devorarán. Y tu padrastro se habrá librado de un peligroso rival sin tan siquiera levantar la mano. Y lo que es más importante, habrá desacreditado a toda una bandería sin haber levantado la otra. Pues mientras que el bando de los jóvenes simpatice con su hija, sabe que el peligro al que se enfrenta es insignificante.

Pero a ti te destruirán.

Considera las posibilidades.

Primero. Bajo nuestro liderazgo, los Claudios y sus seguidores pueden acumular el poder suficiente como para reconducir el Imperio al camino en que se encontraba antaño y restituir los valores e ideales de aquellos días. Aunque es improbable, admito que es posible. Pero incluso aunque fuéramos capaces de lograrlo, lo más seguro es que tanto los seguidores de tu padrastro como los jóvenes se aliarían en contra nuestra. Y creo que las consecuencias de una alianza semejante nos harían temblar a ambos.

Segundo. Si te quedas en Roma, tu esposa continuará desacreditándote. Sea deliberadamente o por capricho, no importa: lo hará. Es evidente que piensa que su poder proviene del Emperador, y no de tu nombre o posición. Es la hija del Emperador. No tienes nada que hacer frente a su voluntad, y quedarías como un idiota si intentaras oponerte a su voluntad y no lo consiguieras.

Tercero. La vida disipada y autocomplaciente que lleva es continuamente motivo de murmuraciones, tanto entre tus amigos como entre tus enemigos. Si decidieras condenar esa vida suya e insistieras en el divorcio, sería un escándalo para los Octavios, no hay duda de ello, pero también te granjearía el eterno desprecio del Emperador y de aquellos que lo apoyan. Si no te manifiestas en contra de su conducta, pensarán que eres un pusilánime, e incluso puede que te acusen de ser cómplice de sus actividades ilícitas.

No, mi querido Tiberio, no debes regresar a Roma con intención de quedarte mientras las cosas sigan como están. Es una suerte que yo haya sido nombrado tu compañero en el consulado. Puedes estar seguro de que protegeré tus intereses durante tu ausencia. Lo irónico es que, sin ser digno de ello, pueda hacerlo con más eficacia y seguridad que tú, lo cual es un triste indicio del curso que han tomado nuestras vidas.

Tu madre te envía su afecto. No te escribiré hasta que hayas recibido el mensaje del Emperador. Aunque ella no lo dice, tengo buenas razones para pensar que está de acuerdo

conmigo en este consejo de máxima urgencia que te doy.

VII. Carta de Nicolás de Damasco a Estrabón de Amasia (7 a. C.)

Durante los últimos catorce años he vivido feliz en Roma, primero al servicio de Herodes y Octavio César, y después solo como amigo de Octavio César y a su servicio. Como habrás podido deducir de mis cartas, había comenzado a sentir esta ciudad como mi hogar. He roto la mayoría de los vínculos que mantenía con el extranjero, y desde que mis padres murieron no he sentido ningún deseo o necesidad de regresar a la tierra en la que nací.

Pero en pocos días cumpliré cincuenta y siete años, y desde los últimos meses —o puede que sea algo más— me invade un sentimiento cada vez más profundo de que este no es mi hogar. He llegado a sentirme como un extraño en esta ciudad, que tan amable ha sido conmigo y en la que tan próximo he estado a alguno de los hombres más excelsos de nuestro tiempo.

Tal vez me equivoco, pero tengo la impresión de que hay en Roma un cierto aire de desasosiego. Y no es esa desazón indeterminada que tú debiste de conocer en los primeros tiempos del reinado de Octavio César, ni la agitada emoción que me invadió cuando llegué por vez primera hace catorce años.

Octavio César ha traído paz a esta tierra: los romanos no han vuelto a combatir entre sí desde Actium. Ha traído prosperidad al campo y a la ciudad: ni siquiera los más pobres carecen de alimento en la ciudad, y los habitantes de las provincias prosperan merced a la beneficencia de Roma y de Octavio César. Ha traído la libertad al pueblo: el esclavo ya no tiene que temer la crueldad arbitraria de su señor, ni el pobre la venalidad del rico, ni el orador responsable, las consecuencias de sus palabras.

Así todo, hay algo desagradable en el ambiente, que me temo no augura nada bueno para el futuro de la ciudad, el Imperio y el reino de Octavio César. Las banderías se enfrentan unas a otras, los rumores abundan, y nadie parece satisfecho de vivir en la comodidad y la dignidad que su Emperador ha hecho posible. Es un pueblo fuera de lo común... Es como si no pudieran soportar la seguridad, la paz y la comodidad.

De modo que voy a dejar Roma, la ciudad que durante tantos deliciosos años ha sido mi hogar. Regresaré a Damasco, para vivir el resto de mis días en la compañía de mis libros y de las palabras que escriba. Dejaré Roma con dolor y con amor, pero sin despecho, reproches ni desilusión. Y me doy cuenta, conforme escribo estas palabras, de que lo que en realidad estoy diciendo es que voy a dejar a mi amigo Octavio César, con esos mismos sentimientos. Pues Octavio César es Roma, y esa es, quizás, la tragedia de su vida.

Oh, Estrabón, a decir verdad, creo que su vida ha terminado: en estos últimos años ha soportado más de lo que un hombre puede soportar. En su rostro se dibuja esa serenidad inhumana del que, sabiendo que su vida ha terminado, solo aguarda ya la corrupción de la carne que denota ese final.

Jamás he conocido un hombre para quien la amistad significara tanto, y me refiero a un tipo concreto de amistad. Sus amigos verdaderos han sido aquellos a quienes conoció siendo joven, antes de que alcanzara el poder que ahora posee. Supongo que cuando uno es poderoso solo

puede confiar en aquellos a quienes conocía y en quienes podía confiar antes de serlo. O puede que el motivo sea otro... Y ahora está solo. No tiene a nadie.

Hace cinco años su amigo Marco Agripa, a quien convirtió en su yerno, murió en la soledad de su regreso a Italia desde tierras extranjeras sin que Octavio César pudiera siquiera despedirse de él. Al año siguiente, aquella buena mujer, su hermana Octavia, murió en el amargo aislamiento que ella misma había escogido, lejos de la ciudad y de su hermano, en una sencilla granja de Velletri. Y ahora el último de sus amigos íntimos, Mecenas, ha muerto, y Octavio César está solo. Ninguno de sus compañeros de juventud vive ya, y por tanto no hay nadie en quien sienta que puede confiar, nadie con quien pueda hablar de esas cosas que verdaderamente le importan.

Vi al emperador la semana después de morir Mecenas. Me hallaba en el campo cuando ocurrió el triste suceso, y me apresuré a regresar tan pronto como recibí la noticia. Traté de ofrecerle mi consuelo.

Me miró con esos claros ojos azules, tan asombrosamente jóvenes aún, que iluminan su ajado rostro. En sus labios se dibujaba una leve sonrisa.

—Bueno, nuestra comedia casi toca a su fin —dijo—. Pero una comedia puede ser muy triste.

No supe qué decir.

—Mecenas —comencé—. Mecenas...

—¿Le conocías bien? —preguntó Octavio.

—Le conocía —respondí—, pero no creo que bien.

—Pocas personas le conocían bien —dijo—. No era del agrado de muchos. Pero hubo un tiempo en que éramos jóvenes (Marco Agripa también lo era), y en que éramos amigos y sabíamos que lo seríamos durante toda la vida. Agripa, Mecenas, Salvidieno Rufo y yo. Salvidieno también está muerto, pero murió hace mucho tiempo. Puede que muriéramos todos entonces, cuando éramos jóvenes.

Me alarmé porque jamás había oído hablar a mi amigo de forma tan incoherente. Le dije:

—Estás consternado. Ha sido una gran pérdida.

—Estaba a su lado cuando murió —dijo—. Y nuestro amigo Horacio también. Murió muy tranquilo, y estuvo consciente hasta el final. Hablamos de los viejos tiempos que pasamos juntos. Me pidió que velara por el bienestar de Horacio, y dijo que los poetas tienen cosas más importantes que hacer que ocuparse de sí mismos. Creo que Horacio lloró y se dio la vuelta. A continuación Mecenas dijo que estaba cansado, y murió.

—Puede que estuviera cansado.

—Sí, estaba cansado —dijo.

Se hizo un silencio entre nosotros, tras el cual Octavio añadió:

—Muy pronto habrá otra muerte. La de otro que está cansado.

—Querido amigo... —le dije.

Agitó la cabeza, sonriendo aún.

—No me refiero a mí —dijo—, los Dioses no serán tan amables de llevarme. Me refiero a Horacio. Vi la expresión en su rostro después. Virgilio, y después Mecenas, dijo Horacio. Después me recordó que en una ocasión, hace muchos años, en un poema en el que se burlaba con afecto de las enfermedades de Mecenas, le decía a Mecenas... a ver si consigo acordarme...:

«La tierra nos cubrirá a los dos en el mismo día. Presto el juramento del soldado: contigo a la cabeza, marcharemos juntos, preparados los dos para recorrer con esfuerzo, como amigos inseparables, ese duro camino en el que terminan todos los caminos». No creo que Horacio le sobreviva por muchos meses. No lo desea.

—Horacio... —dije.

—Mecenas era un mal escritor —dijo Octavio—. Siempre solía decírselo.

No pude consolarle. Dos meses más tarde Horacio murió. Un sirviente encontró su cuerpo una mañana, en su pequeña casa próxima al Digentia. Su rostro irradiaba paz, como si solo estuviera dormido. Octavio hizo enterrar sus cenizas junto a las de Mecenas, en el extremo más alejado del Esquilino.

La única persona a la que ama que permanece con vida es su hija. Y temo por ese afecto, que me desespera enormemente. Pues a su hija parece importarle cada vez menos su posición: su esposo se niega a vivir con ella y permanece en el extranjero pese a ser cónsul del año.

No creo que Roma sea capaz de soportar la muerte de Octavio César, y no creo que Octavio César sea capaz de soportar la muerte de su alma.

VIII. Diario de Julia, Pandateria (4 d. C.)

El modo de vida que llevaba en Roma era casi de entera libertad. Tiberio estaba en el extranjero, e incluso pasó el año de su consulado en Germania organizando los puestos de avanzada frente a las incursiones de las tribus bárbaras. En las pocas ocasiones que tuvo que regresar a Roma me visitaba por compromiso, y enseguida hallaba una excusa para irse.

El año después de su consulado, mi padre, por propia iniciativa dispuso que un sustituto le relevara en la frontera germana, y ordenó a mi esposo que regresara a Roma para cumplir con sus funciones. Y Tiberio se negó. Creo que fue el gesto más admirable que había tenido jamás, y casi le respeté por su valentía.

Escribió a mi padre para decirle que no deseaba llevar una vida pública y manifestando su deseo de retirarse a la Isla de Rodas para consagrar el resto de su vida al estudio de la literatura y la filosofía. Mi padre fingió que se enojaba, pero creo que en realidad estaba contento: se dio cuenta de que Tiberio Claudio Nerón había cumplido su función.

A menudo me he preguntado cómo habría sido mi vida si esa hubiera sido realmente la intención de mi esposo.

CAPÍTULO SEXTO

I. Carta de Cneo Calpurnio Pisón a Tiberio Claudio Nerón, en Rodas (4 a. C.)

Mi querido Tiberio, tu ausencia es lamentada por tus amigos de Roma, ciudad que parece satisfecha en su propio estancamiento. No obstante, puede que en estos momentos ese estancamiento sea favorable. No hay ninguna noticia del pasado año que pueda afectar de forma sustancial a nuestro futuro, y eso, supongo, en los tiempos que corren es lo mejor que cabe esperar.

Herodes el judío ha muerto al fin, y quizás sea lo mejor para todos. Sin duda durante los últimos años de su vida se volvió loco, y cada vez lo estaba más. Me consta que el Emperador no se fiaba de él, y puede incluso que estuviera pensando en derrocarlo, lo cual, claro está, de haber terminado en una guerra habría unido al pueblo en apoyo del Emperador más que ninguna otra circunstancia. Tan solo unos días antes de morir, Herodes mandó ejecutar a uno de sus hijos porque sospechaba que estaba conspirando en su contra. Esto dio pie a una de esas ironías del Emperador: «Preferiría ser el cerdo de Herodes que su hijo», dijo. En cualquier caso le ha sucedido otro de sus hijos, que ha intentado un acercamiento sincero a Roma. De modo que la posibilidad de una expedición armada parece remota en este momento.

Casualmente, un tiempo antes de morir Herodes se marchó de Roma Nicolás de Damasco, ese desagradable enano por el cual el Emperador ha sentido siempre tanto afecto. Tal vez parezca un detalle trivial e insignificante, y sin embargo creo que incide de algún modo en nuestro futuro, ya que esta marcha ha entristecido al Emperador mucho más de lo que sería razonable esperar. Todos sus amigos íntimos de antaño se han ido ya, y parece que a medida que transcurren los meses se va tornando más amargo y huraño. Y, claro está, cuando eso ocurre, el poder y la autoridad inevitablemente se van debilitando.

Y su poder parece, en efecto, estar mermando, aunque de un modo que no es lo bastante llamativo como para suscitar esperanzas imprudentes. Por ejemplo, este año, a pesar del clamor del Senado, se negó a aceptar su decimotercer consulado, alegando como motivo la salud y el cansancio. Cuando hubo quedado claro que su decisión era firme, el Senado le preguntó a quién deseaba designar en su lugar... ¡y nombró a Cayo Calvisio Sabino! ¿Recuerdas el nombre? Es un viejo partidario de César, más viejo incluso que el propio Emperador. Fue cónsul en una ocasión bajo el triunvirato, hace unos treinta y cinco años, y sirvió a las órdenes del Emperador y de Marco Agripa en las batallas navales contra Sexto Pompeyo. El otro cónsul es un tal Lucio Pasieno Rufo (¿te imaginas a alguien con un nombre tan poco distinguido en el cargo de

cónsul?); puede que hayas oído hablar de él o puede que no. Es uno de los «nuevos hombres», de modo que desconozco su grado de lealtad a la familia del Emperador. Sospecho que apoyará al gobierno con independencia de quién se halle en el poder. Así que el consulado de este año no anuncia ninguna consolidación importante que pudiera obstaculizar tu futuro acceso al poder. ¡Uno que está senil, y el otro que carece de nombre!

Más deprimente aún (aunque sabíamos que algún día llegarían) fueron las ceremonias de iniciación en la vida adulta de tus hijos adoptivos, celebradas por el Emperador. Pese a que ninguno de los dos ha cumplido aún los dieciséis años, Cayo y Lucio son ya ciudadanos romanos, visten la toga del adulto, y no dudo que a la primera oportunidad el Emperador les otorgue a cada uno de ellos cuando menos el mando simbólico de un ejército. Afortunadamente, por el momento no se atreverá a hacer mucho más que eso, y nadie sabe lo que deparará el futuro. Va a asegurarse de que aun muerto, su viejo amigo Marco Agripa sea el protagonista de todo, aunque sea a través de sus hijos.

Creo que no debemos preocuparnos por nada de esto, mi querido Tiberio. Gran parte de ello nos lo esperábamos, y lo cierto es que aquello que no nos esperábamos no nos perjudica en absoluto.

Pero me temo que las observaciones que voy a hacerte a continuación sí puedan ser motivo de preocupación. Como habrás podido imaginar, se refieren a las actividades recientes de tu esposa.

Los escándalos en torno a tu esposa han remitido en cierta medida, y ello se debe a varios motivos. Primero, que el público se está habituando a su comportamiento. Segundo, que lo que a menudo se ha definido como su alegría y encanto contagiosos han logrado suavizar en gran medida la opinión acerca de ella. Tercero, que su popularidad entre los jóvenes parece estar aumentando en lugar de disminuir. Y por último (y este es, por razones que en breve explicaré, el motivo más ominoso de todos), que su descaradísima falta de respeto por las convenciones parece haber disminuido, y de forma sustancial. Y a esto es a lo que ahora quiero referirme.

Esa vida promiscua y surtida de amantes escogidos al azar parece ser cosa del pasado. Sempronio Graco, por lo que sé, ya no es su amante aunque sigue siendo su amigo, y lo mismo ocurre con Apio Claudio Pulcro y muchos otros de renombre. Aquellos juguetes despreciables con los que en un tiempo se divertía (como Demóstenes, que en teoría era un ciudadano pero en realidad era poco más que un liberto) ya no llaman su atención: curiosamente, parece haberse vuelto más seria, aunque aún conserva el suficiente ingenio, humor y desenfreno para continuar siendo la favorita de los jóvenes frívolos.

No quiero decir con esto que ya no sea adúltera, que lo es. Sino que parece que ha escogido un amante con algo más de sustancia que aquella gentuza que antaño frecuentaba, pero también más peligroso. Se trata de Julio Antonio, cuya esposa (en un tiempo íntima de Julia) muy oportunamente ha comenzado a viajar al extranjero con mucha más frecuencia de lo acostumbrado.

Sigue reuniéndose con sus amigos de siempre, por supuesto, pero Julio está siempre con ella, y se dice que las conversaciones son mucho menos frívolas de lo que eran antes (aunque a mi parecer lo siguen siendo bastante). Al menos confío en que los informes que recibo son precisos. Conversan sobre filosofía, literatura, política, teatro y temas similares.

No sé muy bien qué pensar de esto, ni tampoco Roma lo sabe. Ignoro si su padre está al corriente de esta nueva relación: si lo está, la condona, y si no lo está, es idiota, porque entonces es que sabe menos que cualquiera de sus ciudadanos. No sé si su comportamiento en los últimos tiempos nos favorece o nos perjudica, pero puedes estar seguro de que haré todo lo que pueda para mantenerme totalmente informado de este nuevo acontecimiento y que te comunicaré todo lo que sepa al respecto. Cuento con algunos informantes en la casa de Julio Antonio, y voy a procurarme algunos más (lo haré con discreción, puedes estar tranquilo). No haré lo mismo en casa de tu esposa, pues pienso que sería demasiado peligroso para mí, para ti y para nuestra causa.

Confío en que destruyas esta carta. Si no lo haces, asegúrate de que la guardas bien a fin de evitar que caiga en manos enemigas.

II. Diario de Julia, Pandateria (4 d. C.)

Mi viejo amigo y tutor Atenodoro me dijo en una ocasión que nuestros ancestros romanos creían que no era saludable bañarse más de una o dos veces al mes, y que sus abluciones diarias consistían únicamente en eliminar de sus brazos y piernas la suciedad que habían acumulado a lo largo del día. Fueron los griegos, dijo (con un toque de irónica soberbia) quienes introdujeron en Roma la costumbre del baño diario y enseñaron a sus bárbaros conquistadores las complejas posibilidades que acompañaban a este ritual...

Aunque he descubierto la maravillosa simplicidad de la comida de los campesinos, retomando, pues, las costumbres de mis ancestros a este respecto, aún no he podido convencerme a mí misma de adoptar sus costumbres en lo que concierne al baño. Me baño casi todos los días, aunque carezco de sirvientes que me traigan los aceites y perfumes, y mi baño no tiene más que una pared: el acantilado de roca que se alza sobre la costa de esta isla que constituye mi morada.

En el segundo año de nuestro matrimonio, Marco Agripa inauguró en Roma, para disfrute del pueblo, la que se decía era la casa de baños más opulenta de la historia de nuestra ciudad. Antes de eso yo apenas solía ir a los baños públicos. Creo que porque cuando era joven, a Livia, que se consideraba el paradigma de las antiguas virtudes, le disgustaban los lujos que se ofrecían en dichos lugares, y debí de contagiarme de su virtud. Pero mi esposo había leído en una obra de un médico griego que el baño no debía considerarse meramente como un lujo, sino que de hecho contribuía a prevenir las enfermedades misteriosas que periódicamente afectaban a las ciudades superpobladas. Por ese motivo deseaba fomentar entre las gentes el uso de esas medidas higiénicas, y me convenció de que de vez en cuando abandonara la intimidad de mi propio baño para bañarme con el pueblo, a fin de que todos vieran que estaba de moda frecuentar los baños públicos. Comencé a ir por obligación, pero he de admitir que se convirtió en un placer.

Nunca había conocido al pueblo antes. Les veía en la ciudad, claro está, me atendían en las tiendas, hablaba con ellos, y ellos conmigo. Pero siempre sabían quién era: la hija del Emperador. Y yo sabía (o pensé que sabía) que sus vidas eran tan distintas de la mía como si pertenecieran a otra especie. Pero desnuda en los baños, rodeada de cientos de mujeres que gritan y ríen, la hija de un Emperador no se distingue de la esposa del charcutero. Y la hija de un Emperador, tan vana como era, descubrió en ese anonimato un extraño placer. De modo que me

convertí en una entendida en baños, y seguí siéndolo durante el resto de mi vida. Después de morir Marco Agripa descubrí en Roma baños cuya existencia jamás había imaginado, y en los que se ofrecían placeres que me parecía haber vivido en una ocasión, aunque fue un sueño...

Y a día de hoy continúo bañándome casi a diario si tengo una fuente de agua cerca, como imagino hacen los soldados o los campesinos al concluir su jornada. Mi casa de baños es el mar, y el mármol de la piscina es la arena volcánica que refulge bajo el sol de la tarde. El guarda que me vigila —supongo que se le ha ordenado evitar que me quite la vida ahogándome— se aleja de mí, y se queda observando, impasible, sin ninguna curiosidad, como mi cuerpo se adentra en el agua. Es un castrado. Su presencia no me inquieta.

En las tardes tranquilas, cuando el mar está en calma, el agua es como un espejo, y puedo ver mi rostro reflejado en él. Me sorprende ver que tengo el cabello casi blanco ya y que mi cara se está arrugando. Siempre fui muy presumida con mi pelo, que comenzó a canear siendo aún muy joven. Recuerdo que un día, mientras una de mis doncellas me arrancaba las canas, mi padre vino a mí y me preguntó:

—¿Te gustaría quedarte calva? —Le respondí que no—. Entonces, ¿por qué permites que tu doncella acelere el proceso? —dijo.

El cabello casi blanco, el rostro arrugado... Y tumbada en estas aguas poco profundas, el cuerpo que veo parece no guardar ninguna relación con aquel rostro. La carne está tan firme como lo estaba hace veinte años, el vientre plano, los pechos turgentes. En las frías aguas, los pezones se endurecen como antaño lo hicieran bajo la caricia de un hombre, y en la ingravidez del agua, mi cuerpo ondula como solía hacerlo cuando experimentaba placer. Me ha servido bien a lo largo de los años este cuerpo, pese a que comenzó más tarde de lo que debiera. Comenzó a servirme tarde porque le dijeron que no tenía derechos y que por naturaleza había de someterse a otros dictados distintos de los suyos propios. Cuando descubrí que el cuerpo tenía sus derechos, había estado casada dos veces y era madre de tres hijos...

Y sin embargo, aquel descubrimiento fue como un sueño, y durante muchos años no me lo creí. Sucedió en Ilión, donde fui adorada como diosa. Aun hoy me parece que fue un sueño, aunque recuerdo que al principio me pareció un juego divertido, un juego encantador y primitivo.

Descubrí que no lo era... El joven que elegí aquel día en la gruta sagrada no debía de tener más de diecinueve años. Era virgen, y era el muchacho más hermoso que jamás he visto. Cierro los ojos y veo su rostro, y casi puedo sentir la suave firmeza de su cuerpo. Creo que cuando me lo llevé conmigo a la cueva no tenía intención de llevar a cabo el ritual. No estaba obligada a hacerlo: era la Diosa Madre, y mi poder era absoluto. Pero lo hice, y descubrí el poder de mi cuerpo y el poder de sus necesidades. Un poder que me habían hecho pensar que no existía... Era un joven muy dulce. Me pregunto qué sería de él después de haber penetrado a la diosa y yacido con ella.

Creo que debí de vivir en una especie de sueño hasta la muerte de Marco Agripa. No podía creer lo que había descubierto, y aun así su presencia me acompañaba a todas partes. Le fui fiel a Marco Agripa (no sentía que aquella diosa que gozó de su amante en Ilión fuera la esposa de Agripa). Pero no lo fui con Tiberio Claudio Nerón.

Fue después de la muerte de aquel buen hombre, Marco Agripa, que Julia, hija de Octavio César, el Augusto, descubrió el poder que había llevado oculto en su interior y el placer que

podía recibir. Y del placer que podía recibir devino su poder, un poder que para ella era superior al de su padre y al de su propio nombre. Se convirtió en ella misma.

Sí, me ha prestado buen servicio este cuerpo que, tumbada boca arriba en mi baño marino, veo difuminado por el agua. Me ha servido aun cuando pareciera que servía a los demás: siempre me ha servido a mí. Las manos que recorrían estos muslos, lo hacían para mí, y el amante al que daba placer era la víctima de mi propio deseo.

En ocasiones, mientras me baño, pienso en aquellos que han dado placer a este cuerpo: Sempronio Graco, Demóstenes, Apio Pulcro, Cornelio Escipión... no puedo recordar todos los nombres. Pienso en ellos, y sus rostros y sus cuerpos se confunden en uno como si fueran un solo rostro y un solo cuerpo. Han pasado seis años desde que sintiera el tacto de un hombre por última vez, seis años desde que acaricié por última vez la carne de un hombre con mis manos o mis labios. Tengo cuarenta y cuatro años: hace cuatro años que he entrado en la vejez. Y sin embargo, cuando pienso en el cuerpo de un hombre, siento que el corazón se me acelera, y casi llego a sentirme viva, aunque sé que no lo estoy.

Durante un tiempo fui la diosa del misterio de todo mi placer, y después me convertí en sacerdotisa, y mis amantes eran los adeptos. Creo que presté un buen servicio a todos.

Y por último pienso en quien me hizo sentir el placer por excelencia, aquel de quien todos los otros fueron el preludio que me permitió prepararme. Conocía el sabor y el peso de su carne más íntimamente que ninguna otra cosa. No puedo creer que hayan pasado seis años. Pienso en Julio. La marea sube con suavidad, y el agua se desliza sobre mi cuerpo. Si no me muevo, puedo pensar en él. Pienso en Julio Antonio.

III. Carta de Cneo Calpurnio Pisón a Tiberio Claudio Nerón, en Rodas (3 a. C.)

Antes de comenzar he de decirte, amigo mío, que estoy lleno de aprensión y no sé si es o no justificada. Permite que te hable de algunas de las causas para que puedas juzgar si mi sentimiento es razonable.

Por lo que sé, tu esposa es fiel a un mismo hombre desde hace un año. Y ese hombre es, como puedes suponer, Julio Antonio. Se la ve con él en todo momento; de hecho, la relación es tan del dominio público que ninguno de los dos intenta ya disimularla. Julia recibe invitados en la casa de él y dirige las actividades de sus sirvientes. Estoy seguro de que su padre está al tanto de que son amantes y, sin embargo, su relación con su hija y con Julio Antonio sigue siendo buena. De hecho se rumorea que Julia pretende divorciarse de ti y casarse con Julio Antonio. No obstante, no creo que sea un rumor muy creíble: Octavio César jamás lo permitiría. Una alianza oficial de ese tipo simplemente destrozaría el delicado equilibrio de poder que conserva, y él lo sabe. Te menciono el rumor solo para mostrarte la dimensión que ha cobrado este escarceo.

A pesar del escándalo de su relación con la hija del Emperador —o quizás debido a ello, pues, ¿quién sabe cómo piensa el pueblo?— la popularidad de Julio Antonio va en aumento: yo diría que ahora mismo es el segundo o tercer hombre más poderoso de Roma, y cuenta con numerosos seguidores en el Senado, a los que he de decir emplea de la forma más discreta. Sin embargo, a pesar de esta discreción, no me fío de él. No ha hecho ningún intento por atraer hacia sí a los senadores que tienen influencia en los ejércitos. A todos sonríe, e incluso se muestra

conciliador con sus enemigos. Aun así, sospecho que al igual que su padre, posee ambiciones, y que a diferencia de su padre, es capaz de ocultarlas ante el mundo.

Y desgraciadamente, parece que tu popularidad entre las masas se resiente. Ello se debe en parte a tu inevitable ausencia, pero ese no es el único motivo. Por todas partes circulan libelos y sátiras sobre tu persona, lo cual, claro está, es algo habitual: cualquier personaje distinguido se halla a merced de los poetastros y los mercenarios de la palabra. Pero la difusión de estos libelos es mucho más amplia que ninguna de las que pueda recordar en muchos años, y su tono es especialmente cruel. Casi se diría que hay algún tipo de campaña de descrédito en tu contra. Por supuesto, el efecto no se logra, pues nadie que haya sido tu amigo se convertirá en tu enemigo debido a estos libelos. Pero sí me parece sintomático de algo.

Y el desdén que el Emperador siente por ti no ha variado un ápice, lamento decir, a pesar de las súplicas de tu madre y de tus amigos. Así que no podemos esperar ningún apoyo por su parte.

Pese a todo, lo mejor es que te quedes en Rodas. Deja que los difamadores inventen sus salaces poemas. Mientras continúes en el extranjero no te verás obligado a actuar. Y el ser humano olvida pronto.

Julio Antonio ha congregado a su alrededor a un grupo de poetas —ninguno de ellos tan distinguido como los que rodeaban al Emperador, desde luego—, por lo que creo que algunos de los libelos y sátiras proceden (anónimamente, claro) de su pluma. Algunos componen poemas en honor del propio Julio Antonio, y él mismo se ha encargado de proclamar que su abuela materna era una Julia. Es un hombre ambicioso, de eso estoy seguro.

No olvides que tienes amigos en Roma, y que la ausencia de tu persona no significa que no estés presente en la mente de todos nosotros. Es una estrategia deprimente pero necesaria, esta espera: no te impacientes. Te tendré informado, como lo vengo haciendo hasta ahora, de todo lo que suceda en la ciudad que debes saber.

IV. Diario de Julia, Pandateria (4 a. C.)

Antes de que Julio y yo nos hiciéramos amantes, solía hablarme acerca de su infancia y de su padre, Marco Antonio. Julio no era el favorito de su padre —ese honor había recaído en su hermano mayor, Antilo—, y le recordaba como si fuera casi un extraño. En su niñez, Julio fue criado por mi tía Octavia, que, pese a ser su madrastra, tenía mejor relación con él que su propia madre, Fulvia. A menudo, cuando Julio Antonio, Marcela y yo nos sentábamos a hablar tranquilamente, se me ocurría pensar en cuán asombroso era que, siendo muy niños, hubiéramos jugado todos juntos en la casa de mi tía Octavia. Entonces no podía (ni puedo ahora) recordar aquellos días con precisión, de modo que cuando intentábamos hablar sobre la infancia y desenterrar nuestros recuerdos, era como si estuviéramos inventando los personajes y los sucesos de una representación teatral con arreglo a las costumbres y necesidades de una situación del pasado.

Recuerdo una noche en que estábamos los tres. Habíamos cenado, era tarde y el resto de los invitados se habían marchado ya. Como era una noche calurosa, dejamos el salón para ir a sentarnos al jardín. Las estrellas centelleaban y corría una suave brisa. Los sirvientes se habían marchado, y nuestra única música eran los chirridos y runrunes de los innumerables insectos que

se ocultaban en la oscuridad. Habíamos estado hablando en voz baja, de nada en particular, sino de la intervención del azar en nuestras vidas.

—A menudo me pregunto —dijo Julio— qué habría sido de nuestra nación si mi padre hubiera sido menos impetuoso y hubiera derrotado a mi amigo Octavio César.

—Octavio —dije—, es mi padre.

—Sí —dijo Julio—. Y también es mi amigo.

—Hay quienes habrían preferido esa situación —dije yo.

Julio se giró hacia mí y me sonrió. A la luz de las estrellas podía ver su magnífica cabeza y sus delicadas facciones. No guardaba ningún parecido con los bustos de su padre que había visto.

—Pues se equivocan —replicó él—. Marco Antonio tenía la debilidad inherente de confiar demasiado en su presencia. Antes o después se habría equivocado y habríamos caído con él. No tenía la tenacidad del Emperador.

—Parece que admiras a mi padre —observé.

—Le admiro más de lo que admiro a Marco Antonio —respondió.

—A pesar de que... —dije, haciendo una pausa.

Me sonrió de nuevo.

—Sí. A pesar de que Octavio César mandó ejecutar a mi padre y a mi hermano mayor. Antilo se parecía mucho a Marco Antonio. Creo que Octavio fue capaz de darse cuenta, e hizo lo que era necesario. La verdad es que nunca sentí demasiado afecto por Antilo.

Creo que sentí un escalofrío, pese a que era una noche cálida.

—Si hubieras tenido unos años más... —dije.

—Es muy probable que me hubiera mandado ejecutar también —terminó Julio con voz queda—. Habría sido necesario.

Y entonces Marcela dijo con un tono petulante y algo somnoliento:

—Oh, no hablemos de cosas desagradables.

Julio se volvió hacia ella.

—No estamos hablando de cosas desagradables, mi querida esposa. Hablamos del mundo y de cosas que han sucedido en el mundo.

Dos semanas más tarde nos hicimos amantes.

Nos hicimos amantes de un modo totalmente imprevisto para mí. Creo que aquella misma noche decidí que seríamos amantes, y no parecía haber nada en mi conquista de Julio Antonio que la distinguiera de las otras. Aunque sentía afecto por su esposa, que además era mi prima, me parecía una mujer trivial, tan pesada como la mayoría de las mujeres, y Julio me parecía un hombre como todos: tan ansioso del poder de la conquista como del placer del amor.

Para alguien que no sea adepto de este juego, las etapas de una seducción pueden parecer ridículas, pero no lo son más que los distintos pasos de un baile. Los bailarines bailan, y su placer es su destreza. Todo está calculado, desde el primer intercambio de miradas hasta el apareamiento final. Y el fingimiento mutuo de los participantes es una parte esencial de tan complicado juego: ambos se fingen indefensos bajo el peso de la pasión, y cada avance, cada retirada, cada consentimiento, cada negativa son necesarios para que el juego se consume con éxito. Y sin embargo, siempre es la mujer quien gana en ese juego, y creo que siente un cierto desprecio por su antagonista, pues es conquistado y usado aun cuando piensa que es él el que conquista y usa. Ha habido ocasiones en mi vida en que por aburrimiento he abandonado el

juego y he atacado frontalmente, como un soldado de vanguardia abordaría a un aldeano. En todas esas ocasiones, el hombre, por muy sofisticado que fuera y por mucho que quisiera disimular, sentía un enorme sobresalto. El final era el mismo, pero para mí no era una victoria del todo completa, pues no había secretos que ocultar y por tanto no tenía ningún poder sobre su persona.

De modo que planeé la seducción de Julio Antonio tan minuciosamente como un soldado planearía su avance sobre el flanco de un enemigo, aunque en estos ataques, pensé, el enemigo siempre desea ser conquistado. Le dirigía miradas furtivas, y rápidamente miraba a otra parte. Me rozaba contra él, y me alejaba fingiendo sentirme atribulada. Hasta que finalmente una noche lo dispuse todo para que pudiéramos estar juntos a solas en mi casa.

Yo suspiraba en mi sofá. Pronuncié ciertas palabras que invitaban a mi interlocutor a consolarme, y, como en un descuido, dejé que mi vestido se deslizara ligeramente de mis piernas. Julio Antonio atravesó la estancia y se sentó a mi lado. Yo me fingí confusa y comencé a respirar más deprisa. Estaba esperando que me tocara, y preparé un pequeño discurso sobre el afecto que sentía por Marcela.

—Mi querida Julia —dijo él—, aunque te encuentro muy atractiva he de decirte que no tengo intención de convertirme en uno de los sementales de tus caballerizas.

Creo que me quedé tan perpleja que me puse rígida en mi sofá. Debía de estar perpleja, porque dije la cosa más banal que puedo imaginar:

—¿Qué quieres decir?

Julio sonrió y dijo:

—Sempronio Graco. Quinto Crispino. Apio Pulcro. Cornelio Escipión. Tus caballerizas.

—Son mis amigos —repliqué.

—Son mis colegas —dijo Julio—, y me han sido de utilidad alguna que otra vez. Pero son caballos con los que no pienso competir. Y no son dignos de ti.

—Eres tan displicente como mi padre —le dije.

—¿Y tanto odias a tu padre como para no seguir sus consejos?

—No —respondí enseguida—. No. No le odio.

Julio me miró fijamente. Sus ojos eran oscuros, casi negros, y los de mi padre eran de un azul claro. Pero los ojos de Julio tenían esa misma luz intensa e inquisitiva, como si algo ardiera en su interior.

—Si nos convertimos en amantes, será cuando yo quiera y en condiciones más favorables para ambos.

Me acarició la mejilla, se puso en pie, y salió de mi habitación.

Durante un tiempo me quedé ahí sentada donde me había dejado, sin moverme.

No puedo recordar lo que sentí al verme rechazada de aquella manera: jamás me había ocurrido. Imagino que estaba enojada, y sin embargo creo que una parte de mí debía de sentirse aliviada y agradecida. Supongo que había comenzado a aburrirme.

Durante los días siguientes no vi a ninguno de mis amigos. Rehusé invitaciones a fiestas, y en una ocasión en que Sempronio Graco me visitó inesperadamente, le ordené a mi doncella, Febe,

que le dijera que estaba enferma y que no recibía visitas. Y no vi a Julio Antonio, no sé si por vergüenza o por enojo.

Estuve casi dos semanas sin verle. Entonces una tarde, después de un baño relajante, llamé a Febe para que me trajera mis aceites y ropa limpia. No respondió. Me envolví en una gran toalla y salí al jardín. Estaba desierto. Llamé de nuevo. Esperé un momento, crucé el jardín y entré en mi dormitorio.

Y allí estaba Julio Antonio de pie. Su túnica resplandecía bajo el haz de luz del atardecer que sesgadamente penetraba por la ventana, mientras que su rostro permanecía en la penumbra, por encima de esa luz. Ninguno de los dos se movió durante unos instantes. Cerré la puerta tras de mí y me adentré un poco más en la habitación. Julio seguía sin decir nada.

Entonces avanzó hacia mí muy despacio. Cogió la toalla en la que estaba envuelta y poco a poco la desenrolló de mi cuerpo. A continuación me secó con mucha suavidad, como si fuera uno de los esclavos que me atienden en el baño. Yo seguí sin moverme y sin decir nada.

Después se apartó de mí y se quedó mirándome como si fuera una estatua. Recuerdo que yo temblaba. Entonces se acercó a mí de nuevo y me tocó.

Antes de aquella tarde no había conocido los placeres del amor, pese a que creía que sí. Y en los meses que siguieron, ese placer no hizo más que alimentarse de sí mismo y acrecentarse. Llegué a conocer el cuerpo de Julio Antonio mejor que ninguna otra cosa en el mundo.

Aun hoy, después de tantos años, soy capaz de recordar el sabor agridulce de aquel cuerpo y de sentir el calor y la firmeza de su carne bajo la mía. Resulta extraño recordarlo, porque sé que ahora el cuerpo de Julio Antonio es humo que flota disperso en el aire. Su cuerpo ya no existe, mientras que el mío aún continúa vivo. Resulta extraño pensar en ello.

Ningún otro hombre volvió a tocarme después de esa tarde. Ningún otro hombre volverá a tocarme en lo que me resta de vida.

V. Carta de Paulo Fabio Máximo a Octavio César (2 a. C.)

No sé bien si te escribo como consular de Roma que es tu amigo o como amigo tuyo que, además, es consular. Pero es preciso que te escriba a pesar de que nos vemos casi a diario, pues no soy capaz de hablarte de este asunto ni puedo incluir lo que he de contarte en uno de los informes oficiales que periódicamente te entrego.

Pues lo que he de revelarte afecta tanto a tu vida pública como privada, y de una forma que, me temo, hace imposible separar la una de la otra.

Al principio cuando me encargaste investigar esos rumores que, debido a su persistencia, comenzaban a inquietarte, he de confesar que pensé que te preocupabas sin razón. Los rumores se han convertido en un modo de vida en Roma, y si uno se pasara el tiempo investigando todo lo que oye, no le quedaría ni un momento para dedicarse a nada más.

Así pues, como sabes, inicié la investigación con bastante escepticismo. Ahora lamento tener que decirte que tus sospechas eran acertadas y que mi escepticismo era un error. El asunto es aún más alarmante de lo que inicialmente hayas podido imaginar.

Hay una conspiración. Una conspiración importante, y se encuentra en fase muy avanzada.

Te informaré de los resultados de mi investigación de forma tan impersonal como pueda,

aunque quiero que comprendas que mis sentimientos no van a la par con la frialdad de mis palabras.

Hace seis o siete años —el año que fue cónsul— le cedí a Julio Antonio, en calidad de bibliotecario, a un esclavo llamado Alejo Ateneo al que un tiempo antes había concedido la libertad. Alejo era, y es, un hombre inteligente y me ha sido fiel a lo largo de los años: estoy seguro de que es amigo. Cuando se enteró de la investigación que estaba llevando a cabo, se presentó ante mí muy alterado trayendo consigo algunos documentos que se había llevado de los archivos secretos de Julio Antonio, así como una serie de revelaciones de lo más inquietantes.

Es un hecho indiscutible que se está fraguando una conspiración contra la vida de Tiberio. Los conspiradores se han procurado el apoyo de determinadas personas que tienen acceso a Tiberio en Rodas. El plan es asesinarlo del mismo modo que se asesinó a Julio César, haciendo que parezca en realidad un levantamiento contra la autoridad de Roma. Bajo pretexto de esta amenaza se planea alzar un ejército bajo los auspicios del senador y excónsul Quinto Crispino, un ejército cuyo propósito aparente sería proteger a Roma, pero cuya finalidad real es la asunción del poder por parte del bando de los conspiradores. Si te opones a que se alce este ejército, harán que parezcas un cobarde o un abúlico, y si no te opones, tu vida correrá peligro, por no hablar ya del orden y el futuro de Roma.

Pues existen pruebas fehacientes de que a la vez que se ejecuta el plan contra Tiberio habrá un atentado directo contra tu vida.

Los conspiradores son Sempronio Graco, Quinto Crispino, Apio Pulcro, Cornelio Escipión... y Julio Antonio. Sé que este último nombre te causará especial dolor. Pensé que Julio Antonio era mi amigo, y también el tuyo. No lo es.

Pero no acaba aquí lo que tengo que decirte.

Alejo Ateneo me cuenta además que, sin saberlo Julio Antonio, se ha infiltrado en su casa un esclavo que es en realidad agente de Tiberio. Este agente se halla al corriente de la conspiración (de hecho, fue algo que dijo lo que inicialmente despertó las sospechas de Alejo), y ha estado informando directamente a Tiberio sobre este asunto. Y según deduzco, Tiberio también tiene un plan.

Al parecer posee tantas pruebas como yo de la conspiración y piensa utilizarlas. Su intención es desvelar la trama ante el Senado, empleando como portavoz al senador y antiguo compañero suyo en el consulado, Cneo Calpurnio Pisón. Calpurnio insistiría en que se celebre un juicio por alta traición, el Senado se verá obligado a acceder, y Tiberio alzará un ejército en Rodas y regresará a Roma, con el fin aparente de protegerte a ti y a la República. Se convertirá en un héroe popular, y tú quedarás como un idiota. Tu poder se verá mermado, y el de Tiberio aumentado.

Y aún hay algo más de lo que he de informarte. Y esto es lo más doloroso.

Estoy seguro de que durante los últimos años, desde la ausencia de Tiberio Claudio Nerón, no ignorabas por completo el tipo de vida que llevaba tu hija. Estoy seguro de que por pena de su condición y por afecto hacia su persona has preferido mirar a otro lado, por decirlo así, al igual que han hecho la mayoría de tus amigos e incluso algunos de tus enemigos. Pero los documentos que tengo en mi poder evidencian que Julia ha mantenido relaciones íntimas con cada uno de los conspiradores. Y su amante durante el último año ha sido Julio Antonio.

Si este asunto sale a la luz, lo más probable es que se crea que la propia Julia forma parte de la conspiración, y además es muy posible que Tiberio disponga de muchos más documentos —y mucho más perniciosos— de lo que podemos imaginar.

De hacerse pública la trama, inevitablemente se verá implicada, y seguramente hasta tal punto que se considere tan culpable de traición como a cualquiera de los conspiradores. Es un secreto a voces que odia a Tiberio, y también lo es que ama a Julio Antonio.

Los documentos a los que me he referido se hallan seguros en mi poder. No los han visto, ni los verán, otros ojos que los míos y los de Alejo Ateneo (y, claro está, los de los conspiradores). Están a tu disposición para que los emplees como estimes más conveniente.

Alejo Ateneo está escondido. Los documentos que se llevó de la casa de Julio Antonio sin duda se echarán en falta, y teme por su vida. Es un hombre extraordinario, y confío en él. Me ha asegurado que a pesar de su lealtad a Julio Antonio, su adoración por el Emperador y por Roma es aún mayor, y prestará declaración si es necesario. Pero quisiera pedirte algo a título personal: si fuera preciso torturarlo para validar su testimonio, te ruego que hagas lo posible por que la tortura sea simulada, y no real. Tengo una fe ciega en este hombre, porque casi lo ha perdido todo haciendo lo que ha hecho.

Mi querido amigo, habría preferido quitarme la vida antes de ser quien te da esta información. Pero no podía hacerlo. La seguridad de tu persona y de Roma son más importantes que el consuelo que me aportaría mi propia muerte.

VI. Diario de Julia, Pandateria (4 d. C.)

Es otoño en Pandateria. Pronto los vientos del norte comenzarán a azotar este desolado lugar, silbando y ululando entre las rocas. La casa en la que vivo, pese a estar construida con roca del lugar, temblará ligeramente con su impacto. El mar golpeará con violencia rítmica contra las costas... Nada cambia aquí excepto las estaciones. Mi madre continúa gritando y dando órdenes infatigablemente a nuestra sirvienta, si bien tengo la impresión de que en el último mes ha perdido un poco de fuerza. Me pregunto si también ella morirá en esta isla. Si lo hace, será por propia elección. Yo no la tengo.

Hace casi dos meses que no escribo en este diario. Pensaba que no tenía nada más que contarme a mí misma. Pero hoy se me ha permitido recibir otra carta de Roma, y contenía noticias que han evocado recuerdos del tiempo en que vivía. De modo que una vez más hablo con el viento, que arrastrará mis palabras al soplar con su fuerza inconsciente.

Cuando escribí acerca de Julio Antonio pensé que era el momento idóneo para abandonar este diario sin propósito. Porque aunque durante algo más de un año Julio Antonio me devolviera a la vida, también me condenó a esta muerte lenta en Pandateria, donde habré de asistir a mi propia corrupción. Me preguntó si previó lo que podía ocurrir. No importa. No soy capaz de odiarle.

Incluso cuando supe que nos había destruido a los dos, no fui capaz de odiarle.

Y así pues, he de escribir sobre algo más.

Durante el consulado de Octavio César, el Augusto, y Marco Plauto Silvano, yo, Julia, hija del Emperador, fui acusada ante el Senado, congregateado en Roma, de adulterio y en consecuencia

de desacatar las leyes sobre el matrimonio y el adulterio que mi padre había promulgado mediante un edicto quince años antes. El fiscal era mi padre. Relató mis transgresiones con todo detalle: dio los nombres de mis amantes, los lugares en que nos encontrábamos e incluso las fechas. En términos generales, los detalles eran correctos, si bien omitió algunos nombres sin importancia. Nombró a Sempronio Graco, a Quinto Crispino Agripa, a Apio Pulcro, a Cornelio Escipión y a Julio Antonio. Describió las juergas y borracheras en el Foro y los actos de libertinaje cometidos sobre el mismo estrado desde el que promulgara sus leyes, habló de cómo había frecuentado varias casas de prostitución, sugiriendo que, por depravación, me vendía a cualquiera, y habló de mis visitas aquellos indecentes baños en los que se permitían los baños mixtos y se promovía todo tipo de libertinaje. Aunque en sus relatos había algo de exageración, contenían suficientes verdades como para que resultaran convincentes.

Y por último solicitó que, conforme a las Leyes Julias, se me exiliara para siempre de la ciudad de Roma, y pidió al Senado que ordenara mi traslado a esta isla de Pandateria, en la que habría de pasar el resto de mi vida reflexionando sobre mis vicios.

Ese es el recuerdo que guardará de mí la historia, si es que me recuerda.

Pero la historia no conocerá la verdad, si es que realmente lo hace alguna vez.

Mi padre conocía mis escarceos. Puede que le dolieran, pero los conocía y entendía los motivos, por lo que no me reconvenía más de lo necesario. Sabía de mi amor por Julio Antonio, y casi creo que se alegraba por mí.

Durante el consulado de Cayo Octavio César y Marco Plauto Silvano fui condenada al exilio con el fin de evitar que se me ejecutara por alta traición al estado de Roma.

Es otoño en Pandateria, y era otoño aquella tarde en Roma, hace seis años, en que mi vida terminó. No había tenido noticias de Julio Antonio en tres días. Los mensajes que enviaba a su casa me eran devueltos sin abrir, y no se permitía entrar a los sirvientes que enviaba, que regresaban a mí perplejos. Intenté imaginar lo que uno suele imaginar cuando está enamorado, pero no podía. Tenía la certeza de que se trataba de algo más, mucho más serio que un asunto de celos y engaños entre amantes.

Pero juro que no sabía lo que era. No sospechaba nada, o quizás me negaba a sospechar. Ni siquiera sospeché cuando, en la tarde del tercer día de silencio, un emisario y cuatro guardias aparecieron en mi puerta para conducirme junto a mi padre. Ni siquiera me di cuenta de lo que significaba la presencia de los guardias: pensé que estaban ahí para protegerme.

Fui conducida en litera a través del Foro, subiendo la Vía Sacra, pasando por delante del Palacio Imperial y, remontando la pequeña pendiente, hasta la casa de mi padre en el Palatino. La casa estaba casi desierta, y cuando los guardas me escoltaron a través del jardín hacia el despacho de mi padre, los pocos sirvientes que había alrededor se apartaban de mí como si tuvieran miedo. Solo entonces, creo, comencé a sospechar que algo grave ocurría.

Cuando entré en la habitación mi padre estaba de pie, como si me esperara. Indicó a los guardias que se marcharan, y me miró durante largo tiempo antes de comenzar a hablar.

No sé por qué motivo, pero le miré muy detenidamente durante esos instantes. Puede que lo supiera después de todo. Tenía el rostro arrugado y sus ojos claros estaban cansados, pero en la luz tenue de la habitación bien podía haber sido el mismo rostro que yo recordaba de mi infancia. Al fin dije:

—¿Qué significa todo esto? ¿Por qué me has traído aquí?

Vino hacia mí y me besó muy suavemente en la mejilla.

—Has de recordar —dijo— que eres mi hija y que te he querido.

No dije nada.

Mi padre se dirigió al escritorio que había en un extremo de la habitación y se inclinó sobre él durante unos instantes dándome la espalda. Después se enderezó y, sin volverse, me dijo:

—Conoces a un tal Sempronio Graco.

—Sabes perfectamente que le conozco —dije—. Y tú también le conoces.

—¿Has tenido relaciones con él?

—Padre... —dije.

Entonces se volvió hacia mí. La expresión de dolor en su rostro era tal que no podía soportar el mirarle. Me dijo:

—Debes responderme. Por favor, tienes que responder.

—Sí —dije.

—Y Apio Pulcro.

—Sí.

—¿Y Quinto Crispino y Cornelio Escipión?

—Sí —respondí.

—Y Julio Antonio.

—Y Julio Antonio —dijo—. Los otros no tenían importancia. Eran aventuras. Pero sabes que a Julio Antonio le amo.

Mi padre suspiró.

—Hija mía —dijo— este asunto no tiene nada que ver con el amor.

De nuevo se alejó de mí y cogió unos papeles de su escritorio. Me los dio. Yo los miré. Las manos me temblaban. No había visto aquellos papeles antes: había cartas, algunos esquemas y otros documentos que parecían ser listados. Pero ahora veía en ellos nombres que conocía. El mío propio. El de Tiberio. El de Julio Antonio. El de Sempronio, Cornelio, Apio. Y entonces supe por qué mi padre me había mandado llamar.

—Si hubieras leído detenidamente esos documentos —dijo mi padre—, sabrías que se está tramando una conspiración contra el gobierno de Roma y que el primer paso consiste en el asesinato de tu esposo, Tiberio Claudio Nerón.

No dije nada.

—¿Tenías noticia de esta conspiración? —me preguntó.

—No, no sabía nada —respondí—. No; ignoraba que hubiera una conspiración.

—¿Has hablado con alguno de estos... amigos tuyos acerca de Tiberio?

—No —dije—. Tal vez de pasada. No era ningún secreto que...

—¿Que le odiabas? —completó mi frase.

Durante un instante permanecí en silencio, y después dije:

—Sí, que le odiaba.

—¿Hablaste de su muerte?

—No —respondí—. No del modo que estás pensando. Quizás le dije...

—¿A Julio Antonio? —preguntó mi padre—. ¿Qué fue lo que le dijiste a Julio Antonio?

Oí cómo mi propia voz temblaba. Mi cuerpo se puso rígido, y dije tan claramente como pude:

—Julio Antonio y yo deseamos casarnos. Es posible que al hablar de ello haya expresado mi deseo de que Tiberio muriera. Tú no habrías consentido el divorcio.

—No —dijo con tristeza—. No lo habría consentido.

—Eso fue todo —dije—. Eso fue lo único.

—Eres la hija del Emperador —dijo mi padre. Durante unos instantes permaneció en silencio, y después añadió, señalando el sofá que había junto a su escritorio—: Siéntate, hija mía. Se está urdiendo una conspiración —afirmó—. No cabe ninguna duda. Los autores son tus amigos, a quienes he mencionado, y otros. Tú también estás involucrada. Desconozco el alcance y la naturaleza de tu culpa, pero estás involucrada.

—Julio Antonio —dije—. ¿Dónde está Julio Antonio?

—Eso puede esperar —respondió, añadiendo a continuación—: ¿Sabías que también se planeaba un atentado contra mi vida, después de la muerte de Tiberio?

—No —respondí—. No es posible. No puede ser.

—Es cierto —dijo mi padre—. Supongo que no te lo habrían dicho, que habrían hecho que pareciera un accidente o una enfermedad o algo así. Pero habría ocurrido.

—No lo sabía —dije—. Tienes que creerme que no lo sabía.

Me tocó la mano:

—Espero que no lo supieras. Eres mi hija.

—Julio... —dije yo.

—Un momento... —me interrumpió mi padre, alzando la mano—. Si fuera yo el único que lo sabe, la cuestión sería sencilla: podría ocultarlo y adoptar mis propias medidas. Pero no soy el único. Tu esposo... —pronunció esas palabras como si fueran una obscenidad—. Tu esposo sabe tanto como yo, o quizás más. Tenía un espía en la casa de Julio Antonio que le ha tenido informado. La intención de Tiberio es desvelar la conjura ante el Senado, y que sus representantes allí presionen para que se celebre un juicio. Sería un juicio por alta traición. Y su plan es alzar un ejército y regresar a Roma con el fin de protegerme a mí y al gobierno de Roma frente a sus enemigos. Y sabes lo que eso significaría.

—Significaría que correrías peligro de perder tu autoridad —dije—. Significaría una nueva guerra civil.

—Sí —dijo mi padre—. Y significaría más que eso. Significaría tu muerte. Casi con certeza, significaría tu muerte. Y no estoy seguro de que ni yo mismo tuviera el poder para evitarla. Sería decisión del Senado, y no podría interferir.

—Entonces estoy perdida —dije.

—Sí —respondió mi padre—, pero no estás muerta. No podría soportar la idea de haber dejado que murieras antes de que llegara tu hora. No serás juzgada por traición. He preparado una carta que leeré ante el Senado. Se te juzgará según mis leyes por un delito de adulterio, y se te exiliará de la ciudad y de las provincias de Roma. Es la única forma. Es la única forma de salvarte a ti y a Roma. —Sonrió un poco, pero podía ver que tenía los ojos húmedos—. ¿Recuerdas que solía llamarte mi pequeña Roma?

—Sí —dije.

—Y ahora parece que tenía razón: puede que al final las dos corran la misma suerte.

—¿Y Julio Antonio? —pregunté—. ¿Qué será de Julio Antonio?

De nuevo me tocó la mano.

—Hija mía —dijo—. Julio Antonio está muerto. Se quitó la vida esta mañana, cuando supo que la conspiración se había descubierto.

No podía hablar. Al fin dije:

—Tenía la esperanza... tenía la esperanza de que...

—No volveré a verte más —dijo mi padre—. No volveré a verte más.

—No importa —dije.

De nuevo me miró. Los ojos se le llenaron de lágrimas, y se dio la vuelta. Unos instantes después los guardias entraron en la habitación y me llevaron consigo.

No he vuelto a ver a mi padre desde entonces. Tengo entendido que ni siquiera pronuncia mi nombre.

La carta que he recibido esta mañana de Roma contenía la noticia de que después de tantos años Tiberio ha regresado de Rodas y se encuentra en Roma. Mi padre le ha adoptado. Si no muere, le sucederá convirtiéndose en Emperador.

Tiberio ha triunfado.

No volveré a escribir.

LIBRO III

Carta de Octavio César a Nicolás de Damasco (14 d. C.) 9 de agosto

Mi querido Nicolás, recibe mis saludos afectuosos y mi agradecimiento por tu envío reciente de esos dátiles que tanto me gustan y que tan amablemente me has mandado durante todos estos años. Se han convertido en una de las importaciones palestinas más importantes, y en toda Roma y las provincias italianas se los conoce con tu nombre, que yo les he dado. Los *nicolai*, les llamo, al igual que lo hacen aquellos que se los pueden costear. Espero que te divierta saber que tu nombre es más conocido en el mundo gracias a este afectuoso epónimo que a través de tus numerosos libros. Ambos hemos alcanzado esa edad en la que somos capaces de ver con cierto placer e ironía la trivialidad a la que finalmente se han reducido nuestras vidas.

Te escribo desde mi barco, aquel a bordo del cual solíamos navegar tranquilamente entre las pequeñas islas que salpican nuestra costa occidental. Estoy sentado donde solíamos sentarnos entonces, un poco más allá de la cubierta central, sobre la plataforma dovelada y ligeramente levantada, que permite observar sin impedimento el lento y constante vaivén del mar. Hemos partido de Ostia esta mañana antes del amanecer, a una hora inusualmente fría para esta época del año, y nos dirigimos rumbo sur hacia la costa de Campania. He decidido hacer una travesía sin prisas. Dejaremos que el viento nos lleve, y si se niega a hacerlo, esperaremos a que quiera, flotando suspendidos en la inmensidad del mar.

Nuestro destino es Capri. Hace algunos meses uno de mis vecinos griegos de esta isla me pidió que acudiera como invitado de honor a las competiciones gimnásticas que celebran los jóvenes de allí. En su momento me negué, alegando como motivo mis obligaciones, pero hace unos días supe que tendría que viajar al sur con otro cometido, y decidí darme el placer de estas vacaciones.

La semana pasada mi esposa me abordó con esa rígida formalidad que nunca ha perdido, para pedirme que la acompañara a ella y a su hijo en un viaje a Benevento, adonde Tiberio tenía que ir a ocuparse de ciertos asuntos relacionados con su nueva posición. Livia me explicó lo que yo ya sabía: que el pueblo no está convencido de mi afecto por mi hijo adoptivo, y que cualquier muestra de cariño o preocupación que pueda dar serviría para afianzar la futura sucesión de Tiberio en el poder.

Livia no fue tan directa con este asunto como acostumbra ser: pese a la fuerza de su carácter siempre ha sido una mujer diplomática. Como si fuera uno de los diplomáticos con quienes he tratado durante gran parte de mi vida, intentó sugerirme, sin tener que manifestarlo con toda crudeza, que los días de mi vida están contados y que debo preparar al mundo para la situación de caos que inevitablemente seguirá a mi muerte.

Ni que decir tiene que Livia fue bastante razonable y correcta al hablar de esto, como lo ha sido casi siempre. Tengo setenta y seis años, he vivido más de lo que hubiera deseado, y ese aburrimiento con la vida no favorece la longevidad. Me faltan casi todos los dientes, las manos me tiemblan a veces de un modo que siempre me sorprende, y la lasitud de los años hace que las piernas me pesen. En ocasiones cuando camino tengo la extraña sensación de que el suelo se mueve bajo mis pies, como si la piedra o el ladrillo o el trozo de tierra sobre el que piso fuera a abrirse súbitamente, precipitando mi caída a dondequiera que uno va cuando el tiempo acaba con él.

De modo que accedí a su petición de acompañarles, aunque dejé claro que lo hacía por pura formalidad. Dado que Tiberio se marea cuando viaja por mar, sugerí que él y su madre hicieran el viaje a Benevento por tierra mientras que yo lo hacía por mar, y que si cualquiera de los dos deseaba divulgar la noticia de que su esposo o su padre adoptivo viajaba con ellos, yo no diría lo contrario. Me parece una solución satisfactoria, e imagino que a todos nos complace más este subterfugio que tener que contar la verdad ante el público.

Sí, mi esposa es una mujer excepcional. Supongo que he sido más afortunado que la mayoría de los maridos. Era muy hermosa cuando era joven, y aún a su edad conserva su belleza. Nuestro amor duró solo unos años después de casarnos, pero continuamos comportándonos de forma civilizada entre nosotros, y creo que al final nos hemos convertido en una especie de amigos. Nos entendemos el uno al otro. Sé que en lo profundo de su corazón republicano ha sentido siempre que se había casado por debajo de sus posibilidades y que había cambiado la dignidad de un antiguo título por el poder bruto de un hombre que no era digno de su posición por llevar un nombre más humilde. He llegado a pensar que lo hizo solo por su primogénito, Tiberio, por quien siempre ha sentido un afecto inexplicable y ha albergado la ambición más tenaz. Fue esta ambición la que causó el primer distanciamiento entre nosotros, un distanciamiento que se agudizó tanto, que en cierta época de nuestras vidas solo hablaba con mi esposa de cuestiones que previamente había anotado cuidadosamente, con el fin de evitar el peso adicional de malentendidos, reales o imaginarios.

Y sin embargo, a la larga, pese a las dificultades que ocasionó entre Livia y yo, esa ambición ha beneficiado a mi autoridad y a Roma. Livia siempre ha sido lo bastante inteligente como para saber que la sucesión de su hijo dependía de que mi poder fuera indiscutible, y que si no heredaba un Imperio estable, no sobreviviría. Y estoy seguro de que Livia piensa en su propia muerte con la misma ecuanimidad con que piensa en la mía: lo que verdaderamente le preocupa es ese orden del que ambos somos simples instrumentos.

Así que por deferencia a su preocupación por el orden, la cual comparto, y a modo de preparación para este viaje, hace tres días deposité en el Templo de las Vírgenes Vestales cuatro documentos que habrán de abrirse y leerse ante el Senado en ocasión de mi muerte.

El primero de ellos es mi testamento, en el cual lego a Tiberio dos terceras partes de mis bienes y riquezas personales. Pese a que Tiberio no lo necesita, ese legado es un gesto necesario para que la sucesión se realice debidamente. La parte restante —exceptuando algunos legados de poca importancia a los ciudadanos y a diversos familiares y amigos— es para Livia, quien, en virtud de este documento, heredará el nombre de la familia Julia y como consecuencia mis títulos. El nombre no la complacerá, pero los títulos sí, pues sabe que gracias a ellos su hijo mejorará su posición y que por ende será mucho más fácil satisfacer su ambición.

El segundo contiene una serie de instrucciones relativas a mi funeral. No me cabe duda de que quienes deban encargarse de este asunto se excederán de mis órdenes, ya de por sí lo bastante extravagantes y vulgares, pero este tipo de excesos siempre gustan al pueblo, y son por tanto necesarios. Me consuela saber que no tendré que asistir a esta última función.

El tercer documento es un informe del estado del Imperio: el número de soldados en activo, la cantidad de fondos que hay (o debería haber) en las arcas públicas, las obligaciones fiscales del gobierno frente a los dirigentes provinciales y los ciudadanos, los nombres de los administradores que tienen responsabilidades fiscales o de otro tipo... todas esas cuestiones que han de hacerse públicas a fin de preservar el orden y prevenir la corrupción. Además, he añadido a dicho informe algunas sugerencias importantes para mi sucesor. Aconsejo no conceder la ciudadanía romana en exceso o a capricho a fin de no debilitar el corazón del Imperio, que todos los hombres que ocupen cargos importantes en la administración trabajen para el gobierno y por un salario fijo, a fin de disminuir la posibilidad de corrupción y abuso de poder, y por último, que se emplee a las fuerzas militares solo para defender las fronteras establecidas, en especial contra los bárbaros germanos, que no parecen cansarse jamás de sus insensatas aventuras. No dudo que a la larga se desoirá este consejo, pero al menos durante los primeros años no, con lo que habré hecho esa pequeña aportación a mi país.

Y por último deposité bajo la custodia de tan venerables damas una declaración que contiene el relato de todos los actos y servicios que he prestado a Roma y a su Imperio, con instrucciones para que se grabe en unas tabletas de bronce y se revistan con ellas las columnas que tan ostentosamente se yerguen en el exterior de ese mausoleo, aún más ostentoso, que he mandado construir para albergar mis cenizas.

Tengo ante mí una copia de este documento, y de vez en cuando lo miro como si lo hubiera escrito otra persona. Mientras lo escribía me vi obligado a recurrir ocasionalmente a obras de autores varios: tan lejanos en el tiempo eran algunos de los eventos que tenía que relatar. Es sorprendente que uno llegue a ser tan viejo que tenga que depender de las obras de otros para investigar acerca de su propia vida.

Entre los libros que consulté figuran esa *Vida* que escribiste sobre mí al principio de llegar a Roma, las partes de la *Historia de Roma* de nuestro amigo Tito Livio que se refieren a mis actividades de los primeros tiempos, y mis propias *Notas para una autobiografía*, que, después de todos estos años parecen también ser obra de alguien que no soy yo.

Perdóname que te diga, mi querido Nicolás, que todas estas obras me parecen tener algo en común: son mentira. Confío en que no incluirás esta observación de forma demasiado literal en tu obra, pues creo que sabes lo que quiero decir. No hay falacias en ninguna de ellas, y contienen pocos errores. Pero son mentira. Me pregunto si durante tus últimos años de estudio y contemplación en la quietud de tu lejana Damasco habrás llegado a esta misma conclusión.

Pues tengo la impresión ahora de que al leer esos libros y escribir mis palabras, leía y escribía acerca de un hombre a quien casi no conozco. Por mucho que me esfuerzo apenas logro verle ahora, y cuando le miro se desvanece en una especie de neblina, eludiendo mi mirada escrutadora. Me pregunto, si me viera, ¿reconocería en lo que se ha convertido? ¿Reconocería la caricatura de sí mismo en que todo hombre deviene? No lo creo.

En cualquier caso, mi querido Nicolás, puede que el haber finalizado y depositado estos cuatro documentos en el Templo de las Vírgenes Vestales sean los últimos actos oficiales que

realice. He renunciado de hecho a mi poder y a mi mundo, y viajo ahora hacia el sur en dirección a Capri, y, más lentamente, hacia ese lugar al que tantos de mis amigos han ido antes que yo. Y por fin disfrutaré de unas vacaciones en que no tendré que preocuparme por las cosas que he dejado sin hacer. Durante los próximos días al menos, no habrá emisarios que vengan a mí presurosos con noticias de una nueva crisis o una conspiración, no habrá ningún senador que implore mi apoyo a una ley necia y que solo le beneficia a él, y no habrá abogados que defiendan ante mí las causas de clientes corruptos como ellos. Mis únicas obligaciones son para con esta carta que escribo, para con el mar que tan fácilmente transporta nuestra frágil embarcación, y para con el cielo azul de Italia.

Pues viajo casi solo. A bordo solo hay unos cuantos remeros, y he dado órdenes de que no trabajen salvo en caso de una tempestad repentina. Unos pocos sirvientes holgazanean en la popa de nuestro barco y ríen con indiferencia. Y cerca de la proa, observándome siempre con atención, viaja un tal Filipo de Atenas, un joven médico al que he contratado hace poco.

He sobrevivido a todos mis médicos, y es un consuelo para mí saber que no sobreviviré a Filipo. Además confío en este muchacho. Parece que sabe muy poco, y aún no ha sido médico durante el tiempo suficiente como para conocer esa hipocresía fácil con la que engañan a sus pacientes al tiempo que se llenan el bolsillo. No propone ningún remedio para mi mal de la edad, ni me somete a las torturas por las que tantos pagan diligentemente. Está un poco nervioso, creo, sabiéndose en presencia de alguien a quien, demasiado solemnemente, considera el Emperador del mundo; y así todo, no es servil y mira más por mi comodidad que por lo que podría considerarse mi salud.

Me canso, mi querido Nicolás. Es la edad. He perdido casi toda la visión en el ojo izquierdo, y sin embargo, si lo cierro, puedo ver al este el suave promontorio de la costa italiana que tanto he amado, e incluso en la distancia puedo distinguir la forma de algunas casas e incluso el movimiento de personas y animales sobre las tierras. Pienso ocioso en las vidas misteriosas que deben de llevar estos sencillos paisanos. Todas las vidas son misteriosas, supongo, incluso la mía propia.

Filipo se inquieta y me mira con aprensión: está claro que quiere que deje lo que él considera que es trabajo más que placer. Me adelantaré a sus consejos, desistiré durante un tiempo y fingiré que descanso.

A la edad de diecinueve años, por decisión personal y a mis expensas, alcé un ejército que me permitió devolver la libertad a la República, oprimida por el dominio de una bandería. En agradecimiento a este servicio, el Senado, junto con otras resoluciones adicionales, me incorporó a su rango en el año del consulado de Cayo Pansa y Aulo Hirtio, y al mismo tiempo me confirió preferencia consular en el voto y autoridad para dirigir tropas. En calidad de propretor me ordenó, junto con los cónsules, «velar por que la República no sufriera daño alguno». En el mismo año, además, habiendo muerto en batalla ambos cónsules, el pueblo me eligió cónsul y triunviro con el fin de ultimar la constitución.

Envié al exilio a aquellos que asesinaron a mi padre, castigando su crimen mediante el debido procedimiento legal, y después, cuando emprendieron la guerra contra la República, en dos ocasiones les derroté en batalla...

Así comienza el relato de mis hechos y servicios a Roma acerca de los cuales te escribía esta mañana. Durante la hora o más que he pasado tumbado en mi sofá fingiendo que dormía y permitiendo así que Filippo descansara de su preocupación, he pensado de nuevo en este relato y en las circunstancias en las cuales lo compuse. Se va a grabar en unas tabletas de bronce con las que habrán de revestirse las columnas que adornarán la entrada a mi mausoleo. Estas columnas tendrán espacio suficiente para seis de estas tabletas, y cada una de las tabletas contendrá cincuenta líneas de unos sesenta caracteres cada una. En consecuencia, la declaración de mis hechos ha de limitarse a unos dieciocho mil caracteres.

Me parece totalmente adecuado haberme visto obligado a escribir acerca de mí mismo en estas condiciones, aunque sean arbitrarias. Pues al igual que ha ocurrido con los hechos de mi vida, estas palabras han de acomodarse a la necesidad pública, y han de esconder tanta verdad como la que muestran. La verdad yacerá en algún lugar de la densa piedra que esas palabras labradas han de revestir, lo cual también es adecuado, porque gran parte de mi vida ha tenido ese carácter secreto: nunca me pareció prudente que los demás conocieran lo que mi corazón guarda.

Es una suerte que en la juventud no seamos conscientes de nuestra ignorancia, pues si lo fuéramos, no hallaríamos la valentía que nos permite adquirir el hábito de resistir. Puede que sea un instinto de la sangre y la carne lo que evita este conocimiento, permitiendo así que el muchacho se convierta en el hombre que ha de vivir para asistir a la locura de su existencia.

Ciertamente, yo era un ignorante aquella primavera en que tenía dieciocho años, en que estudiaba en Apolonia y en que recibí la noticia de la muerte de César... Se ha especulado mucho acerca de mi lealtad a Julio César, pero te juro, Nicolás, que no sé si amaba o no a aquel hombre. El año antes de que le mataran, había estado con él durante su campaña en Hispania. Era mi tío y el hombre más importante que jamás había conocido; su confianza en mí me halagaba, y sabía que pretendía adoptarme y convertirme en su heredero.

Pese a que hace casi sesenta años de ello, recuerdo aquella tarde en el campo de entrenamiento cuando recibí la noticia de la muerte de mi tío Julio César. Mecenas, Agripa y Salvidieno estaban conmigo. Uno de los sirvientes de mi madre trajo el mensaje, y recuerdo que después de leerlo lloré como si sintiera dolor.

Pero en ese primer instante, Nicolás, no sentí nada: era como si el gemido de dolor proviniera de otra garganta. A continuación me invadió una sensación de frialdad, y me alejé de mis amigos para que no se dieran cuenta de lo que sentía y lo que no. Y mientras caminaba solo por aquel campo, intentando provocar en mí mismo el obligado sentimiento de dolor y pérdida, de pronto sentí un regocijo similar al que uno experimenta cuando cabalga sobre un caballo que se tensa y se agita bajo su cuerpo, sabiendo que posee la habilidad para controlar a la pobre bestia estúpida que, sobrada de energía, busca poner a prueba a su jinete. Cuando regresé junto a mis amigos supe que había cambiado, que era otra persona distinta de la que había sido. Sabía cuál era mi destino, pero no podía hablar de él con ellos, que no obstante eran mis amigos.

Aunque probablemente entonces no habría podido expresarlo en palabras, sabía que mi destino no era otro que cambiar el mundo. Julio César había ascendido al poder en un mundo que era más corrupto de lo que puedes llegar a imaginar. Lo gobernaban no más de seis familias, las aldeas, regiones y provincias que se hallaban bajo tutela de Roma eran la divisa empleada para chantajear y recompensar, y en el nombre de la República y bajo capa de tradición, el asesinato, la guerra civil y la represión despiadada eran los medios para lograr los fines aceptados del

poder, la riqueza y la gloria. Cualquier hombre que tuviera dinero suficiente podía alzar un ejército, lo que le permitía aumentar su riqueza, y lo cual a su vez le proporcionaba más poder y gloria. Así pues, los romanos se mataban unos a otros, y la única autoridad era la que emanaba de la fuerza de las armas y de las riquezas. Y atrapado entre las luchas y las banderías, el ciudadano común se retorció tan indefenso como la liebre en la trampa del cazador.

No me entiendas mal. Nunca he sentido ese amor sentimental y retórico por el pueblo común que estaba tan en boga durante mi juventud e incluso ahora. En su conjunto la raza humana me parece bruta, ignorante y ruda, cualidades que se ocultan tanto bajo la basta túnica del campesino como bajo la toga blanca y púrpura del senador. No obstante, en el más débil de los hombres he apreciado, en momentos en que estaban solos y eran ellos mismos, arranques de fuerza como filones de oro en una roca que se descompone; y en el más cruel de los hombres, atisbos de ternura y compasión; y en el más vano, momentos de elegancia y sencillez. Recuerdo a Marco Emilio Lépido: un hombre viejo despojado de sus títulos a quien hice pedir perdón públicamente por sus delitos y suplicar por su vida. Después de haberlo hecho, en presencia de los soldados a los que había mandado, me miró durante un largo instante, sin vergüenza, miedo ni arrepentimiento, y sonrió. A continuación se dio la vuelta y, muy erguido, comenzó a caminar hacia su oscuridad. Y recuerdo a Marco Antonio en Actium, que miraba desde la proa de su barco cómo Cleopatra y su flota se alejaban condenándole a una derrota segura, y que en aquel momento entendió que ella jamás le había amado. Había no obstante en su rostro una expresión sabia y casi femenina de afecto y perdón. Y recuerdo a Cicerón, cuando finalmente supo que sus imprudentes intrigas habían fallado, y cuando en secreto le informé de que su vida corría peligro. Sonrió como si entre los dos no hubiera pasado nada y dijo:

—No te preocupes. Soy un hombre viejo. Aunque haya cometido errores, he amado a mi país.

Tengo entendido que rindió el cuello a su verdugo con esa misma elegancia.

Así pues, no fue por idealismo o porque me creía moralmente superior que decidí cambiar el mundo, motivos que invariablemente engendran el fracaso. Ni tampoco lo hice para incrementar mis riquezas y mi poder, dado que la riqueza que va más allá de la comodidad de uno mismo me ha parecido siempre la más aburrida de las posesiones, y el poder que va más allá de su utilidad, la más despreciable. Lo que vino a buscarme aquella tarde en Apolonia hace casi sesenta años era el destino, y decidí no rehusar su abrazo.

No obstante, fue más una especie de intuición que una certeza lo que me hizo comprender que si el destino de uno es cambiar el mundo, es necesario primero cambiarse a sí mismo. Para poder obedecer a su destino uno debe hallar o inventar en su interior una parte de su persona que sea resistente e indiferente a sí mismo, a los demás, e incluso al mundo que tiene por misión reconstruir, no conforme a su propio deseo sino con arreglo a una naturaleza que irá descubriendo a medida que lo hace.

Y sin embargo aquellos eran mis amigos, a quienes más quería en el preciso instante en que en mi corazón me separó de ellos. ¡Qué animal tan contradictorio es el hombre, que abandona o rechaza aquello que más ama! El soldado que escoge por profesión la guerra, en medio de la batalla anhela la paz, y en la seguridad de la paz recuerda el batir de las espadas y el caos del campo de batalla inundado en sangre. El esclavo que se rebela contra la servidumbre que no pudo elegir y que con su trabajo logra comprar su libertad, se somete después a otro señor más

cruel y exigente que el anterior. El hombre que abandona a su amante, vive en lo sucesivo soñando con su perfección imaginaria.

Yo tampoco estoy exento de estas contradicciones. Cuando era joven habría dicho que mi existencia solitaria y taciturna me habían sido impuestas. Me habría equivocado. Como hacen la mayoría de los hombres, yo elegí mi futuro entonces: escogí encerrarme a mí mismo en aquel sueño, informe aún, de un destino que no podía compartir con nadie, y abandoné así la posibilidad de esas amistades humanas tan normales que ni siquiera se habla de ellas, y que por tanto rara vez se valoran.

Uno no se engaña acerca de las consecuencias de sus actos; se engaña acerca de lo fácil que puede ser vivir con ellas. Yo conocía las consecuencias de mi decisión de vivir encerrado en mí mismo, pero no podía prever cuán gravosa sería la pérdida. Pues mi necesidad de amistad aumentaba a medida que la rechazaba, y creo que mis amigos, Mecenas, Agripa y Salvidieno, nunca pudieron comprender por completo esa necesidad.

Claro, que Salvidieno Rufo murió antes de haber podido comprenderla. Al igual que yo, se movía impulsado por las energías de la juventud, tan inconscientes que son incapaces de prever consecuencias, y cuyo único propósito es consumirse a sí mismas.

El hombre joven, desconocedor del futuro, ve la vida como una suerte de aventura épica, una Odisea a través de mares extraños e islas desconocidas en las que poner a prueba y demostrar sus poderes, descubriendo así su inmortalidad. El hombre de mediana edad, que ha vivido el futuro con el que una vez soñó, ve la vida como una tragedia, pues ha aprendido que su fuerza, por grande que sea, no prevalecerá sobre la de las circunstancias y la naturaleza, a las que da nombres de dioses, y ha aprendido que es mortal. Mas el hombre anciano, si desempeña debidamente su papel, no puede ver la vida sino como una comedia. Pues sus triunfos y derrotas devienen una misma cosa, de modo que ninguna de las dos es más motivo de orgullo o de vergüenza que la otra, y no es ni el héroe que lucha contra esas fuerzas ni el protagonista que es destruido por ellas. Como un caparazón vacío, el pobre actor digno de lástima acaba por descubrir que ha representado tantos papeles que ha dejado de ser él mismo.

Yo he representado estos papeles en mi vida. Y aunque ahora que he llegado al último creo haberme librado de la comedia que me ha caracterizado, puede que solo sea la última ilusión, un mecanismo irónico con el que finaliza, la función.

Cuando era joven representé el papel de erudito, es decir, de alguien que analiza cuestiones sobre las que no tiene ningún conocimiento. Con Platón y los Pitagóricos, floté por entre las brumas en las que se dice que los espíritus vagan en busca de un nuevo cuerpo. Y durante un tiempo, convencido de que hombres y animales eran hermanos, me negué a comer carne, y se creó entre mi caballo y yo un vínculo que nunca habría creído posible. Al mismo tiempo, y sin que ello me causara la más mínima inquietud, adopté igualmente las doctrinas contrarias de Parménides y Zenón, y me sentía en casa en un mundo absolutamente denso e inerte, sin otro significado que el aparente y por tanto infinitamente manipulable, al menos para la mente contemplativa.

Cuando el curso de los acontecimientos cambió a mi alrededor, tampoco me pareció inapropiado asumir el personaje de un soldado y representar el papel correspondiente. *Emprendí guerras, civiles y extranjeras, en todo el mundo, por mar y por tierra... En dos ocasiones se me aclamó con una ovación, en tres ocasiones celebré triunfos curules, y fui aclamado como*

Emperador en veintiuna ocasiones. No obstante, tal como han observado otros, quizás con más tacto del que merecía, era un soldado mediocre. Todos los éxitos que me atribuía pertenecían a otros más hábiles en el arte de la guerra que yo: Marco Agripa en primer lugar, y después aquellos que heredaron las destrezas de las que él era autor. A pesar de los libelos y rumores divulgados durante los primeros días de mi vida militar, no era más cobarde que otros, ni carecía de la voluntad suficiente para soportar la privación de las campañas. Creo que era incluso más indiferente al hecho de mi existencia de lo que lo soy ahora, de modo que el soportar los rigores de la guerra me proporcionaba un curioso placer que no he experimentado en ningún otro lugar ni antes ni después. Pero siempre tuve la impresión de que la guerra poseía una dimensión peculiarmente infantil, pese a que fuera necesaria.

Se dice que en los primeros días de nuestra historia se ofrecían a los dioses sacrificios humanos en lugar de animales, y hoy en día creemos, orgullosos, que dichas prácticas son tan parte del pasado que solo se mencionan en el contexto incierto de los mitos y leyendas. Movemos la cabeza con asombro ante esos tiempos tan alejados —decimos— de la ilustración y de la humanidad que caracterizan al espíritu romano, y nos maravilla la brutalidad sobre la cual se asienta nuestra civilización. También yo he sentido una compasión lejana y abstracta por aquellos primitivos esclavos o campesinos que murieron en el altar de un dios salvaje, víctimas del cuchillo sacrificial. Y sin embargo, siempre me he sentido un poco ingenuo al hacerlo.

Pues en ocasiones en mis sueños veo desfilar ante mí los cientos de miles de cuerpos que ya no volverán a caminar sobre la tierra, hombres no menos inocentes que aquellas víctimas de antaño con cuyas muertes se lograba el favor de un dios primitivo, y tengo la impresión, en la oscuridad o la claridad del sueño, de que yo soy el sacerdote que emerge del oscuro pasado de nuestra raza para officiar el rito que hace que el cuchillo aseste su golpe. Queremos creer que nos hemos convertido en una raza civilizada, y con devoto horror mencionamos esos tiempos en los que el dios de las cosechas exigía el cuerpo de un ser humano para su siniestro menester. Pero ¿acaso no es el dios al que tantos romanos han servido, en nuestra memoria e incluso en nuestro tiempo, tan oscuro y temible como aquel dios antiguo? Aunque fuera para destruirle, he sido su sacerdote, y aunque fuera para debilitar su poder, he obedecido a su mandato. Y sin embargo no le he destruido ni he debilitado su poder. Duerme impaciente en el corazón de algunos hombres, esperando a despertarse o a que le despierten. Entre la brutalidad que sacrifica una sola vida inocente a un temor innominado y el espíritu ilustrado que sacrifica miles de vidas a un temor al que hemos dado nombre, no sabría con cuál quedarme.

En cualquier caso muy pronto decidí que honrar a aquellos dioses que proceden de la oscuridad de los instintos era perjudicial para el orden de los hombres. Así pues, animé al Senado a proclamar la divinidad de Julio César y erigí un templo en su honor en Roma a fin de que todo el mundo pudiera sentir la presencia de su espíritu. Y estoy seguro de que después de mi muerte, el Senado juzgará igualmente adecuado proclamarme dios a mí también. Como sabes, en muchas aldeas y provincias de Italia ya se me considera divino, aunque nunca he consentido que este culto se practique en Roma. Es una necedad, pero sin duda necesaria, aunque de todos los papeles que he tenido que representar a lo largo de mi vida, el de dios mortal ha sido el más incómodo. Soy un hombre, y por tanto tan idiota y débil como la mayoría de los hombres. Pero hay algo que me diferencia de mis iguales, y es que he sido consciente de ello, lo que me ha permitido conocer sus debilidades, y que jamás he presumido de albergar en mi interior más

fuerza y sabiduría que ningún otro hombre. Ese conocimiento ha sido una de las fuentes de mi poder.

Es mediodía, y el sol comienza su lento descenso hacia el oeste. El mar está en calma, y las velas cuelgan inertes contra el fondo pálido del cielo. Nuestro barco se mece suavemente sobre las olas, aunque sin avanzar de un modo perceptible en ninguna dirección. Los remeros, que se han pasado el día descansando, me miran ansiosos y aburridos, esperando que interrumpa su descanso y les obligue a trabajar para combatir esta calma que nos paraliza. Pero no voy a hacerlo. En media hora, una hora o dos se levantará una brisa, y partiremos rumbo hacia la costa, donde nos refugiaremos y echaremos el ancla. Mientras tanto me contento con dejarme llevar adonde el mar me conduzca.

De todos los males que acompañan a la vejez, el insomnio, del que cada vez sufro más, es el más molesto. Como sabes, siempre he padecido de insomnio, pero cuando era joven era capaz de darle una utilidad a esa inquietud nocturna de mi mente, y casi puede decirse que disfrutaba de esos momentos en que me parecía que todo el mundo dormía y que yo era el único que podía recrearse contemplando su reposo. Libre del apremio de quienes me aconsejaban la adopción de medidas condicionadas a su propia visión del mundo, es decir, a su visión de sí mismos, gozaba del privilegio de la contemplación y el silencio, y muchas de mis políticas más importantes las decidí mientras yacía despierto en mi cama en las horas previas al amanecer. Pero el insomnio que últimamente padezco es de otra naturaleza. Ya no es esa inquietud de una mente tan concentrada en su actividad que recela de ese sueño que le robaría la conciencia de sí misma; se trata más bien de un insomnio de alguien que aguarda, de un prolongado instante en que el alma se prepara para un descanso distinto del que la mente o el cuerpo hayan experimentado jamás.

Esta noche no he podido dormir. A punto de ponerse el sol, nos hemos guarecido a unos cien metros de la costa, en una pequeña gruta que acoge los pocos barcos de pesca de una aldea sin nombre, cuyas casas, con sus techos de paja, yacen acurrucadas en las laderas de una pequeña colina que se alza a menos de un kilómetro tierra adentro. A medida que caía la noche he contemplado cómo las lámparas y los fuegos de los hogares se encendían y brillaban con luz trémula en la oscuridad. Me he quedado a contemplarlos hasta que se han ido apagando. Y ahora, una vez más, el mundo duerme. Una gran parte de la tripulación, aprovechando la brisa nocturna, ha optado por dormir en cubierta, y Filippo se encuentra abajo, junto al camarote en el que cree que estoy descansando. Suave e imperceptiblemente, las pequeñas olas lamen el costado de nuestra embarcación y la brisa nocturna susurra por entre nuestra vela plegada. La luz de la lámpara que hay sobre mi mesa parpadea tanto que de vez en cuando tengo que forzar la vista para ver lo que estoy escribiendo.

Durante esta larga noche he pensado que esta carta se aleja del propósito para el que fue concebida. En un principio, cuando comencé a escribirte, mi única intención era darte las gracias por los *nicolai*, asegurarte mi amistad, y tal vez darnos a los dos algo de consuelo en nuestra vejez. Pero me he dado cuenta de que según avanzaba, mi amistosa cortesía se ha convertido en algo más. Se ha convertido en otro viaje, uno que no tenía previsto. Me dirijo a Capri de vacaciones, pero ahora, en la quietud de la noche, bajo la geometría misteriosa de las estrellas, donde nada existe salvo esta mano que da forma a las curiosas letras que por medio de otro

misterioso proceso tú comprenderás, tengo la impresión de que me dirijo a otro lugar, al lugar más misterioso que jamás he visto. Te escribiré más mañana. Quizás podamos descubrir qué lugar es este al que viajo.

10 de agosto

Ayer cuando nos embarcamos desde Ostia corría un aire frío y húmedo, e imprudente de mí, me quedé en cubierta para contemplar cómo la costa italiana iba rezagándose en la suave neblina y para poder comenzar esta carta que te escribo, cuyo único propósito era en un principio agradecerte los *nicolai* y asegurarte mi eterna amistad pese al tiempo que llevamos separados el uno del otro. Sin embargo, como habrás comprendido ya, esta carta se ha convertido en más que eso, y espero que mi viejo amigo tenga la paciencia de escuchar lo que le tenga que contar. En cualquier caso, el frío me ocasionó uno de mis resfriados, que ha derivado en una fiebre, así que una vez más he tenido que habituarme a la indisposición. No le he dicho nada a Filippo de que me encuentro enfermo; al contrario, le he asegurado que estoy perfectamente porque de algún modo siento que tengo que terminar esta carta y no quiero que Filippo me interrumpa con su preocupación.

La cuestión de mi salud siempre me ha interesado menos a mí que a los demás. Desde mi juventud he sido frágil, y he sufrido tantas enfermedades, que más médicos de los que quisiera imaginar se han hecho ricos a mi costa. Sospecho que en gran medida su riqueza ha sido innmerecida, pero no me resiento de habérsela aportado. Mi cuerpo ha estado tan próximo a la muerte en tantas ocasiones, que durante mi sexto consulado, cuando contaba treinta y cinco años, *el Senado decretó que cada cuatro años los cónsules y los sacerdotes de las órdenes profesaran votos y ofrecieran sacrificios por el bienestar de mi salud. Además de estos votos se celebraban juegos con el fin de recordar al pueblo que rezaran, y se animaba a todos los ciudadanos a que, individualmente y en comunidad, ofrecieran sacrificios por mi salud en los templos de los dioses.* Era una estupidez, desde luego, pero seguro que contribuyó tanto a mi salud como las diversas medicinas y tratamientos a que me sometían mis médicos, además de darle al pueblo la impresión de que participaba en la suerte del Imperio.

En seis ocasiones durante mi vida, esta tumba que encierra mi alma me ha llevado al borde de esa oscuridad eterna en la que al fin se sumergen todos los hombres, y en seis ocasiones ha retrocedido ante ella, como instada por un destino al que no lograba someter. He sobrevivido por muchos años a mis amigos, en cuyas vidas existía con más plenitud que en la mía propia. Todos están muertos, mis amigos de antaño. Julio César murió a la edad de cincuenta y ocho años, con casi veinte años menos que los que yo tengo ahora, y siempre he creído que esta muerte vino ocasionada tanto por el aburrimiento que engendra el descuido como por las dagas de los asesinos. Salvidieno Rufo murió a la edad de veintitrés años, víctima de su orgullo y de su propia mano, al pensar que había traicionado nuestra amistad. Pobre Salvidieno. De todos mis amigos de aquel tiempo, era el que más se parecía a mí. Me pregunto si sabía que el traidor era yo, y que él era la víctima inocente de una enfermedad que yo le había contagiado. Virgilio murió a los cincuenta y un años, estando yo a su lado. En su delirio, pensando que moría como un fracasado, me hizo prometerle que destruiría su maravilloso poema sobre la fundación de Roma. Y después

Marco Agripa, que jamás en su vida había estado enfermo, murió de pronto a la edad de cincuenta años en su momento de máximo apogeo, antes de que pudiera llegarme a su lado para despedirme de él. Y unos años más tarde —los años se funden unos con otros en mi memoria como las notas del tambor, la lira y la trompeta que componen un único sonido— murieron Mecenas y Horacio, con solo un mes de diferencia entre ambos. Exceptuándote a ti, mi querido Nicolás, eran los últimos que quedaban de mis antiguos amigos.

Ahora, a medida que mi propia vida se me escapa lentamente, tengo la impresión de que en las tuyas hubo una especie de simetría de la cual la mía ha carecido. Mis amigos murieron en el punto álgido de su existencia cuando habían cumplido su misión y aún podían esperar algunos triunfos más, y no tuvieron la desgracia de llegar a pensar que su vida había sido en vano. Yo ahora tengo la impresión de que desde hace veinte años mi vida no ha tenido ningún sentido. Alejandro tuvo suerte de morir tan joven, pues de otro modo habría llegado a la conclusión de que conquistar el mundo no tiene ningún valor, y aun mucho menos gobernarlo.

Como sabes, tanto mis admiradores como mis detractores me han comparado con el joven y ambicioso macedonio. Es cierto que el Imperio Romano de hoy se compone de muchas de las tierras que Alejandro inicialmente conquistó, y es cierto que al igual que él, llegué al poder siendo joven, y que he viajado por muchas de las tierras que antaño él sometió a su primitiva voluntad. Pero yo nunca he deseado conquistar el mundo, y he sido casi más el gobernado que el gobernador.

Si añadí tierras a nuestro Imperio fue para garantizar la seguridad de nuestras fronteras: si Italia hubiera podido estar segura sin esas anexiones, me habría contentado con nuestros límites antiguos. Pero lo cierto es que he tenido que pasar más tiempo de mi vida en tierras extranjeras que el que hubiera deseado. He viajado desde donde el Bósforo derrama sus aguas en el mar Negro hasta las lejanas costas de Hispania, y desde los fríos desiertos de Panonia, que albergan a los bárbaros germánicos, hasta los abrasadores desiertos de África. Sin embargo, la mayoría de las veces acudía no como conquistador sino como emisario, con el fin de negociar pacíficamente con gobernantes que por lo general parecían más jefes de tribu que cabezas de estado y que con frecuencia no hablaban ni griego ni latín. A diferencia de mi tío Julio César, que regresaba de aquellos viajes renovado, yo jamás me sentía a gusto en esas tierras lejanas y siempre echaba de menos la campiña italiana, e incluso Roma.

No obstante, llegué a sentir respeto e incluso cierta admiración por esos pueblos extranjeros, tan distintos de los romanos, con los que tuve que tratar. Los hombres de las tribus del norte, con sus cuerpos medio desnudos enfundados en pieles de animales que ellos mismos habían matado, y que me miraban fijamente a través del fuego de la hoguera de un campamento, no eran muy distintos de los africanos de tez oscura que me recibían en unas villas cuya opulencia eclipsaría la de muchas mansiones romanas. Y el jefe persa, con su turbante, sus barbas cuidadosamente rizadas, sus curiosos pantalones y sus capas bordadas con hilo de oro y plata, que me observaba con los ojos vigilantes de un felino, tampoco era muy distinto del salvaje jefe nómada que comparecía ante mí con su jabalina y su coraza de piel de elefante, su cuerpo de ébano envuelto holgadamente en la piel de un leopardo. En determinados momentos di poder a aquellos hombres, les nombré reyes de sus tierras, les otorgué la protección de Roma, e incluso les concedí la ciudadanía para que la estabilidad de su reino contara con el respaldo del nombre de Roma. Eran bárbaros, no eran de fiar, y sin embargo, las más de las veces hallaba en ellos tantos

motivos de admiración como de desprecio. Y el hecho de conocerles me ayudó a comprender mejor a mis propios compatriotas, que a menudo me han parecido tan extraños como cualquiera de los pueblos que habita el mundo.

Bajo el perfume y el peinado del galán romano que pasea por su cuidadísimo jardín ataviado con su toga de seda de inestimable valor, se aloja el zafio campesino que camina detrás de su arado, ungido del polvo que levanta con su trabajo. Oculta tras la fachada de mármol de la mansión romana más opulenta se halla la cabaña del campesino, con sus techos de paja. Y en el interior del sacerdote que oficia el solemne ritual para el sacrificio de la novilla blanca, se encuentra el padre trabajador que provee a su familia de carne y de ropa con que protegerse contra el frío del invierno.

Hubo un tiempo, cuando necesitaba ganarme el favor y la gratitud del pueblo, que acostumbraba organizar combates de gladiadores. En aquellos días la mayor parte de los combatientes eran criminales cuyos delitos habrían sido castigados con la muerte o la deportación. Yo les daba la oportunidad de elegir entre la arena y las consecuencias legales de sus actos, estipulando además que el que resultara perdedor podría implorar clemencia, y que el que sobreviviera tres años, con independencia de la naturaleza de su delito, quedaría en libertad. No me sorprendía en absoluto que criminales que habían sido condenados a muerte o relegados a las minas optaran por la arena, pero sin embargo, siempre me sorprendía cuando un criminal que había sido exiliado de Roma, casi sin pensar, escogía la arena antes que los riesgos relativamente seguros de un país extranjero. Nunca disfruté de estos combates, y sin embargo estaba obligado a asistir a ellos para que el pueblo creyera que participaba de su placer, cuando en realidad era su placer ante esas carnicerías lo que me parecía un espectáculo extraordinario. Era como si se sintieran más vivos viendo a otro menos afortunado que entregaba su vida. Más de una vez he tenido que aplacar el ansia de las masas perdonándole la vida a un pobre miserable que había luchado valientemente; y al hacerlo, percibía en sus rostros, como si fueran uno solo, la sombría expresión del deseo no consumado. En una ocasión suspendí aquellos juegos cuyo fin era que uno de los participantes perdiera la vida y los sustituí por combates con los puños en que luchaban un italiano y un bárbaro. Pero esto no gustó a las masas, de modo que otras figuras públicas que deseaban comprar la admiración del pueblo organizaron otros espectáculos, que eran tan sangrientos y desenfrenados que tuve que olvidarme de ese cambio y dejarme guiar de nuevo por los deseos de mis compatriotas con el fin de poder controlarlos.

He visto a gladiadores regresar de la arena cubiertos de polvo, sudor y sangre, y llorar en su estancia cual mujeres por cualquier nimiedad como la muerte de su halcón favorito, la carta cruel de una amante, o por haber perdido su capa favorita. Y he visto a la más respetable de las matronas, que en las gradas clamaba con el rostro desencajado por la sangre de un luchador desventurado, cuidando después de sus hijos y de sus sirvientes con el máximo cariño y afecto en la tranquilidad de su hogar.

Así pues, corre por las venas del romano más mundano la sangre rústica de su antepasado campesino, pero también la sangre salvaje del indómito bárbaro del norte, y ambas yacen mal ocultas tras la fachada que ha erigido, no tanto para esconderse de los demás como para evitar su propio reconocimiento de sí mismo.

Mientras nos dejamos arrastrar lentamente hacia el sur por la corriente, he pensado en cómo la tripulación, sin haber dicho yo nada y al no tener ninguna prisa, de forma instintiva ha

mantenido el barco en una posición desde la que pudiera divisarse la tierra en todo momento, pese a que a medida que los vientos cambiaban nos costaba hacer las correcciones pertinentes para seguir el trazado irregular de la costa. Hay algo en lo más profundo del corazón italiano que siente aversión por el mar, un rechazo que según algunos, de tan intenso es casi anormal. Es más que miedo, y más que la propensión natural del campesino a trabajar la tierra y a evitar ese otro elemento tan distinto de ella. En consecuencia, ese entusiasmo de tu amigo Estrabón por navegar alegremente en mares ignotos en busca de lo desconocido desconcertaría al romano común, que no deja la tierra para hacerse a la mar salvo en ocasiones en que es imprescindible, como en caso de una guerra. Y sin embargo, bajo el mando de Marco Agripa, la armada romana se convirtió en la más poderosa de la historia del mundo, y las batallas con las que salvó a Roma de sus enemigos se libraron en el mar. No obstante, esa aversión continúa ahí. Es parte del carácter italiano.

Es un rechazo del cual los poetas han sido conscientes. Ya conoces ese breve poema de Horacio, referido al barco que conducía a su amigo Virgilio a Atenas, ¿verdad? Con gran presunción afirmaba que los dioses habían separado las tierras entre sí mediante los inconcebibles abismos del océano a fin de que sus habitantes se diferenciaran unos de otros, y que el hombre, en su imprudencia, se sumergía con sus frágiles embarcaciones en un elemento al que no debería ni acercarse. Y el propio Virgilio, en su gran poema sobre la fundación de Roma, jamás menciona el mar salvo en los términos más ominosos: Eolo azota las profundidades con sus tormentas y vientos, levanta olas tan altas que oscurecen las estrellas, rompen los mástiles e impiden a los hombres ver. Incluso ahora, después de tantos años y tantas lecturas de este poema, aún me estremezco casi hasta llorar cuando pienso en Palinuro, el piloto al que el dios del sueño traicionó, haciéndole caer al mar, donde pereció ahogado, y cuya muerte Eneas lamenta, imaginando su cadáver desnudo en una playa desconocida y pensando que había confiado demasiado en la calma del cielo y el mar.

De los muchos servicios que Mecenas me ha prestado, el más importante —creo ahora— es haberme permitido conocer a los poetas con quienes compartía su amistad. Entre ellos se hallaban los hombres más excepcionales que he conocido jamás, y aunque a menudo los romanos los trataran con el mayor desdén, era un desdén que escondía un temor quizás no muy distinto del que sentían hacia el mar. Hace unos años me vi obligado a exiliar de Roma al poeta Ovidio por estar involucrado en una intriga que amenazaba con perturbar el orden del estado. Debido a que su participación había sido más una travesura de carácter social que un acto político malévolo, hice que su exilio fuera lo más leve posible: pronto le concederé el perdón y permitiré que regrese del frío norte al clima más templado y placentero de Roma. Sin embargo, incluso en su lugar de exilio, esa pequeña aldea medio salvaje de Tomis, próxima a la desembocadura del Danubio, él continúa componiendo sus poemas. De vez en cuando nos escribimos, en términos bastante amistosos, y me dice que si bien echa en falta los placeres de Roma, no desespera por su situación. Pero de todos los poetas a los que he conocido, Ovidio es el único del que no podía fiarme del todo. Y aun así le apreciaba mucho, y sigo haciéndolo.

Podía fiarme de los poetas debido a que yo no podía darles lo que ellos querían. Un Emperador puede proporcionarle a un hombre común los medios de alcanzar una riqueza capaz de saciar el apetito más extraordinario por el lujo, puede legar un poder de tal magnitud que pocos hombres se atrevan a desafiarlo, y puede conferir a un liberto un honor y una gloria tales,

que hasta un cónsul se sienta obligado a tratarle con cierta deferencia. En una ocasión le ofrecí a Horacio el puesto de secretario particular mío, que le habría convertido en uno de los hombres más influyentes de Roma, y, de haber sido solo mínimamente corrupto, en uno de los más ricos. Respondió que, desgraciadamente, su estado de salud le impedía aceptar un puesto con tantas responsabilidades. Los dos sabíamos que el puesto era más simbólico que laborioso, y que su salud era excelente. Pero no pude sentirme ofendido. Él tenía su pequeña huerta que Mecenas le había regalado, unos cuantos sirvientes, sus parras, y suficientes ingresos para importar un vino excelente.

Sospecho que he admirado a los poetas porque me parecían los hombres más libres y por tanto más afectuosos, y que me he sentido tan cerca de ellos porque he hallado en las tareas que se imponen a sí mismos una cierta similitud con aquella que hace años me impuse yo a mí mismo.

El poeta contempla el caos de la experiencia, la confusión del azar y los incomprensibles ámbitos de la posibilidad; es decir, el mundo en el que todos vivimos con tanta familiaridad que pocos nos tomamos la molestia de examinar. El fruto de esa contemplación es el descubrimiento o invención de un principio mínimo de armonía y orden que puede aislarse del desorden que lo ensombrece, y el sometimiento de ese principio a las leyes poéticas que a la postre lo hacen posible. Ningún general ejercita a sus tropas con más cuidado que el que emplea el poeta cuando dispone sus palabras conforme a las rigurosas exigencias de la métrica. Ningún cónsul alinea a este bando contra este otro a fin de lograr su propósito con más astucia que el poeta cuando cuadra una línea con otra para reflejar su verdad. Y ningún Emperador dispone las diversas partes del mundo que gobierna para que formen un todo con tanto cuidado como el poeta cuando dispone los detalles de su poema a fin de lograr que otro mundo —quizás más real que este en el que tan precariamente habitamos— se represente en la mente de los hombres.

Mi destino era cambiar el mundo, como he dicho antes. Tal vez debía haber dicho que el mundo era mi poema y que me había impuesto la tarea de ordenar sus partes en un todo subordinando esta bandería a esta otra y embelleciéndolo con los adornos adecuados a su mérito. Y no obstante, si lo que yo he creado ha sido un poema, no pervivirá mucho más allá de su tiempo. Cuando Virgilio murió, me imploró con insistencia que destruyera su gran poema. Estaba incompleto, dijo, y sin perfeccionar. Como el general que ve a una de sus legiones destruida y que no sabe que las otras dos han triunfado, se creía a sí mismo un fracasado. Y sin embargo, su poema acerca de la fundación de Roma sobrevivirá sin duda a la propia Roma, y, con toda certeza, a este pobre imperio que he formado. No destruí el poema, no creo que Virgilio pensara que lo haría. Pero el tiempo destruirá a Roma.

Mi fiebre no ha remitido. Hace una hora he sentido un súbito mareo y un dolor agudo en el costado izquierdo, seguido de un entumecimiento. Me he dado cuenta de que la pierna izquierda, que siempre ha sido más débil, ahora apenas puedo moverla. Aún soporta el peso de mi cuerpo, pero me sigue a rastras inútilmente, y cuando la pincho con mi pluma casi no siento el dolor.

Aún no he informado a Filipo de mi estado: no hay nada que pueda hacer para aliviar mi enfermedad y prefiero no humillarle obligándole a preocuparse en vano por un cuerpo cuyo deterioro está ya muy fuera del alcance de sus cuidados. Después de todos estos años no puedo

quejarme porque mi cuerpo me falle. A pesar de su debilidad, se ha portado bien conmigo, y supongo que es lo justo que asista a su declive como asistiría a la muerte de un viejo amigo, recordando, mientras que el espíritu escapa de él para ir en pos de la inmortalidad, el alma mortal que en vida no podía separarse del animal que fue su huésped. Ahora soy capaz, y lo he sido durante unos meses, casi de desprenderme del cuerpo que me aloja y observar esta semblanza de mí mismo. No es una habilidad del todo nueva, y sin embargo ahora tengo la impresión de que es más natural de lo que era antes.

Y así, separado de un cuerpo en decadencia, casi inconsciente del dolor que ahora constituye su morada, floto sobre el mar inimaginable en dirección al sur hacia Capri. En lo alto el sol destella sobre el agua que se abre al paso de nuestra proa, y la blanca espuma sisea al extenderse y dispersarse por encima de las olas. Descansaré de mi tarea, y quizás recupere un poco de fuerza. Esta noche anclaremos en Puteoli. Y mañana arribaremos a Capri, donde cumpliré con el que tal vez sea el último de mis actos públicos.

Nos hallamos en el puerto. Es primera hora de la tarde y la niebla aún no ha desdibujado el perfil de las tierras costeras impidiendo al viajero marino distinguirlas. Estoy sentado en mi despacho, ocupando mi tiempo libre con esta carta. Creo que Filipo, que continúa vigilándome desde su puesto en la proa de nuestro barco, ha comenzado a sospechar que mi estado de salud ha empeorado considerablemente. En su delicado y joven rostro se dibuja una expresión de ansiedad, y de vez en cuando me mira con sus ojos de color avellana que adornan unas cejas rectas y delicadas como las de una mujer. No sé cuánto tiempo más seré capaz de ocultarle mi enfermedad.

Hemos echado el ancla en una pequeña gruta justo al norte de Puteoli, y más hacia el norte está Nápoles, donde hace algunos años Marco Agripa construyó un camino elevado que uniera el mar con el lago Lucrino a fin de que la flota romana pudiera practicar sus maniobras al abrigo de las vicisitudes del tiempo y de las naves del pirata Sexto Pompeyo. En su día entrenaron en aquel puerto interior cerca de doscientas naves de guerra, gracias a lo cual fue posible derrotar a Sexto Pompeyo y salvar a Roma. Pero durante estos años de paz el cieno se ha ido acumulando y ha taponado la entrada a este campo de entrenamiento, y tengo entendido que ahora se emplea como criadero de ostras, que los romanos ricos añaden a los placeres de su nueva existencia. Desde donde estamos anclados no puedo ver el puerto, y en cualquier caso creo que es mejor así.

Durante los últimos años se me ha ocurrido la idea de que quizás el estado óptimo del hombre (es decir, aquel en que es más digno de admiración) no sea el de la prosperidad, la paz y la armonía que me he esforzado en dar a Roma. En los primeros años de mi mandato hallaba en mi compatriota romano muchos motivos de admiración: en medio de la privación no se quejaba e incluso permanecía alegre; en la guerra, se cuidaba más de la vida de un camarada que de la suya propia, y en medio del desorden, se mostraba resuelto y leal a la autoridad de Roma, dondequiera que esta residiera para él. Hemos vivido en la paz romana durante más de cuarenta años. Los romanos no han luchado entre sí, los bárbaros no han pisado el territorio romano, y ningún soldado se ha visto obligado a tomar las armas en contra de su voluntad. Hemos vivido en la prosperidad romana. No ha habido persona en Roma, por pobre que fuera, que careciera de su ración diaria de grano; los ciudadanos de las provincias ya no se hallan a merced de las

hambrunas o los desastres naturales, sino que cuentan con ayuda segura en los casos extremos; y cualquier ciudadano, con independencia de su origen, puede adquirir tanta riqueza como su esfuerzo y las circunstancias de la vida le permitan. Y hemos vivido en la armonía romana. He organizado los tribunales de Roma de manera que todo hombre pueda comparecer ante un juez con la certeza de que se le impartirá un mínimo de justicia; he codificado las leyes del Imperio para que hasta los habitantes de las provincias disfruten de cierta seguridad frente a la tiranía del poder o la corrupción de la codicia; y he fortalecido el estado frente a la fuerza despiadada de la ambición de poder, instituyendo y haciendo cumplir las leyes contra la traición que Julio César había promulgado antes de su muerte.

Y sin embargo, aprecio ahora en el rostro del romano una mirada que me temo no augura nada bueno para su futuro. Insatisfecho con la comodidad honesta, se esfuerza por volver a la antigua corrupción que casi acabó con la existencia del estado. Pese a haber liberado al pueblo de la tiranía del poder y las familias, y haberle dado libertad para hablar sin temor a ser castigado, *en dos ocasiones, el pueblo y el Senado romano me ofrecieron el mando de la dictadura de Roma: la primera vez mientras me hallaba en Oriente*, después de la derrota de Marco Antonio en Actium, *y la segunda, durante el consulado de Marco Marcelo y Lucio Arruntio, después de haber salvado a Italia, a mis expensas, de la hambruna que destruyó el grano del que Italia se abastecía. En ninguna de las dos ocasiones acepté*, pese a que con ello incurrí en el desagrado del pueblo. Y hoy, los hijos de senadores, que uno pensaría se sentirían honrados de servir a sus compatriotas o incluso a sí mismos, claman por arriesgar sus vidas en la arena combatiendo con simples gladiadores por el puro placer del peligro. Tan bajo ha caído el valor del romano que ha llegado al polvo.

El puerto que Marco Agripa construyó provee ahora de ostras a los sibaritas de Roma, los cadáveres de honrados soldados romanos fertilizan sus exuberantes jardines de boj y cipreses, y sus arroyos artificiales, nutridos de las lágrimas de sus viudas, discurren alegremente bajo el sol italiano. Y en el norte los bárbaros aguardan.

Los bárbaros aguardan. Hace cinco años, en aquella parte de la frontera germana que delimita el alto Rin, le sobrevino a Roma un desastre del que aún no se ha recuperado. Tal vez sea un augurio del que será su final.

Desde la costa septentrional del Mar Negro a la costa inferior del Océano Germánico, desde Moesia a Bélgica, sin una barrera natural que la proteja a lo largo de una superficie de más de mil doscientos kilómetros, Italia yace expuesta al peligro de las tribus germánicas. No es posible derrotarlas, y es imposible disuadirlas del hábito de rapiñar y asesinar. Mi tío no lo logró, ni tampoco yo pude durante los años de mi mandato. Por ello fue necesario fortificar esa frontera, para proteger las provincias norteñas de Roma en primer lugar, y a la propia Roma después. La parte más difícil de esa frontera, dado que comprendía territorios particularmente ricos y fértiles, era la zona del noreste, por debajo del Rin. Así pues, de las veinticinco legiones compuestas de cerca de ciento cincuenta mil soldados que protegían el Imperio de Roma, asigné cinco legiones de los más expertos veteranos a aquella pequeña región. Estaban bajo el mando de Publio Quintilio Varo, quien anteriormente había prestado un buen servicio como procónsul de África y gobernador de Siria.

Supongo que he de considerarme responsable de aquel desastre, porque me dejé convencer de otorgarle a Varo el mando de Germania. Era un pariente lejano de mi esposa y en el pasado le

había sido de utilidad a Tiberio. Fue uno de los errores más graves que he cometido nunca, y la única ocasión que recuerde en que coloqué en tan alta posición a un hombre de quien sabía tan poco.

Pues en aquella inhóspita y primitiva frontera nórdica, Varo imaginó que podía seguir viviendo en el lujo y la comodidad de Siria. Su relación con sus propios soldados era distante, y comenzó a confiar en algunos germanos diestros en el arte de la lisonja y que podían ofrecerle algo similar a la vida sensual a la que se había acostumbrado en Siria. Entre aquellos aduladores estaba un tal Arminio, de la tribu de los queruscos, que antaño había servido en el ejército romano, por lo que fue recompensado con la ciudadanía. Arminio, que hablaba latín con fluidez pese a su origen bárbaro, se ganó la confianza de Varo con intención de impulsar sus propias ambiciones de dominar a las dispersas tribus germánicas. Cuando estuvo lo bastante seguro de la credulidad y la vanidad de Varo, le informó, mintiéndole, de que las distantes tribus de los chaucos y los bructeros se habían sublevado y que avanzaban hacia el sur, poniendo en peligro la frontera de la provincia. Llevado por su arrogancia y su impetuosidad, Varo se negó a escuchar ningún consejo y, retirando a tres legiones del campamento de verano del Weser, partió hacia el norte. Arminio había trazado un buen plan, pues mientras que Varo dirigía penosamente a sus legiones por bosques y cenagales hacia Lengo, las tribus bárbaras, a las que Arminio había alertado y preparado, se abalanzaron sobre ellas. Confundidas por lo repentino del ataque, incapaces de mantener una resistencia organizada, y perplejas ante ese bosque tan espeso, esa lluvia y ese terreno tan pantanoso, fueron aniquiladas. En tres días fueron capturados o asesinados quince mil soldados. Algunos de los prisioneros fueron enterrados vivos por los bárbaros, otros fueron crucificados, y otros ofrecidos en sacrificio a los dioses del norte por sus salvajes sacerdotes, que los decapitaron y amarraron sus cabezas a los árboles de sus grutas sagradas. Solo lograron escapar a la emboscada poco más de cien soldados, que informaron de la tragedia. Nadie supo nunca con certeza si Varo fue asesinado o si se quitó la vida. En cualquier caso, su cabeza seccionada me fue enviada a Roma por el jefe de una tribu, llamado Maroboduus, no sé bien si como una demostración de lealtad temerosa o para burlarse de mí. Di sepultura a los infortunados restos de Varo, no tanto por mor de su alma como en honor a los soldados a los que bajo su mando había conducido al desastre. Y en el norte los bárbaros seguían aguardando.

Arminio no tuvo la sagacidad de aprovechar su victoria en el Rin. Tenía todo el norte a su disposición —desde la desembocadura del Rin hasta casi su confluencia con el Elba—, y sin embargo se contentaba simplemente con saquear a sus vecinos. Al año siguiente puse a las tropas germánicas bajo el mando de Tiberio, puesto que había sido él quien me convenció de designar a Varo. Reconocía su culpa en aquel desastre, y sabía que su futuro dependía de que lograra someter a los germanos y restaurar el orden en aquellas agitadas provincias del norte. Sus esfuerzos rindieron fruto, debido en gran medida a que se guio más por la experiencia de los veteranos centuriones y tribunos de las legiones que por su propia iniciativa. De manera que ahora reina en el norte una paz incierta, si bien Arminio continúa en libertad en algún lugar de esa selva allende la frontera que soliviantó.

Muy al este, más allá de la India incluso, en una parte de ese mundo desconocida a la que ningún romano ha llegado, se dice que hay una tierra cuyos reyes, a lo largo de innumerables reinos sucesivos, han levantado una gran muralla fortificada que recorre cientos de kilómetros

por toda la frontera del norte, con la que proteger su reino de las incursiones de sus vecinos bárbaros. Tal vez se trate del relato fantástico de un aventurero, y puede incluso que tales tierras no existan. En cualquier caso he de confesar que cuando he pensado en nuestros vecinos del norte, a los que no hemos logrado conquistar ni aplacar, se me ha ocurrido la posibilidad de un proyecto así. Y sin embargo, sé que es inútil. Los vientos y las lluvias acabarán por demoler la roca más sólida, y no hay muralla capaz de proteger al corazón humano de su propia debilidad.

Pues no fueron Arminio y su horda, sino Varo con su debilidad, los autores de la muerte de los quince mil soldados romanos, al igual que es el sibarita romano y su vida oscura lo que origina la matanza de miles de otros. Los bárbaros aguardan, y en la seguridad de la calma y el placer nos vamos debilitando.

De nuevo es de noche, la segunda noche de este viaje que, cada vez es más evidente, puede que sea el último. No creo que mi mente se esté deteriorando a la par que mi cuerpo, sin embargo he de confesar que la oscuridad me sobrevino sin que pudiera darme cuenta, y de repente me encontré a mí mismo mirando fijamente hacia el este sin poder ver. Ha sido entonces que Filipo, no pudiendo ocultar más su ansiedad, se ha acercado a mí con ese ademán suyo un tanto rudo y que tan claramente denota su timidez e incertidumbre. Le he permitido que me tocara la frente para ver cuánta fiebre tenía y he respondido a algunas de sus preguntas, aunque he de decir que he mentido. Pero cuando ha insistido en que me retirara a mi camarote para resguardarme de la noche, he asumido el papel del viejo obstinado e irritable, fingiendo enfadarme. Lo he hecho con tanta energía que ha quedado convencido de que me encontraba bien y se ha contentado con pedir que me subieran unas mantas, con las que he prometido arroparme. Ha decidido quedarse en cubierta para vigilarme, pero al poco tiempo se ha puesto a cabecear, y ahora, descansando la cabeza sobre los brazos cruzados, duerme con esa fe y esa rotundidad tan conmovedora de los jóvenes, que saben de cierto que se despertarán de nuevo por la mañana.

Ahora no consigo verla, pero hace unas horas, antes de que la neblina de la tarde cubriera el horizonte occidental, creí distinguir su contorno como un oscuro borrón que flotara en el vasto círculo del mar. Creo haber visto la isla de Pandateria, donde durante tantos años mi hija padeció el exilio. Ya no está en Pandateria. Hace diez años juzgué posible permitir que regresara segura a la Italia continental, y ahora vive en la aldea calabresa de Reggio, en la misma punta de la bota italiana. Desde hace más de quince años no la he visto ni he pronunciado su nombre, ni he permitido que se hable de ella en mi presencia. Fue demasiado doloroso para mí. Y ese silencio simplemente ha caracterizado otro de los muchos papeles que he asumido en mi vida.

Mis enemigos han sentido un placer comprensible al contemplar el uso irónico que finalmente tuve que darle a esas leyes sobre el matrimonio que promulgué e hice aprobar por el Senado hace treinta años, e incluso mis amigos han hallado la ocasión de mostrar su descontento con ellas. Horacio me dijo en cierta ocasión que las leyes son impotentes frente a las pasiones del corazón humano, y que solo aquel que carece de poder sobre este, como el poeta o el filósofo, es capaz de convencer al alma de que escoja la virtud. Quizás en este caso tanto mis amigos como mis enemigos tuvieran razón: esas leyes no promovieron la virtud, y el beneficio político derivado de complacer a los segmentos más viejos y rancios de la aristocracia fue momentáneo.

Nunca fui tan tonto como para creer que mis leyes sobre el matrimonio y el adulterio se obedecerían: yo no las obedecí ni mis amigos tampoco. Cuando Virgilio invocaba la ayuda de la Musa al componer *La Eneida*, en realidad no creía en aquella a quien invocaba: era un artificio que había aprendido para comenzar el poema, una forma de anunciar su intención. Así pues, al instituir aquellas leyes mi intención no era tanto que se obedecieran como que suscitaran interés: no creía que la virtud fuera posible sin una idea de la virtud, ni que esta pudiera ser efectiva salvo que se concretara en la propia ley.

Me equivoqué, claro está. El mundo no es un poema, y las leyes no sirvieron al propósito para el que se concibieron. Pero al final me fueron de utilidad a mí, si bien jamás habría podido prever esa utilidad. Y desde entonces no he sido capaz de lamentar haberlas aprobado. Pues salvaron la vida de mi hija.

A medida que se envejece y el mundo va perdiendo significado, uno se pregunta más y más acerca de las fuerzas que le han impulsado a lo largo del tiempo. En realidad los dioses son indiferentes a esa pobre criatura que avanza penosamente hacia su destino, y le hablan de forma tan abstrusa que, a la postre, él mismo ha de decidir el significado de sus designios. Así pues, en mi papel de sacerdote, examiné las entrañas e hígados de cientos de bestias y, con ayuda de los augures descubrí (o me inventé) los presagios que me parecían adecuados a mis intenciones, llegando a la conclusión de que los dioses, si existen, no importan. Y si alenté al pueblo a rendir culto a estos antiguos dioses romanos, lo hice por necesidad más que por una convicción religiosa de que esas fuerzas residan realmente en sus supuestas entidades... Quizás tuvieras razón después de todo, querido Nicolás: quizás solo existe un dios. Pero si eso es cierto, te equivocaste en el nombre. Se llama Azar, su sacerdote es el hombre, y al final la única víctima de ese sacerdote es el mismo hombre, su pobre ser dividido.

Al igual que tantas otras cosas, los poetas han sabido esto mejor que la mayoría, aunque lo hayan expresado en términos que a algunos pudieran parecer triviales. En el pasado he convenido contigo en que hablaban demasiado acerca del amor y le daban demasiado valor a algo que, en el mejor de los casos, no es sino un pasatiempo placentero. Pero ahora ya no estoy seguro de que mi opinión fuera acertada. *Odio y amo*, dijo Catulo, refiriéndose a aquella Clodia Pulcra cuya familia causó tantas dificultades en Roma, en nuestros días y durante mucho tiempo después de haber muerto. No es suficiente pero ¿qué mejor forma tenemos de empezar a descubrir a ese ser que llevamos dentro, que nunca está completamente satisfecho o insatisfecho con lo que el mundo ofrece?

Has de perdonarme, Nicolás. Sé que disenterás y que no tienes forma de manifestarlo, pero en los últimos años he pensado a veces que sería posible crear un sistema teológico, o incluso una religión, en torno a la idea del amor, ampliándola más allá de su aplicación habitual o abordándola de una forma concreta. Ahora que ya no es parte de mi vida, he estado examinando esa misteriosa fuerza que, en sus múltiples formas, ha existido en mi interior durante tantos años. Puede que el nombre que le damos a esa fuerza sea inadecuado, pero si lo es, también lo son los nombres que damos a todos los dioses más sencillos, tanto los que pronunciamos como los que no.

He llegado a pensar que en la vida de todo hombre antes o después llega un momento en que es consciente —más que de ninguna otra cosa y con independencia de que pueda o no expresarlo en palabras— del hecho de que está solo y dividido, y de que no puede ser más que el pobre

hombre que es. Miro ahora mis delgadas pantorrillas, la piel marchita de mis manos, las carnes flácidas y manchadas con la edad, y me resulta difícil comprender que en su día este cuerpo buscara la liberación de sí mismo en el de otro, al igual que ese otro la buscaba en él. Hay quienes dedican toda su vida a ese instante de placer y se sienten amargados y vacíos cuando el cuerpo ya no puede, como inevitablemente ocurre. Se sienten amargados y vacíos porque solo han conocido el placer sin saber lo que este significaba. Pues, contrario a lo que creemos, el amor erótico es el menos egoísta de todos: su propósito es ser uno con el otro y escapar así de uno mismo. Este tipo de amor es el primero que muere, claro está, deteriorándose a medida que lo hace el cuerpo que lo posibilita, y por esa misma razón sin duda muchos lo han considerado su manifestación más vil. Pero el hecho de que haya de morir, y que lo sepamos, lo hace aún más valioso, y una vez que lo hemos descubierto dejamos de sentirnos atrapados y exiliados sin remedio en el interior de nuestro ser.

Sin embargo, por sí solo no es suficiente. Yo he amado a muchos hombres, pero nunca como he amado a las mujeres. El amor de un hombre por un muchacho es una moda en Roma que has observado con cierta sorpresa y, creo, repulsión, sorprendido también por mi tolerancia ante estas prácticas, y más aún quizás porque a pesar de esa tolerancia yo no participara de ellas. Pero es que siempre he pensado que era mejor separar ese tipo de amor que es la amistad de los placeres de la carne, porque acariciar un cuerpo del mismo sexo es acariciarse a uno mismo, de modo que no escapamos de nosotros mismos sino que quedamos atrapados dentro. Pues cuando uno ama a un amigo no se convierte en ese otro: continúa siendo él mismo, al tiempo que contempla el misterio del que él jamás será y de quienes nunca ha sido. Puede que el amor por un niño sea la manifestación más pura de este misterio, porque el niño encierra un potencial que uno mismo apenas imagina y está más alejado que ningún otro ser del suyo propio. Mi amor por mis hijos adoptivos y mis nietos ha sido objeto de burla entre quienes me han conocido, que lo consideraban una debilidad en un hombre por lo demás racional, una sensiblería de un padre por lo demás responsable. Yo no lo veía así.

Una mañana hace algunos años, cuando caminaba por la Vía Sacra hacia el Senado, donde iba a pronunciar ante el jurado el discurso que condenaría a mi hija a una vida en el exilio, me encontré con alguien a quien conocía de niño. Era Hirtia, la hija de la que fue mi nodriza. Hirtia me cuidó como si fuera su propio hijo, y recibió la libertad por su leal servicio. No la había visto en cincuenta años, y no la habría reconocido de no ser porque escapó de sus labios el nombre que me llamaban de pequeño. Hablamos de aquellos días de nuestra infancia, y por un momento sentí que los años se me escapaban. En mi dolor, estuve a punto de contarle a Hirtia lo que iba a tener que hacer, pero al escucharla hablar de sus propios hijos, de su vida, y viendo la serenidad con la que había regresado a su lugar de nacimiento para aguardar la muerte, arropada por el placentero recuerdo de su juventud ya perdida, me quedé mudo. Por mor de Roma y de mi posición de autoridad tenía que condenar a mi propia hija, y se me ocurrió pensar que si Hirtia hubiera tenido el poder de elegir, habría sacrificado a Roma y salvado la vida de su hija. No fui capaz de decirle nada, pues sabía que Hirtia no habría podido comprender la situación en que me hallaba y que habría vivido apenas el poco tiempo que le quedara de vida. Por un momento me sentí de nuevo como un niño, mudo de asombro ante esa sabiduría que no podía comprender.

A raíz de aquel encuentro con Hirtia he pensado en que existe una forma de amor más poderosa y duradera que esa unión con el otro que nos cautiva con sus placeres sensuales, y más

poderosa y duradera que esa manifestación platónica en la que contemplando el misterio del otro nos convertimos en nosotros mismos. Las amantes envejecen o nos cansamos de ellas, la carne se torna flácida, los amigos mueren, y los niños hacen realidad —y por tanto traicionan— ese potencial que en un principio veíamos en ellos. Es una forma de amor a la que tú mismo, Nicolás, has dedicado gran parte de tu vida, y con la que nuestros poetas fueron de lo más felices: el amor del erudito por su texto, del filósofo por su idea, del poeta por sus palabras. Así pues, Ovidio no está solo en su exilio norteño de Tomis, ni tú en tu lejana Damasco, donde has elegido consagrar los años que te quedan a tus libros. Ese amor tan puro no precisa de un objeto viviente, y sin embargo, es considerado universalmente como la forma más elevada de amor dado que su objeto se aproxima a lo absoluto.

Y no obstante, en cierto modo puede que sea la forma de amor más vil, pues si la despojamos de la compleja retórica que tan a menudo adorna este concepto, lo que queda no es más que amor al poder. Perdóname, querido Nicolás: pretendamos que mantenemos uno de esos debates críticos con los que tanto solíamos divertirnos. Se trata del poder que el filósofo ejerce sobre la mente incorpórea de su lector y que el poeta posee sobre la mente viva y el corazón de su audiencia. El hecho de que ese poder eleve los corazones y las almas de aquellos que caen bajo su embrujo es una circunstancia fortuita que ni es esencial para ese amor ni constituye su propósito.

He comenzado a darme cuenta de que es ese tipo de amor el que me ha impulsado a lo largo de los años, aunque haya sido necesario ocultar esta realidad ante los demás y ante mí mismo. Hace cuarenta años, cuando tenía treinta y seis, el Senado y el pueblo de Roma me otorgaron el título de Augusto. Veinticinco años más tarde, cuando tenía sesenta y uno, el mismo año que exilié a mi hija de Roma, el Senado y el pueblo de Roma me concedieron el título de Padre de la Nación. Fue bastante sencillo y adecuado: cambié a una hija por otra, y la hija adoptiva dio su reconocimiento al cambio.

Al oeste, en la oscuridad, yace la isla de Pandateria. La pequeña casa en la que Julia vivió durante cinco años está ahora deshabitada y desatendida por orden mía. Expuesta a los elementos y a la lenta erosión del tiempo, en unos años comenzará a desmoronarse, y el tiempo se la llevará, como se lleva todo. Espero que Julia me haya perdonado por salvarle la vida, al igual que la he perdonado yo por haber pensado en quitarme la mía.

Pues los rumores que sin duda has oído son ciertos. Mi hija era parte en la conspiración que habría acabado con el asesinato de su esposo y el mío. Invoqué aquellas leyes sobre el matrimonio que no se habían usado en tanto tiempo y la condené al exilio a fin de evitar que se la condenara a muerte como resultado de la intervención secreta de su esposo, Tiberio, que pretendía que fuera juzgada por alta traición.

A menudo me he preguntado si mi hija fue capaz alguna vez de admitirse a sí misma el alcance de su propia culpa. La última vez que la vi, sumida en la confusión y el dolor por la muerte de Julio Antonio, sé que no lo era. Espero que no lo sea nunca, sino que viva el resto de su vida creyendo que fue víctima de una pasión que la condujo a la desgracia, más que participe en una conspiración que de cierto la habría conducido a la muerte de su padre y, casi seguro, habría destruido Roma. Lo primero quizás lo hubiera permitido; lo segundo, no.

He renunciado al rencor que he podido sentir contra mi hija, pues he logrado comprender que pese a su participación en la conjura, hay una parte de Julia que sigue siendo la niña que amó a

aquel padre que tal vez la consintiera demasiado, una parte de ella que sin duda retrocedió horrorizada ante lo que al final sintió que se veía empujada a hacer, una parte de ella, que aun en la soledad de Reggio, se acuerda de la hija que un día fue. He llegado a comprender que uno puede desear la muerte de otra persona sin que su afecto por la víctima disminuya demasiado. Hubo un tiempo en que acostumbraba a llamarla mi pequeña Roma, un apodo que ha sido siempre mal entendido. Lo que significaba era que deseaba que mi Roma se convirtiera en el potencial que veía en ella. Al final, las dos me traicionaron, aunque no por ello las he amado menos.

Al sur del lugar donde estamos anclados, el lago Lucrino, que en su día dragaran las manos de honrados italianos para que la flota romana protegiera al pueblo, provee ostras para los banquetes de los romanos opulentos. Julia languidece en la estéril costa calabresa de Reggio. Y Tiberio gobernará el mundo.

He vivido demasiados años. Todos aquellos que habrían podido sucederme y luchar por la supervivencia de Roma han muerto. Marcelo, el primer hombre con el que casé a mi hija, murió a la edad de diecinueve años. Marco Agripa murió también, y mis nietos Cayo y Lucio, los hijos de Agripa y Julia, murieron al servicio de Roma. Y el hermano de Tiberio, Druso, que no solo era más capaz sino más ecuánime que su hermano y a quien crié como si fuera mi propio hijo, murió en Germania. Ya solo queda Tiberio.

No me cabe duda de que Tiberio fue el mayor responsable de la suerte que corrió mi hija. No habría dudado en implicarla en la conspiración contra su vida y la mía, y le habría encantado ver cómo el Senado la condenaba a muerte mientras él fingía pena y dolor. No puedo evitar sentir otra cosa que desprecio hacia Tiberio. En el centro de su alma reside una amargura que nadie comprende, y hay en su persona una crueldad intrínseca que carece de un objeto particular. Sin embargo, no es un hombre débil ni es idiota, y en un Emperador la crueldad es un defecto menos grave que la debilidad o la idiotez. Así pues, dejo a Roma a merced de Tiberio y de los accidentes del tiempo. No podía hacer otra cosa.

11 de agosto

No me he movido de mi sofá durante toda la noche. He estado despierto contemplando cómo las estrellas se desplazan lentamente en su eterno viaje por la enorme cúpula del cielo. Hacia el amanecer, por primera vez en muchos días, me quedé dormido y tuve un sueño. Me hallaba en ese curioso estado en el que uno sueña y sabe que sueña, y sin embargo el sueño le parece más real que la vigilia. Deseaba recordar los contornos de ese otro mundo, pero cuando me desperté, el recuerdo del sueño se desvaneció en la claridad de la mañana.

Me despertó el ir y venir de la tripulación y el sonido de un cantar lejano. Por un momento, en mi confusión, pensé en esas Sirenas de las que Homero escribió con tanta belleza, y me imaginé a mí mismo amarrado al mástil de mi barco, incapaz de resistir la llamada de su inimaginable belleza. Pero no eran Sirenas, sino un barco que transportaba grano desde Alejandría y que navegaba lentamente en dirección a nosotros procedente del sur. La tripulación egipcia, vestida con unas túnicas blancas y con guirnaldas sobre la cabeza, cantaba sobre la

cubierta en su lengua nativa. La brisa de la mañana arrastraba hacia nosotros el olor almizclado del incienso que quemaban.

Contemplamos su aproximación con cierta perplejidad, hasta que al final la enorme nave — junto a la cual la nuestra parecía diminuta— estaba tan cerca que podíamos distinguir los rostros bronceados y sonrientes de sus hombres. El capitán salió al paso y me saludó por mi nombre.

Con cierta dificultad, que creo que logré ocultar con éxito incluso a Filipo, me levanté de mi sofá para dirigirme a la baranda de la cubierta, y me apoyé en ella mientras le devolvía el saludo al capitán. Al parecer la nave había descargado un lote de mercancías en el puerto que hay entre Puteoli y Nápoles, donde se les informó de que me hallaba en las cercanías, y antes de regresar, la tripulación había querido encontrarse conmigo y darme las gracias. La nave estaba tan cerca que ni siquiera tenía que gritar, y podía ver con toda claridad el oscuro rostro del capitán. Le pregunté su nombre, se llamaba Potelio. Mientras la tripulación seguía cantando en voz baja, Potelio me dijo:

—Nos has dado la libertad de poder navegar por los mares y proveer así a Roma de los abundantes bienes de Egipto, porque has limpiando esos mares de los piratas y bandoleros que en el pasado habrían hecho imposible esa libertad. Gracias a ello los egipcios romanos pueden prosperar y regresar seguros a su tierra sabiendo que lo único que amenaza su seguridad son los accidentes del viento y las olas. Por todo ello te damos las gracias, y rezamos por que los dioses te protejan para el resto de tus días.

Por un momento no supe qué decir. Potelio se había dirigido a mí en un latín abrupto pero pasable, y se me ocurrió pensar que hace treinta años lo habría hecho en ese griego egipcio demótico y que me habría costado mucho comprenderle. Le expresé al capitán mi agradecimiento y dirigí unas palabras a la tripulación, tras lo cual le pedí a Filipo que se encargara de darle unas monedas de oro a cada uno de ellos. A continuación volví a sentarme en mi sofá, desde donde contemplé cómo el enorme carguero se alejaba en dirección al sur, con las velas hinchadas por el viento, mientras la tripulación saludaba y se reía, contentos de saberse seguros en su travesía rumbo a su tierra.

También nosotros nos dirigimos hacia el sur con nuestra pequeña nave bailando sobre el agua. La luz del sol destella sobre las motas de espuma que orlan las pequeñas olas, que susurran golpeando suavemente contra los flancos de nuestra embarcación. La profundidad azul verdosa del mar casi parece estar jugando. Y ahora puedo decirme a mí mismo que, después de todo, mi vida ha tenido una cierta simetría, un cierto propósito, y que mi existencia ha sido más beneficiosa que perjudicial para este mundo del que me voy satisfecho.

En todo este mundo impera ahora el orden romano. Puede que los bárbaros germánicos aguarden en el norte, los partos en el este, y otros, en fronteras lejanas que ni siquiera conocemos. Y si Roma no sucumbe a ellos, lo hará a ese otro bárbaro al que nadie escapa: el tiempo. No obstante ahora, y desde hace unos años, impera el orden romano. Impera en todos los pueblos italianos importantes, en todas las colonias, en todas las provincias, desde el Rin al Danubio y hasta la frontera con Etiopía, y desde las costas atlánticas de Hispania y Galia hasta los desiertos árabigos y el Mar Negro. Por todo el mundo he creado escuelas para que la lengua latina y romana se difunda, y me he asegurado de que prosperaran. Las leyes romanas sirven para templar la desordenada crueldad de las costumbres provinciales tanto como las costumbres

provinciales sirven para modificar las leyes romanas. Y el mundo contempla con asombro esa Roma que hallé construida de un barro que se desmoronaba, y que ahora está hecha de mármol.

La desesperanza que he expresado se me antoja ahora indigna de lo que he realizado. Roma no es eterna, no importa. Roma sucumbirá, no importa. Los bárbaros la conquistarán, no importa. Roma tuvo su momento, que no morirá del todo. El bárbaro se convertirá en la Roma que conquiste, nuestro idioma suavizará su ruda lengua, y el recuerdo de lo que destruya correrá por sus venas.

Y en el devenir de un tiempo que es incesante como este mar salino sobre el que tan frágilmente me hallo suspendido, el coste es nulo, mucho menos que eso.

Nos aproximamos a la isla de Capri, que brilla como una joya bajo el sol de la mañana, como una esmeralda oscura que emergiera del mar azul. El viento ha amainado casi por completo y flotamos como suspendidos en el aire hacia ese lugar silencioso y tranquilo en el que he pasado tantos momentos felices. Los habitantes de la isla, que son mis vecinos y mis amigos, comienzan a congregarse en el puerto. Saludan con la mano, y puedo oír sus voces que me llaman. Están contentos, y me llaman. Dentro de un momento me levantaré a saludarles.

He recordado el sueño, Nicolás, el sueño que tuve anoche. Soñé que estaba de nuevo en Perusia, durante el tiempo en que Lucio Antonio se sublevó contra la autoridad de Roma. Habíamos tenido bloqueada la ciudad durante todo el invierno con la esperanza de lograr la rendición de Lucio y de evitar así que se derramara sangre romana. Mis hombres estaban cansados y desanimados por la larga espera, y amenazaban con una revuelta. A fin de infundirles esperanzas, ordené construir un altar extramuros de la ciudad para ofrecer un sacrificio a Júpiter. Y este es el sueño:

Los ayudantes llevaron hasta el altar un buey blanco que no conocía el yugo del arado. Tenía los cuernos dorados y en la cabeza llevaba una guirnalda de laureles. Iba atado con una soga holgada y avanzaba voluntariamente, con la cabeza erguida. Sus ojos eran azules, y parecían mirarme, como si supieran quién iba a ser su ejecutor. El ayudante le esparció el montón de sal por la cabeza, y el buey no se movió. Después probó el vino, y vertió la libación entre sus cuernos, y el buey continuó sin moverse. El ayudante dijo: ¿Procedemos?

Alcé el hacha. Aquellos ojos azules me miraban muy fijamente. Le asesté el golpe y dije: «Ya está». El buey se estremeció y cayó lentamente de rodillas, con la cabeza erguida aún y los ojos clavados en mí. El ayudante sacó su daga y lo degolló, recogiendo la sangre en su cáliz. Y mientras la sangre manaba, esos ojos azules escrutaban los míos, hasta que al final se tornaron vidriosos, y el cuerpo se desplomó de costado.

Fue hace más de cincuenta años. Yo tenía veintitrés. Resulta curioso que haya soñado con esto después de tanto tiempo.

EPÍLOGO

Carta de Filipo de Atenas a Lucio Anneo Séneca, desde Nápoles (55 d. C.)

Mi querido Séneca, me sorprende y me complace recibir tu carta. Espero que perdones mi retraso en responderte. Me llegó estando en Roma el mismo día que me disponía a dejar la ciudad, y apenas he comenzado a instalarme en mi nueva casa. Te complacerá saber que finalmente escuché los consejos que me diste, tanto en persona como por carta, y me he retirado del ajetreo y la confusión que acompañan a mi oficio con el fin de consagrarme a la silenciosa dignidad del estudio y transmitir a otros los escasos conocimientos que he adquirido con los años. Te escribo desde mi villa a las afueras de Nápoles. La luz del sol, que se filtra dispersa entre las parras que cubren mi patio, baila sobre el papel en el que plasmo mis palabras, y me encuentro tan feliz en mi retiro como me prometiste que estaría. Te agradezco que tuvieras razón.

En realidad nuestra amistad ha sido muy esporádica a lo largo de los años, de modo que no puedo sino agradecerte que te acuerdes de mí y que hayas ignorado el hecho de que no hablara en tu favor durante ese tiempo infortunado que tuviste que pasar en esas estériles tierras de Córcega. Comprendiste mejor que la mayoría, sospecho, que un pobre médico sin ningún poder —y ni siquiera cientos de ellos— habrían podido desobedecer la voluntad de alguien tan inestable como nuestro Emperador Claudio. Todos los que te hemos admirado, incluso desde el silencio, estamos encantados con que de nuevo vengas a iluminar con tu presencia la Roma que has amado.

Me pides que escriba acerca de una cuestión sobre la que hemos hablado en esas ocasiones, demasiado escasas, en que hemos podido conversar: mi breve relación con el Emperador César Augusto. De buen grado accedo a tu petición, pero quiero que sepas que me come la curiosidad: ¿se trata de un nuevo ensayo, de una epístola, o quizás de una tragedia? Aguardo con impaciencia que me digas el uso que pretendes darle a mis escasos recuerdos.

Puede que al hablar del Emperador en ocasiones anteriores fuera demasiado enigmático y reservado con la información que te daba, quizás movido por un deseo de fomentar una amistad contigo manteniendo viva tu curiosidad. Pero ahora tengo sesenta y seis años —diez menos que los que tenía Octavio César cuando murió—, y creo que he superado esa vanidad contra la que tan a menudo has arremetido y de la que, sin embargo, has sido tan amable de excluirme a mí. Te contaré lo que recuerdo.

Como sabes, fui el médico de Octavio César durante solo unos meses. Pero durante esos pocos meses estaba continuamente cerca de él, casi siempre a una distancia desde la que podía oírle si me llamaba, y me hallaba a su lado cuando murió. Ni siquiera ahora sé por qué me escogió a mí para que le atendiera durante esos meses que él sabía que serían los últimos: había muchos médicos más famosos y experimentados que yo, y entonces yo no tenía más que veintiséis años. No obstante, me eligió a mí, y aunque en aquel entonces no podía verlo, sospecho ahora que me apreciaba, con ese curioso desapego que al parecer le caracterizaba. Y pese a que no pude hacer nada por él en sus últimos momentos, se aseguró de que fuera rico después de su muerte.

Tras una tranquila travesía de varios días rumbo al sur desde Ostia desembarcamos en Capri. Aunque era evidente que su salud no era buena, se negó a mostrarse desconsiderado con la multitud que le aguardaba y habló con muchos de ellos, llamándoles por su nombre, si bien su debilidad le obligaba ocasionalmente a apoyarse en mi brazo. Dado que la mayoría de los habitantes de Capri son griegos, se dirigía a ellos en aquella lengua, disculpándose de vez en cuando por su acento un tanto extraño. Finalmente se despidió amablemente de sus vecinos, y nos dirigimos a la villa del Emperador, que se hallaba a pocos kilómetros y desde la que se divisaba una magnífica vista de la Bahía de Nápoles. Le convencí de que descansara, y parecía contento de hacerlo.

Había prometido a los jóvenes de la isla que presenciara la competición gimnástica organizada para seleccionar a los que habrían de representar a la isla en los juegos de Nápoles una semana más tarde. A pesar de mis objeciones insistió en cumplir esa promesa y, además, de nuevo en contra de mi voluntad, les invitó a todos a su villa esa misma noche para celebrar un banquete en su honor.

Durante el banquete se mostró extraordinariamente jovial. Inventó salaces epigramas en griego, animando a los jóvenes a que se burlaran de lo malos que eran, y participó con ellos en su juego infantil de arrojar cortezas de pan unos a otros. Prometió asistir a los juegos de Nápoles en los que iban a competir, e insistió en que apostaría toda su fortuna por su triunfo.

Permanecimos en Capri durante cuatro días. El Emperador pasó la mayor parte del tiempo sentado en silencio, mirando al mar o contemplando la costa italiana al este. En su rostro se dibujaba una sonrisa serena, y de vez en cuando asentía con un leve movimiento de cabeza como si estuviera recordando algo.

Al quinto día cruzamos a Nápoles. Para entonces el Emperador estaba ya tan débil que no podía caminar sin ayuda. No obstante, insistió en que le lleváramos a los juegos a los que había prometido a los jóvenes atletas que asistiría. Confieso que aunque sabía que se acercaba su fin no fui capaz de negarme a su petición: era evidente que aunque lo hubiera hecho, solo habría conseguido prolongar su vida unos cuantos días como mucho. Pasó toda la tarde sentado bajo el sol abrasador, animando a los griegos capreses, y cuando las competiciones terminaron era incapaz de levantarse de su asiento.

Le sacamos del estadio en una litera, y dijo que deseaba ir de inmediato a una casa en Nola, en la que había vivido de niño. Era un viaje de poco menos de treinta kilómetros, de modo que accedí, y a primera hora de la mañana llegamos a la que antiguamente había sido su casa.

Consciente de que el final estaba próximo, envié un mensajero a Benevento, donde Livia y su hijo Tiberio llevaban varios días alojados. Siguiendo las órdenes del Emperador, dejé claro que

no deseaba ver a Tiberio, aunque permitiría que se dijera que Tiberio le había acompañado en sus últimas horas.

La mañana del día que murió me dijo:

—Filipo, está cerca ¿verdad?

Había algo en su actitud que me hacía imposible disimular con él.

—No estoy seguro —respondí—. Pero creo que sí.

Asintió con tranquilidad:

—Entonces he de cumplir con la última de mis obligaciones.

Varios de sus conocidos —creo que ya no le quedaba nadie a quien considerara su amigo— habían oído hablar de su enfermedad en Roma y se habían apresurado a ir a Nola. Les recibió, se despidió de ellos, y les pidió que hicieran lo posible por que la transferencia de su poder fuera pacífica, ordenándoles que apoyaran a Tiberio en su ascenso al poder. Cuando uno de los circunstantes hizo ademán de llorar, dijo contrariado:

—Me disgusta que llores por lo que para mí es motivo de satisfacción.

Después dijo que deseaba ver a Livia a solas. Pero cuando hice ademán de abandonar la habitación, me dijo que me quedara.

Mientras hablaba con Livia me di cuenta de que iba debilitándose rápidamente. Le hizo un gesto, ella se inclinó y le besó en la mejilla.

—Tu hijo —dijo—. Tu hijo...

De pronto respiró con dificultad, se le aflojó la mandíbula, y a continuación, haciendo un esfuerzo, recobró algo de fuerza.

—No tenemos nada que perdonarnos —prosiguió—. Hemos estado casados y ha sido mejor que la mayoría de los matrimonios.

Se dejó caer en la cama. Yo corrí a su lado; aún respiraba. Livia le tocó la mejilla y permaneció a su lado unos minutos, tras lo cual salió de la habitación.

Unos instantes más tarde, abrió los ojos de pronto y me dijo:

—Filipo, mis recuerdos... ahora no me sirven de nada.

Por un momento me pareció que su mente divagaba, porque de pronto gritó:

—¡La juventud! ¡La juventud lo arrasará!

Le puse la mano en la frente. Volvió a mirarme, se incorporó apoyándose en un codo, y sonrió. Los ojos se le pusieron vidriosos, su cuerpo se contrajo con un espasmo, y se desplomó en la cama.

Así murió Cayo Octavio César, el Augusto. Eran las tres de la tarde del día diecinueve de agosto, el año del consulado de Sexto Pompeyo y Sexto Apuleyo. Murió en la misma estancia en la que había muerto su padre, también llamado Octavio, hacía setenta y dos años.

Hay algo que debo decir acerca de esa larga carta que Octavio le escribió a su amigo Nicolás de Damasco. Me fue confiada para que se la entregara, pero estando en Nápoles me llegaron noticias de que Nicolás había muerto dos semanas antes. No le dije nada al Emperador de ello porque tenía la impresión entonces de que el hecho de pensar que su viejo amigo leería sus últimas palabras le hacía feliz.

Unas semanas después de su muerte, su hija Julia murió en su confinamiento de Reggio. Circularon rumores de que el que fuera su esposo, Tiberio, había permitido que muriera de hambre. Ignoro si esos rumores son ciertos, ni creo que nadie lo sepa.

Hoy en día está de moda entre los ciudadanos jóvenes —y lo ha estado durante más de treinta años— hablar con desdén acerca del largo reinado de Octavio César. Y él mismo hacia el final de su vida pensó que todo lo que había hecho había sido en vano.

Sin embargo, el Imperio de Roma que creó ha soportado la dureza de un Tiberio, la monstruosa crueldad de un Calígula, y la ineptitud de un Claudio. Y ahora tenemos un nuevo Emperador, al que tú educaste siendo niño y con quien sigues manteniendo una relación cercana pese a su posición. Demos las gracias porque gobernará el mundo guiado por tu sabiduría y tu virtud, y roguemos a los dioses que bajo el mando de Nerón, Roma se convierta al fin en lo que Octavio César soñó.

Roma, Northampton, Denver, 1967-1972



JOHN WILLIAMS nació en Clarksville, Texas, en 1922. En 1948 publicó su primera novela, *Nothing But the Night*, y un año más tarde, su primer libro de poemas, *The Broken Landscape*.

Después de estudiar en las universidades de Denver y Missouri volvió a la primera donde enseñó literatura durante más de treinta años. Autor no muy prolífico, durante ese periodo escribió sus novelas *Butcher's Crossing*, *Stoner* (ambas con gran acogida por parte de la crítica) y *El hijo de César* (ganadora del prestigioso NATIONAL BOOK AWARD), así como su segundo libro de poemas, *The Necessary Lie*.

Murió en Fayetteville, Arkansas, en 1994.